



**VIDAS DE LOS HERMANOS**





S.<sup>TO</sup> DOMINGO





# VIDAS DE LOS HERMANOS

---

LEYENDA HISTÓRICA MARAVILLOSA  
DE LA ORDEN DE PREDICADORES EN EL SIGLO XIII.

VERSIÓN DEL LATÍN  
EN PRESENCIA DE MS. ANTIGUOS, CON UNA LARGA  
INTRODUCCIÓN SOBRE LA MISMA ORDEN

POR EL

R. P. Fr. Paulino Álvarez



CON LAS LICENCIAS DE LA AUTORIDAD ECLESIAÍSTICA Y DE LA ORDEN

---

PALENCIA.  
Imp., lit. y lib. de Alonso y Z. Menendez.  
*Don Sancho, número 15.*  
1885.



---

## DEDICATORIA

---

*A Vos, Virgen Santísima del Rosario, verdadera Matriarca de los Hermanos Predicadores: á Vos, que nos habeis llamado mis Religiosos, y á nuestra Orden mi Orden: á Vos, que acariaciásteis á nuestro querido Padre en vuestro dulce regazo: á Vos, que nos habeis guardado á la sombra de vuestras alas, como el águila bajo las suyas á los polluelos, y nos habeis defendido en todos los apuros, y nos habeis coronado de inenarrables glorias: á Vos, que en el cielo os dejásteis ver cobijando bajo vuestro manto las falanges inmensas de nuestros Religiosos y Religiosas, como aprieta contra su corazón una madre tierna á sus hijos más queridos: á Vos, que guiásteis la*

*pluma de nuestros ínclitos doctores, y fortalecisteis el pie de nuestros legendarios apóstoles, y comunicásteis valor á nuestros invictos mártires: á Vos, que conserváis con mano poderosa nuestra Orden, siempre la misma á través de tantos siglos, triunfando de tantas persecuciones: á Vos, Consuelo mía, Esperanza mía, Ternura mía, va consagrado este libro, grande por lo que enseña, ruin por su dicción, para que sobre él derrameis vuestras bendiciones, y los que lo lean aprovechen de su lectura; y á Vos, postrado todo en tierra, sin atreverse á mirar á vuestra cara, besa las plantas el más ingrato de vuestros favorecidos, el único indigno de vuestros Dominicos, que confía, sin embargo, en vuestro amor*

*Fr. Paulino Alvarez.*



## PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

---

### I

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN.—SU ORDEN.—EL  
LIBRO *Vidas de los Hermanos*.

**L**A fuente de la sabiduría (decía un gran papa de la Edad Media (1), el Verbo del Padre, cuya naturaleza es bondad y cuyas obras son misericordia; que redime y regenera á los que ha criado, y vela hasta la consumación de los siglos por la viña que de Egipto trasplantó: Jesucristo, Señor nuestro, en su alta sabiduría jamás ha cesado de renovar señales con que se afirmen los espíritus débiles, y de obrar prodigios con que se venza la

---

(1) Gregorio IX en la Bula de canonización de nuestro Padre Santo Domingo.

pertinacia de los incrédulos. A la muerte de Moisés, es decir, al espirar la ley de Moisés, monta en las carrozas del Evangelio, cumpliendo los juramentos hechos á nuestros padres; y en su mano el arco de la divina palabra, que había conservado tirante mientras el reinado judáico, avanza por en medio de las olas de la mar, esto es, por la inmensidad de las naciones, cuya salud estaba figurada en Rahab, y huella bajo sus plantas la presunción de Jericó, el poderío del mundo, sojuzgado, con asombro de los pueblos, al clamor primero de su predicación.—El profeta Zacarías (1) había visto salir estas cuatro carrozas de entre dos montañas de bronce, en la primera de las cuales, llevada por caballos rojos, estaban representados los maestros de las naciones, los fuertes de la tierra, que incorporados á la gran familia de Abrahám, padre de los creyentes, *tiñeron sus vestidos en Bosra*, enrojecieron con su sangre las insignias de su milicia... tendieron la red de la predicación por la vasta superficie de los mares, y formaron la Iglesia de Dios de todas las naciones que bajo el cielo hay.

„Mas, porque con la multitud nació la presunción y con la libertad la malicia, apareció la segunda carroza de caballos negros, símbolo de duelo y de penitencia, en los cuales estaba representado aquel batallón que bajo las órdenes de San Benito, nuevo Eliseo del nuevo Israel, devolvió á los hijos de los profetas el bien perdido de la vida común, reparó la red deshecha de la unidad y se extendió con sus buenas obras hacia la tierra del Aquilón *de donde viene todo mal*.—Después de esto, como para reforzar las tropas fatigadas, y hacer que el gozo sucediese al lamento, apareció la tercera carroza arras-

---

(1) Léase el cap. VI de su profecía.

trada por caballos blancos, que figuraban á los hijos del Cister y de Flora, los cuales salieron del lavacro de la penitencia como rebaños blancos y lucidos, marchando á su vanguardia San Bernardo, aquel hombre lleno del espíritu de Dios, que los condujo á los valles frondosos, les enseñó á cantar las alabanzas del cielo y asentó sus reales en el campo del Dios de las batallas.

»Con estos tres ejércitos defendióse y triunfó el nuevo Israel de igual número de enemigos filisteos; pero llegada la hora undécima, alejándose el Sol de justicia para esconderse en el océano de su eternidad, inclinándose las sombras de la noche, resfriándose la caridad de muchos, quiso el Padre de familia levantar una milicia más veloz y fuerte que cuidase la viña de su mano plantada, en distintos tiempos por varios operarios cultivada, y demolida entonces por multitud de animales dañinos; é hizo que en pos de las carrozas referidas apareciera la cuarta de caballos *fortísimos* (1) y de varios colores, con sus jefes escogidos para combatir.»

¿Qué jefes eran estos que el papa Gregorio IX mencionaba? Nuestros Padres San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán. Y los caballos fortísimos y de varios colores ¿quiénes eran? Sus hijos los frailes franciscanos y dominicanos.

---

(1) *Qui erant robustissimi.*





## II

### EL SANTO

**R**REDESTINADO Santo Domingo para ser jefe de los soldados *fortísimos*, defensores de la Iglesia y conquistadores de naciones infieles, plugo al Señor acumular en él todas las prendas divinas y naturalés que en un héroe santo son concebibles. Nació de familia real (1), porque menospreciando tan ilustres timbres, fuera al mundo su humildad más admirable. Aspiró en su niñez la atmósfera que aspiraban aquellos ricos-hombres de Castilla, personificación acabada del honor y de la bizarría, caudillos de pueblos ó de tropas cristianas, aprendiendo desde su cuna el noble infante á ser caudillo de nuevos guerreros. Porque la gloria de sus antepasados y el fausto de su palacio no hicieran liviana su alma, dióle el Señor unos padres tan santos como caballeros que con la humildad contrabalancaran el orgullo de

---

(1) Véase la nota al cap. I, segunda parte de este libro.

su rango. A los siete años le consagran, nuevo niño Samuel, al templo de Dios. Un sacerdote venerable le toma á su cuenta y le enseña á ser *Santo Domingo*. Enseñado á ser santo, quieren que aprenda las ciencias humanas y le envían á la Universidad Española fundada en Palencia, donde avanza como un talento y obra como un santo (1).

Era hermoso en tal manera que, según escriben, fué el hombre más parecido en su fisonomía á Jesucristo. Y no es estraño: Dios depositó en su frente una estrella cuyos estigmas jamás por toda la vida se le borraron. «Aquel brillo celestial que bañaba su rostro, dice su discípulo el beato Jordán de Sajonia (2), ganaba los corazones de todos; y no era posible verle á él sin amarle.» Cual muy pocos fundadores de Ordenes Religiosas, antes de ser maestro y guía, condújole el cielo á los cláustros de Osma, donde aprendiese como discípulo las prácticas de la vida regular. Así su Orden apareció desde el primer día con el vigor, regularidad y disciplina sólida que otras no adquieren en siglos; y así, tal cual él la fundó, sin fracción, sin alteración, sin tacha, permaneció siempre y permanece hoy: y cuenta seiscientos setenta años de vida... La madre bendita del Santo, después de concebirle, soñando en él, vióle en forma de mastín que á la boca llevaba una antorcha. ¡Sueño dichoso! El Señor le daba á entender que su hijo guardaría, cual fiel mastín, el rebaño de las almas; que con su voz ahuyentaría los lobos de la herejía, y con la llama de

---

(1) Creen algunos que después de haber estudiado filosofía y teología en esta Universidad, las enseñó luego en calidad de verdadero Maestro (*El Clero en la historia de Palencia y la Universidad palentina*, por el Lic. D. Clodulfo Pelaez Ortiz.

(2) *Vida del Santo*, cap. IV, núm. 47.

la doctrina iluminaría inteligencias é inflamaría corazones. El mastín del sueño tenía los pies sobre un globo, porque el Santo avasallaría al orbe y lo rendiría á Jesucristo.

Pero los cláustros de Osma eran muy estrechos para el alma de Guzmán. Necesitaba un mundo, y aún el mundo le era pequeño. Dióle el Señor por el gusto, y, sin él entenderlo, hizo que acompañase á su obispo D. Diego Acevedo, y de improviso se hallara en el gran campo donde se libraban terribles batallas; en Langüedoe, país meridional de la Francia, convertido en palenque de millares de herejes. Domingo se las iba á ver, casi solo, con millares de enemigos. Aunque valiente, aunque de alma heróica, temblará, de seguro, y volverá aturdido á su retiro de Osma. ¿Quién no lo haría? Pero no: la multitud no le intimida; le enciende, y encendido se presenta con aire de desaffo en la cruenta arena. Se acuerda del sueño de su madre, y quiere llenar su destino: es hijo de guerreros contra moros, y quiere él guerrear por la gloria de Dios. Anda, corre, vuela (1): predica, disputa, escribe (2): obra prodigios, convierte almas, avanza de victoria en victoria (3). Y su fama de vencedor y taumaturgo corre por Francia, por España y por Italia. La Virgen deja su sόlio y baja del cielo por verle y animarle: los apóstoles Pedro y Pablo quieren también conocerle de cerca, y le visitan amorosos; el primero le entrega un báculo, el segundo sus Epístolas, y ambos le dicen: «Marcha y predica»

(1) Seis veces en cortos años atravesó los Alpes, á pié y descalzo.

(2) Antonio Senense, Posevino y Maluenda afirman que el Santo escribió libros sobre el *Salterio*, *S. Mateo*, *S. Pablo*, *las Epístolas Canónicas* y *el Apocalipsis*.  
SANTUS DOMINICUS OMNIGENA LITTERATURA FREDITUS... INTER CLARISSIMOS  
SÆCULI XIII SCRIPTORES REFERENDUS EST.

(3) *Frangit hostes et fugat agmina*. (Brev. O. P., 4 de Agosto.) En sola Lombardia convirtió más de 100.000 herejes.—La historia dice que sus triunfos son increíbles.

Dios mismo le comunica su omnipotencia en premio de tanto valor; y Guzmán desde entonces impone obediencia á los mares, llama á la vida los difuntos, los demonios le están quedos. Si la basílica de Letrán, símbolo de la Iglesia católica, parece venirse abajo, él aplica su hombro hercúleo y la sostiene (1). Si en Roma se congregan en Concilio General los príncipes del mundo cristiano (2), á él le llaman para consultarle. Si naciones inmensas en Africa y Asia perecen por falta de fé, él jura salvarlas (3). Es el hombre, el hombre grande de su siglo. ¡Sea por siempre bendito!

Esta grandeza que cielos y tierra celebraban, él la desconocía. Las alabanzas le repugnaban, como al vanidoso los desprecios. A sí mismo creíase un malvado, y en esta creencia, antes de entrar en un pueblo, pedía al Señor de rodillas que no castigara á los inocentes por el culpable. Caminaba descalzo, y sólo se ponía sus sandalias para presentarse ante la gente, porque no le creyeran mortificado. En los caminos iba cantando salmos. Gustábanle particularmente los himnos del Espíritu Santo, los del Niño Dios y los de la Virgen. Jamás se le vió turbado el rostro. Su alma era un cielo siempre sereno que sólo alteraban la compasión y la misericordia, no las amenazas ó las aclamaciones. Era de un natural franco, de un trato sencillo y ameno. Desconocía los cumplimientos, la doblez, la fingida cortesía. Llevaba el corazón en los lábios y toda su alma, noble y bondadosa, iba retratada en su rostro. Sabía que ciertas reservas indican miserias ocultas ó ruindad de pensa-

---

(1) Visión profética de Inocencio III.

(2) El cuarto lateranense, al cual asistieron 1285 prelados y embajadores de Constantinopla, Alemania, Francia, España, Inglaterra, Hungría, Bohemia y otros reinos. (Fr. Hernando de Castillo, Historia de Santo Domingo, etc.)

(3) Dejó crecer la barba para irse á predicar al Oriente.

mientos: carácter noble, sencillo y abierto que dejó impreso en toda su familia con sello perdurable. Con los Hermanos y compañeros era siempre apacible, alegre, amoroso. La dureza guardábala para sí solo. Reservaba la sonrisa para el día y el llanto para la noche, dice el Beato Jordán. No se le conoció cama en los años de su vida apostólica. En amaneciendo marchaba á buscar almas; en oscureciendo se retiraba á la iglesia. Allí oraba, cuándo de rodillas, cuándo postrado á lo largo, cuándo en pié y los brazos levantados. Allí disciplinaba su cuerpo hasta derramar sangre: allí luchaba con los demonios que le tenían odio mortal: allí tomaba fuerzas para trabajar al día siguiente. Si el sueño le rendía, arrimada la frente al altar, descansaba unos momentos. La luz de la aurora sorprendíale en estos ejercicios y le llamaba á los de la vida pública. Fundada su Orden, interrumpía de cuando en cuando su oración nocturna, subía al convento sin hacer ruido, recorría el dormitorio, miraba uno por uno á sus novicios que dormían, los cubría para que no tuvieran frio, quedábase, cual tierna madre, contemplando aquellos hijos de sus entrañas, y se volvía silencioso á su iglesia á pedir por ellos y por las almas encomendadas. El bien de estas almas era todo su sueño: por ellas derramaba muchas lágrimas y mucha sangre. La vista de un pecador le consumía: cien veces daría su vida por convertirle y salvarle. Cuando venía de algún país lejano traía algún recuerdo á sus hijos, como las madres á los suyos cuando vienen de alguna fiesta. Si Satanás los acusaba de alguna infracción de la regla, él los excusaba, él reñía á Satanás y le cortaba todo razonamiento diciendo: «Que hayan faltado ó no hayan faltado, yo, Padre y Fundador, por esta vez les dispensó.» Padre más cariñoso no le encontrarán los hijos de los hombres.

Un día que estaba en oración, vió el cielo abierto, y en el cielo á Jesucristo con su Madre, y muchedumbre inmensa de santos de todas las Órdenes; pero ninguno de sus hijos: y se echó á llorar inconsolable. Nuestra Señora, que le amaba tanto, movida de compasión, le hacía señas con la mano para que se acercara; pero él no se atrevía, y continuaba llorando á lágrima viva. Llamóle el Señor, y entonces se acercó él temblando. ¿Cómo no había de temblar y llorar si no veía á sus hijos? Díjole el Señor *¿Por qué lloras?*—Respondió él: *Porque veo tantos Religiosos en el cielo, y ninguno mío.*—Díjole el Señor: *¿Quiéres ver los tuyos?*—Sí, Señor, respondió él temblando. El Señor puso la mano sobre el hombro de la Virgen y vuelto al Santo le dijo: *A tus hijos los he puesto yo bajo el especial cuidado de mi Madre.* *¿De veras quieres tú verlos?*—Sí, Señor, contestó llorando entonces no de pena, sino de alegría.—*Madre, enséñaselos; que los vea,* dijo Jesús á la Virgen. En este momento extiende María su manto de color de zafir; era tan grande que cubrió todo el cielo; y debajo del manto estaban apiñados de una parte los Religiosos y de otra las Religiosas de su Orden. La visión desapareció. Era la media noche: los Hermanos tocaron á maitines, y él les contó lo que había visto, exhortándoles á querer mucho á la Virgen su Madre. Fuése después al convento de Religiosas de San Sixto en Roma, donde esto sucedió, y contóles la misma visión sin decirles quién la había tenido; pero los Hermanos que detrás estaban hacían seña á las Hermanas para que entendieran que era él mismo (1).

Desde este momento venturoso Guzmán deseaba morir, porque deseaba verse con sus hijos bajo el manto de María, en el regazo de la Virgen; y Dios le con-

(1) Relación de Sor Cecilia, una de estas Religiosas.

cedió muy pronto este favor postrero. Un ángel de vestido rozagante, riendo á gloria, se le presenta y le dice: «Ven, querido, ven y entra en los gozos sempiternos (1).» Por última vez llama á sus novicios, díceles que se coloquen alrededor de su cama, promételes su amor y protección desde el cielo, encárgales sobre todo la castidad, perfume de ángeles, los bendice, les dá cita bajo el manto de María y se duerme en el Señor. Desde aquella hora hasta el presente, al anochecer, en todos los conventos del mundo, después de saludar á la Madre, recuerdan los Dominicos al Padre su promesa diciendo: «Cumple, Padre, lo que dijiste; ayúdanos con tus ruegos (2).»

Guzmán se fué al cielo, pero su sombra cubre aún hoy los pueblos del mundo, y hoy mismo convierte millares de almas. Para conocer la altura de este santo no basta medirle como á otros por los méritos de sus días. Si es verdad lo que enseñan los teólogos que el hombre merece y se engrandece, no sólo por sus actos personales, sino por las obras buenas que otros hacen por su causa, Santo Domingo es, sin hipérbole, de los mayores santos que la Iglesia ha producido. Giremos la vista por el mundo universo: ¿es cierto que millones de almas se salvan por el Rosario; que por esta

(1) *Veni, dilecte, et in vera gaudia ingredi* (Brev. O. P. 11 de Agosto.)

(2) *Imple, Pater, quod dixisti, nos tuis juvenis precibus*.—Apuntaré aquí las fechas principales de su vida. El año 1170 nació en Caleruega; el año 1177 fué encomendado á un tío suyo, arcipreste de Gumiel de Izán, para ser formado en la piedad; el año 1184 pasó á estudiar á Palencia; el año 1194 lo llevó consigo y le hizo Canónigo Regular el Obispo de Osma; el año 1202 acompañó á este Obispo en su viaje á Francia y comenzó á predicar contra los herejes; el año 1215, habiéndosele allegado seis compañeros, pidió á Inocencio III autorización para fundar una Orden apostólica; el año 1216 confirmó la Orden Honorio III, la primera de todas las Órdenes Mendicantes; el año 1221, el 6 de Agosto, al medio día, un viernes, entregó á Dios su espíritu. Tenía, pues, cincuenta y un años cuando murió.

devoción ha triunfado la Iglesia frecuentemente de sus enemigos: que con ella se han moralizado pueblos enteros? ¿Es cierto? Pues cada triunfo de estos es triunfo de Santo Domingo: cada alma de éstas convertidas aumenta hoy mismo la gloria de Santo Domingo; porque él es el autor del Rosario (1). Giremos otra vez la vista por la redondez de la tierra: ¿es verdad que centenares de pueblos, provincias y reinos infieles han abrazado la fé mediante la predicación de los misioneros: que los países católicos han tomado vida más cristiana: que las misiones afirman las creencias, encienden la caridad y arrancan infinidad de pecadores de los brazos de Satanás? Pues Domingo rompió la marcha: él dió el ejemplo; él hizo la predicación, antes patrimonio exclusivo de los obispos, extensiva á los sacerdotes celosos: él franqueó la cátedra sagrada, siendo por esto llamado el *Maestro de la predicación*. Los Dominicos, los Franciscanos, los Carmelitas, los Agustinos, los Jesuitas, no hacen otra cosa que seguir los caminos abiertos por el *Padre de los Predicadores* ¿*Quis potest similiter sic gloriarí?* Así fué como mereció de la Iglesia los títulos de VARÓN DE PECHO APOSTÓLICO, COLUMNA DE LA FÉ, CLARIN DEL EVANGELIO, LUMBRERA DEL ORBE, ANTORCHA DE CRISTO, SEGUNDO PRECURSOR Y ADMINISTRADOR GRANDE DE LAS ALMAS (2). A quien sea honor y bendición por los siglos de los siglos.

---

(1) Así lo acaba de repetir el Sumo Pontífice León XIII en consonancia con sus antecesores, con la historia, con los monumentos, con el sentido común del mundo entero, quedando por necios, si no insolentes, esos cuatro ó seis que antes y después de las declaraciones del papa, como si llevaran á mal la gloria de Santo Domingo, en artículos y en libritos se obstinan tontamente en propagar ó que el Santo no conoció el Rosario, como dicen unos, ó que el Rosario fué perfeccionado, no instituido, por él, como dicen otros.

(2) *Vir apostolici pectoris, fidei columnen, Evangelii tuba, orbis oculus, Christi lucerna, secundus Praecursor, et magnus animarum oeconomus.* (Brev. O. P. 4 de Agosto.)



### III

#### SU ORDEN.



EN medio de sus luchas contra los herejes de Langüedoc, el apóstol español concibió una idea grandiosa, peregrina, atrevida, que concluyó por robarle el sueño y traerle en inquietud continúa. Véase como solo; su vida corría peligro; si predicaba en Francia no podía acudir á Lombardía; si llegaba á Lombardía se acordaba de su España: y esto para su alma era un tormento. Quisiera no morir jamás por salvar siempre pecadores, y quisiera predicar á la vez en todos los pueblos de la tierra. ¿Cómo hacerse eterno y universal? Hé aquí su idea. Decíase él para sí mismo: Si al Cielo fuera agradable, yo fundaría una Orden cuyos Religiosos, unos irían por los pueblos predicando el reino de Dios, otros enseñarían en las Universidades y defenderían por escrito las buenas doctrinas, y otros se apostarían en Roma para hacer la guardia de los papas. Haría de los monasterios unos campamentos sagrados, y de los monjes soldados de Cristo. Por la mañana saldrían á conquistar almas, y por la tarde volverían á descansar sobre las

palmas del triunfo.—¡Corazón grande que así quería abarcar el mundo entero y remediar todas sus necesidades! Un español educado al ruido de la esgrima, un apóstol, un doctor, ¿qué había de hacer sino idear una Orden de aire militar, de apóstoles, de doctores? La idea, vuelvo á decir, era peregrina y, humanamente hablando, aventurada. Tenía que tropezar con todas las oposiciones consiguientes á la novedad. Hasta entonces la predicación parecía propia de sólo obispos. Hasta entonces los fundadores no habían pensado en más que hacer santos solitarios. La vida activa parecía estar reñida con las virtudes del monje.

Domingo expone al Papa su pensamiento, y el Papa se queda meditabundo, como quien ve grandezas y peligros. Pero no hay que temer: la Virgen quiere á Guzmán; ella aplanará montañas. Con visiones misteriosas hace que el Papa se resuelva, y se resuelve de hecho en favor del proyecto. Él mismo dá nombre á la nueva Orden y la llama *Orden de Predicadores*, de Predicadores por antonomasia. Guzmán vuelve gozoso á Francia; reúne en el Santuario de Prulla á sus once compañeros, once nada más, como el Apostolado después de la deserción de Judas; les da sus reglas; los reparte por las naciones como Jesús á los suyos (1); y él resuelve marchar á tierra de Moros, deseoso de que le martirizáran. Fué esto el año 1216 por el mes de Agosto.

Bendijo el Señor su dispersión, y los multiplicó como las arenas de la mar y como las estrellas del cielo. Cinco años después se habían repartido la Europa formando ocho reinos llamados por ellos *Provincias* y

---

(1) Hé aquí sus nombres benditos: Fr. Gómez (Suero), Fr. Miguel de Uzero, Fr. Pedro Madino, Fr. Domingo, Fr. Mateo, Fr. Bertrán de Garriga, Fr. Miguel de Fabra, Fr. Manés, Fr. Juan de Navarra, Fr. Lorenzo y Fr. Oterio. (Historia del P. Castillo.)

comenzaban á dominar en el África y en la India. Los pueblos saludaban la entrada de aquellos mensajeros celestiales y solían á veces cerrarles las puertas porque no salieran. Sólo uno de ellos, Fr. Jordán de Sajonia, atrajo á la Orden más de mil Religiosos, casi todos jóvenes estudiantes, y fundó cuatrocientos conventos. Otro, mandado á la Palestina en 1222, fundó en Tierra Santa diez y ocho conventos y en Chipre cuarenta y seis. El año 1245 contó la Orden treinta y cinco mil individuos: y ocho años más tarde el papa Inocencio IV, asombrado de tan rápidas conquistas, queriendo darles las gracias, comenzaba así sus Letras: «A nuestros queridos hijos los Hermanos Predicadores que predicán en las tierras de los Sarracenos, de los Griegos, de los Búlgaros, de los Cumanos, de los Etiopes, de los Sirios, de los Godos, de los Jacobitas, de los Armenios, de los Indios, de los Tártaros, de los Húngaros, etc., salud y bendición apostólica.» «Jamás, dice un Jesuita célebre, jamás hombre alguno, después de los Apóstoles, ha podido contemplar en tan corto tiempo una creación más bella y un fruto más abundante de su amor como el Patriarca Santo Domingo (1).» Mares, tempestades, hielos del polo, ardores del trópico, nada detiene á sus hijos: viven con el Groenlandés (2); atraviesan con el Tártaro y el Iroqués inmensas soledades; montan el dromedario del Árabe; siguen al Cafre errante por sus abrasados desiertos; el Indio y el Chino son sus neófitos (3).

---

(1) P. Félix, *Santo Domingo y el Apostolado*.

(2) Las crónicas hablan de un convento de la Orden fundado en este país de América en el siglo XIII, trescientos años antes que Colón descubriera aquel llamado nuevo mundo.

(3) Consta que á fines del siglo XIII entraron en China los Dominicos, lo mismo que los Franciscanos, únicos misioneros del mundo que compitieron con ellos en la predicación á infieles. (Véase *Missions Dominicaines dans l'extrême Orient*, par le P. André-Marie. *Chapitre Premier*.)

Otros toman asiento en los cláustros universitarios de París, Bolonia, Colonia, Salamanca y Oxford, sostienen los derechos de la verdad y representan la altura de la ciencia, convertidos en oráculos de los más sabios; y otros se domicilian en la ciudad eterna para ser los consultores de los papas, los teólogos de Roma.

Como se vé, el Santo que quiso enseñar después de obrar, á semejanza del Salvador, dando importancia á la doctrina como á las obras, no podía contentarse con la vida abstraída del antiguo monje. La abstracción le parecía ménos generosa. La vida contemplativa considerábala buena, pero no la más buena. La activa sin la contemplativa juzgábala hueca, liviana, aventurada, infructuosa. Juntas las dos las vió perfectas; y tomando de una y otra lo que era compatible, dió forma á su Orden, creó al *Hermano Predicador*: sér nuevo, jamás visto en el mundo, pero imitado después por infinidad de Religiosos que abrazaron con delirio la idea tan sublime como nueva de Santo Domingo de Guzmán.

Esta obra, parecida en su origen y propagación á la obra de Jesucristo, parécese además en la unidad é inmutabilidad perpétua. Cual ninguna otra corporación de tan lejana fecha, permanece hoy como el día de su nacimiento, sin división, sin alteración, la misma en su gobierno, en sus austeridades, en su doctrina, en sus miras, en todo. Hoy recibe y besa el Dominico las leyes de su Padre, creyéndolas infalibles, inmejorables, oportunas en todo tiempo y en todo lugar. Come, duerme, canta, ora, viste como San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, San Pedro mártir, San Jacinto, San Raimundo, como todos los santos y abios y misioneros de la edad primera, y juzga que no puede ser santo, sabio, misionero como ellos, si no vive como ellos vivieron. Toda reforma, fuera de ese texto sagrado, está seve-

ramente prohibida por antitradicional, ilegal, irrespetuosa. Así se explica su fuerza vital tan robusta, y así se promete años eternos de vida. Al que sueña en darle mayores austeridades se le arroja de casa, como al que sueña mitigaciones (1). A la Orden Dominicana pueden aplicársele aquellas palabras de San Pablo: *Cbristus heri, hodie, et in secula*. Como fué ayer, lo es hoy, y lo será para siempre. ¡Para siempre...! Así lo mereció nuestro Padre y así lo profetizó la *dominica in Passione*, la amabilísima Teresa de Jesús, cuyas palabras pondrán remate á este capítulo:

»Estando una vez rezando cerca del Santísimo Sacramento, aparecióseme un Santo cuya Orden ha estado algo decaída (2); tenía en la mano un libro grande, abrióle y díjome que leyese unas letras que eran muy grandes y legibles, y decían ansí: *En los tiempos advenideros florecerá esta Orden: habrá muchos mártires*.—Otra vez, estando en maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante seis ó siete, me parece serían desta misma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto á entender han de defender la fé; porque otra vez, estando en oración, se arrebató mi espíritu: parecióme estar en un gran campo adonde se combatían muchos; y éstos desta Orden peleaban con gran fervor. Tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban á muchos en el suelo vencidos, á otros mataban. Parecíame esta batalla contra los herejes. A este glorioso Santo he visto algunas veces, y me ha dicho algunas

---

(1) La pena en que incurre es nada ménos que de excomunión y cárcel. Consts. num. 393.

(2) Efecto de la llamada *claustra*, cuando la peste diezmo la Europa, y los Religiosos, por asistir á los enfermos, murieron en gran número, no quedando ni los precisos para llenar las atenciones de las comunidades.

cosas, y agradécidome la oración que hago por su Orden, y prometido firmemente de encomendarme al Señor» (1).

---

(1) En su *vida*.—Quien desee adquirir noticia de las glorias de la Orden Dominicana, lea el libro reciente del P. Vigil, obispo de Oviedo, intitulado: **LA ORDEN DE PREDICADORES: sus glorias en santidad, apostolado, ciencias, artes y gobierno de los pueblos.** (Madrid 1884: librería de D. Gregorio del Amo, sucesor de Olamendi.)





## IV

### ESPÍRITU DE LA ORDEN.



Al fundar Santo Domingo la Orden de Predicadores, tomó por guía á San Pablo, Apóstol de las gentes, y por divisa estas palabras del mismo Apóstol: *Castigo mi cuerpo y le trato como á esclavo, no suceda que predicando á otros salud, sea yo de Dios maldecido* (1). Predicar penitencia en remisión de los pecados, como manda el Salvador, y no llevar vida penitente, comprendía él que era una contradicción repugnante. Aquel dicho de algunos: *Tratarse bien para trabajar mucho*, le sonaba á blasfemia, y lo creía insulto á la providencia ordinaria de Dios. Un estómago bien nutrido hablará, en verdad, con estrépito; pero no con celo. Cítese un solo Santo que se haya *tratado bien*, un solo Apóstol que haya comido bien, dormido bien y descansado bien, y que

---

(5) *Castigo corpus meum et in servitum redigo ne forte cum aliis praedicaverim, ipse reprobus efficiar.* (1<sup>o</sup> Cor., IX, 27.)

haya. convertido muchas almas: Sardanápalo entonces vencerá á San Pablo. Los que eso dicen ignoran, no ya las leyes de la Providencia divina, sino hasta las leyes fisiológicas que rigen la vida humana. Ignoran que Dios supla y multiplique las fuerzas corporales que por él se sacrifican, é ignoran aquel principio de filosofía, que *la exuberancia animal cobibe el desarrollo moral*; que las fuerzas vitales que se gastan en las funciones del cuerpo no pueden servir á las funciones del espíritu, por el hecho de ser limitadas. ¿Quién desconoce esto? ¿Quién afecta desconocerlo? Aquellos que, según el Venerable Granada, *so color de necesidad no sustentan, sino regalan*.

Guzmán, educado en la escuela de Jesucristo, que antes de predicar ayunó y veló cuarenta días, que durante los años de su predicación *pernoctaba en la oración de Dios*; que no comía ni descansaba por buscar á la pobre Samaritana; que murió en una cruz ardiendo en sed, todo por dar ejemplo al mundo y más á los predicadores: Guzmán dispuso (1) como reglas de educación moral y preparación saludable al ministerio de las almas, el método siguiente de vida: Abstinencia de carnes por toda la vida y ayuno continuo desde el 14 de Setiembre hasta la pascua de Resurrección, todos los viernes del año y vigiliias de cada una de las fiestas principales de la Virgen y de los santos Apóstoles; buscando en esto la debilitación de las pasiones del cuerpo y la consiguiente preponderancia del espíritu, la expiación de las culpas y el mérito ante Dios del sacrificio:—el uso de la lana á raiz de la carne; medida tan higiénica como penitente, según confesión de sabios:—la soledad ó reclusión en el noviciado por

---

(1) Lo que él no hizo personalmente lo hicieron sus inmediatos sucesores, herederos de su pensamiento.

más ó ménos tiempo (1) donde los jóvenes, cual tier-  
nas plantas guardadas en los invernáculos, se habitúan  
á la modestia, se reconcentran para vivir la vida in-  
terior, aprenden el ejercicio de las virtudes monacales,  
se forman en la ciencia y hacen provisión de celo y  
amor de Dios que más adelante emplearán en la salva-  
ción de las almas:—las alabanzas de Dios á media  
noche, imitando á David y á los ángeles del cielo que  
sin cesar cantan al Señor sus glorias; lo mismo que el  
rezo en común de las *Horas canónicas* en diversas ho-  
ras del día:—la cama dura y el sueño corto, lo in-  
dispensable para tener salud, con que sea más fácil le-  
vantarse á media noche y quede más tiempo para  
el estudio de las ciencias, ley fundamental é indispen-  
sable en la Orden de Predicadores:—la pobreza de la  
celda, cuyo mobiliario se reduce á una estrecha cama,  
dos sillas, una mesa de estudio, un estante de libros,  
pocos y escogidos; un crucifijo y una imagen de Nues-  
tra Señora:—la más rígida vida común y la incapacidad  
absoluta de poseer poco ó mucho en particular, so pena  
de negación de sepultura eclesiástica y de maldición de  
Dios y de la Orden:—la confesión pública de ciertas  
faltas, públicamente castigadas. Tales son las bases ge-  
nerales en que Santo Domingo asentó el espíritu re-  
ligioso de su Instituto.

Al prescribir estas leyes, y singularmente la del coro,  
jamás se le ocurrió al Santo Patriarca que serían obs-  
táculos para adelantar en la verdadera sabiduría: jamás  
creyó que el canto *breve y conciso* robaría el tiempo  
que debiera ocuparse en el estudio; y la historia de seis

---

(1) Los años de noviciado hoy para las personas mayores son cinco por lo  
menos; para los que entran de niños de 15 á 16 años son ocho ó nueve, hasta  
la ordenación de sacerdotes.

siglos ha venido á confirmar su acierto, poniéndonos de frente los mayores Doctores, en número asombroso, salidos de las Ordenes de coro, educados al són de las divinas alabanzas. Estudiantes eran y al coro iban Santo Tomás de Aquino, San Alberto el Grande, San Raimundo, San Antonino, el Venerable Granada, doctores de primera línea. Sabios eran y al coro iban San Buena-ventura, Santa Teresa de Jesús, Santo Tomás de Villanueva: y estudiando en su celda, después de cantar en el coro, se formaron los mayores teólogos que en las Universidades ha habido.—Se me dirá: Aquéllos eran del Señor iluminados con luces sobrenaturales.—Así es, efectivamente; pero dónde y cómo se hacían merecedores de esas luces, de ese dón de sabiduría, de esa capacidad maravillosa? Si otros saben otra cosa, yo no la sé: yo únicamente sé lo que en su vida se cuenta: que salmodiando y estudiando fueron sabios. Nuestro Padre estableció el canto del oficio divino; porque en premio de esas alabanzas esperaba él que Dios iluminaría y abriría la inteligencia de los novicios con que en una hora aprovecharan más que otros en cuatro; porque sabía por experiencia que la oración solemne es útil para todo; porque el señor retribuye con ciento al que le sacrifica uno.—Que otras Ordenes no tienen coro:—verdad es: pero yo no me meto con otras Ordenes que profundamente respeto, como fundadas por santos y aprobadas por la Iglesia, (aunque también creo en aquella palabra del Hijo de Dios: *In domo Patris mei mansiones multæ sunt*) Lo que siento y digo es que la Orden de Predicadores con su coro produce santos y sabios gigantes.

A estas prácticas fundamentales añadió el Santo fundador otras que á primera vista parecen nimias, pero que están ordenadas á un muy sabio fin, cual es el

de probar la escrupulosidad de los Religiosos y su deseo de perfección en el respeto de las cosas pequeñas, como son, por ejemplo, no beber sin permiso y sin bendición; beber con las dos manos y sentado; contestar *Benedictus Deus* al Superior que manda ó reprende; besar el santo escapulario al pedir un favor; postrarse en el suelo ante el Hermano ofendido, y otras cosas por el estilo con que se pone á prueba la humildad y exactitud del Dominicó.

No es pequeña garantía de la santidad de estas leyes, ni escaso motivo de orgullo, el saber que fueron sus autores los más distinguidos santos y sabios, teólogos y canonistas de la Edad Media, doctores casi todos de Universidades, como el mismo Santo Patriarca, el Beato Jordán de Sajonia, San Raimundo de Peñafort, Alberto Magno, Pedro de Tarantasia, después papa Inocencio V., el cardenal Hugo de San Caro, el Venerable Humberto y el Obispo dimisionario Beato Juan de Vercelis; Quién jamás tuvo tan eminentes legisladores?





## V

### GOBIERNO DE LA ORDEN.

**G**scogió Santo Domingo para su Orden aquella forma de gobierno que San Agustín y Santo Tomás prefieren en las sociedades cultas: la monarquía templada; templada por leyes invariables, por ciertos senados que velan sobre los Superiores con derecho de amonestarlos, corregirlos, deponerlos, y por la acción positiva de los individuos que atravesando las diferentes jerarquías alcanza hasta al jefe supremo. Hé aquí de qué modo: la comunidad, ó sea todos los profesos solemnes de coro, votan en la admisión de los postulantes, siendo tan decisivo el voto del estudiante como el del Prior: los sacerdotes confesores que cuentan ciertos años de profesión, eligen al jefe de la comunidad: los jefes de las comunidades, en unión con un diputado elegido por cada convento, nombran al jefe de provincia; y éstos con otros diputados, también elegidos por los Priors y sus

socios, nombran al jefe supremo que se llama *Maestro general*. Cada uno de estos jefes tiene sus consiliarios y fiscales con voto consultivo ó decisivo, según los negocios sean más ó ménos importantes. Las reuniones ó Capítulos Provinciales se celebran de cuatro en cuatro años, y los Generales de seis en seis; y porque los Piores que asistieron á un Capítulo no puedan asistir al siguiente, á fin de que sus sucesores estudien su obra y la confirmen ó la dejen en olvido, según haya aconsejado la experiencia, los Piores conventuales cesan en su oficio á los tres años y los Provinciales á los cuatro. En las dichas congregaciones se da cuenta del estado de los conventos ó de las Provincias, se toman medidas oportunas para mejor llenar el fin de la Orden, se reparten los cargos, se consignan los hechos salientes desde la congregación anterior y se consagra un recuerdo perdurable á los Religiosos difuntos, beneméritos por su virtud ó ciencia.

En cada convento hay dos oficiales principales, además del Prior, destinado uno á la educación religiosa de los novicios, y otro á velar sobre el vigor y asiduidad de los estudios. El primero llamado *Maestro de Novicios* suele tener á su lado un ayudante que observa más de cerca á los novicios, cuidando que no les falte nada. El segundo llamado *Regente de estudios* tiene otro, el *Maestro de estudiantes*, que vigila á los jóvenes y sustituye en la cátedra á cualquiera profesor impedido. Sobre ambos está el Prior que tiene la inspección general, pero dejando á uno y otro libre acción en su respectiva esfera. Al Prior le asiste otro ayudante llamado *Sub-prior*, cuyo cargo es recorrer las oficinas y hacer que los Religiosos cumplan su deber. Cada uno de estos oficiales tiene una especie de autonomía, ó lleva anejas ciertas atribuciones que son invulnerables. Si falta

á su deber se le destituye; pero arrebatarle la menor de esas atribuciones permaneciendo él en su cargo, eso nunca. Para subir á cualquiera de estas dignidades no se miran otros méritos que los de la virtud, de la prudencia y de la sabiduría.

Como se vé, esta forma de gobierno tiene todo lo laudable de la monarquía, de la aristocracia y de la democracia, con todas las cortapisas que impiden sus excesos respectivos: domina bastante, sin embargo, el elemento democrático, la libertad é igualdad santas, y más si se considera que el mismo Maestro General no tiene otra cama, otra mesa, ni otro vestido que el más humilde portero de un convento.

Con este gobierno, con este sistema de elecciones, con esta hermosa jerarquía ha vivido inalterablemente la Orden, ha conservado la prenda tan estimable de la unidad y ha conquistado todas las glorias que se encierran en esta palabra: *La Orden de Predicadores*. Quien osara proyectar un cambio sustancial, merecería el dictado de bastardo ó sacrílego, porque profanaría la obra de los Santos respetada y admirada por seis siglos. Con esta vida se sabe que la Orden llenó el mundo de santos y sabios; con otra diversa ¿qué frutos daría? Santo Domingo no vería en ella su sello; no la reconocería, y no reconociéndola no le daría su bendición fecunda. Dejemos á los del mundo que cambien por días la faz de los gobiernos, que hagan de cada corte un Prometeo, que nos rijan siempre mal porque violan la estabilidad de las leyes: nosotros digamos con San Pablo: *No olvideis jamás aquellos días antiguos en que, iluminados, librásteis tan grandes batallas* (1) Y con el rey David:

---

(1) *Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati, magnun certamen sustinistis passionum* (Ad. Heb x 32.)

*Esto oimos con nuestros oídos: esto nos enseñaron nuestros Padres (1). Observemos aquella enseñanza gravísima de nuestro gran maestro Santo Tomás que dice: Nunca debe ser mudada la ley si no es por una utilidad evidentísima y máxima, ó por una máxima necesidad; porque el cambio de ley, cuanto es en sí, causa detrimento al bien común, por lo mucho que en su observancia influye la costumbre y las dificultades que la novedad consigo lleva. (2)*

---

(1) *Auribus nostris audivimus: Patres nostri annuntiaverunt nobis (Psalm. 43.)*

(2) *Prim. Secund., Quaest. XCVII art. II.*





## VI

### ENSEÑANZA DE LA ORDEN.

**S**ANTO Domingo de Guzmán, sabio insigne de su tiempo, estableció por regla vital de su Orden el estudio fuerte y perseverante de la sabiduría en todos sus ramos sagrados (1). La sabiduría y la virtud son los dos ejes en que tiene que moverse el Hermano Predicador: uno que falte, ya no es tal Hermano. El ayuno, la abstinencia, el coro, si en algún caso impiden el estudio, son por el Superior dispensados (2). Los profesores no van á coro, ni se ocupan en predicación frecuente, ni tienen oficios incompatibles con la enseñanza. El día en que el joven viste el hábito

---

(1) *Studentes debent acriter et perseveranter innumere studio.* (Dist. II, cap. XIV. núm. 1055.)

(2) *Ibid.*, núm. 1044.

encuentra en su celda los libros que jamás dejará de la mano. Las letras humanas, la filosofía, las ciencias exactas, las lenguas vivas y muertas ocupan los tres primeros años de su vida claustral (1): los seis siguientes se consagran á los estudios apologéticos, exegéticos, históricos, canónicos y singularmente á los teológicos por la misma *Suma* de Tomás que aprenden en cuatro años. Terminados los estudios, á cada uno se le deja ir por donde le tira su génio (2) y se le facilitan los medios de hacerse notable en la carrera de su vocación. En cada convento de enseñanza hay un palenque donde todas las semanas se adiestran en la lucha profesores y discípulos, arguyendo sin compasión unos y defendiendo otros una ó más proposiciones de antemano anunciadas. Es increíble lo que se aguzan los ingénios en esta lucha sin cuartel donde jamás ondea la bandera blanca, porque todos tiran á matar, dándose finalmente la enhorabuena vencedores y vencidos. Pero lo grande es aquella pelea titánica que el joven candidato tiene que sostener para incorporarse al cuerpo de profesores contra los veteranos más diestros en la esgrima. Sesenta tesis capitales, diez de Filosofía, diez de Sagrada Escritura, diez de Controversia y treinta de Teología, tomadas de la *Suma* de Santo Tomás, forman el campo que el joven ha de defender contra cinco adversarios por lo ménos, los cuales, valiéndose de mil recursos estratégicos, preguntando, arguyendo, replicando, ponen de manifiesto el valor ó debilidad del ejercitante: y mirando después á Dios, á la conciencia y al buen lustre de la Orden, en votación secreta le conceden, ó

---

(1) *Ibid.*, números 1059 y siguientes.

(2) *Ibid.*, núm. 1110.

aplazan, ó niegan el lauro. Si es nombrado profesor y enseña al menos siete años Filosofía ó Teología, puede al fin recibir el grado de *Bachiller* mediante otro examen; y seis años después, no interrumpiendo la enseñanza, el de *Maestro en Teología*.

Por disposición reiterada de los Capítulos Generales no pueden ser mandados á enseñar fuera de la Orden los profesores más aventajados del convento, porque nunca queden atrás nuestros estudiantes.

Siendo ventajoso en toda corporación literaria tener un guía que abra camino en los estudios; que impida la divergencia y la lucha, constantes allí donde cada profesor es árbitro para pensar á su capricho; que dé unidad á la muchedumbre, y con la unidad fuerza; y que sirva de apoyo donde el terreno es resbaladizo, y de luz donde es tenebroso: los Padres Predicadores escogieron para sí á Santo Tomás; porque es hermano suyo; porque es el mayor de los Doctores escolásticos, y porque *siguiéndole nadie ha errado, y no siguiéndole todos son sospechosos*, según testimonio de un Papa (1). Pero no es este seguimiento una abdicación del propio juicio, ó una esclavitud humillante de la libertad; es, al revés, poner al seguro la altivez del juicio para que no desvaríe, resguardarlo de error, y satisfacer, por lo tanto, las más legítimas aspiraciones de libertad, si es que la libertad nos la regaló el Señor para precavernos del mal y abrazarnos con el bien. Ni es coartación del vuelo de la inteligencia, ni ligadura que ate para no descubrir nueva verdad: porque la verdad es una y la misma hoy como en el siglo XIII, y la doctrina de

---

(1) *Hujus Doctoris doctrina prae ceteris habet... veritatem sententiarum: ita ut nunquam, qui eam tennerit, inveniatur a veritatis tramite deviasse, et qui eam impugnaverit, semper fuerit de veritate suspectus, (Innoc VI.)*

Santo Tomás es un cielo inmenso donde pueden girar y andar sin fin millares de astros con brillo propio, pero idéntico al del sol. Si lo que el hombre busca es la verdad, y la verdad está en esa doctrina cual en ninguna otra, excepto la canónica, como el mismo Papa dice, lo irracional será vagar en la inquisición de otra verdad que no existe, y lo juicioso cavar en ese campo donde se sabe que está el tesoro. Mas no se crea que el tomismo de los Dominicos va más allá que el de Santo Tomás, afirmando como dogma irrefragable cada palabra suya. Lo cierto para el Santo, es cierto para ellos; lo probable, probable; lo verosímil, verosímil: y de ahí no pasan. Y eso verosímil, probable ó dudoso lo sostienen firmes, cada cosa en su grado de verdad, porque sentencia por sentencia, autoridad por autoridad, el Doctor Angélico está muy por encima del más empujado doctorcillo de escuela.

Prueba de que el sistema dominicano de enseñanza no va desacertado, es que, por largos siglos hasta la infausta revolución, los conventos de la Orden en todas las poblaciones de importancia eran, como por derecho hereditario, las escuelas de Teología donde estudiaban los jóvenes, así seculares como novicios de varias Religiones, cual hoy en los Seminarios conciliares: es que en las Universidades más famosas parecía de antiguo y por siempre vinculada á los Dominicos la cátedra que decían de *Prima*: es aquella expresión, arrancada por la verdad, de un historiador español (1), *que no habrá Teología en España mientras no vuelvan los Dominicos*: es el dictado tan glorioso como exacto que el mundo entero da á esa Orden llamándola LA ORDEN DE LA VERDAD: es, en

---

(1) D. Vicente La Fuente.

fin, aquella brillante galería de sabios que no reconoce otra mayor, los cuales se llaman Beato Alberto Magno, estupor de los siglos; Santo Tomás de Aquino, Doctor de los Doctores, San Raimundo de Peñafort, padre de los canonistas; el Cardenal Hugo de San Caro, ordenador y comentador preclarísimo de la Sagrada Escritura; Fr. Vicente de Beauvais, primer enciclopedista universal; Santa Catalina de Sena, la fecunda escritora y Doctora del amor; el Beato Susón y el Venerable Taulero, sublimes autores místicos; San Antonino, primer jefe de los moralistas; Fr. Luis de Granada, el *summum* de la elocuencia española y gran maestro de la vida espiritual; Fr. Melchor Cano, el creador de la Filosofía aplicada á la ciencia sagrada; Fr. Domingo Bañez y Fray Domingo Soto, jefes de los juristas; Rocaberti, apologista insigne, y otros mil más que no es fácil nombrar, los cuales marchan, como se ve, en primera línea al frente de todas las ciencias.

Recomendación insigne es también de la enseñanza dominicana el número fabuloso de volúmenes, (pues se calculan en 40.000), escritos por unos 9.000 Religiosos sobre todas las materias sujetas á la investigación humana, figurando en casi todas á la cabeza, como iniciadores, como restauradores, ó como consumidores de ellas. Si se habla de artistas, «ninguna Orden cuenta tantos ilustres arquitectos, pintores sobre tela y sobre vidrio y taraceadores, como esta Orden de Santo Domingo. Ellos formaron á Rafael y Bramante: ellos trabajaron en las cúpulas de Milán, de Pisa y de San Pedro; echaron puentes sobre el Arno, el Sena, etcétera; dirigieron difícilísimos trabajos hidráulicos, construcciones militares y sitios de plazas: ningún arte les era extraño (1).»

---

(1) Marchese, *Memorie dei più insigni Pittori*, etc.

¿Quién no ha oído los nombres de Fr. Angélico, Fray Bartolomé, Fr. Benedicto y toda una pléyade más de pintores italianos: el P. Maynó, consultor de nuestro Felipe IV, y los PP. Figueroa, Pasados, Tavora, Fernando, Bessón, como pintores, y los PP. Resendio, Borges y Romero, como arquitectos en Portugal? (1) Con sentimiento me acuerdo que estoy escribiendo un prólogo y no un libro, atadas las manos para no apuntar cuanto se me ocurre.

Testimonio solemne de lo mismo es que los Dominicos hayan sido constantemente confesores de los reyes de Francia, Inglaterra, Castilla, Aragón, Portugal, Hungría, Polonia, etc., mientras los reyes supieron ser y fueron reyes: que en los grandes Concilios celebrados desde el siglo XIII hasta hoy hayan representado el papel principal, por su calidad y número: que en las Universidades todas del mundo levantaran siempre y sostuvieran la fama; que á ellos confiaran y confien los Sumos Pontífices los más altos cargos de Roma, como después veremos: y que su auxilio pidieran tantas Ordenes Religiosas, comenzando por la del Carmen en la Edad Media y continuando sucesivamente hasta la última, en fecha, que es la de los Misioneros del Corazón de María.

Por último, Clemente XII en su Bula *Verbo Dei*, dada el 28 de Agosto de 1733, concedió á la Orden el privilegio honrosísimo de conferir grados, valederos en toda la Iglesia, á los mismos seglares que estudien por lo ménos tres años de Teología en los conventos de la Orden donde hay este estudio; cuyo privilegio,

---

(1) El Beato Juan Dominici y el V. Savonarola recomendaban á sus Religiosos la pintura como medio de elevar las almas.

exclusivo, según creo, de nuestra Orden, está hoy vigente y puesto en práctica. Su Santidad León XIII lo ha extendido á los grados en filosofía; pero esto último únicamente en el convento de Roma.—Más no se puede decir.





## VII

### PREDICACIÓN DE LA ORDEN.



LA Orden Dominicana llamada por la infinidad de sus grandes sabios LA ORDEN DE LA VERDAD, es también llamada LA ORDEN DE PREDICADORES, nombre dado por el papa Inocencio III, aprobado por Honorio III y confirmado por Gregorio IX, distinguiendo los tres á los Dominicanos, como predicadores, de entre todos los predicadores conocidos. Cómo han llevado siempre con justicia este nombre, lo vamos á decir en pocas palabras (1).

El apostolado de los Hermanos Predicadores tiene dos horizontes: el uno que termina en los límites del mundo antiguo; y el otro que, con el descubrimiento de las Indias y Américas, se extiende hasta los confines del nuevo mundo. Durante el primer período desde

---

(1) Cf. *Memoire pour le retablisement en France de l'Ordre des Frères Pre cheurs*: Chap. III.

el nacimiento del siglo XIII hasta el nacimiento del XVI, hé aquí las grandes líneas que circunscriben la acción de los Hermanos. Al Mediodía, las misiones entre los Moros y los Arabes, poseedores de una gran parte de España, dueños del Africa, amenazando á Europa con sus armas, y corrompiéndola con la infiltración del Islamismo. Al Oriente las misiones entre los Griegos, separados de la Iglesia por un cisma de difícil remedio, y entre los Tártaros, que durante los siglos XIII y XIV tenían en alarma á la Europa con el ruido de sus expediciones. Al Oriente, además, las misiones de Persia, Armenia, las orillas del Mar Negro y del Danubio. Al Norte, las misiones de Irlanda, Escocia, Dinamarca, Suecia, Prusia, Polonia y las Rusias, naciones adonde había llegado la fé; pero que, más ó ménos recientemente convertidas, conservaban en su seno multitud de infieles y un resto confuso de sus antiguas supersticiones. La misma Groenlandia vió arribar Hermanos Predicadores en los primeros barcos que allí condujeron los vientos: y en los comienzos del siglo XVII asombráronse los Holandeses de encontrar allí un convento dominicano que se remontaba á la Edad Media, y cuya existencia había consignado el capitán Nicolás Zani en 1380. El número de predicadores que la Orden tenía en estos diversos países es incalculable. El afán de marchar á tierra de infieles era tan vivo, que hubo necesidad de crear en la Orden una Congregación particular de *Religiosos viajeros por Jesucristo entre infieles*, á la cual tuvo que poner coto Juan XXII en 1325 por temor de que los conventos de Europa quedaran despoblados: ¡tantos eran los Hermanos que en ella se alistaban! Era el mismo soberano espectáculo que en tiempo de los Generales Jordán y Humberto se había visto cuando, al hacer un llamamiento á los Religiosos que quisieran

marchar á misiones extranjeras, ancianos y jóvenes, lectores y estudiantes, postrados de rodillas, arrasados en lágrimas, conjurando por la sangre de Jesucristo, contestaban todos: *¡Padre, yo! ¡Padre, envíame á mí!* Acabando en un llanto grande, unos de alegría porque iban, otros de pena porque quedaban, y el Maestro General de consuelo por ver tanta virtud y abnegación en sus hijos.

Basta recorrer las crónicas de la Orden para hallar á cada paso hechos semejantes que revelan una actividad y heroísmo prodigiosos. Y estos apóstoles que se dispersaban por todas las naciones entonces conocidas, no eran solamente unos hombres de fé viva; eran hombres instruidos que conocían las lenguas, las costumbres y la religión de los pueblos que se proponían evangelizar. Tenían colegios de lenguas orientales y estudiaban libros compuestos al efecto, escritos en esas lenguas, donde se exponían los errores de cada nación infiel y las razones para rebatirlos.

El paso del claustro á los viajes, de los viajes al claustro, daba á los Hermanos un aire singular y hasta sublime. Sabios, solitarios, viajeros, llevaban en su figura el sello del hombre que lo ha visto todo del lado de Dios y del lado de la tierra. Ese Hermano que por ahí pasa á pié cual otro cualquiera, es un hombre que ha acampado entre los Tártaros; ha seguido los grandes ríos del Asia; ha habitado en algún convento de Armenia, al pié del monte Ararat; ha predicado en la corte del reino de Fez ó de Mauritania; y ahora, después de haber recorrido el Oriente, se vá á Escandinavia, y de allí quizá á la Rusia-Roja. ¡Rosarios tendrá que rezar antes que llegue! Pero su excursión no es silenciosa: donde pasa una noche, donde le dan un pedazo de pan, allí se detiene horas para pagar el pan ó la cama que le han dado con algún sermón que ja-

más olvide el pueblo. Raras veces esos *Hermanos peregrinantes*, como así les llamaban, volvían á morir al convento natal. Unos caían rendidos en el camino, lejos de sus Hermanos, y otros terminaban sus días con el martirio. Cuando otro que seguía sus pasos llegaba á pisar su sepultura, arrodillábase, plantaba allí una cruz, símbolo de triunfo, cantaba un himno al mártir, y proseguía sereno su marcha dispuesto á sufrir igual suerte.

Si me preguntan los nombres de estos Predicadores que llenaron tres siglos con su palabra, no sabré decirlos: hállanse en el sepúlcro de las crónicas. Tal es en el mundo la suerte del predicador. Ese hombre que ha conmovido muchedumbres, desciende con ellos al mismo silencio. El predicador y el auditorio son dos hermanos que nacen y mueren el mismo día.

Después de dominar el viejo mundo, no satisfecho todavía su anhelo, apostáronse en los confines de Occidente, vuelta su cara á los mares, esperando que ante ellos abriera Dios otros horizontes donde explayar su grandeza. A través de las ondas cristalinas columbraron un fraile y un marino Genovés (1) tierras inmensas. Todo un mundo brotó muy pronto del seno de los mares. Los españoles le codiciaron para sí y le conquistaron: los misioneros le quisieron para Dios y le evangelizaron. De los primeros que ardieron en envidia santa fueron los Dominicos. *Cuaterniones tras cuaterniones*, como entonces se decía; esto es: falanges tras falanges, se lanzaron al océano. Su blanco escapulario

---

(1) Así llaman y llamo á Colón, por más que está demostrado que no era de Génova, sino de Córcega, y que sólo se le puede llamar Genovés porque estaba en sus días incorporada Córcega á Génova.

ondeaba á merced de las brisas, como bandera que anuncia paz. Allá recorren provincias, atraviesan bosques, lagos, ríos, páramos: no temen fieras, derriban ídolos, auyentan demonios; amansan la cólera de los conquistadores, fundan iglesias, catedrales, seminarios, conventos, universidades: organizan diócesis, celebran concilios y acaban en pocos años por ofrecer en las manos de Dios un mundo más de cristianos. Mucho trabajaron muchos Religiosos de muchas Ordenes; pero ninguno más ni mejor que los Hermanos Predicadores (1)

De la América, siguiendo el derrotero de Magallanes y Legaspi, pasaron los hijos de Santo Domingo á la Oceanía, donde recorrieron y recorren los valles, los ríos, las montañas y los mares de Manila, de Bataán, de Pangasinán, de Cagayán, de Ituy, de Irraya, de Abra, de Zambales, de la Laguna, de Ilocos, de Difún, de Paniquí, de Bujay, de las islas Visayas, Bataanes y Babuyanes; y de allí continuaron sucesivamente á Camboja, Churdamué, Japón, Corea, Formosa, China (2), reinos de los Lequios, de los Laos y del Tonkin, cuya misión es aún al presente, según juicio de Roma, la mejor de las misiones del mundo, *la misión-modelo*.

Hoy mismo, á pesar de las revoluciones que han asesinado tantos frailes y pulverizado tantos conventos, sostiene aún la Orden misiones florecientes, no solo

---

(1) El P. Mtro. Quintana, del siglo pasado, con sólo reseñar los trabajos en América de sólo los Dominicos del convento de Salamanca, llenó todo un grueso volúmen en fólio que, por desgracia, aún no se ha impreso. En *La Voz Dominicana*, revista de los Terciarios de Madrid, se está publicando un croquis de estos misioneros, opúsculo inédito del P. Zenjor, también del siglo pasado.

(2) El primero que penetró en este imperio, después de los misioneros del siglo XIII, fué el Dominico Fr. Gaspar de la Cruz, en 1555.

en los países que acabo de nombrar, sino también en Africa, Mesopotamia, Rusia, las dos Américas, Australia, sin contar las de Holanda, Inglaterra é Irlanda, entre herejes. En el catálogo de los Religiosos hecho el año 1860 aparecen *mil doscientos sesenta y siete misioneros* esparcidos por tierras de infieles, herejes y cismáticos: número que desde aquella fecha creció y crece cada día considerablemente. Bien se puede, por lo tanto, decir con el P. Lacordaire: «Todas las riberas conservan las huellas de su sangre, todos los vientos el eco de su voz. El indio, perseguido como bestia feroz, halla un asilo bajo su blanco escapulario: el negro lleva en la frente el sello de su amoroso beso; el chino y el japonés, separados del resto de la tierra, más por sus costumbres y orgullo que por la distancia, se han sentado para escuchar á esos extranjeros admirables. El Ganges los ha visto comunicar á los parias su sabiduría divina; y las ruinas de Babilonia les han prestado una piedra donde reposar un momento y pensar, mientras enjugaban su frente, en los días antiguos. ¿Qué arenales ó qué bosques les son desconocidos? ¿Qué lengua no han hablado? ¿Qué llaga corporal ó espiritual no han curado?» Verdaderamente *en toda tierra resonó la voz de ellos, y hasta los confines de la tierra su palabra.* (1)

Consecuencia y premio de tantos trabajos apostólicos es el martirio: el martirio con que el Señor, por el camino más corto, lleva los suyos á la pátria: el martirio con que el misionero refrenda su palabra, atrae del cielo misericordias para el país donde espira y fecundiza el campo donde ha sembrado la fé. Por este concepto la Orden Dominicana levanta su frente muy alta, porque

---

(1) *Salmo 18.*

se la ciñó Dios de laureles. Hé aquí dos cifras bien elocuentes: En un Capítulo General celebrado en Valencia se hizo un catálogo de los mártires que la Orden había dado á la Iglesia desde el año 1234 hasta el 1335, en que se celebró aquel Capítulo, y se contaron hasta 13.370. Dos siglos más adelante la cifra subió á 26.000 (1). Y hoy si se contaran las comunidades así de Religiosos como de monjas, martirizadas en masa por los protestantes en Alemania, Inglaterra, Francia, Austria y Hungría; los millares de misioneros que á mano de infieles derramaron su sangre en América, Oceanía, Japón, (2) Tonkin (3) y China; los muertos en Africa y naciones de Oriente; á todos los cuales podríamos añadir los asesinados en odio de la fé por los sicarios de la revolución, ó masonería, en Francia el siglo pasado y más tarde en España y otros pueblos (4): hoy si de todos estos confesores de Cristo, muertos en las tres últimas centurias, fuera fácil hacer un censo, el número total sería sobremanera fabuloso; quizá llegaran á *cincuenta mil!* ¡Cincuenta mil mártires Dominicos!

Aunque imposible de contar la inmensa cohorte de esos Predicadores mártires ó no mártires, porque cubre la tierra mejor que el ejército de Holofernes, no puedo, sin embargo, callar los nombres de aquéllos siquiera que figuran en las avanzadas y se llaman: San Jacinto,

---

(1) P. Feuillet, *Vida de San Luis Bertrán*.—P. André-Marie, *Missions Dominicaines*, etc, T. I.

(2) Sesenta y cuatro de los muertos en este reino están beatificados por Pio IX.

(3) Recientemente, y en solo seis años, desde 1856 hasta 1862, sufrieron allí martirio 39 Dominicos, de ellos cuatro obispos, sin contar los Terciarios de la Orden y cofrades del Rosario que suman 2.000, cuya causa de beatificación sigue adelantada en Roma.

(4) Los últimos son los Profesores de Arcueil, París, martirizados por la *Commune* (1871).

apóstol de Polonia, de Bohemia, de las dos Rusias, de Livonia, de Suecia, de Escocia, de Dinamarca, del archipiélago Griego y de las costas del Asia Menor, hasta Cathay ó China, cuya carrera de más de dos mil leguas dejó sembrada de conventos é iglesias: San Pedro mártir de Verona, azote de los herejes en Italia: el Beato Juan de Vicenza, embajador de Roma, árbitro por su elocuencia de los pueblos, pacificador de discordias, ángel de la Lombardía, resucitador de muertos: el Beato Jordán de Sajonia, *la dama cortesana* (decían) que con sus palabras hechizaba y arrebatava la flor de los estudiantes: el Beato Reginaldo, de cuyos sermones huían los malos por no verse en la precisión de decir: *me ha ganado*: Fr. Ascelino, Fr. Ibo el Bretón, Fr. Francisco de Perusa, Fr. Ricold, misioneros legendarios, sabios orientalistas que atraviesan la Turquía, la Tartaria, salen al encuentro de la aurora y mueren á los veinticinco ó treinta años de vida nómada (1): el venerable Taulero, embeleso al principio, y asombro después, de Colonia y de toda la Alemania: San Vicente Ferrer, *la voz más poderosa que en el mundo jamás se oyó después de los Apóstoles* (2), el ángel misterioso adorado de San Juan en sus visiones apocalípticas (privilegio no oído de ningún santo después de los mismos Apóstoles), taumaturgo sin igual, evangelizador de casi todos los pueblos de España, de Francia, de Italia, de Inglaterra, de Escocia, de Irlanda, de Flandes, de Alemania, de veintinueve reinos diversos, sin nombre y sin rival en la historia (3): el P. Deza, protector

---

(1) P. Fontana, *Monumenta Dominicana*.

(2) Gaume.

(3) Es en la predicación lo que Santo Tomás en la ciencia: el rey. Dios Nuestro Señor se los regaló ambos á nuestro Padre en premio de su celo, para gloria incomparable de su Orden.

del burlado Colón, á quien después de Dios (escribía el inmortal marino) debían los reyes católicos el nuevo mundo; Fr. Domingo de Mendoza; Fr. Pedro de Córdoba, obrador de prodigios; Fr. Vicente Valverde, obispo y mártir; el P. Las Casas, protector célebre de los Indios; San Luis Bertrán, apóstol de la América del Sur, taumaturgo admirable, que á pié descalzo recorrió dos mil leguas y convirtió millares de millares de infieles (1): el P. Salazar, figura interesantísima en las Islas Filipinas; el P. Salvatierra, primer misionero de aquel archipiélago, y el P. Navarrete y compañeros mártires del Japón (2). No fatigaré á mi lector con más nombres de predicadores. Estos están tomados al azar, según han venido á la memoria; pero no puedo omitir al venerable Granada, el predicador del siglo de los predicadores en España; al Beato Posadas, llamado segundo San Vicente Ferrer; al venerable Lanuza, obispo, cuya fama fué tanta que se hizo proverbial en España: *No sabe predicar quien no sabe lanuzar*: al venerable Garcés, misionero santo é infatigable del siglo pasado: y posteriormente al P. Lacordaire, *el nuevo profeta*, según Mons. Quellín, *la voz más elocuente del siglo XIX*, según el mayor orador actual de la Compañía de Je-

---

(1) Apenas descubierta América suplicó el rey Fernando el Católico á la Orden que mandara misioneros, diciendo: "No tendré hora de sosiego hasta que vea predicar el Evangelio á los frailes Dominicos en las islas descubiertas." Ellos fueron los primeros en evangelizar el nuevo continente, según consta de Pizarro, Argensola, Remesal, Acuña y Parra en sus respectivas historias de América.

(2) También en este reino entró un Dominico antes que nadie, martirizado en Lin-Kiú, 1530. (*Anales de la Propagación de la fe*, tomo XXI). San Francisco Javier entró veintidos años después.—Cretineau Joly llama al Bienaventurado Alfonso Navarrete *fanático y aventurero, cuyo celo indiscreto mereció el desprecio y la burla de todos*. La Iglesia le ha decretado solemnemente los honores de Beato, le ha puesto en los altares; luego el fanático, aventurero, indiscreto, *calumnador* y hasta *blasfemo*, es el que hoy repita ese juicio de Cretineau Joly.

sús (1): al P. Tomás Burke, irlandés, *el mejor predicador del mundo*, según Pío IX; y, al presente, el P. Monsabré, en París, cuyas conferencias asombran por la sabiduría más aún que por la elocuencia. (2)

---

(1) P. Félix, *Conf. de Nuestra Señora de París*, 9 de Marzo de 1869.

(2) Aquí tenemos la explicación de un hecho constante y universal, cual es, que las iglesias de los Dominicos, regularmente, son las más grandiosas de cada población.





## VIII

### CARGOS HONROSOS DE LA ORDEN.



Al fundar Santo Domingo su Orden se propuso tres fines: predicar á toda criatura, enseñar en las cátedras públicas, y guardar de cerca la persona y autoridad del papa. Insinuado de qué manera han llenado y llenan los dos primeros fines, diré algo sobre el tercero para redondear el cuadro.

El primer cargo honrosísimo, creado expresamente para el Santo Patriarca por el Pontífice Honorio III y heredado y conservado hasta hoy por sus hijos, es el de Maestro del Sacro Palacio, el teólogo de los teólogos; cuya importancia se comprende fácilmente si se tiene en cuenta que hasta los mismos sucesos y conflictos políticos se reducen frecuentemente para la Iglesia á cuestiones canónicas ó casos de conciencia. El teólogo del papa es el confidente de su poder y el árbitro de las grandes cuestiones que afectan á la cris-

tiandad. En Roma enseña públicamente en el Palacio, cuando el Soberano Pontífice delibera con los cardenales sobre los negocios de la Iglesia. En la Congregación del Santo Oficio, en donde no hay más que Cardenales, tiene su puesto y su voto con el General de la Orden. En marcha precede al Soberano Pontífice, al lado de la Cruz. En la capilla papal se sienta inmediato al papa, en lugar preferente. Sin su permiso no puede ser impreso ningún libro. Ningún discurso puede ser pronunciado delante del Pontífice sin que lo haya visto él. Tiene un ejemplar en la mano, y si el que habla cambia alguna cosa, puede imponerle silencio. Su parecer es estimado de tal modo que cuando él habla, en toda discusión, los demás tienen que callar y dar la cuestión por terminada: ¡timbre muy glorioso de la Orden Dominicana y testimonio irrefragable de la solidez y pureza de su doctrina! (1)

Otra de las dignidades que en Roma se confiere siempre á la Orden es la de Secretario de la Congregación del Índice, fundada por San Pío V. Tiene esta Congregación la misión delicadísima de examinar los libros sospechosos ó tildados de error contra la fé y costumbres, cualquiera que sea su autor, la materia tratada y la lengua en que estén escritos. Encomendar este cargo á una Orden es suponerla universal en las ciencias, universal en las lenguas, perspicua en comprender y recta en definir.

La Inquisición Romana, cuyo Prefecto es el mismo papa, está en gran parte sometida á los Dominicos. El Comisario General es siempre uno de ellos, asistido de dos ó más Secretarios de la Orden: resto único de aquel

---

(1) Véase el P. Justino Miccoviense *Super Litani B. M. Virg.* Titul. ROSA MISTICA.

antiguo Tribunal, gloriosísimo, benignísimo, rectísimo, baluarte firme de la fé católica, salvavida de España, espanto (y con razón) de los impíos antiguos y modernos, como la cruz de los demonios; cuyas alabanzas tejen sin cesar las turbas heréticas, liberales y masónicas, con sus aspavientos, calumnias y horror mortal. Era tan esencialmente dominicano aquel Santo Oficio de la Inquisición, que su escudo es el mismo de la Orden: la flor de lis, símbolo de fé pura; la espada levantada, cual declaración de guerra incesante al error; y la antorcha ardiente, cuyo resplandor disipa tinieblas y descubre males ocultos.

En los grandes concilios desde el siglo XIII hasta hoy, quienes llevaron la palabra y la gloria, por su mayor número y calidad, los Dominicos fueron, al decir de las historias. En el Lateranense IV, congregado por Inocencio III, figura como teólogo el Santo Patriarca.—En el Lugdunense bajo Inocencio IV (1245) se encomienda la defensa del Papado contra el hereje *Des Vignes* al Cardenal Hugo de San Caro y á sus compañeros el Venerable Fr. Andrés de Albalate, primer obispo de Valencia, Confesor de D. Jaime el Conquistador; Fr. Rogerio Calcanio, Inquisidor de Toscana y obispo de Castro; Fr. Raimundo de Fulgoso, arzobispo de Tolosa, con otros muchos arzobispos y obispos de la Orden.—En el Lugdunense bajo Gregorio X (1274) al cual asistieron tres cardenales, treinta y tres obispos y otros muchos más teólogos Dominicos, Fr. Pedro de Tarentaise, después Inocencio V, y Alberto Magno convencen á los Griegos, y el primero bautiza al mismo al rey de los Tártaros. A la Orden encomienda dicho papa la predicación de la cruzada contra los infieles, la propagación del Nombre de Jesús contra los blasfemos y perjuros, y la redacción de los cánones de

aqueel Concilio.—En el Vienense bajo Clemente V (1311) se distinguen en la impugnación de *Begardos* y *Beguinos* dos cardenales nuestros, Fr. Nicolás de Prato y Fray Nicolás de Farinula, con diez obispos, entre ellos Fray Berenguer de Compostela y Fr. Guillermo Duránd, obispo de Moria, quien por orden del papa compuso un libro sobre lo que en el Concilio se había de hacer y definir, al cual se atuvieron casi enteramente los Padres.—En el convento de Londres (1372) celebróse otro Concilio, dispuesto por Gregorio XI, contra los errores de Wiclef, del cual escribía este desechado heresiarca: *Anno Domini 1372, Fratres Prædicatores in suo Concilio Terremotus Londoni generaliter Regnum nostrum intoxicaverunt*. Ruidoso y contundente debió de ser cuando así le llama *terremoto*. Asistieron trece obispos y treinta teólogos de la Orden.—El alma del Concilio de Pisa, mientras fué Concilio, además de ocho arzobispos y obispos Dominicos, lo fué el cardenal Juan Dominici, quien al ver la colisión de los tres crecidos papas, disfrazado y corriendo mil aventuras, se fué al emperador Segismundo pidiéndole que procurase la reunión de un Concilio General donde se pusiera fin á desmembración tan infausta.—Celebróse, en efecto, el Constanciense (1414) con asistencia de dicho cardenal Dominici, caudillo de los Padres y conciliador prudentísimo, y de tres arzobispos, diez y seis obispos y número grande de teólogos, como Fr. Juan de Valladolid, confesor del rey D. Juan II de Castilla; Fr. Santiago Arigano, Maestro del Sacro Palacio, que confundió en la sesión 21 á Jerónimo de Praga y Juan Hus; y Fr. Juan Capreolo, sabio insigne, que tanto trabajó para la elección pacífica de Martino V, con que se dió término al fatal cisma.—En el Florentino, convocado por Eugenio IV (1439), habiéndose presentado para defender

sus errores con no pequeña arrogancia los obispos de Nicea y Éfeso, los Padres latinos escogieron para contestar al desafío dos teólogos de la Orden, Fr. Bartolomé Lapaci y Fr. Juan de Montenegro, quienes á la primera palabra dejaron tan confusos y mudos á los orientales, que Marcos, obispo de Éfeso, murió á los pocos días de vergüenza. Asistieron todos los obispos y dignatarios de la Orden, entre ellos el celeberrimo cardenal Torquemada que mereció del papa el título de *Universal defensor de la fé.*—El hombre del Concilio Lateranense V (1513), fué el gran cardenal Fr. Tomás de Vio *Cayetano*, brazo derecho de la Iglesia Romana y pavor de Lutero.—En el Tridentino, muy sabido es de todos que la palma la llevaron los Dominicos. A ellos se encomendó la corrección del Misal y Breviario romanos, la formación del catálogo ó *Indice* de libros prohibidos, la redacción de los cánones, la confección del Catecismo del Concilio y la lucha contra los principales protestantes. Su número, mayor que el de todas las Ordenes juntas, entre arzobispos, obispos y teólogos, pasa de setenta, cuyos nombres citaré si no escribiera un prólogo (1). Permítaseme tan solo recordar á los españoles Pedro de Soto, Domingo de Soto, Juan Gallo, Melchor Cano, Venerable Carranza, Diego de Chaves, Villagarcía, hombres sobrados por sí solos para celebrar un Concilio y arrollar miles de herejes.—Por último, en el reciente Concilio Vaticano, lejos de quedar la Orden rezagada á causa de las revoluciones, ha ido delante de todas las demás Ordenes y ha presentado una gloriosa falanje de dos cardenales y veinticinco obispos, sin contar los muchos teólogos-consultores; siendo uno

---

(1) Pueden verse en el P. Madalena, *Manual de Dominicos*.—Véase también la obra citada del P. Justino Miccoviense; Título *Rosa Mystica*.

de ellos, Fr. Manuel G. Gil de Zaragoza, unánimemente aclamado como jefe de todos los Padres. «Que hable Santo Tomás,» decían los obispos en las cuestiones árduas, y Santo Tomás era el P. Gil.

Finalmente, por los años de 1825, la Orden pudo contar salidos de sus conventos cuatro papas insignes, setenta cardenales, treinta y tres patriarcas, cuatrocientos setenta arzobispos, dos mil ciento treinta y seis obispos, cuatro presidentes de Concilios Generales, ciento quince legados *a látere*, ochenta y dos nuncios apostólicos, trescientos cincuenta confesores de papas y reyes y un príncipe elector del Sacro Imperio. Los papas se llamaron Inocencio V (1276), pacificador de las repúblicas de Luca, Pisa y Florencia. Se trabaja en su beatificación. Benedicto XI (1303), que cautivó el corazón de los Franceses y puso remedio á los males ocasionados por el soberbio Felipe el Hermoso. La Iglesia le concedió los honores de Beato. San Pío V (1566), sabio, diplomático, organizador de Cruzadas contra turcos, propagador del Santísimo Rosario. Benedicto XIII (1724), papa humildísimo, declarado Venerable.

Tales son los puestos y tal la preponderancia de los Hermanos Predicadores en toda la escala jerárquica de la Iglesia.





## IX

### RAMIFICACIONES, COFRADÍAS Y DEVOCIONES DE LA ORDEN.



vista de los estragos que la herejía armada hacía en el campo católico, violando los derechos de los obispos, demoliendo iglesias, persiguiendo al clero, robando los bienes sagrados, arrastrando turbas incautas ó flacas, Santo Domingo, como el gran guerrero Matatías, dijo: «El que tenga celo de la ley, venga conmigo.» Siguiéronle millares, y formóse una cruzada de valientes que, bajo el nombre de *Milicia de Jesucristo*, salieron al encuentro de los enemigos y los persiguieron sin tregua hasta aniquilarlos. Fué esto por el año de 1209, en la parte meridional de la Francia, donde los herejes dominaban. Ensalzaron esta Orden de militares Inocencio III en su Breve *Habuisse* (28 de Junio de 1210), Honorio III en otros Breves que comienzan *Præsentata*

(22 de Julio de 1220) y *Cum quidam* (7 de Junio de 1221), y Gregorio IX en el suyo *Egrediens* (22 de Diciembre de 1227), quien, por fin, la confirmó solemnemente en su Constitución *Quæ omnium* (24 de Mayo de 1235). De suerte que es la primera de las Órdenes análogas que hoy florecen en la Iglesia. Entraban en ella hombres y mujeres, casados y solteros, comprometiéndose á guardar cierta Regla propia para adquirir la perfección de las virtudes cristianas.

Vencidas y dispersadas las tropas heréticas, no por eso dejó de ser la Orden Tercera Dominicana, sino que llamándose después *Orden de Penitencia*, sin renunciar por eso al glorioso título de *Milicia*, se conservó y conserva floreciente en todas las naciones conocidas, y dió al cielo multitud de Santos de primera calidad, como Santa Catalina de Sena, escritora admirable, embajadora de Roma, pacificadora de la Iglesia, á quien Jesucristo comunicó sus llagas y con ella cambió su corazón (1); tipo completo de *Terciaria Militar*: Santa Rosa de Lima, la primera flor de santidad que la América puso en las manos de Dios; tipo de *Terciaria Penitente*: la Beata Margarita, duquesa de Saboya, espejo de almas heroicas: la Beata Catalina de Raconigi, prodigio perenne de la divina gracia: la Beata Juana, princesa de Portugal, el ángel de la corte y del reino; con otras muchas Santas, Bienaventuradas y Venerables, y gran número de reyes, reinas, príncipes, generales, obispos y altos personajes, cuyas vidas y virtudes están largamente escritas en las crónicas de la Orden. En España se desarrolla hoy con entusiasmo esta institución dominicana, figurando en primera línea la Her-

---

(1) El Venerable Granada dice de ella que *fué el mayor prodigio de las bondades de Dios, después de la Encarnación*. Murió á la edad de 33 años.

mandad de Madrid por su número, calidad de los Terciarios, asiduidad y celo de disciplina religiosa.

»Con la creación de la Orden Tercera, dice el P. Lacordaire, Santo Domingo introdujo la vida monástica en el seno del hogar doméstico, hasta en el mismo lecho conyugal; como por la creación de los Hermanos Predicadores había sacado del desierto las falanges monásticas y armádas de la espada del apóstolado. El mundo se pobló de doncellas, de viudas, de casados, de militares, de toda clase de personas, que en público ostentaban las insignias de una Orden religiosa y observaban sus prácticas en el secreto de sus casas. Se creía que no era ya necesario huir del mundo para elevarse á la imitación de los santos: toda habitación podía ser una celda, y toda casa una tebaida. La historia de esta institución es una de las cosas más bellas que se pueden leer. (1)

Pero tratándose de guerrear, no por un reino, sino por la gloria de Dios y salud de las almas, ni la palabra del orador, ni la espada del soldado obtienen triunfo sin la oración fervorosa y constante. Las manos cruzadas y los ojos en el cielo dan á la espada filo y á la palabra vida; hacen del soldado héroe y del orador apóstol. Oraba Moisés, é Israel triunfaba; rendíase Moisés, é Israel decaía. Mientras sus Terciarios peleaban, y sus Predicadores misionaban, Santo Domingo quiso que no les faltase el auxilio de la oración continua, y fundó la Segunda Orden, *las Monjas dominicas*, nuevos Moisés rogando sin cesar por el triunfo del nuevo Israel. Las encerró en conventos, porque su oración fuese más recogida; las hizo pobres, castas y obedientes, porque la víctima fuera mas propiciatoria; y les impuso

---

(1) *Vida de Santo Domingo*, cap. XVI.

votos solemnes, porque fueran verdaderas Religiosas, es decir, *religadas* á Dios enteramente, perpétuamente, irrevocablemente. El mundo cínico las vitupera, el mundo tibio las compadécé, y ambos preguntan: ¿qué hacen esas mujeres encerradas? ¿Qué hacen? Orar mucho por los que no oran nada; mortificarse por los que se regalan; aplacar la ira de Dios que los cínicos y tibios irritan; sacrificar, nobles hebreas, lo que vosotros adorais, miserables egipcios. Hé ahí lo que hacen.

Tenemos, pues, delante las tres divisiones del gran ejército dominicano: una que pelea con la palabra, los Predicadores; otra con las armas, los Militares; y otra con la oración, las Religiosas.

Santo Domingo pasó áun más allá; quiso hacer el mundo entero dominicano, y lo logró, de hecho, por el Rosario (1). Él y sus hijos lo propagaron por todas las naciones y en todas ellas lograron su profundo arraigo: ¿Qué pueblo hay que no tenga su Virgen del Rosario? ¿Qué familia cristiana que no lo rece? ¿Qué cofradía, qué devoción hay ó hubo nunca tan popular? El Rosario es el canto del peregrino, el suspiro del enfermo, el alivio del atribulado, el himno del guerrero, el ornamento de la Iglesia (2); es la devoción más universal, más sabia, más divina: y es obra de Santo Domingo.

---

(1) Sabido es que los cofrades del Santísimo Rosario, vienen á formar una sola familia con los Dominicos, en virtud de la comunicaci6n mútua de obras buenas.

(2) Los Dominicos, á quienes su Padre dejó este precioso legado, son los únicos que pueden fundar la cofradía del Rosario, el *Rosario Perpétuo* y el *Rosario viviente*. Este último, ideado por una señora francesa en 1826, estuvo por algún tiempo á merced de extraños, por ausencia de los Dominicos; pero Pio IX, en el breve *Quod jure* del 17 de Agosto de 1877, prohibió que sin permiso del Reverendísimo General de los Predicadores se estableciera en lo sucesivo tal Rosario viviente, ni por separado, ni formando parte de otras devociones. Las indulgencias concedidas por Gregorio XVI, Pio IX y León XIII suponen esta condici6n canónica, sin la cual, mientras el papa no exprese lo contrario, son enteramente nulas.

Otra cofradía completamente dominicana es la del Niño Dios, ó del *Santísimo Nombre de Jesús*, encomendada á la Orden por el Papa Gregorio X en el Concilio general de Lyon, año de 1274, contra blasfemos y perjuros, (encomienda significativa) y organizada como asociación por el P. Diaz en Portugal (1432) y más tarde en España por el P. Diego de Vitoria, hombre apostólico que dejó la córte por irse por los pueblos predicando contra el perjurio y blasfemia. Ensalzaron esta cofradía y la enriquecieron de indulgencias muchos Sumos Pontífices, entre ellos Pio IV, Pio V, Gregorio XIII y otros sucesores.

Los Provinciales de la Orden, delegados por el P. General, conceden gustosos las Letras de su fundación á los sacerdotes que quieran establecerla contra las horribles profanaciones, hoy tan comunes, del Nombre Sacratísimo de Dios. La fiesta de la Circuncisión es la principal de la cofradía.

Dominicana es también la *Milicia Angélica*, ó cofradía del Cíngulo de Santo Tomás contra los estragos de la impureza y dominicana en su origen, la cofradía del Santísimo Sacramento, establecida por vez primera en nuestro convento de la Minerva, en Roma, de donde viene el nombre vulgar de *Minervas*, y á la cual están afiliadas las demás cofradías eucarísticas de todo el mundo.

La devoción tan patética del *vía-crucis*, fuera de Jerusalén, se debe al Beato Alvaro de Córdoba, quien al volver de los Santos Lugares colocó en nuestro convento de *Scala Coeli* las estaciones todas de la vía dolorosa que él recorría frecuentemente derramando lágrimas (1).

---

(1) *Brev. O. P.*, día 19 de Febrero.—P. iweins. *L'Ordre des Frères-Prêcheurs*, pág. 61.

El primero en extender y fomentar por la Iglesia universal la devoción al amorosísimo Patriarca San José, fué nuestro P. Isolano, según hace constar Benedicto XIV. Nuestra Orden invocaba en las Letanías el nombre del Esposo de la Virgen y celebraba su fiesta con rito solemne, antes que los papas ordenaran estas dos cosas en toda la Iglesia (1). La primera Congregación de San José se fundó en un convento de la Orden.

La costumbre tan generalizada y laudable de tocar al oscurecer las campanas para recordar á los fieles que hay en otro mundo ánimas que aliviar, fué introducida por un lego de la Orden.

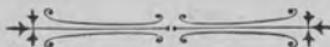
A Santo Domingo, por fin, se debe la práctica de rezar en los sermones el *Avemaría*.

Otras muchas devociones hay cuya fundación ó propagación se debe en gran parte á los Dominicos, como la del Carmen, la de los Dolores, la del Sagrado Corazón de Jesús, la de la Purísima, etc.; pero las omito por no ser totalmente dominicanas. En cuanto á la influencia en las Órdenes Religiosas de seis siglos á esta parte, como son las de los Carmelitas, Mercedarios, Servitas, Jesuitas, Pasionistas, del Corazón de María y otras, ya he dicho lo suficiente en mi libro *Santa Teresa y el P. Bañez* (2).

---

(1) El P. Isolano escribió en 1514 el precioso libro *Suma de los dones de San José*.

(2) Véase el cap. X de este libro impreso en Madrid año de 1882 y puesto á la venta en las librerías católicas de Tejado, Aguado y Olamendi.





## X

### ELOGIOS DE LA ORDEN.



SE reconoce particularmente á esta Orden entre las otras plantaciones del Señor, por la pureza de la vida y por el dón de la sabiduría... Los frailes de esta Orden santa, ilustre, notable y aprobada, se dedican constantemente al estudio de las Santas Escrituras, al perfeccionamiento de las almas, á los oficios divinos y á la oración, y ocupándose ardientemente de la predicación del Evangelio, esparcen por todo el mundo la luz de la doctrina divina... Son hombres experimentados, sapientísimos en las leyes de Dios, eficaces en obras, poderosos en predicación... En todo el mundo sus bocas resuenan como trompetas.... Estos son hombres notables que brillan por una piedad particular, y que, como astros refulgentes en el seno de la Iglesia, enseñan á los mortales el camino de la vida celestial... Son unas redomas de oro llenas de perfumes, que esparcen una

suave fragancia con su santa conversación... La bondad del Eterno Padre los ha escogido especialmente, entre otros muchos consagrados como ellos al culto divino, y los ha deputado para elevar la gloria de su nombre y la salud de los fieles.» (1)

»Deseamos con todo nuestro corazón la prosperidad y la tranquilidad de la Orden de Predicadores y de sus personas, á causa de los frutos copiosos que esta Orden, brillante por la gloria de sus méritos y por la gracia de la santidad que ha producido hasta ahora en el campo de la Iglesia militante con la propagación de la fé ortodoxa, produce, y producirá en lo porvenir, como lo esperamos firmemente; porque extenderá sus ramas de mar á mar y hasta las naciones bárbaras.» (2)

»La Orden de Predicadores ha producido siempre desde su fundación, y produce de día en día, frutos abundantísimos en la Iglesia, para gloria de Dios Todopoderoso y utilidad y adelanto espiritual de la república cristiana.» (3)

»La Orden de Santo Domingo debe asistir á la Iglesia por la doctrina, PORQUE SIEMPRE HA SIDO LA ORDEN DE LA DOCTRINA y de grande socorro para la Iglesia. Esta Orden, que ha producido tantos santos y tantos hombres ilustres de todo género, se ha colocado siempre en primera fila para la defensa de la Iglesia.» (4)

---

(1) Alejandro IV en su Bula *Coelesti ille agricola*.

(2) Sixto IV en la Bula *Mare magnum*.

(3) Clemente VIII en la Bula *Injuncti nobis*.

(4) Pio IX, en sus Letras á los Padres del Capitulo General celebrado en 1862.

Honorio III en la Bula de confirmación de la Orden, dirigida al mismo Santo Domingo, llama á sus Religiosos *futuros atletas de la fé, y verdaderas lumbreras del mundo*.

»De esta Orden, como del caballo de Troya, ó más bien como de una ciudadela fortísima, han salido para destrucción de las fortalezas enemigas, como dice San Pablo, valerosos defensores de la fé, la cual han propagado con sus libros. Es inútil hacer su catálogo, pues por los monumentos de su Orden se ve cuántos grandes prelados, Maestros del Sacro Palacio, confesores de los monarcas de España han salido de ella; cuántos profesores de primera fila en las más célebres Universidades: de suerte que podría creerse que todo esto les sucede por una especie de derecho hereditario. Durante muchos años rara vez se ha encontrado en la república de las letras un nombre famoso en la ciencia sagrada que no fuese discípulo de la familia de Santo Domingo.» (1)

»No me admiro, dice el venerable Palafox, que Santa Teresa se llamase *Dominica in passione*, porque ¿quién no ha de amar y ser, no digo *la Dominica in passione*, sino todas las dominicas del año, venerando á una Religión que es muralla firmísima y maestra universal de la fé, fiscal constante en defensa de la verdad católica contra los herejes, luz de la teología escolástica y dogmática, fuente de toda buena ciencia moral, que desnuda, santa y desasida de todo humano interés, comunica repetidos rayos de enseñanza y de doctrina á las almas? Yo confieso que, abstrayendo que Santo Domingo, aquel apóstol de España, fué prebendado de la santa iglesia de Osma que estoy indignamente sirviendo, sólo por lo que se parecen sus hijos al Santo, deben ser amados, imitados y reverenciados.» (2)

---

(1) El P. Suarez, tomo IV de *Religione*, tratado IX, libro II, cap. VI.

(2) Notas á la carta XVI de Santa Teresa, tomo III, edición de Madrid, 1852.

Tratándose de las bellas artes cultivadas por las Ordenes monásticas, dice Motalembert: »Los Hermanos Predicadores, sobre todo, las han mantenido en su vigor, pureza y fecundidad, y bajo formas nuevas las han hecho llegar al ideal de la belleza trasfigurado por la fé, á aquella perfección encantadora de la gracia, de la nobleza, cuyo tipo se encuentra en la *madona*, tal cual la pintó el Bienaventurado Dominico Juan de Fiésole, por justo sobrenombre el *Angélico*.» (1)

Con esta Orden no temía Juan XXII las herejías (2); porque *es baluarte de la Iglesia, depositaria de la verdad, tabernáculo de Dios santificado por el Espíritu Santo; luminar de las naciones* (3); *sostén de los fieles y luz de los infieles* (4); *brazo derecho de la Iglesia* (5); *la más estable columna de la Iglesia* (6); *el Estado Mayor de la Iglesia militante* (7); LA ORDEN DE LA VERDAD (8).

---

(1) *Monjes de Occidente*, T. VI, cap. V.

(2) *Non timo haereses, isto perdurante Ordine*.

(3) Clemente IV.

(4) Eugenio IV.

(5) Paulo V. Todas estas citas de los Pontífices están tomadas del *Bulario* de la Orden.

(6) El P. Goyeneche, de la Compañía de Jesús, en la censura de la *Historia de la Provincia de España* por el P. Medrano.

(7) El P. Gómez, franciscano, *Sermón de Santo Domingo* predicado en Santiago de Galicia.

(8) Juan XXII.





## XI

### EL LIBRO "VIDAS DE LOS HERMANOS."



EN los Capítulos Generales celebrados el año 1255 en Milán, y el año 1256 en París, dada cuenta de las excursiones apostólicas de los Hermanos por Europa, Africa y pueblos remotísimos de la India, anunciados los martirios de muchos de ellos, desde el año anterior, y hecho llamamiento á los que quisieran marchar á aquellas tierras, el P. General Fr. Humberto de *Romanis*, de consejo de los capitulares, mandó que cuantos fueran testigos presenciales ó de otra suerte sabedores de hechos prodigiosos referentes á la Orden, se los mandaran escritos para formar de los principales como un ramillete que extendido por los conventos sirviera de estímulo á los buenos para adelantar, de escarmiento al ménos fervorosos para volver sobre sí, y de gratitud á todos para amar y servir más á Dios y su inmaculada Madre.

Así se hizo, obedeciendo al General, y dándonos á todos lecciones de no ocultar las obras misericordiosas de Dios, como aconsejaba el arcángel San Rafael á los dos Tobías; pues falta grande es no publicar las mercedes divinas hechas á una Corporación, lo mismo que hacer exhibición de las hechas al individuo: porque lo primero impide la gratitud, la emulación, el orgullo santo, mientras lo segundo nace de soberbia insufrible.

Reunidos muchos pliegos de muchas naciones, el venerable Humberto los remitió á Fr. Gerardo Frachet de Limoges en Aquitania, Prior Provincial de Tolosa, hombre cuerdo y venerable, quien los clasificó y dividió en cinco partes, compilando en la *primera*, los hechos prodigiosos referentes al comienzo y consolidación de la Orden; en la *segunda*, varias maravillas de Nuestro Santo Patriarca; en la *tercera*, los trabajos y sentencias del Maestro Jordán de Sajonia; en la *cuarta*, lo concerniente á los progresos de la Orden; y en la *quinta*, las muertes, penas y gloria de los Hermanos, y los castigos de los apóstatas y licenciados de la Orden.

Así compuesto el libro, le dió por título VIDAS DE LOS HERMANOS (*Vitas fratrum* ó *de Vitis fratrum*) á semejanza de la otra leyenda de los antiguos monjes del yermo intitulada *Vidas de los Padres*. El mencionado General venerable Fr. Humberto leyólo y diólo á leer á muchos Hermanos discretos, y visto que valía mucho para emulación de unos y escarmiento de otros, para admirar con gratitud las misericordias del Señor usadas con la Orden, y para no decaer del espíritu primero de los mayores, hizo sacar copias que se repartieron por los conventos, y se leían como protestas de amor bajadas del cielo y como ejemplo elocuente que á todos daban los antepasados.

De aquel siglo se conservaron hasta la nefanda ex-

claustración de España códices fieles en nuestros conventos de Vitoria y de Segovia (1), que hoy sería inútil rebuscar, pero de los cuales se sacaron otras copias con más ó menos erratas de amanuense, una de las cuales se guarda en la biblioteca de la Universidad de Salamanca, escrita en pergamino y formando un tomo de á folio menor, cubierta de tabla, con la vida, también manuscrita, de Santo Domingo, por Teodorico de Apoldia (2).

A creer al historiador Saravia en sus *Anales de la Orden*, hízose impresión de este libro apenas se inventó la imprenta; pero yo no sé de más ediciones que la de Donai en 1619, y la de Valencia en 1657, hecha ésta por el P. Nicolás Figueras, no en castellano, sino en la misma lengua latina en que fué escrito. Por fin, en *L'Année Dominicaine*, revista de la Orden Tercera de París, se ha comenzado á publicar por partes, y á largos intervalos, una traducción que, según la marcha, tardará muchos años en terminarse. Lo que en Francia corre actualmente es una copia hecha en Roma y autografiada por orden del P. Cormier, siendo Provincial de Tolosa.

Para la presente versión me he servido del MS. de Roma, (á cuya margen van anotadas las variantes de otro códice de Donai), y del MS. de Salamanca que en ocasiones omite párrafos ó frases del romano, y en ocasiones trae hechos que en el otro faltan. Esta edición, la primera que se hace en lengua vulgar, es por lo tanto la más completa de las conocidas. Las va-

---

(1) Este de Segovia lo vió y cita el P. Castillo en el *Prólogo* de su *Historia*.

(2) A la amabilidad del Sr. Esperabé, Rector de dicha Universidad, debo haber podido á mis solas recorrer, examinar detenidamente, comparar este manuscrito con otra copia venida de Roma y notar todas sus variantes.

riantes más sustanciales lo mismo que los párrafos del MS. de Salamanca que no tiene el de Roma, van expresados al pié de la página.

En cuanto á la parte literaria, mi empeño ha sido no alterar un ápice, en mi posibilidad, la sencillez característica y *exquisita* del relato, como dice el P. Lacordaire, la cual es imposible tocar sin desflorarla. Más bien que traducción este trabajo es una versión literal, servil, cuanto lo permite nuestra lengua, en la que he seguido palabra por palabra, y casi el hipérbaton del texto latino: cosa por cierto bastante embarazosa á la pluma. Pero nadie duda que es preferible la connaturalidad á la soltura en relaciones tan venerandas.

Aunque este libro fué hecho y editado antes de la Bula *Sanctissimus* del papa Urbano VIII, debo protestar y protesto que los hechos milagrosos en él referidos no nos merecen más fé que la de hombres probos y temerosos de Dios, algunos de los cuales han sido colocados en los altares. Por lo tanto, la Iglesia Romana no responde de su contenido, porque no lo ha examinado. Es de advertir, sin embargo, que varios de estos hechos han entrado como piezas valederas en los procesos de algunos Santos y Bienaventurados, y se han tenido en cuenta hasta para redactar los oficios que hoy se rezan de esos mismos siervos de Dios, como el Beato Guala, el Beato Jordán de Sajonia, el Beato Reginaldo, el Beato Bertrán y otros de la primera mitad del siglo XIII.

La crítica mordaz quizá se sonría al pasar la vista por esta leyenda. Sea así; pero mírese mucho de calificar de conseja ó fábula cualquiera de los prodigios aquí referidos. Tratándose de hechos sobrenaturales, en cuyo concepto hablan los narradores de las VIDAS DE LOS HERMANOS, el crítico no será capaz de remover una

sola de sus partes si antes no prueba la contradicción intrínseca de los términos, la imposibilidad del prodigio de parte de Dios: ley primaria para juzgar lo sobrenatural. Podrá negar el hecho, si así le parece; pero su posibilidad, de ninguna manera: podrá creer á los relatores ilusos, pero no á Dios impotente.

Sí, pues, cuanto en este libro se refiere es para Dios hacedero, yo lo creo como realmente sucedido; porque las mismas leyes de la más severa crítica me mandan creer á hombres ingénuos, discretos, virtuosos, santos algunos, y testigos presenciales de lo que cuentan, ó confidentes de esos testigos. Yo creo á esos hombres, porque los creía el santo y sabio General Humberto, conocedor de su rectitud y veracidad. Creo que Dios hace á sus siervos las mercedes que aquí se dicen, después que he visto á ese mismo Dios hacer merced de su vida, de su sangre, de su Persona á miserables pecadores, sus enemigos. ¿Qué nos ha de negar, dice San Pablo, el que se nos dió á sí mismo? Yo creo que desde la noche memorable de la Cena, Jesús no nos trata como siervos, sino como amigos. Yo creo, en fin, que desde la mañana de la Resurrección los cristianos somos más que amigos de Jesucristo, hermanos; hijos de un mismo Padre, que está en los cielos. Como Redentor, como Amigo, como Hermano, Jesús se somete afable á las leyes de la amistad y fraternidad, y se abaja á los suyos, se les aparece, los acompaña, los alienta, los reprende, los socorre, los llama, les dá su poder, como buen amigo con su amigo y buen hermano con su hermano. Los que no comprenden esta mansedumbre y familiaridad amorosa del Señor y solo le ven majestuoso en los cielos, ó tronando en los desiertos del Sinaí, creerán indignas de tanta majestad estas comunicaciones de su amor. Quédense enhorabuena con

su imponente Jehová: yo me quedo con mi Dios, niño tierno en un pesebre, artesano modesto en un taller, pastor amante que carga al hombro con sus ovejas; profeta compasivo que parte su pan con las turbas hambrientas, que se deja besar los piés de una pecadora y la defiende contra el crítico fariseo; que conversa familiarmente con la pobre Samaritana y que desde la cruz, espirando, se acuerda de mí y manda á su Madre que me cuide: yo me quedo con este Señor que acaricia á los pequeñuelos, con mi *Emmanuel, Dios con los hombres*, con los cuales conversó, conversa y conversará hasta el fin de los siglos; porque sé que su amor, como su brazo, *no se ha abreviado* hasta ahora.

Este es el Dios adorado de nuestros Hermanos, que se gozaba en pronosticar la Orden y figurar la dignidad y frutos de ella; que hizo grande el alma de Santo Domingo y prodigiosa su predicación; dió á los hijos de él la gracia de los apóstoles, la austeridad de los anacoretas, la contemplación de los extáticos; mandaba ángeles que los guardaran por el camino, los obsequiaran en la agonía, y cantando los acompañaran al cielo. *Hic est Deus, Deus noster in æternum.... ipse reget nos in sæcula. Este Dios es nuestro Dios eternamente, El cuidará de nosotros en los siglos* (1).

Tomad, pues, Hermanos de hoy, *este libro y devoradle* (2): *recordad aquellos días antiguos en que iluminados nuestros Padres lucharon tan gloriosamente* (3) *esperando otros mejores y más permanentes bienes. Observad cuán tierno cuidado puso la Suprema Providencia en engrandecer nuestra Orden, y observándolo confirmaos más*

---

(1) Salmo XLVII, 13.

(2) Apoc. X, 9.

(3) Qebr. X 32

y más en su amor (1) Admiremos la dignidad de la Orden, la gran perfección en que anduvieron aquellos Hermanos; tengámonos por degenerados si no seguimos tal santidad y fervor, y avergoncémonos de nuestra flojedad y negligencia (2).

---

(1) Prólogo de Fr. Gerardo Frachet

(2) Carta del venerable Humberto.

*Palencia, Convento de San Pablo. Fiesta del Santísimo Nombre de Jesús, año de 1885.*





## VIDAS DE LOS HERMANOS

---

Este libro que puede intitularse *Vidas de los Hermanos* (*de vitis fratrum*), fué compilado de las diversas relaciones que muchos Religiosos temerosos de Dios y dignos de toda fé, escribieron á Fr. Humberto, quinto General de nuestra Orden. Consta de cinco partes: la *primera* contiene las cosas pertenecientes al origen de la Orden; la *segunda* refiere muchas cosas de nuestro Pádre Santo Domingo, las cuales no se hallan en su leyenda; la *tercera* trata del Bienaventurado Fr. Jordán, segundo General de la Orden; la *cuarta* del progreso de los Hermanos; la *quinta* de la salida de los Hermanos de este mundo.





## CAPÍTULO I

QUE NUESTRA SEÑORA ALCANZÓ DE SU HIJO LA  
ORDEN DE PREDICADORES.

**S**ABEN muy bien los cristianos que Nuestra Señora la Virgen María es solícita medianera entre su Hijo y el humano linaje, y protectora piadosísima por cuyos ruegos se aplaca la severidad de la divina justicia, para que no perezcan los pecadores ante la cara de Dios, y por cuyas instancias se conceden al mundo grandes mercedes. Llámase por esta causa nube que, interpuesta entre Dios y los hombres, templá las iras del Señor; y llámase también propiciatorio á cuya vista perdona Dios nuestros delitos y derrama los muchos y grandes favores que por su mediación pedimos. Entre éstos es uno principalísimo el haber alcanzado de la misericordia de

Dios, para salud del género humano, nuestra santísima y gloriosísima Orden, según á varios fué revelado.

II. Hubo un monje, antes de la institución de esta Orden, de muy santa vida, arreglada á las leyes de su profesión, el cual hallándose enfermo fué visitado del cielo y arrobado en éxtasis por espacio de tres días y tres noches continuas, sin sentido y sin movimiento alguno. Los monjes que cabe él estaban velando, juzgábanle difunto y se disponían para darle sepultura. Mas hé aquí que pasado aquel largo tiempo, los Religiosos observan que el creído difunto abre los ojos, despierta como de un sueño profundísimo y clava en ellos su vista asombrada. Poseídos de estupor, le miran también ellos y le preguntan qué le había pasado, qué había visto; pero él no respondió otra cosa más que ésta: *He tenido un breve éxtasis*. Breve, decía, y había durado tres días y tres noches. Tan dulcemente se vive gozando de Dios, que tres días parecen un momento y tres siglos un día. Después de algunos años, fundada ya la Orden y diseminados por el mundo los Religiosos, llegaron dos de ellos á aquel país y entraron á predicar en la iglesia donde estaba aquel monje. Al verlos él, quedóse sorprendido como quien se encuentra de inesperada manera con la solución de un misterio que traía atormentado su espíritu. Preguntó con ansiedad quiénes eran aquellos Predicadores de hábito blanco, cuál su misión, su familia religiosa y el nombre de su Orden, y enterado de todo, los llamó aparte después del sermón, y con ellos á varias

otras personas sabias y discretas. Había llegado el momento de comprender las revelaciones de lo alto y descubrir lo que en su pecho llevaba encerrado, y dijo: «No puedo ocultar por más tiempo lo que benignamente plugo á Dios darme á conocer y que hasta el presente he callado, porque lo veo ya todo cumplido. Hace algún tiempo, arrebatado yo fuera de mí mismo por espacio de tres días y tres noches, ví á Nuestra Señora la Virgen María postrada de rodillas los tres días seguidos suplicando á su Hijo que no castigase al mundo, sino que le diese lugar á penitencia. Jesús se negaba y repitió la repulsa durante todo ese tiempo. La Virgen instaba sin cesar pidiendo para los hombres indulgencia, hasta que rendido Jesús, le contestó: «Madre mía, ¿qué más puedo yo hacer por el mundo de lo que hice? Envié Patriarcas, y apenas los atendieron; envié Profetas y apenas se corrigieron; vine después yo mismo en persona, y envié mis Apóstoles, y á mí y á ellos nos dieron muerte. Envié Mártires, Confesores, Doctores y otros muchos, y tampoco se enmendaron. No obstante, por tus ruegos (¿qué podré negarte yo á tí?), enviaré Predicadores representantes de la verdad, por cuyo medio se ilumine el mundo y se arrepienta. Si así lo hacen, me aplacaré; de otra suerte, no queda remedio alguno, tomaré venganza de ellos y los arruinaré.»

III. En confirmación de esta revelación, se añade otro suceso semejante que un anciano y santo monje de la abadía de Buen-Valle, Orden del Cister, diócesis de Viena, refirió á Fr. Hum-

berto, que después fué Maestro general de la Orden de Predicadores. Lo refirió así: Cuando el Santísimo Señor Inocencio III, Papa, mandó doce abades cistercienses contra los herejes de Albi, uno de los abades, que iba acompañado de otro monje, al pasar por cierto sitio, observó que había una gran multitud de hombres y mujeres en derredor de un hombre resucitado dos días después de su muerte. Deseoso de conservar el decoro que á su hábito y á su Orden se debía, mandó el abad á su compañero que pasase adelante y se enterase de la verdad del hecho, y que si era cierto lo que se contaba del hombre resucitado, le preguntase con cautela qué había visto digno de memoria en el otro mundo. Hizolo así el monje, y respondió el resucitado que entre otras cosas había visto á la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, arrodillada, las manos juntas, los ojos derramando lágrimas por espacio de tres días y tres noches, intercediendo por el género humano y diciendo al Divino Hijo: «Gracias te doy, Hijo mío, porque me elegiste por Madre tuya y reina del cielo; pero siento pena muy grande al ver que se condenan la mayor parte de aquellas almas por las cuales tanta pobreza, trabajos y fatigas sufriste. Ruégote, pues, Hijo mío, por tu clemencia, que no se malogre tan inestimable beneficio; que no sea vana tu sangre derramada; que te apiades una vez más de las pobres almas.» A lo cual contestó así el Hijo: «Madre piadosa, ¿qué más pude yo hacer por el mundo y no lo hice? ¿No mandé mis Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Confesores y Doctores de la Iglesia? ¿No

me entregué yo mismo á la muerte por los hombres? ¿Acaso conviene salvar al pecador con el justo y al reo con el inocente? Mi justicia y majestad lo repugnan. Soy misericordioso con los arrepentidos; pero soy justo con los réprobos. Dime tú, dulce Madre, dime qué quieres, y te lo concederé.» «Tú lo sabes, Hijo mío, respondió la Madre; tú lo sabes, que eres sabiduría infinita. Yo no te pido sino que pongas nuevo remedio al pueblo que pelagra.» Así suplicaba y replicaba la Madre de piedad á su Hijo durante tres días continuos. Por último, el día tercero la tomó él por la mano con grande reverencia, la levantó y le dijo: «Ya sé que las almas perecen por falta de Predicadores que les partan el pan de la sagrada doctrina. Accediendo á tus ruegos, enviaré al mundo nuevos nuncios, la Orden de Predicadores, los cuales llamarán al pueblo y lo traerán á las eternas solemnidades, y después cerraremos la puerta á todos los perezosos, vanos y perversos.» Dicho esto, y revestidos los Hermanos Predicadores por el mismo Hijo del hábito que ahora llevan, Hijo y Madre juntamente les echaron su bendición, les dieron la potestad de predicar el reino de Dios y les enviaron por el universo mundo. Cuéntase que el mencionado monje dijo en su monasterio: «Yo no veré á esos mensajeros de la Madre de Dios; pero si su Orden no se levantara después de mi muerte, borraréme de vuestro calendario y no rogueis jamás por mí.» Después que esta visión profética fué referida al Maestro Fr. Humberto, añadió el venerable anciano: «Vosotros mismos sois esos

Predicadores á quienes el hombre resucitado aludia; debeis, pues, creer que vuestra Orden fué instituida á ruegos de la gloriosa Virgen. Perpetuad con toda diligencia tan grande Orden, y venerad tiernamente á la Bienaventurada María, que es su primera autora.

Por estas revelaciones, que una á otra se confirman, se ve claro que se hizo la palabra del Señor y se cumplió velozmente.

IV. Un religioso muy veraz de la Orden de los Menores, socio por largo tiempo del Bienaventurado Francisco, contó á varios de la Orden de Hermanos Predicadores, y uno de éstos á Jordán, Maestro general, que hallándose en Roma el Bienaventurado Domingo, instando al Papa que confirmase su Orden, cerca del año 1215 en que se celebró un Concilio lateranense, vió, estando de noche en oracion, al Señor sentado en su tróno con tres lanzas en la mano á punto de arrojarlas contra el mundo. La Virgen Madre voló hacia él y se postró á sus piés pidiéndole misericordia para los redimidos. Pero el Hijo contestó: «¿No ves cuántas injurias me están haciendo? Yo bien quisiera apiadarme; pero mi justicia no permite que los delitos queden sin castigo.» «Sabes tú muy bien, replicó la Madre, porque nada ignoras, y yo asimismo sé, de qué modo has de reducir los hombres á tu gracia. Tengo un siervo fiel que mandarás por el mundo para que anuncie tu palabra, y lloren las gentes su pecado, y lo detesten, y sólo á tí, Salvador de todos, amen en adelante. Otro siervo tengo además que será su compañero en esa obra de conversión.» «Acepto benigno tu

palabra, contestó el Hijo á la Madre; pero quiero que me presentes esos dos que á tan alto fin están destinados.» Tomando entonces de la mano la Virgen al Bienaventurado Domingo, lo presentó á Jesucristo, el cual dijo: «Cumplirá fielmente lo que esperas.» Y lo mismo hizo con el Bienaventurado Francisco.

Estos dos santos se encontraron á la mañana siguiente, y aunque uno á otro jamás se habían visto, se reconocieron mutuamente por lo que la noche antes se les había revelado, y arrojándose uno á otro, se abrazaron y besaron diciendo: «Seremos para siempre compañeros y hermanos; juntos andaremos, juntos peharemos y nadie podrá con nosotros.» Se contaron la visión tenida; su alma y su corazón fué uno mismo en Cristo Jesús, como lo fué y será, mediante el Señor, en sus hijos para siempre. Amén.





## CAPÍTULO II

QUE ESTA ORDEN FUÉ PREVISTA EN ESPÍRITU Y  
PRONOSTICADA POR MUCHOS.

**E**N el monasterio de *Portas*, de la Orden Cisterciense, diócesis de Lyon, hubo un monje de tan singular santidad, que con razón era de todos llamado Esteban el Santo. El Señor le reveló que aparecería una Orden de predicadores, y asimismo lo contó él á sus hermanos. Y como observase que recibían el anuncio con cierta alegría espiritual, les rogó y encargó que cuando naciere dicha Orden, la tuviesen en gran amor y reverencia. Así lo cumplieron devotísimamente y lo cumplen aún, recibiendo á nuestros Hermanos como ángeles de Dios.

II. En la provincia de Arlés, diócesis de Orange, hubo un Obispo de la Orden Cisterciense, el cual, por su mucha religiosidad, honestidad

de vida y obras virtuosas que en él se veían, era creído de todos santo. Su gracia y fervor en el predicar era tanta, que no solo en su diócesis, sino por toda la provincia de Arlés era singularmente celebrado. Predicando él algunas veces, lleno del espíritu de Dios, aseguró que vendría nuestra Orden, repitiendo estas palabras: «Yo os predico hoy lo que otros, que muy pronto oireis, os predicarán de otra manera, pues tendrán ese oficio y ese nombre.» Viven todavía algunos que le oyeron decir tales cosas.

III. Igualmente profetizó nuestra Orden Santa María de Inés, de la diócesis de Lieja, mujer muy excelente en perfección, de cuya vida admirable escribió una larga y devota leyenda el señor Santiago de Vitriaco, de buena memoria, Cardenal, Obispo tusculano, hombre de gran piedad y sencillez. Asimismo el señor Fulcón, Obispo de Tolosa, de muy religiosa vida y mucha ciencia, en el libro que de la dicha Bienaventurada María compuso, dice que diez años antes de la institución de nuestra Orden, había ella visto en un arrobamiento que visitaría en breve á la Santa Iglesia el Espíritu Santo y la iluminaría por sus Predicadores. Esto y otras cosas de gran gozo lo refirió antes de su muerte á sus confidentes.

IV. En la provincia de Toscana, ciudad de Pisa, vivía cierta mujer admirable, obradora de milagros y cosas inauditas, la cual con entero conocimiento y sano corazón, fué desposada con Cristo y agraciada con un anillo que áun hoy se conserva y muy devotamente se venera en

cierto monasterio, próximo à Pisa. En otro monasterio por ella arreglado, se muestra la mesa en que comió con Cristo. Siete veces visitó el sepulcro de Santiago. Al ir y al volver la acompañaban siempre Nuestro Señor Jesucristo y el Bienaventurado Santiago, según afirman los sabedores de los secretos de su santidad. Era célebre y muy venerada por las diócesis de Luca y de Pisa, singularmente de los monjes de dichos monasterios y de otro cercano à Luca, de gran observancia, los cuales todos la llaman hasta hoy su madre. Llámamla todos *Santa Buena*. Entre las muchas cosas que con espíritu profético predijo, una fué esta nuestra Orden de Predicadores, que en breve había de venir. Vimos nosotros à muchos que la vieron à ella.

V. También el Abad Joaquín, fundador de la Orden de Flora, dejó en sus libros escritas muchas cosas con espíritu profético de esta Orden, y dejó encomendado à sus Religiosos que cuando después de su muerte apareciese, la recibiesen con devoción y reverencia. Así lo hicieron efectivamente, recibiendo en procesión à los primeros Hermanos nuestros que llegaron à su casa.—Igualmente parece haberla pronosticado la Sibila, diciendo de ella cosas muy propias y alabándola en gran manera, como se puede ver en su libro.





### CAPÍTULO III

DE MUCHAS VISIONES QUE SE TUVIERON SOBRE  
VARIAS CASAS DE LA ORDEN

**C**UANDO los frailes de la Orden de Predicadores aceptaron en Bolonia la iglesia del Bienaventurado Nicolàs, un estudiante bien instruido, pero muy dado á las vanidades del mundo, se convirtió con la visión siguiente: Yendo un día al campo, vió levantarse sobre él una tempestad muy grande que le hizo huir despavorido. Se dirigió á cierta casa, pero la halló cerrada. Pulsó y pidió abrigrarse en ella; la dueña de la casa contestó de adentro: «Yo soy la Justicia; esta es mi casa en que habito. Porque tú no eres justo, no entrarás.» Lleno de dolor y miedo, se dirige á otra casa y pide entrada. La dueña contesta: «Yo soy la Verdad; tampoco te recibo, porque la verdad no defiende á quien no la ama.» Vió

una tercera y pidió albergue; pero oyó: «Yo soy la Paz; no hay paz para los impíos, sino para los hombres de buena voluntad. Mis pensamientos son de paz, no de aflicción; pero te doy un útil consejo. Un poco más allá vive mi hermana, que socorre siempre á los desventurados. Llégate á ella y cumple lo que te mande.» Hizolo así; tocó á la otra puerta, y saliéndole al encuentro la Misericordia (así se llamaba la dueña de la casa), le dijo: «Si deseas salvarte de la tempestad inminente, marcha á San Nicolás, donde viven los frailes Predicadores, y allí encontrarás pábulo de Sagrada Escritura, penitencia, humildad, discreción; á María que te iluminará, y á Cristo que te salvará.» Despierta el joven en aquel momento, y recapacitando muy devotamente sobre lo que se le había aconsejado, así lo hizo.—Esto lo contó en el aula el Maestro Alejandro, hombre religioso y veraz, explicando aquellas palabras del Salmo: *La Misericordia y la Verdad se encontraron*, y lo dejó consignado en sus postillas. Fué por largo tiempo profesor de Teología en Bolonia y por último le hicieron Obispo en Inglaterra, de donde era oriundo.

II. Refirió Fr. Rodolfo, varón bueno y temeroso de Dios (capellán de dicha iglesia de San Nicolás, que cedió á la Orden por el amor que la tenía, y en la cual entró él después), que antes de venir los Hermanos á Bolonia, había en aquella ciudad una mujer despreciada del mundo, pero en gran manera devota y querida de Dios, la cual, como orase frecuentemente puesta de rodillas y vuelta hacia una viña que

allí había, y es donde hoy están los Hermanos, y los hombres y las mujeres se riesen de ella como de una fatua, les contestaba: «¡Oh infelices! vosotros sí que sois fatuos. Si supiéseis qué cosas se han de ver y quiénes han de venir aquí, por cierto no haríais eso, pues por los que aquí han de vivir será el mundo entero iluminado.» Por donde se deja entender claramente que aquella mujer santa, inflamada del divino Espíritu, preveía la utilidad de nuestra Orden.

III. Refirió también Fr. Juan de Bolonia que antes de instalarse los frailes Predicadores en aquella ciudad, habían visto los viñadores luminares y grandes resplandores en el sitio que hoy ocupan los Religiosos.

IV. Atestiguó Fr. Latino que yendo cierto día con su padre, hombre bueno y fiel, por cerca del lugar en que hoy residen los Hermanos, le dijo el padre: «Aquí, hijo mío, se oyeron muchas veces cánticos de ángeles, lo cual es pronóstico de grandes sucesos.» «¿Serían quizá voces de hombres que estuviesen jugando, ó de los monjes de San Próculo?» dijo el niño. «No, contestó el padre, que son muy distintas las voces de los hombres de las de los ángeles.» Estas palabras jamás se borraron de la memoria del niño.

V. Cuando se trataba de la traslación de la casa de Strasburgo al magnífico punto donde está, porque el sitio primero, extramuros de la ciudad, no era más que una laguna, tantas y tan grandes dificultades se ofrecían, que la traslación parecía increíble; pero Dios se dignó ma-



nifestar à varias personas de honesta vida que su poderosa mano lo venceria todo para consuelo de los suyos. Entre otras, vió en sueños una noble matrona cubierto de peregrinos el campo que entonces ni en la esperanza tenían los Hermanos, pero que ahora tienen de hecho.

VI. A otra le parecía ver una tal multitud de hermosísimos lirios que cubrían todo aquel campo, y que de una manera repentina se convertían los lirios en frailes Predicadores, los cuales, levantados los ojos al cielo, alababan con acordes y suavísimas voces al Criador de todas las cosas.

VII. Otra, no durmiendo, sino velando y muriendo, predijo tres cosas que sucedieron como las había predicho. Una de ellas fué que, pasados algunos años, poseerían los frailes Predicadores el lugar más elevado de la ciudad. Llamábase ésta Verudadis, mujer famosa por su honestidad y devoción, viuda de un juez de la misma ciudad.

VIII. En Lombardía, antes que los Hermanos tuviesen residencia en la ciudad de Cumas, cierta viuda, grande y poderosa señora, pero afiliada á la herejía, hallándose lejos de la ciudad, vió en una visión que del cielo bajaban muy grandes resplandores sobre el punto más eminente de la ciudad, donde estaba situada la iglesia de San Juan Bautista. Tal deleite le causaba aquella visión, que no había quien la moviese del sitio, aun cuando las otras señoras la apuraban. Llegada la mañana siguiente, vino de la ciudad uno de sus criados, y como le preguntase ella qué había ocurrido, contestó que

nada de particular, á no ser la entrega que de la iglesia de San Juan Bautista se había hecho á los frailes Predicadores. Estupefacta la señora, comprendió el sentido de aquellos resplandores, y se convirtió á la fé.—El Hermano que esto contó, fué confesor de ella.

IX. Asimismo otra gran matrona, de la secta de los herejes, un mes antes de llegar á Cumas los Religiosos, vió la visión siguiente: Vió que en el sitio donde hoy tienen el claústro los Religiosos, había dos grandes vasos, uno lleno de miel y otro lleno de vino. Vió después que unos hombres recién llegados mezclaban en gran cantidad el vino con la miel y la miel con el vino, y á seguida lo propinaban al pueblo. Los que bebían, marchaban luego alegres y muy ligeros. El significado de esta visión la convirtió á la fé, pues entendió que los frailes Predicadores propinarían miel y vino predicando las dulzuras de la divinidad, juntamente con las alegrías de la humanidad, sacando estas cosas de dos grandes vasos, es á saber: el Nuevo y el Antiguo Testamento; por cuya virtud corren los hombres á la penitencia y se llegan presurosos á Dios, como ella misma lo hizo, arrepintiéndose y abrazando la fé católica.

X. Otra cierta matrona, muy gran sierva de Dios y afecta á la Orden de Predicadores, vió en visión brotar una fuente clarísima y grande en el sitio donde hoy está el claústro de los frailes de Cumas, y que de allí descendía regando toda la ciudad, de suerte que muchos corrían á beber de aquella agua. Poco tiempo después

fundaron allí los Hermanos, habiendo en aquel lugar mucha devoción y gran concurso de hombres y mujeres, á donde por ese mucho fervor van descalzas las mujeres, áun en tiempo de nieve, á oír la predicación y la misa. Y no es de omitir que muchos de aquellos Hermanos sintieron en sí la mano pesada del Señor, pudiendo decir: *Aquí está la virtud del Señor Dios, la cual es llamada grande.*—Por los efectos de estas revelaciones claramente aparece (si con cuidado se observa) cuántos son los bienes que al mundo trajo esta Orden, iluminando á los gentiles, extirpando las herejías, convirtiendo á los pecadores, declarando las Divinas Escrituras, arrancando los vicios y plantando las virtudes. Se ve, por fin, muy claramente, que los frailes Predicadores son luminares del cielo, fuentes del paraíso, que enseñan palabras de vida y propinan, para salud de todo el humano linaje, el agua de la verdadera sabiduría.

XI. Estando á punto de morir un aldeano de Montpellier, vió una hermosísima procesión de Religiosos en una huerta que tenía fuera del pueblo, y á los que con él estaban dijo: «Cuidado no los echeis fuera, porque no vienen á dañar, sino á favorecer.» Muerto el aldeano, vinieron nuestros Hermanos é hicieron allí convento, y oyeron contar la visión del moribundo.

XII. Antes de poseer casa nuestros Religiosos en Lisboa, acostumbraban predicar en el sitio donde hoy está hecho el monasterio. Poco antes, unas mujeres que vivían al lado de la iglesia de la Santísima Virgen, situada en el monte,

sobre nuestro monasterio, vieron con los ojos corporales una visión admirable; pues hallándose una noche á la luz de la luna (según es costumbre por el verano) ocupadas en hilar, advirtieron que de repente se abría el cielo y bajaba una escala brillantísima de oro y plata hasta tocar en un árbol, junto al cual prediqué yo muchas veces antes de que tuviésemos convento. Una extremidad de la escala tocaba en el cielo y otra en dicho árbol, que era una higuera. Vieron después bajar tres hombres que lucían vestidos de oro y plata, de los cuales uno parecía subdiácono y traía en las manos una cruz de raro primor; otro parecía diácono, y traía un turíbulo, y el tercero vestía vestidos sacerdotales. Los tres bajaron al suelo e incensaron todo el lugar del monasterio; y hecho esto, por la misma escala volvieron á subir al cielo y retiraron la escala. Mientras esto tenía lugar, arrodilladas las mujeres, no cesaban de adorar al Señor. Lo contaron ellas mismas á nuestros Hermanos, y los Hermanos me lo contaron á mí; pero yo no quería creerlo, hasta que me llevaron á una de ellas, que era viuda de muy santa vida, y me refirió toda la serie de lo ocurrido. Muy en breve yo, que tenía el oficio de prior, construí en aquel sitio un monasterio, con facultad del Capítulo general y del provincial, sirviendo en él los Hermanos al Señor noche y día.

XIII. También contó un vecino honrado de Limoges, que dos veces, en sueños, había visto una brillante procesión de Padres en el mismo

lugar donde hoy moran nuestros Hermanos; y esto antes que los Hermanos viniesen. Él lo refirió à un familiar suyo que después fué Religioso y sacerdote de la Orden, y éste me lo dijo à mí.





## CAPÍTULO IV

DEL ESPECIAL CUIDADO QUE DIOS TIENE DE LOS  
HERMANOS.

**C**ONTÓ el mencionado Fr. Rodulfo que, cuando la Orden de Predicadores era aún como pequeña grey y como tierno plantío, se había levantado entre los Hermanos una tan grave tentación, que á varios de ellos dejó sumergidos *en la pusilanimidad de espíritu y en la tempestad*. Muchos andaban ya discurriendo á qué Orden se trasladarían, porque creían (y esta era la causa de la inquietud) que la nuestra, nueva entonces y no muy consolidada á su parecer, podría ser destruida. Habían ocasionado esta conmoción dos Hermanos de los mayores, Fr. Teobaldo Senense y Fray Nicolás Campano, los cuales, creyendo que no prosperaba la Orden tanto como era su deseo, habían impetrado licencia para pasar á un monasterio cisterciense. Diérasela el Sr. Ugo, Obispo de Ostia, Legado apostólico á la sazón en Lom-

bardía, y después Papa, bajo el nombre de Gregorio IX. Cuando el Maestro Reginaldo (1), Vicario del Bienaventurado Patriarca, vió las Letras que le presentaron los dos Religiosos, convocó la comunidad, y lleno de tristeza en gran manera expuso lo que ocurría. Lloraban todos por ver que los dejaban los Hermanos mayores, los que más lustre podrían dar á la naciente familia. El Maestro Reginaldo levantó sus tristes ojos al cielo y comenzó á hablar con Dios, en quien tenía toda su confianza. Mientras tanto, Fr. Claro, varón justo y erudito que en el siglo había sido Profesor de Artes liberales, y en el Derecho canónico y civil muy instruido, hombre de gran autoridad, Prior Provincial después de la Provincia romana, y por último Penitenciario y Capellán del Sumo Pontífice, hablaba á los Hermanos, y con muchas razones y de mil maneras procuraba alentarlos. No bien había terminado su plática, cuando hé aquí que se les presenta el Maestro Rolando de Cremona, profesor en Bolonia, célebre en toda la Lombardía por sus conocimientos de física, el cual fué después el primero de los nuestros que enseñó Teología en París. Movidó del espíritu de Dios, solo, á medio vestir, cual un tráfuga vergonzoso del mundo, como un ébrio de espíritu, toca á la puerta, entra, y sin más palabras ni rodeos pide ser admitido en la Orden; cosa tanto más sorprendente cuanto que, rogado antes de muchos Hermanos, se había negado constantemente á sus exhortaciones. El Maestro Reginaldo, ena-

---

(1) Hoy beatificado por Pío IX.

jenado de alegría, sin esperar que trajesen un hábito, se quita su propio capuz y se lo viste al noble postulante. Fr. Guala, que entonces era sacristán (1), toca una pequeña campana que había costado solo 20 sueldos imperiales; los Hermanos, aunque embargados por el llanto y la sobreabundancia del gozo, cantan *Veni Creator Spiritus* (que ya por aquel tiempo se acostumbraba;) el pueblo afluye en tropel, hombres, mujeres y estudiantes creen ser ilusión lo que están presenciando; la ciudad entera se conmueve y asombra. En el convento reina la alegría, se reanima la devoción, cántanse alabanzas á Dios, y la tentación pasada se desvanece por completo. Entonces se confunden los dos que se proponían marchar, confiesan en medio de todos su culpa llorando, rompen las Letras obtenidas y prometen para siempre perseverar en la Orden. A la noche siguiente el dicho Fr. Rodulfo, cuya pena había sido grande con la referida perturbación de los Hermanos, fué de Dios consolado con la visión siguiente: Creyó ver á Jesucristo acompañado de la Bienaventurada Virgen María y el Bienaventurado Nicolás; que este Santo, para consolarle, le llamaba á sí, y poniéndole la mano sobre la cabeza, le decía: «No temas, hermano, que todo acaecerá prósperamente para tí y tu Orden, porque cuida Dios de vosotros.» Y levantando el Religioso su vista, vió una gran nave que pasaba cerca, y en la cual iban Hermanos en número incalculable, y le dijo el Santo: «¿Ves

---

(1) Fué después Legado de Gregorio IX y Obispo de Brescia. Le beatificó Pío IX.

esto? No temas, te repito; son tantos que llenarán el mundo.» Consolóse mucho Fr. Rodulfo previendo el incremento y estabilidad de su Orden, y aseguraba después que todo había sido más próspero para los Hermanos desde aquel día.

II. Refirió el mismo Hermano que en Bolonia, no hallando el enfermero nada de vino en la vasija con que atender á los enfermos, se fué muy desconsolado á contarle á los demás Religiosos (los sanos apenas bebían sino agua.) Acostumbraba en estos casos el Bienaventurado Domingo, que allí estaba, recurrir á la oración, él mismo ó el hermano que avisaba de la falta, ó los dos juntamente. Hizolo así el enfermero, y poco después, como le mandase Fr. Ventura, Prior del convento, que volviese á mirar si había vino, siquiera para aquella ocasión, se fué el enfermero y halló la vasija llena hasta el borde. Glorificaron y alabaron todos á Dios, que así cuida de sus siervos.

III. Dijo también Fr. Teodorico de Auxerre, de santa memoria, Provincial que fué en Francia, que no teniendo un día qué dar á los sanos ni á los enfermos, hallándose además la casa de París, donde entonces era Prior, cargada de deudas, y diciendo el Procurador que eran necesarias por lo menos 100 libras; mientras en esto pensaba ansioso, tocó á la puerta un cierto mercader que llamó al mismo Prior y le dijo: «En Grecia murió don Fulano, que os dejó estas 100 libras; tomadlas y rogad por él.» Recibiolas dando gracias á Dios, y con ellas socorrió la necesidad de los Religiosos.

IV. Una señora Condesa que vivía en un castillo llamado *Angularia*, próximo á Roma, matrona muy afecta á la Orden, contó de propia boca al Prior de Viterbo que, estando ella en el castillo de *Crapúlica*, cerca de Sutri, en el camino que lleva á la ciudad, habían llegado pidiendo limosna, según costumbre, dos Religiosos conversos, Fr. Raimundo de Civitavechia y Fr. Domingo de Viterbo, á los cuales mandó dar una cantidad de harina que ella misma con sus manos midió. Recibiéronla los Hermanos alegremente por la devoción de la Condesa; ausente ella, pasaron la harina del saco donde estaba al que ellos llevaban, y á la mañana siguiente volvieron con ella al convento, llenos de gozo, porque era grande la pobreza en que vivían. Mas yendo por casualidad poco después la Condesa al lugar donde estaba la harina, halló su saco lleno como antes, cosa con que se indignó en gran manera contra los conversos, tratándolos de soberbios porque habían despreciado la harina, sin duda por parecerles poca. Pasados pocos días, volvió por allí uno de ellos, al cual con duras y ásperas palabras le reprendió no poco, preguntándole por qué no había querido llevar la harina. El Hermano queda admirado y resentido de tan amargas palabras; pero las sufre con paciencia, y asegura que era verdad que la había recogido. ¿Cómo es posible, replica la Condesa, si hallé yo misma mi saco lleno? El Hermano insiste con sincera firmeza asegurando el hecho; ella se irrita cada vez más, pero por fin cree á la palabra jurada del converso y comprende que por los méritos

de la Orden había hecho Dios aquel milagro. Para más afirmarse en que aquello era cosa prodigiosa, mandó llamar á todos sus criados y doncellas y les preguntó si alguien había traído harina aquella mañana, á lo que contestaron que nadie. Por donde debemos creer que Aquel que en tiempo de Elías profeta conservó sin disminución el cántaro de harina, el mismo, para conservar y aumentar la devoción y piedad de la Condesa, llenó de nuevo el saco de otra nueva harina por virtud omnipotente. Oyó dicho Prior al nombrado Fr. Domingo referir este milagro lo mismo que la Condesa se lo había referido.

V. En otra ocasión llegó á hospedarse en el mencionado castillo de *Crapálica* Fr. Juan de Columna, Prior provincial de la Provincia romana y después Arzobispo de Mesina, alegrándose no poco la Condesa de verse con tal huésped honrada. Y como ella quisiera sacar dinero de un arca con que comprar cosas para la cena, el demonio, y no otro, enemigo de la hospitalidad, lo enredó de tal manera que no le fué posible á la piadosa señora encontrar la llave. Tomó entonces otra llave en extremo pequeña é inepta para un cerrojo como el del arca; tentó abrir con ella, y en efecto, se abrió el arca, de donde sacó el talento ó moneda con que pudo procurar lo necesario para el huésped y sus compañeros. Puédesse creer piadosamente que la abrió, no aquella llave enteramente inútil, sino Aquel que cierra y nadie abre, abre y nadie cierra; tanto más, cuanto que ni antes ni después se pudo nunca abrir el arca con semejante llave.

VI. Contó Fr. Enrique Teutónico que al principio de la Orden caminaban un día dos Hermanos en ayunas, siendo ya media tarde, y como uno á otro se preguntasen dónde podrían comer en un país pobre y desconocido, se les presentó de repente un gallardo hombre de hábito de peregrino, el cual les dijo: «¿Qué es eso que venís tratando, hombres de poca fé? Buscad ante todo el reino de Dios, y nada os faltará. Confiásteis en Dios hasta el punto de abandonarlo todo por Él, y temeis ahora que Él os abandone á vosotros dejándoos muertos de hambre? Esta será la señal; pasareis este campo, y en el valle siguiente encontrareis un pequeño vecindario, y en entrando en la iglesia, os invitará el sacerdote; enseguida vendrá un militar que con gran empeño querrá llevaros, y durante este piadoso altercado llegará el Patrono de la iglesia, que os atenderá muy generosamente á vosotros, al sacerdote y al militar. Esperad siempre en el Señor, y haced que con este ejemplo esperen también vuestros Hermanos.» Dicho esto, repentinamente desapareció, y tal cual lo dijo así acaeció á los Religiosos. Contáronlo todo, cuando volvieron á París, á Fray Enrique y otros pocos que allí había viviendo en suma pobreza.

VII. Los hermanos *Masticenenses* padecían los primeros días de su fundación tantas y tan graves tribulaciones, causadas por Guillermo de Saint-Amour, que su vida era en extremo pobre, abatida y amarga. Apenábalos singularmente el no poder pagar las grandes deudas con que estaban agravados. En tan triste situación, vió

en sueños un Religioso de gran santidad y antiguo en la Orden al Rey de Francia y al señor Ugo, Cardenal, tratando en un ángulo del dormitorio de la manera de socorrer aquella casa. Y así fué que á los pocos días el uno de Italia y el otro de Francia mandaron 200 libras de limosna á los Hermanos, con que pagaron todas las deudas; de allí en adelante todo les fué prósperamente, sucediendo á la pena el consuelo.

VIII. Contó Fr. Bernardo, Prior de Auxerre, que hallándose en un principio aquella comunidad muy necesitada, sin auxilio de nadie ni siquiera esperanza de él, acudió al Señor pidiéndole devotamente ayuda. Y hé aquí que al poco tiempo entró en la Orden un canónigo de aquella ciudad, hombre de mucha autoridad y rico en gran manera, con cuyos bienes, que consigo llevó, se socorrieron las anteriores necesidades de los Hermanos.

IX. En San Galgano, país de Toscana, cerca de Sena, hubo un monje cisterciense, por nombre Fr. Santiago, de gran sencillez, gracia y fama, por cuya razón era frecuentemente llamado á la corte romana. Contábanse de él cosas grandes y maravillosas de visiones y apariciones del Señor, especialmente cuando celebraba la Santa Misa. Tenía por el fruto de la predicación una especial devoción y amor ferviente á nuestra Orden, diciendo repetidas veces que deseaba grandemente que todos los buenos clérigos del mundo y los que estaban en su Orden, estuviesen en la nuestra para obtener mejor fruto con la palabra de Dios. Rogáronle dos Hermanos llegados á San Galgano

que compusiera una oración propia para nuestra Orden; y como á la noche siguiente pidiese á Dios con más fervor y ahinco de lo acostumbrado que se dignara revelarle el modo de orar que mejor conviniese á la Orden de Predicadores, le fué contestado y revelado que en la Misa dijese las tres siguientes oraciones, escritas por el mismo Jesucristo, que le dijo al entregárselas: «Toma, Fr. Santiago, estas oraciones, y ruega pronto por los Predicadores.»

ORACIÓN.—*Ilumina, Señor, con la gracia del Espíritu Santo los corazones de tus siervos; dáles hablar con fuego; y aumenta la virtud de los que predicán tu palabra. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.*

SECRETATA.—*Da, Señor, á tus siervos palabra graciosa, y santificando los dones ofrecidos, visita, te rogamos, con tu virtud sus corazones. Por Nuestro Señor, etc.*

POSTCOMMUNIO.—*Conserva, Señor, á tus siervos después de haber recibido el cuerpo y la sangre de tu Unigénito, y á los que anuncian tu palabra, dáles abundancia de gracias. Por el mismo Nuestro Señor, etc.*

El Papa aprobó estas oraciones y concedió que se dijesen en la Misa (1).

X. Dos Hermanos nuestros de la casa de Magdeburgo, en Alemania, enviados por su Prior á Coblenz, después de haber pasado la noche en un pueblo llamado *Langele*, continuaron por la mañana su marcha, sin saber el verdadero camino y sin hallar persona á quien

---

(1) Rézanse aún hoy en la Misa de la Vigilia de Epifanía.

preguntar. Sentáronse pensando qué harían, y levantando los ojos el mayor de ellos vió por el aire volando un milano, al cual llamó y le dijo: «Por la virtud del nombre de Jesucristo te mando nos digas qué camino hemos de tomar.» Y á la manera que la calandria, después de cantar en las alturas, velozmente baja á la tierra, así inmediatamente descendió el milano hasta cerca del suelo, y adelantándose un poco á los Hermanos en el camino donde estaban sentados torció luego á la derecha enseñándoles el camino verdadero que ellos no veían á causa de la mies que era alta. «Vamos por allí, dijo entonces el más viejo al otro; aquél es nuestro camino.» Y así fué. Atribuyó esto, no á sí, sino á la virtud del nombre de Jesucristo que tiene especial cuidado de sus Religiosos.

XI. Un Hermano del convento de Nápoles que se veía muy tentado á salir de la órden, creyó ver en una visión que se hallaba en el coro con muchos Hermanos vestidos todos de vestiduras blancas cantando como ellos en voz alta aquel responsorio: *No me abandones, Padre santo; Noli me derelinquere, Pater sancte, etcétera.* A lo cual le fué contestado: «No te abandono yo, hijo mío: si de veras me amas no desistas de lo comenzado.» Despertó en seguida el Hermano lleno de consuelo, resuelto á no salir jamás de la Orden.

XII. Al Religioso y venerable varon señor Eberardo, abad de Salemannes de la órden del Cister, diócesis de Constanza en Alemania, cuando aun era nueva nuestra Orden, se le

apareció una noche en sueños Cristo Señor diciéndole: «Mañana te mandaré mis caballos y tú me los herrarás.» Después de despierto comenzó á discurrir consigo mismo sobre aquella visión y pensar cuáles serían los caballos del Señor que con tanto empeño se le había mandado herrar; mas no pudo en todo el día averiguar el significado. Al día siguiente llegaron á aquella abadía Fr. Juan, de buena memoria, que después fué obispo y por último Maestro general de los Frailes Predicadores (1), y con él Fray Enrique de Turingia. Al verlos dicho abad, que nunca había visto semejante hábito, comenzó con reverencia á preguntar cuál era su profesión y qué buscaban recorriendo el mundo con su libro, su báculo y su variado hábito. A todo contestó Fr. Juan explicando cada cosa de por sí, la institución de la Orden, la causa de esta institución y el modo de vivir en la Orden, según la profecía de Zacarías Profeta, mostrando que á la manera de los caballos de la carroza del Señor, de distintos colores y fuertes, estaban dispuestos á recorrer el orbe; y que nada más había permitido el Señor á los Predicadores que el báculo, esto es, su cruz que ellos predicaban, y la Virgen Madre en que depositaban su amor y esperanza. Oido esto, se arrojó el abad devotamente á sus piés y besándoselos, dijo: «Luego

---

(1) Fué elegido en 1241 y obligado por Gregorio IX á que aceptase el Generalato demitido el año anterior por San Raimundo, Hombre de extraordinaria virtud, ilustre en milagros antes y después de su muerte. Fué el cuarto General de la Orden.

sois vosotros los caballos fuertes del Señor que Él me había prometido.» Y al instante, lavados sus piés, introdujo á los Hermanos en el monasterio, henchido él de gozo, é hizo traerles nuevo calzado, según le había significado el Señor, y otros vestidos y cuanto les hacía falta, siendo hasta morir gran amador y bienhechor de la Orden.

XIII. Celebrando misa mayor en Roma el Prior Provincial de los Frailes Predicadores, en el dia de la Santa Resurrección con asistencia de los Hermanos, contó un devoto varón que había visto cuatro hermosísimos jóvenes colocados á los ángulos del altar, los cuales tuvieron estendido un blanquísimo mantel sobre el altar y los ministros mientras duró la comunión de todos.

XIV. En el mismo convento hubo un novicio muy fervoroso que orando una noche al pié de la cama mientras los demás descansaban, oyó de repente un ruido como de personas que andaban por el dormitorio: y levantando los ojos vió, en efecto, á tres en hábito de Religiosos, uno de los cuales llevaba una cruz, otro una calderilla de agua bendita y el tercero un hisopo con que rociaba una por una todas las celdas. Creyendo el novicio que sería el Prior el que rociaba el dormitorio, se echó inmediatamente en la cama y se cubrió bien para que se le creyese descansando como los demás. Llegaron al poco los tres y rociaron su cama lo mismo que las de los otros. Y dijo uno de ellos á otro: «De este dormitorio los expelemos nosotros, de las demás oficinas quién los expelerá?» Y le contestó: «Hay otros muchos enviados por

el Señor que recorren y circundan las otras dependencias expeliendo de allí á los enemigos.» Y dicho esto se fueron. Hasta pasados muchos meses nada dijo de esto el novicio; creía que habia sido el Prior con los sirvientes. Mas observando por largo tiempo que no volvían á hacer lo mismo, lo reveló á su Maestro, por orden del cual lo contó después á otros muchos Hermanos por todas partes.

XV. Un Hermano muy religioso (por cuya relación lo sabemos) fué enviado con otro mayor por el Prior de Roma á predicar á la diócesis de Frascati. Habiendo llegado á un pueblo llamado Columna, los condujeron ya tarde á una posada toda llena de gente rústica. Allí comenzó á considerar la pobreza y trabajos y aspereza de la Orden y las miserias que muchas veces padecen los que andan por fuera, con cuya consideración decayó de ánimo, y lleno de gran dolor y derramando lágrimas se acostó en una dura, estrecha y pobre cama. Pero el Señor Jesús se le apareció en sueños diciéndole: «Levántate, Hermano, y oye lo que te voy á decir.» Levantóse temblando y vió que detrás de Cristo estaba un Religioso con báculo en la mano, en la actitud de un Hermano que va de viaje. (Era uno que habia entrado aquel año en la Orden y á quien habia dejado sano en Roma cuando salieron.) Dijole entonces el Señor Jesucristo: «Á éste he tomado de vuestro convento y le llevo conmigo: mas tú vivirás largo tiempo y padecerás por mí muchos trabajos. Ten ánimo y consuélate en lo que padecieres, porque vendré yo otra vez, y á tí, como á éste, llevaré en mi

compañía.» Y en diciendo esto se alejó con gran esplendor llevándose al novicio. Contó todo esto al otro Hermano, y cuando llegaron al convento hallaron que aquel mismo día de la visión había efectivamente fallecido dicho novicio con devoción grande.

XVI. Dos Hermanos del convento de Wurtzburgo en Alemania, Sifrido y Conrado, habiendo salido cierto día à predicar, llegaron à un caudaloso río en cuya orilla opuesta había una barca sin barquero, y más allà vieron multitud de gente que iba à la iglesia por ser allí día festivo. Deseosos de predicar la palabra de Dios al pueblo y no hallando al mismo tiempo quien los pasase, dijo Fr. Sifrido à la barca: «Ven acá, navecilla, en nombre de Jesucristo à quien deseamos predicar; ven acá.» Y obedeciendo ella à Cristo, por la palabra del Hermano, atravesó por sí sola el río en línea recta, à pesar de que era muy impetuosa la corriente, hasta pararse donde ellos estaban. Entraron en ella, pero no hallaron remo ni instrumento alguno con que moverla, cuando hé aquí que ven venir saltando por la pendiente sierra una niña como de ocho años que traía un remo y les dijo: «Hermanos, quereis pasar?—Queremos,» respondieron: y entrando la niña en la barca, con el remo que del cuello traía pendiente, en un momento los trasportó. Cuando llegaron à tierra, la niña se desvaneció: admirados los Hermanos rindieron gracias à Dios y entrando en la villa predicaron al sediento pueblo la palabra del Señor.

XVII. Un día que Fr. Rolando Cremonense,

Maestro en Teología, de quien ya hablamos, padecía terribles contorsiones en una rodilla, lo mismo que si con garfios de hierro le arrancasen los nervios del cuerpo, clamó en alta voz diciendo: «¡Dios mio! dónde está la palabra de tu Apóstol que dijo: *Fiel es Dios que no permitirá que seais tentados más de lo que podeis?* Yo desfallezco; no puedo sufrir más.» Lo mismo fué decir esto cesó el dolor, como lo contó dicho Padre al Maestro General de la Orden.





## CAPÍTULO V

QUE NUESTRA SEÑORA AMA Y PROTEJE CON ESPECIAL  
AFECTO Á NUESTRA ORDEN.

**H**UBO al principio de la Orden un Hermano que turbado sobremanera en su humildad porque le mandaban ir á convertir los infieles Cumanos (1) subió á donde estaba un ermitaño, muy familiar suyo, de gran candor y sencillez de vida y amigo de Dios, exponiéndole la causa de su turbación y rogándole humildemente que pidiese á Dios por él. Se lo prometió así el ermitaño, como hombre piadoso y santo, y á la noche siguiente, cuando con mucho fervor oraba á Dios por el Hermano, consolóle el Cielo con esta visión: Vió un gran rio y sobre el rio un puente por el

---

(1) Pueblos del Asia Menor.

cual muy alegremente pasaban los Religiosos de otras Ordenes; pero uno por uno. Vió luego pasar á los Hermanos Predicadores, no por el puente, sino nadando por medio del rio, cada uno de los cuales arrastraba en pos de sí un carro lleno de hombres. Y como algunos de los Hermanos se fatigasen, por el demasiado trabajo, en arrastrar el carro, vió el mismo ermitaño á la Bienaventurada Virgen que les extendía su mano benigna, con cuyo favor pasaban felizmente. Después del tránsito del rio los veía llenos de inefable gozo en compañía de los salvados por ellos, descansando todos en lugares amenísimos. Contó al Hermano esta visión que le inspiró aliento en gran manera, cumpliendo él después muy devoto y contento la obediencia impuesta, porque conoció manifiestamente que á nuestros Religiosos, más que á los de otras Ordenes que se salvan sólo á sí mismos, les estaban reservados más grandes y graves trabajos, pero fructuosos para sí y los demás, y llenos de inefable consuelo; porque en todos ellos tenían á Nuestra Señora que muy singularmente los protegía.

II. Un Hermano llamado Fr. Juan Anglico, á quien se le había dado una comisión muy penosa y expuesta á peligros, acudió á Nuestra Señora entregándose en sus manos totalmente. Al instante, según él con gran instancia y fervor estaba orando, se le apareció la Madre de Misericordia y le dijo: «No temas, Hermano; cumple con valor lo que te han mandado: muy en breve tu cargo, que hoy te agrava, será para tí mérito y corona.»

III. Contó otro Hermano por su honestidad de vida muy digno de fe, que á los primeros días de haber entrado en la Orden se vió tan contrariado en su complexión y hábitos que iba consumiéndose de hambre y otras privaciones, y ni dormir podía por temor de la dureza de la cama. Compadecido de su decaimiento el P. Prior le mandó fuera del convento con un predicador por ver si con esto le daba algún alivio. Rendido el novicio de caminar más de lo acostumbrado y otros trabajos, casi desmayado de ánimo, clamó llorando: «Oh Virgen Beatísima! por servirte á tí y á tu Hijo sabes que entré en esta Orden, y ya ves que en el mismo principio desfallezco. Dame, Señora, fuerza con que pueda seguir á este Hermano y perseverar en la Orden.» Y al momento se sintió como penetrado de un rocío suavísimo, y levantándose ligeramente corrió en pos del Hermano, y desde entonces, sano y fuerte y alegre, aquellas mismas cosas que antes ni ver podía, con gran gusto y espontaneidad por el amor del cielo soportadas, y robustecido por los méritos de la Bienaventurada Virgen continuó y concluyó gozosamente su carrera.

IV. Hubo en Lombardia cierta mujer que pasaba una vida solitaria, devota en extremo de Nuestra Señora, la cual como oyese de la aparición de una nueva Orden que se decía Orden de Hermanos Predicadores, con las muchas y grandes cosas que de ella se contaban, tanto de su predicación ferviente como de su vida laudable, entró en gran deseo de ver algunos de aquellos Hermanos. Sucedió, pues, que pasasen por allí dos que andaban predicando, uno de

los cuales se llamaba Fr. Pablo, hombre de mucha perfección y fervor, especialmente en la predicación en que era sobre toda ponderación gracioso, por quien Dios había hecho mucho fruto en diversas partes, y que no había perdido, según se dice, la pureza de alma y de cuerpo. Encontrando por casualidad estos Hermanos à la mencionada mujer y dirigiéndole algunas palabras sobre cosas de espíritu, (según acostumbra los Hermanos), preguntóles ella à qué Orden pertenecían, y como le contestasen que à la de los Hermanos Predicadores, toda su anterior devoción cayó por tierra, creyendo absolutamente lo contrario de lo que sobre esta Orden le habían dicho. Al verlos jóvenes (habían hecho recientemente la rasura) y elegantes de figura y estremadamente hermosos en tan decente y vistosisimo hábito, los despreció en su corazón diciendo: «Cómo es posible que andando por el mundo puedan éstos vivir continentes?» Se había figurado ella, antes de verlos, que nuestros Hermanos eran unos hombres barbudos, de áspero y duro talante, como salidos del desierto. Cerró, pues, la ventana y se retiró por no verlos. A la noche siguiente se le apareció la Virgen, pero turbado el rostro; y con gran dureza la increpò diciéndole: «Me ofendiste ayer gravemente.» Temiendo y temblando, por más que se creía inocente, respondió la mujer: «No sé, Señora, qué pude decir, ó hacer, ó pensar con que tan gravemente os ofendiese, si no es el mal juicio que de los Religiosos formé.—Hé ahí la grave ofensa que me hiciste, dijo la Virgen. ¿Piensas tú que no sé yo guardar à los jóvenes

mis devotos que por el bien de las almas recorren el mundo? Pues para que veas cómo recibí yo á esos que tú despreciaste y á toda su Orden bajo mi especial tutela, mira:» y abriendo y extendiendo las dos alas de su manto le mostró una gran multitud de Hermanos y entre éstos á los dos mencionados que estaban en su regazo. «¿Ves ahora, le dijo, cómo los guardo?» Postróse entonces la mujer con gran temor delante de la Virgen y con muchas lágrimas le pidió perdón, amando después con toda su alma hasta morir á la Orden y aquellos Hermanos.

V. El año en que el Maestro Raimundo de Peñafort hizo dimisión del Generalato, Fr. Nicolàs de Lausana, Subprior del convento de París, para exhortar á los Hermanos á que rezasen con gran devoción el oficio de Nuestra Señora la Virgen María, contóles en el Capítulo este ejemplo: «Un Religioso, dijo, de cierta Orden, muy respetable entre las demás Órdenes, de muchos años de profesión, literato y famoso y devoto de la Bienaventurada Virgen, pedía en todas sus oraciones á esta Señora que se dignase enseñarle de qué manera le serviría más á su gusto. Reduplicaba de día en día con mayor fervor estas súplicas, hasta que una vez, estando en el oratorio de sus Hermanos, al levantar su cabeza después de copiosas lágrimas, vió sentada ante el altar á la misma Virgen y á su lado un Religioso con capa negra en actitud de uno que se confiesa, como acostumbra nuestros Hermanos. Alegróse sobremanera, y creyendo que aquella era la mejor ocasión para obtener lo que tanto anhelaba, poco á poco y con mucha reverencia

se fué acercando hasta que se postró á los piés de María reiterando la petición con lágrimas. Mirando entonces ella con una celestial sonrisa al que á su lado estaba, como quien se confiesa, y dirigiéndose luego al otro que le suplicaba, le dijo.—«¿Qué quieres?—Que me enseñes, Señora, cómo te he de servir.—¿Qué se hace á una persona amada?—Porque no lo sé te pido que me lo digas.—Quererla bien, alabarla, honrarla.—No sé, Señora, cómo te he de querer, alabar y honrar.»—Y como no contestase nada, deshecho en lágrimas le instaba que le declarase aquellas tres palabras. Por fin le dice la Virgen; «Ve á los Frailes y ellos te enseñarán.—Hay, Señora, muchas clases de Frailes; no sé á cuales me mandas: porque Frailes son los Cistercienses y los Cluniacenses, y los Grandemonteses, y los Premonstratenses, y los del Valle Caulio, y los Menores, y los Predicadores.—LOS FRAILES PREDICADORES SON LOS MIOS, dijo María: ve á ellos y te enseñarán.» Fué, en efecto, con algunos de su Orden á nuestro convento de París, y lo refirió asimismo al dicho Subprior y otros Frailes. Era él de la Orden Cisterciense.—Cuando esto contó el P. Subprior en el Capítulo hubo un gran llanto de devoción entre los Hermanos, uno de los cuales, lleno de ternura y estupor santo, se arrojó sollozando ante el altar de Nuestra Señora diciendo en alta voz «¿Soy yo también, Señora mía, de aquellos Frailes que llamas tuyos?—Y no es de admirar que la Virgen enviase aquel Religioso á los Frailes de nuestra Orden para que le explicasen las tres palabras, porque de ellos es con especial afecto amada; de ellos en común y en particular sin-

gularmente alabada; de ellos en las predicaciones con excelente gracia y especial dón honrada. Ellos, más que nadie, enseñan las tres cosas tanto en sus conversaciones como en sus sermones. ¿Quién podrá enumerar cuántos y cómo por la enseñanza de los Hermanos aman y alaban y honran á María en el mundo entero? (1) Porque María debe ser especialmente amada, como Madre dulcísima; especialmente alabada, como dignísima de toda alabanza; especialmente honrada, comò Reina excelentísima.

VI. Fr. Bene Lombardo, tentado muy fuertemente á salir de la Orden, lloraba un día inconsolable en el coro de los Conversos; dirigiase pidiendo amparo á María y le decía: «Vos, Señora, que me protegisteis en el siglo, dejareis ahora abandonado á vuestro siervo?» Levantando enseguida sus ojos vió en los aires á la Bienaventurada Virgen que mirándole con sonrisa en los labios le llenó de consuelo.

VII. Otra vez después de maitines, infraoctava de la Asunción, creyó ver en sueños que le sacaban del claustro entre dos, y lleno de temor dijo: «Conservadme, Señora, en este lugar de penitencia, y dadme la gracia de predicar el nombre de vuestro Hijo para salud mía y de los otros pecadores.» A lo que contestó ella: «Sí, de buena voluntad.» Por cuya merced de

---

(1) Sabido es que el Santísimo Rosario, que es la expresión más sublime de amor, de alabanza y de honra á la Virgen María, fué y es implantado en los corazones de todos los cristianos por la predicación de Santo Domingo y de sus hijos.

haber hablado á un pecador comenzó él á bendecirla.—El mismo Fr. Bene, hombre por cierto muy veraz y noble, contó y escribió al Maestro General estos dos ejemplos.

VIII. Fr. Raón Romano, varón de extraordinaria santidad y perfección en las abstinencias, vigiliás y oraciones, celador grande de las almas, y en la ciudad de Roma muy famoso, contaba frecuentemente entre los Hermanos una visión, callando el nombre del que la había tenido, la cual refirió después Fr. Santiago de Benavente, hombre de muchísima literatura y autoridad y predicador excelentísimo, del modo siguiente: El mismo Fr. Raón, que se quedaba de noche velando sobre todos los Hermanos y orando, veía muchas veces á Nuestra Señora acompañada de algunas Vírgenes recorrer el dormitorio, después que se acostaban los Religiosos, bendiciéndolos á todos y sus celdas. Pero observó que al pasar una noche por delante de la celda de cierto Hermano, no sólo no le bendijo ni su celda tampoco, sino que se cubrió la cara con la extremidad del manto que llevaba. Fijóse él quién era el Hermano (era uno criado con mucha delicadeza en el siglo) y llamándole á parte al día siguiente le examinó con mucho cuidado preguntándole cómo se encontraba; y después de muchos avisos para que se guardase de toda ofensa de Dios, y haberle revelado la visión de la noche, nada culpable encontró en él con que desmereciese la bendición de la Virgen, sino que, por el excesivo calor, se había quitado aquella noche las calzas y descubierto cuándo un hombro, cuándo otro, buscando refrigerio.

Era aquella falta de modestia la que había ofendido los ojos de la Bienaventurada Virgen. Mas como en los dias siguientes se abstudiese de hacerlo, la Virgen siguió bediciéndole como á los demás Hermanos.

IX. Con la misma visión fué muchas veces recreado Fr. Martín Paduano, célebre en toda la Lombardia por su santidad, según afirma haberlo oido Fr. Gerardo de Florencia. Era, en efecto, de tanta excelencia, que esto y más se puede con razón creer de él.

X. Cuando algunos Maestros en teología de París concitaron fuertemente aquella Universidad contra nuestra Orden, viéronse en tal tribulación los Hermanos que, no sabiendo ya qué hacer, ordenó el Capítulo General, celebrado entonces en el mismo Paris, que por toda la Orden recurriesen al Señor, á la Virgen María nuestra Abogada y á Santo Domingo nuestro Padre, diciendo postrados cada semana los siete salmos penitenciales y las letanías con las oraciones de la Virgen y de Santo Domingo y la de *tribulación*. Cuando así lo estaban haciendo en el convento de Roma, un Hermano devoto, algún tanto abstraído de los sentidos, se le figuró ver sentado sobre el altar á Jesucristo mirando á los Hermanos que postrados rezaban las prescritas oraciones, y á su lado la Virgen María que con una mano le sostenía un brazo á Jesús y con otra mano, extendiendo el brazo, le enseñaba los Hermanos que oraban postrados y le decía: «*Oyelos, óyelos, óyelos.*»—Contóme esto un Hermano de muy santa vida y no poca fama, obligado (como creo) de su conciencia por la orden dada

de revelar todas estas cosas; y creo también que él mismo fué el que tuvo esta visión. No hay duda que en aquellos días intercedería por la Orden la Bienaventurada Virgen y obtendría la sentencia que poco después pronunció el Señor Papa en favor de la Orden; porque nos hubieran seguido grandes perjuicios ó quizá pereciéramos si la causa se perdiera.

XI. Hubo en París un estudiante flamenco que, conmovido por un sermón, entró en la Orden, siendo regalado de la divina clemencia los primeros días del noviciado con grandes dulzuras y tranquilidad de corazón, y otros consuelos que el Señor le hacía en medio de sus devotas y frecuentes meditaciones. Mas porque en lo sucesivo no le envaneciesen tales mercedes, permitió Dios que fuese aguijoneado por el estímulo de una tan fuerte tentación de abandonar la Orden, que, menospreciada la salud de su alma, intentaba por todos los medios huir al siglo. Una tarde, pues, en que al fin de *Completas* muy devotamente saludaban los Hermanos á la Reina de Misericordia con la antifona *Salve, Regina*; mientras ellos permanecían arrodillados ante el altar, marcha el novicio á su celda resuelto á salirse. Discurriendo por dónde y no hallando puerta abierta, se decide á pasar por la misma portería, dispuesto á habérselas con el portero si se le oponía: tan ciego le había vuelto la tentación. Al atravesar por delante de un altar de la Virgen en dirección á la puerta, arrodillase para saludarla, según costumbre; le reza la salutación Angélica, quiere después levantarse, y de tal manera le

sujeta una fuerza divina que no le es posible moverse: una y otra vez se esfuerza por levantarse, y como si estuviese atado con cadenas, así se ve precisado á quedarse. Entra en sí, reconoce la misericordia de Dios y de la Virgen para con él, acúsase con vehemencia y propone firmemente perseverar, después de lo cual se levantó sin trabajo alguno. Así lo manifestó en la confesión, viviendo por último en la Orden mucho tiempo y loablemente.

XII. Un Hermano, noble por su linaje, más noble aún por sus virtudes y digno de todo crédito, contó de sí al Maestro de la Orden Fr. Humberto, como bajo secreto de confesión, que siendo todavía muy nuevo en la Orden, le habían acometido tan graves tentaciones que le indujeron á salir resueltamente del convento. Se puso en camino; pero antes de salir del claustro vínole á la memoria la Bienaventurada Virgen María, á quien profesaba devoción especial, y dijo en su corazón: «Cómo eres tan desatento que te marchas sin pedir licencia á tu Señora la gloriosa Virgen?» Movido de este pensamiento entra en la iglesia, se acerca á su altar y dice estas palabras: «¡Oh Virgen gloriosa, yo no puedo soportar más el rigor de esta Orden; me marchó, pero no he querido hacerlo sin pedir antes permiso á tí, Señora mía. A esto vengo ahora, á pedirte tu licencia y encomendarme á tí.» Dicho esto le acometió repentinamente tan fuerte calentura que por el temblor no pudo sostenerse en pié y cayó ante el altar. Pasando unos Hermanos y viéndole que estaba llorando, se acercaron y le trasladaron

à la enfermería ignorantes de lo ocurrido. Restablecido después, tanto de alma como de cuerpo, perseveró valerosamente en la Orden, siendo en adelante su amador y celador principal, de gran autoridad y utilidad, y atrajo muchos al convento, para lo cual tuvo gracia muy singular.

XIII. Refirió Fr. Bartolomé, estudiante del convento Libicinense, á Fr. Alberto (1), Prior Provincial de la Provincia de Teutonia, que un acreedor á quien se debían cinco marcos de plata (2) instaba y urgía al Prior para que sin más dilación se los devolviese. Pidióle el Prior que por lo menos esperase hasta después de visperas, con obejto de reunir à los más ancianos de la comunidad, y tomadas con ellos cuentas de lo que en casa hubiera, pagar lo que se debiese. Cuando esto se hallaban tratando los Padres con el Prior sin ver modo de pagar tan pronto á los acreedores, entra el portero y dice al Prior: «Una Matrona, al pa-

---

(1) El Beato Alberto Magno, llamado *asombro de su siglo*, Obispo de Ratisbona, cuyo culto público tributado desde tiempo inmemorial por sus heróicas virtudes y milagros, confirmaron los Papas Gregorio XV, Urbano VIII y Clemente X.

(2) Un marco en Castilla es media libra de plata, en Dinamarca 46 céntimos de peseta, en Hamburgo una peseta 47 céntimos, en Lubeck lo mismo, y en Suecia una peseta y 9 céntimos: de modo que no es fácil adivinar el equivalente de los cinco marcos que el convento debía.

recer muy noble y honorable, que no recuerdo haber visto nunca, ha llegado á la puerta y pide que bajéis luègo.» Salió, en efecto, y encontró á una Señora desconocida, de venusta forma y honesto hábito y aspecto, la cual le entregó cinco marcos de plata diciéndole: «Tomad esto mientras no os dé más el Señor.» —«Y no podrè saber yo, dice el Prior, de dónde procede tan oportuna donación?» —«No cuideis de eso, respondió ella; rendid gracias á Dios, dador de todos los bienes.» Volvió contento el Prior á donde estaban los Hermanos mostrándoles el dinero con que por medio de una Matrona había provisto el Señor á sus necesidades. Pesándole poco después de no haber instado más en preguntar á la Señora quién era, mandó que por unas partes y por otras la buscasen; pero no pudieron hallarla ni averiguar quién era, y supusieron entonces los Hermanos que sería la Virgen María, como otras veces había sucedido.

XIV. Habiendo comprado los Hermanos de Limoges un nuevo local á donde trasladarse por las muchas inconveniencias del anterior, y no teniendo con que pagarlo, salieron el Prior y el Procurador por las casas de los ricos y conocidos pidiendo dinero, ya como limosna ó ya en calidad de empréstito. Cansado y lleno de ansia porque con andar todo el día nada había logrado, preguntaba después de visperas el Prior qué resolución tomaría en medio de aquel apuro, y dijo un Hermano temeroso de Dios y literato: «En este momento, carísimo Padre, están los Relegiosos pidiendo á Nuestra Señora que les

muestre à Jesús su Hijo.» (Era un viernes, y los Hermanos, después de las Completas solemnes de la Virgen, cantábanle la *Salve*.) Llegó al corazón del Prior esta respuesta y dijo: «Pues yo pido à Nuestra Señora seis mil sueldos por Jesucristo su Hijo bendito.» Al día siguiente, cuando los Hermanos celebraban solemnemente la Misa de la Santísima Virgen, entra un capellán de la iglesia *diluracense*, varón noble, honesto y literato, que después de los maitines de su iglesia había recorrido doce leguas, apurado (según creo) por la Bienaventurada Virgen. Oída la ansiedad del Prior pidió que después de Misa se reuniesen en Capítulo los Hermanos, y presentes todos dijo: «Sé, Hermanos muy amados, que habeis comprado un nuevo local, y que no teneis Patrono, ni habeis hallado quien os ayude à pagarlo. Pues bien, la Virgen María, á quien día y noche alabais, será vuestra Patrona, y yo, siervo suyo, pagaré ese local en nombre de ella.» Tomado un pequeño refrigerio volvió aquel mismo día á su iglesia, y á la mañana siguiente en su propio caballo remitió los seis mil sueldos á los Hermanos, que daban gloria á Dios y á la gloriosa Señora.

XV. Comiendo un día en el convento de Pisa con los Hermanos en el refectorio aquel monje cisterciense de San Galgano, de quien ya se habló, y observando uno de los nuestros que había comido demasiado poco, díjole después de levantados de la mesa: «Señor Santiago (así se llamaba el monje) cómo tan poco ó casi nada habeis tomado teniendo hoy los Hermanos buena pitanza?—Créame, Hermano, respondió él, nunca

en mi vida he comido tan bien como hoy.— ¿Cómo puede ser eso, replicó admirado el Hermano, si yo mismo he visto que habeis tomado muy poco?—Nunca he comido cual hoy, dijo el monje explicando su respuesta, porque nunca como hoy he tenido tal sirviente: ¿y qué Orden fuera de la vuestra podrá gloriarse de tenerle? Clarísimamente he visto á la Bienaventurada Virgen María, Señora Nuestra, servir á los Hermanos y distribuirles todos los alimentos, con lo cual me quedé tan satisfecho, que por la alegría del espíritu apenas nada pude comer.»

XVI. El mismo monje vió en las predicaciones de algunos Hermanos que tenía ante sus ojos la Virgen un libro abierto cuando predicaban, siendo muy grande el fruto que conseguían.

XVII. Un Hermano que con gran esmero había una vez preparado su sermón, repentinamente en el acto de comenzar á predicarlo mudó de materia, predicando de cosas que nunca había previsto; pero mucho mejor que si las hubiese preparado, porque le asistía y suministraba las palabras la misma Virgen, desde el principio hasta que se terminó el sermón. Así lo vió y refirió dicho monje, el cual tanto amó después á la Orden, que deseaba que todos los clérigos de mérito de todas las Ordenes se incorporaran á la nuestra para mejor lograr la salud de las almas; y él seguía con frecuencia á los Hermanos y muy solícitamente oraba por ellos, como más arriba queda dicho.

XVIII. Un Hermano que había sido elegido y confirmado Prior de un convento de Toscana,

queriendo evadir tan difícil cargo se escondió y huyó de un lugar á otro, como Jonás de la cara de Dios, hasta que por fin encontró á dicho Fray Santiago que era muy familiar suyo. Manifestóle el aprieto de su alma por el oficio que le habían cometido y rogóle devotamente que le encomendase al Señor y á su Madre. Cuando aquella misma noche lo estaba haciendo el santo monje, vió á Nuestra Señora como disponiéndose á marchar hacia el punto donde estaba el convento en que había sido elegido Prior dicho Religioso. Y preguntándole á dónde iba: «Voy, contestó ella, á tal convento á cuidar de los Hermanos que no tienen Prior.» Apenas á la mañana siguiente supo esto el Religioso, aceptó resignado el Priorato en la esperanza de que la gloriosísima Virgen le ayudaría.

XIX. Hallándose el mismo monje en Viterbo en el palacio del señor Reinerio, Cardenal, una noche que velaba y oraba á una ventana mirando al convento de los Frailes Predicadores, vió extramuros de la ciudad una solemne procesión de personas vestidas de blanco con muchas luces, la cual se dirigía hacia el lugar de los Frailes. Veía distintamente las personas y percibía sus voces que le parecían dulcísimas. Iba en la procesión una venerable persona distinta de las otras, á la cual, como á Señora, reverenciaban todos. Llegada al lugar donde están los Religiosos y sentada en un sillón preparado en el sitio que hoy es coro, se acercó otra veneranda persona, los vestidos rasgados, sueltos los cabellos, y arrojándose á los pies de la primera con gemidos le rogó y le dijo: «Toma, Señora,

venganza de mis enemigos.—¿A qué me ruegas á mí? contestó la Señora. Muy pronto verás una venganza admirable è inaudita.»—La visión desapareció; pero à los pocos días tuvo lugar en Pisa la captura miserable de Prelados (1). No hay duda que sería la Iglesia que pedía á Nuestra Señora castigos para los muchos Prelados injuriadores y adversarios de la Orden.

XX. En el convento de Civitavechia, Toscana, cayó enfermo, de cuya enfermedad murió, un Religioso joven de muy santa vida y querido de todos los Hermanos. Una mañana, después de recibidos los Sacramentos, mientras la comunidad cantaba la Misa, comenzó á mirar á cierto sitio clavando en él con espanto los ojos. El Hermano que allí había quedado para cuidarle creyendo que veía alguna cosa extraordinaria, como así era, empezó con palabras afectuosas á rogarle diciendo: «Fr. Simón, (así se llamaba el enfermo), dime por Dios qué estás viendo; porque si es bueno me alegraré contigo, si lo contrario te ayudaré como pueda.» El enfermo no decía una palabra; pero con la mano le hacía señas para que callase. El otro instaba más y más que le contase lo que veía, y entonces el moribundo, prorrumpiendo en una palabra de desesperación, dijo en su lengua vulgar: **ITE EKE BARTA FILÓ**, que quiere decir: Todo está perdido cuanto en la Orden hice. Aterrorizado el compañero y suponiéndole engañado del diablo, le confortaba con las palabras que mejor sabía para que no le diese crédito diciendo aquello

---

(1) Véase á Reinaldo al año 1241.

del Evangelio: *Mentiroso es también su padre. Quoniam mendax est et pater ejus.* Volvió el enfermo la cabeza á otra parte y dijo: «Todos, todos al infierno: Papa, Cardenales, Religiosos Predicadores, Menores, Ermitaños: todos.» Asediábale Satanás y dábale á entender tales cosas. El Hermano se esforzaba cuanto podía por sacarle de aquella desesperación, exhortándole, sobre todo, á que invocase á la Bienaventurada Virgen en su ayuda, y no sólo exhortándole, sino obligándole á decir aquel verso: *María, Madre de gracia, Madre de Misericordia; defiéndenos del enemigo y acójenos en la hora de la muerte.* ¡Cosa admirable! Apenas dijo estas palabras, rebosando alegría, serena su frente, prorrumpió diciendo: «No habeis visto á la Virgen defensora nuestra arrojando de aquí con bravura á toda la caterva de demonios que nos rodeaban?» Rezados entonces á ruegos del compañero el Símbolo y el *Te-Deum laudamus* y llamados los demás Religiosos, después de confesar la desesperación predicha, clara y humildemente, durmió en el Señor.—Cual lo oí yo mismo á aquel compañero, muy conocido de los Hermanos por Toscana, así fielmente lo escribí.

XXI. Hubo en el mismo convento un Religioso de obediencia por nombre, Fr. Landrino, tenido en santa opinión de los Hermanos, como hombre que practicaba toda virtud y aborrecía la ociosidad. Cuando padecía la enfermedad de que murió, velando una noche y dirigiendo su vista por la enfermería, vió clarísimamente á la Virgen Nuestra Señora que entraba acompañada de doncellas con todos los utensilios necesarios para un lavatorio. Y como se acercase á donde

él estaba, preguntóle qué quería hacer y contestó ella: «Vengo á lavar á los Hermanos de la infamia que han sufrido en tal ciudad.» Era que un apóstata de la Orden, llevado de Satanás, había infamado á los Religiosos de palabra y con sesenta pares de cartas, con toda malignidad compuestas y distribuidas por toda la ciudad entre nuestros émulos, de tal suerte que ni en la ciudad ni por toda la diócesis podían los Hermanos respirar, saturados de aflicción y de miseria. Parecióle entonces al enfermo que la Bienaventurada Virgen, á quien veía, le lavaba á él y á todos los Hermanos. Y dijo el que esto me contó que desde aquel día había en gran manera cesado la infamia, aprisionado el mentiroso apóstata y confesada la falsedad y malignidad de cuanto había urdido.

XXII. En cierto pueblo de la diócesis de Metz una matrona honesta dió á luz una criatura monstruosa que apenas tenía forma humana, á cuya vista se llenaron de pena las comadres y demás señoras nobles por compasión de la matrona. Advirtiéndole ella que no se congratulaban, sino que murmuraban bajo, y suponiendo no próspero el alumbramiento, les dijo: «Dadme pronto mi hijo como quiera que sea, porque loado debe ser Dios en lo adverso y en lo próspero.» Y presentado que le fué con lágrimas y recibéndole ella: «Dormid, les dijo, que estais fatigadas, y dejadme descansar un momento:» Durmiendo, pues, ellas, comenzó muy tiernamente á decir á la Bienaventurada María: «Oh Señora mía! cómo has despreciado, siendo Reina de Misericordia, las súplicas de esta miserable? No

te había rogado siempre que te dignaras agradecerme en el parto?» Y diciendo éstas y otras cosas semejantes se quedó levemente dormida, en cuyo sueño vió á la Bienaventurada Virgen que se aproximaba con dos Vírgenes, de las cuales una traía un cirio encendido y otra una píxide con unguento. Tomó la Virgen aquella deforme criatura, conformó graciosamente sus miembros y la puso otra vez al lado de la madre, dejando además junto al niño un báculo pequeño encorvado por la parte superior y para caminar apto. Despertando entonces la matrona henchida de gozo exclamó: «Gracias, Madre de Misericordia, porque me has consolado.» Levantáronse á esta voz las mujeres, vieron aquel niño tan bien formado y dieron á Dios alabanzas. Agradecida la madre le ofreció al Señor con intención de que fuese clérigo secular, y con grandísimo cuidado guardó el báculo; pero estando en París le atrajo á la Orden el Maestro Jordán, de santa memoria. Después de algún tiempo le envió á la casa de Tréveris: visitó á sus padres, vestido de Religioso, los cuales le recibieron alegremente, y entonces por vez primera comprendió la madre el misterio del báculo que la Madre de Dios le había dado, cuando vió á su hijo con báculo en la mano, según la costumbre de la Orden. Y fué este Hermano un predicador graciosísimo como ordenado y preparado á este fin desde niño por aquella que está llena de gracia (1).

XXIII. En el convento de Le Puy, Provenza, un Religioso llamado Fr. Pedro, que estaba á

---

(1) Falta este párrafo en el MS. de Roma.

punto de morir, presentes los Hermanos y orando, comenzó á inclinar devotamente la cabeza y juntar las manos como saludando con suma piedad á alguien. Preguntándole los que estaban allí por qué hacía aquello, respondió: «¿No veis á nuestra Señora que tan amorosamente me ha visitado?» y en diciendo esto durmió en el Señor.

XXIV. En el convento de Mompeller habia un Hermano, por nombre Fr. León, el cual en una grave enfermedad, siendo visitado de otro Hermano á quien mucho amaba, le dijo: «He tenido esta noche una agradabilísima visión que sobremanera me ha llenado de consuelo; pues he visto á la gloriosísima Virgen Madre que venia á mí y me decia: *¿Quieres venir conmigo?*—*¿Y quién sois vos, Señora?* le pregunté.—Soy la Madre de Dios, contestó.—No creo, Señora, que vos seais la Madre de Dios; pues siendo yo pecador vilísimo no merezco que tal Señora venga á mí tan pequeño.» Repitiendo ella su palabra y reiterando yo mi duda, porque miraba mi indignidad, me dijo por fin: «No lo dudes, hijo; soy la Madre de Cristo.—Pues si así es, repliqué, quiero ir con Vos.» Aquella misma tarde á la hora de vísperas murió el Hermano, y guiado de la Señora llegó al Señor.

XXV. Fr. Enrique Teutónico, varón religioso y veraz, de gran fama y gracia en la predicación, contó en el sermón general en París que estando en la agonía cierto Hermano de gran pureza y muy devoto de Nuestra Señora, sintió en su corazón una alegría maravillosa que se reflejaba en la cara. Preguntándole Fray Enrique la causa de tanta alegría cuando casi

todos temen y tiemblan ante la muerte, respondió: «La costumbre que en la escuela tenía de encomendarme al Bienaventurado Nicolás y á la Bienaventurada Catalina después de los maitines de la Virgen, la conservé siempre en la Orden. Vi, pues, un día que me llevaba la Bienaventurada Catalina á un lugar hermosísimo y me decía: *Éste es mi descanso por los siglos de los siglos.* Y cuando estupefacto admiraba la belleza de aquel lugar, vino el Bienaventurado Nicolás y me llevó á otro más hermoso diciendo: *Éste es mi descanso por los siglos de los siglos.* Y cuando arrobado fuera de mi contemplaba tanta amenidad, vino la Bienaventurada Virgen y me llevó á otro (más hermoso todavía (1), y me dijo: *Éste es tu descanso por los siglos de los siglos.* Reparando yo las delicias de aquel lugar, dije: No merezco yo, Señora, este preclarísimo sitio.—No sólo para tí, contestó ella, sino también para tus Hermanos los Predicadores, he preparado y alcanzado este sitio de mi Hijo.—Yo no soy, Señora, Predicador, sino de hábito.—Ven, te digo; éste es el lugar de los Frailes de tu Orden.—No estrañes, pues, prosiguió él diciendo á su compañero, que con gozo espere la muerte. Allá voy alegre y pronto, al lugar que con tanta dignación la Reina de los cielos me ha mostrado y por su misericordia preparado.» Conviene á esta revelación muy propiamente lo que en el Génesis, capítulo vigésimo cuarto, se lee: *Ésta es aquella Rebeca, doncella hermosísima y de varón desconocida y graciosa sobremanera,*

---

(1) Falta en el MS. de Salamanca.

es à saber, la Virgen María, por cuya gracia, en la casa de Labán, esto es, Cristo que blanquea las almas, fué preparado lugar espacioso à Helieser, siervo de Abrahám, esto es, al Orden de Predicadores que el mismo Helieser significa, ya por razón del nombre que se interpreta *auxilio de mi señor*, ya por razón del oficio, como siervo, según expone Gregorio sobre aquel lugar de Lucas, décimosexto: *Y envió á su siervo*, etc., significando por siervo el Orden de Predicadores, como casi todas las Glosas entienden por este siervo el Predicador, ó toman à los Predicadores. Verdaderamente pudo este moribundo decir con Jacob à la Bienaventurada Virgen que se le aparecía y le hablaba: *Alegre moriré, porque he visto tu cara*. Génes. cap. cuadragésimo sexto.

XXVI. Cuando à la muerte del señor Federico II y de su hijo Conrado pasó à Nápoles la Corte Romana, fué tanto lo que ciertos Prelados concitaron al Señor Papa, que entonces era, en perjuicio de los Hermanos y de la Orden, que dictó sentencia contra ellos en seis casos, si en lo sucesivo hiciesen lo que antes acostumbraban hacer. No pudiendo los nuestros vencer la firmeza del Papa ni con súplicas ni con razones ni de manera alguna, y leídas ya las Letras en la audiencia, y dada copia de ellas à los procuradores que deseaban tenerlas, viéronse los Hermanos que en la curia estaban, y yo con ellos, en angustia inenarrable, desolación y dolor inexplicable. Había entre nosotros cierto Hermano de gran autoridad, el cual defendía siempre à la Orden en todas las cuestiones. Desesperanzado entonces y sin saber qué hacer,

mientras estaba la Comunidad en refectorio, recurrió al singular refugio de la gloriosa Virgen, y postrado ante su altar con muchas lágrimas y compunción de corazón le rogó que socorriese á la Orden en angustia semejante. Dignóse María oírle y responderle: «En esta misma hora será libre.» Y en efecto á los pocos momentos vino á los Hermanos la noticia de que la Orden se había librado de tales peligros.

XXVII. Un Hermano antiguo en la Orden, varón religioso, de santa y honesta vida, mientras en el dormitorio decían los Hermanos los maitines de Nuestra Señora, la vió él patentísimamente acompañada de dos Virgenes llegarse á la puerta del dormitorio y decir: «Fuerte, fuerte, hombres fuertes», y desapareció. Vió esto y lo oyó tan claramente como oír y ver se puede la cosa más clara del mundo. Contóselo en secreto al Subprior, que Prior no había, rogándole que exhortase los Hermanos á la devoción de la misma Señora Nuestra y á que con mayor solicitud, devoción y reverencia dijese su Oficio. Y así lo hizo con gran celo.

XXVIII. Un novicio muy devoto de la Virgen y fervoroso para todas las cosas de nuestra sagrada Religión, orando una vez muy devotamente después de los maitines, en la misma oración quedóse durmiendo un leve sueño. Parecíale que detras de él estaba una señora elegantísima, la cual acercándose le sostenía la espalda. Como él viese que era una mujer, sobrecogido de temor santo exclamó: «Dios mío! á esta hora mujeres aquí?» Ella con blanda y dulce voz le serenó manifestándole

quién era y le invitó á rezar juntos las *Horas* de la Virgen, Obedeció él y comenzó primero diciendo: *Ave Maria, gratia plena*, etc., y ella respondía á cada cosa. Observaba el novicio que la señora decía su parte con tanta suavidad y devoción que de manera admirable le encendía en el mismo afecto, sobre todo cuando después de las Capítulas decía ella los Responsorios. Habiendo, pues, llegado por su orden á Nona y dicho la Capítula, con tal dulzura recitó la Señora aquellas palabras: *Elegit eam Deus*, etcétera, (*La eligió Dios*), que el espíritu del novicio quedó en divino arrobó. Y desapareció la visión, dejando en el alma del joven una alegría que, sin poder ocultarla, reflejaba en el rostro, hasta el extremo de no dejarle servir como acólito á la Misa. Reprendíale su compañero, que por él hizo de acólito; y por fin, estrañando un tan desacostumbrado júbilo contrario á su temperamento, le rogó muy repetidas veces que le manifestase la causa, como en efecto se la manifestó á condición de que á nadie lo descubriese. Le duró por largo tiempo aquel júbilo del alma y de la cara.

Por estos ejemplos claramente aparece cuánto y cuán especial cuidado tiene la Bienaventurada Virgen de los Hermanos de esta Orden cuando predicán, cuando viajan, cuando trabajan, cuando duermen, cuando se angustian, cuando comen, cuando oran, cuando son perseguidos, cuando difamados, cuando enferman, cuando mueren.





## CAPÍTULO VII

DE DÓNDE TUVO ORIGEN QUE DESPUÉS DE  
COMPLETAS SE CANTE LA SALVE.

MA con especial amor, y con especial defensa protege la Virgen Madre Nuestra Señora, amante de la caridad, la Orden que ella misma ordenó. Mas el diablo, émulo de todo bien, que ni al Señor de todas las cosas temió acometer, en Bolonia singularmente y en París, donde más le combatían desde el principio los Religiosos de esta Orden, volvió contra ellos, y por sí y por sus satélites no cesó de perseguirlos. Pues, como depusieron los que presentes estaban, á unos les amenazaba con un horno de fuego ardiendo, á otros les presentaba figuras de mujeres provocativas que los abrazaban, á otros el estúpido espectro de un asno con cuernos, á otros serpientes de fuego, y á otros con duras palabras ultrajaba y escarnecía, hasta tal punto que por

los fantasmas de la noche è ilusiones de los demonios velanse los Hermanos precisados à velar por turno sobre los demás que descansaban. Algunos cayeron en frenesí, y otros eran horriblemente vejados. Acojiéndose, pues, al amparo de la potentísima y piadosísima María, determinaron que en su honor se hiciese después de Completas procesión solemne cantando la *Salve* con la oración propia. Con que al momento fueron exterminados los fantasmas, y curados los enfermos; y un Hermano que en Bolonia era del demonio maltratado, y en Paris otro llamado Fr. García, hijo del rey de Navarra (1) que también sufría mucho, fueron por completo librados; y todo en adelante sucedió próspero à la Orden. Que à Dios y à su Madre es agradable esta procesión, decláranlo el concurso de los pueblos, la devoción del clero, las dulces lágrimas, los piadosos suspiros y visiones maravillosas. Muchos vieron y afirmaron que cuando del coro salían los Religiosos procesionalmente al altar, la Virgen con multitud de bienaventurados salía también del alto cielo, y cuando llegaban à las palabras *Oh dulce María!* les daba ella la bendición inclinando como ellos la cabeza, y que, cuando volvía al coro la comunidad, volvía ella al cielo.

II. En Marsella vivía una santa mujer amante de Dios y de la Orden, de nombre y nación Lombarda, la cual hallándose un día à Completas con una devoción mayor de la ordinaria,

---

(1) El código de Roma no dice más que *un Hermano hijo de un rey*.

fué arrobada en espíritu cuando en el coro entonaron los Hermanos la *Salve* y vió cuatro cosas admirables, para nosotros amables y dignas de que con toda devoción por siempre las recordemos. Vió que cuando los Religiosos decían *Esperanza nuestra, Dios te salve!* la Reina de Misericordia les contestaba dulcemente al saludo; y cuando decían *Ea, pues, Abogada nuestra*, postrada ante su Hijo le rogaba por ellos; y cuando añadieron *Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos*, les dirigía alegres y tiernas miradas; y cuando por fin cantaron *Muéstranos á Jesús fruto bendito de tu vientre*, tomaba en sus manos á su Hijo en forma de niño, y con gozo lo mostraba á todos y cada uno de los Hermanos.—Estuvo así arrobada la mujer hasta la señal que se hace después de Completas; y cual lo vió, así distintamente y con muchas lágrimas lo contó, aunque lega, á su confesor, Religioso maduro y discreto. Era ella de tanta santidad y perfección que, celebrando órdenes el obispo en nuestro convento de Marsella, vió al Espíritu Santo descender sobre todos los ordenados, á no ser uno que era clérigo seglar.

III. Fr. Jordán, de santa memoria, segundo Maestro General de esta Orden, en el libro titulado *Principios de la Orden*, escribió que había oído á un varón santo y veraz que cuando los Hermanos cantaban *Ea, pues, Abogada nuestra*, repetidas veces había visto á la Bienaventurada Virgen María postrarse ante el Hijo y suplicarle muy devotamente por la dilatación y conservación de la misma Orden.

IV. En el territorio de Aviñón, sobre el río

Ròdano, está situado el noble pueblo de Tarascón, donde reposa la Bienaventurada María, hospedera de Cristo, y en el cual una señora, hospedera de los Hermanos, madre del señor Alfano (1) militar, devotísima de Dios y de la Orden, tuvo la revelación siguiente; como claramente consta por las Letras del venerable y honesto y literato varón Sr. Fulcodio, que fué obispo de Le Puy, y más adelante arzobispo narbonense, y después cardenal obispo de Santa Sabina, y por último papa Clemente:

«A los Varones Religiosos Padres y Señores Prior y Frailes Predicadores en Mompeller, Guidón Fulcodio, salud y paz: Cuando se acercaba la próxima pasada fiesta de Pentecostés, en que vuestra Orden acostumbra celebrar Capitulo General, mi hermana María, Señora algún tiempo de Tarascón, deseosa de ver esa tan célebre y dichosa Congregación de Santos, quince días antes de la fiesta bajó á la villa de San Gil con objeto de visitar á los conocidos (2) que iban á llegar. Como allí fuese también ella visitada de muchas matronas, á las cuales edificaba con sus conversaciones y ejemplo, preguntábanse unas á otras cuántas veces dirían la Oración dominical y la Salutación angélica (3) para que á los Hermanos en el Capitulo congregados enviase el Señor su Espiritu y asistiese la Madre de Misericordia. Animábase á hacerlo cuanto podía la santa mujer: piedad digna de alabanza, y más

---

(1) Otros leen *Alfonso*.

(2) Otro MS. dice *desconocidos*.

(3) El Santísimo Rosario.

digna áun de admiración su prudencia; pues no pareciéndole bastante socorrer á tantos Hermanos en lo temporal, cuanto su patrimonio lo permitía, procurábales los beneficios del alimento espiritual por un nuevo y loable género de cuestion, creyendo imposible que las oraciones de muchos no fueran oidas de Aquel que, siendo fiel en todas sus palabras, promete estar presente á la congregación de los suyos y derramar sobre ellos los tesoros de su piedad. Viniendo yo, pues, con la hermana á Mompeller, y celebrándose en vuestra iglesia dicha solemnidad, ella, postrada en tierra y entregada á la oración, rogó según costumbre al Señor con mucha instancia que mirase por tantos Hermanos en nombre de Él congregados, muchos de los cuales en tantas y tan lejanas tierras trabajaban ó habían trabajado; que con la lumbre de su Espíritu los ilustrase, y que si á alguno faltaban méritos, de la plenitud de su gracia, por los méritos de otros, misericordiosamente los supliese. Cuando esto en su ánimo revolvía, importunamente pidiendo y nada desesperando, al entonar el cantor el *Veni Creator Spiritus*, vió una llama grande que de las alturas descendía, la cual cubrió el coro con los Hermanos hasta que terminó el himno. Contemplando con júbilo la visión, sin decirlo á nadie ni atribuirlo á sus méritos, dió gracias á Dios que así como había visitado á los pecadores los primeros de los hombres, así también á los Predicadores de nuestro tiempo había extendido los beneficios de su largueza. Por la tarde, habiendo vuelto á la misma iglesia para oír las completas, cuando cantaban los Hermanos la dulce antífona

*Salve Regina*, apareciósele visiblemente la Reina de las Vírgenes, díjole que no se apartase de sus piés, y vió que lustraba ambos coros, y á cada uno de los que cantaban inclinaba la cabeza, y que se paraba junto á los ceroferarios, hasta el fin de la oración que subió al cielo llevando consigo los afectos de la devota mujer. Vuelta ésta en sí, recreada con tanta dulzura, dió de nuevo humildemente gracias á Dios, guardándolo todo en su corazón. Por tres días tuvo en Completas esta visión que, como mujer sensata, á nadie contó hasta que, acometida de una enfermedad vehemente, presintió la muerte tanto tiempo deseada, salvo el consejo de la disposición divina. Refirió entonces por su orden todas estas cosas primeramente á mí, luégo á la hermana é hijo, y después á vuestro Prior de Arlés y otros tres Religiosos.»—Murió muy pronto dicha señora y fué sepultada en el cementerio de los Hermanos de Arlés, pues en Tarascón no teníamos áun convento.

V. En la Provincia de Inglaterra cayó cierto Hermano repentinamente, después de maitines, en una enfermedad mortal que le duró todo el día con dolores al corazón, pero sin dejar por esto de asistir á Completas. Cantando, pues, con los otros, como podía, la *Salve*, al llegar á la palabra *misericordia*, temeroso de que á la noche siguiente le repitiese lo de la anterior, rogó á la Bienaventurada Virgen diciendo: «Si eres Reina de misericordia, haz que yo la sienta en este momento.» Instantáneamente fué arrebatado su espíritu y vió á la Bienaventurada Virgen que venía y traía en las manos á su Hijo cubierto de sangre,

como si aquella hora le hubiesen crucificado, y le dijo: «Nunca por su amor padecerás lo que Él padeció por tí.» Y apretando al niño contra su corazón desapareció. El Hermano quedó libre de todo su dolor, rindió al Señor gracias, y en secreto lo escribió y contó al Maestro de la Orden.

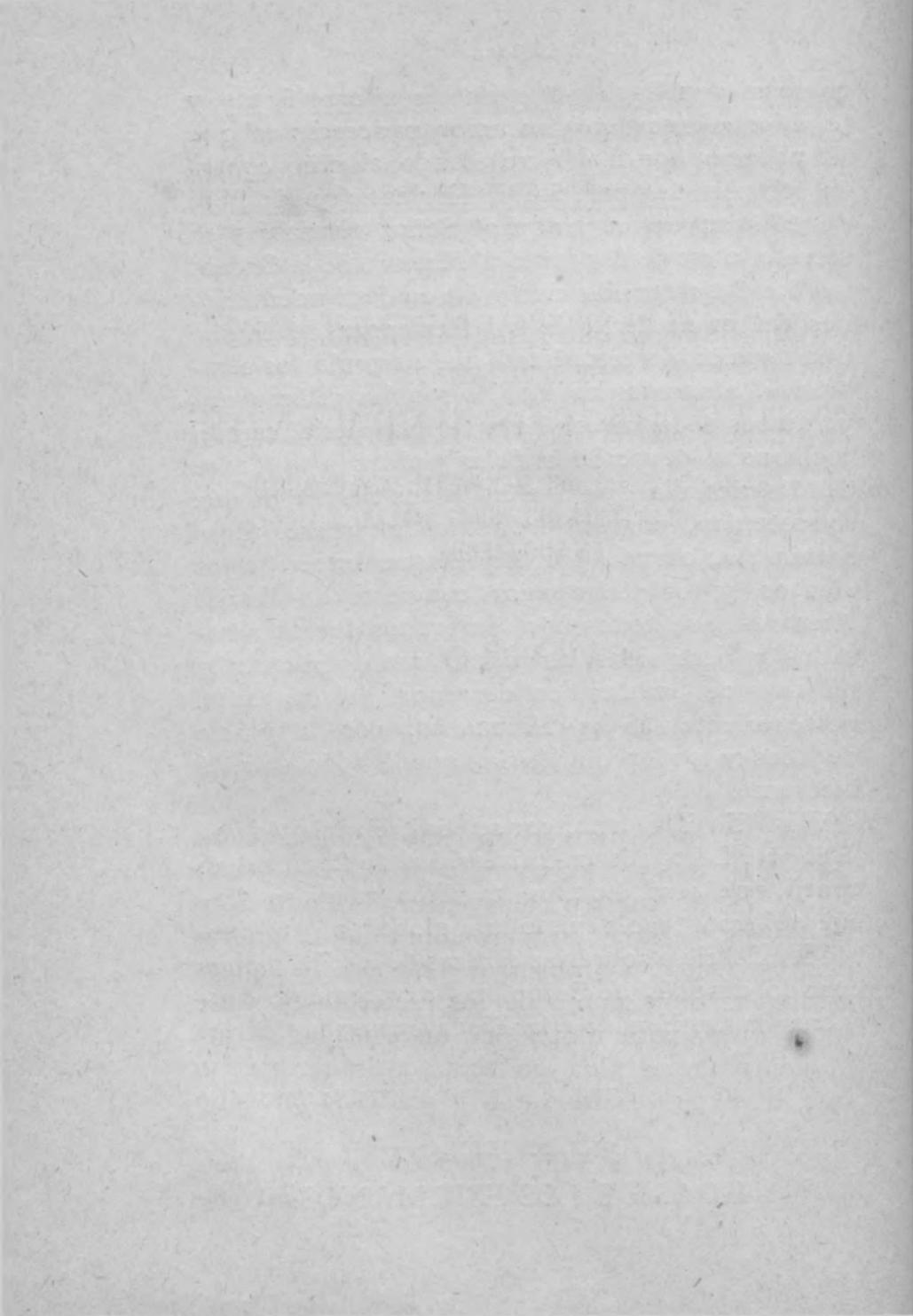
VI. Descargando cierto día en las inmediaciones del monasterio de las Hermanas de Prulla una formidable tempestad que destruía los sembrados, aterradas las monjas con los relámpagos y truenos de los aires, entran en la iglesia, cantan con mucha devoción la *Salve* y piden á la Madre de Misericordia que á ellas y sus tierras, de que se sostenían, por su piedad las guardase. ¡Cosa admirable, obrada por Aquél que impera á los vientos y los relámpagos convierte en lluvia! Mientras que todos los sembrados fueron arrasados y destruidas las viñas, cuanto alcanzaba un tiro de ballesta, en derredor del convento, perteneciente á las Hermanas, por la gracia de Dios y poder de María, quedó todo salvo é incólume.

VII. Un Hermano, por su vida, ciencia y fama preclaro, Lector en la Universidad de Cambridge, contó que otro hombre también religioso frecuentemente había visto un globo de luz descender del cielo sobre las cabezas de los Hermanos cuando después de Completas devotamente cantaban la antifona de la Bienaventurada María.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DEL LIBRO

QUE SE DICE

VIDAS DE LOS HERMANOS.





COMIENZA LA SEGUNDA PARTE DEL LIBRO  
INTITULADO  
VIDAS DE LOS HERMANOS,  
LA CUAL CONTIENE DEL BIENAVENTURADO DOMINGO  
LAS COSAS QUE NO SE HALLAN  
EN SU LEYENDA.

CAPÍTULO I

DE LA FAMILIA SANTA DEL BIENAVENTURADO  
DOMINGO.



o debe parecer superfluo si aquellas cosas que por los compiladores de la leyenda de Nuestro Bienaventurado Padre Santo Domingo fueron omitidas é ignoradas, las recogemos nosotros á manera de espigas escapadas de la mano de los recolectores. Ante todo, pues, para indicio de su santidad y argumento de su vida perfecta, decimos que no solo tuvo padres honestos y piadosos (1), sino

---

(1) El Venerable Félix y la Bienaventurada Juana de Aza, beatificada por León XII, ambos de real pro-

también dos hermanos varones muy perfectos que en vida y en muerte, según se refiere, brillaron con milagros. Uno de ellos (1) sacerdote, entregado á obras de misericordia en un hospital, sacrificándose todo en obsequio de los pobres, se granjeó como hombre querido de Dios la gracia de los habitantes de toda aquella región. El otro llamado Fr. Manés (2), hombre contemplativo y santo para Dios, después de servir largo tiempo en la Orden, murió en ella santamente, y descansa en cierto monasterio de los monjes blancos (3) en España, donde se esclareció por sus milagros. Es allí reputado Santo y honoríficamente custodiado junto al altar donde tiene su venerable sepulcro. Vivieron además santa y laudablemente en la Orden dos sobrinos del Santo Patriarca.

---

sapia, según dicen historiadores, fundados, entre otros, en el documento siguiente, de carácter oficial: «Vienen del Príncipe Guzman, é de Eobulpho apellidado Neomeno Rey de la Gran Britania su Padre; é eso mesmo vienen del Rey Ramiro I de España, que en mujer dióle á su fija Hermisinda en pro de su valor en Clavijo mal ferido, onde se clamó el voto general de nuestro Apóstol, é tutelar de todo el Imperio Español, é en Guzman que del Príncipe sobre dho ovo su nome.» Es el testamento que hizo Antonino Serri «en la Cibdat de Palencia prid. id. Feb. era MCCLIX, e anno vero á Nativ. d. N. Jxpti, MCCXXI.» Siguen las firmas del Notario y siete testigos.

(1) El Venerable Antonio.

(2) Hoy beatificado por Gregorio XVI.

(3) En San Pedro de Gumiel, monasterio de Cistercienses.



## CAPÍTULO II

DE LA ALEGRE PACIENCIA CON QUE CONVIRTIÓ  
Á UN HEREJE.



NUNCIÓSE cierto día una conferencia pública con los herejes, á la cual se disponía á ir el Obispo del lugar con pomposa comitiva y gran fausto de caballos. El Bienaventurado Domingo le dijo: «No así, Señor Padre, no así conviene salir contra tales enemigos. Los herejes han de ser convencidos con la humildad y otros ejemplos de virtudes, más bien que con aparato exterior y fuerza de razones; y porque debe ser en algo temida la presente disputa, armémonos de devotas oraciones; sean la humildad nuestras insignias, y descalzos los piés marchemos al lugar del combate.» Creyó el Obispo al varón de Dios y dejada la caballería se descalzaron todos. Distaba el lugar muchas millas. Después de andar algún tiempo dudaron del camino y pidieron á uno que creían

católico y era hereje, que se lo enseñase. «No sólo os lo enseñaré, contestó, sino que yo mismo os guiaré hasta allá:» y él, maligno, los llevó errantes por baldíos sembrados de zarzas y espinos que les despedazaron y cubrieron de sangre los piés y las piernas. Pero el siervo de Dios, sufriendolo todo con gran paciencia y prorrumpiendo en alegres alabanzas de Dios, exhortaba á todos á la misma paciencia y alabanzas, y les decía: «Confiad, carísimos, y esperad en el Señor; nuestros pecados son ya expiados por la sangre: la victoria es segura.» El hereje, que veía aquella admirable constancia del Santo y la alegre paciencia de todos, compungido al instante y convertido en su corazón, descubrió de propia boca su malicia y fraude, abjuró la herejía delante de todos y los llevó al lugar destinado, donde todo les sucedió prósperamente.





### CAPÍTULO III

DE LOS NÁUFRAGOS POR SU ORACIÓN RESUCITADOS.

**U**n antiguo y honrado vecino de Caturco, por nombre Pedro de Salvarriacho, contó á los Hermanos, dispuesto á jurarlo, que hallándose él con el conde Simón de Monfort en el sitio de Tolosa, habían llegado unos peregrinos de Inglaterra que iban á visitar el sepulcro del apóstol Santiago, los cuales, por no entrar en Tolosa á causa del entredicho, tomaron una pequeña barca para pasar el rio. Con tan excesivo peso (eran cerca de cuarenta los peregrinos), hundióse la barca y quedaron todos sumergidos sin vérselos ni aún la cabeza. El Bienaventurado Domingo, que se hallaba orando en la iglesia de San Antonio, próxima al rio, salió al clamor de los que pedían y del ejército que los miraba, y visto el peligro, postrado todo el cuerpo en tierra, extendidas á manera de cruz las manos, llorando

amarguissimamente, de corazón y con la boca invocó á Dios y con cierta piadosa confianza le mandó que á los peregrinos librase de la muerte. Levantóse en seguida, se acercó á la orilla del rio, llamòlos de entre las olas y les imperó que inmediatamente subiesen y se quedasen quietos. ¡Cosa portentosa! A vista de los Cruzados y muchos otros que á tan triste espectáculo estaban presentes, los peregrinos aparecen todos sobre las olas y sobre ellas se sientan como en tierra seca, cada uno en el lugar á donde las aguas le habían arrastrado. Corrieron entonces los que por allí estaban y alargándoles astas y lanzas, los extrajeron á todos sanos y salvos.





## CAPÍTULO IV

DE SUS LIBROS CÁIDOS EN EL AGUA Y DESPUÉS DE  
TRES DIAS SACADOS ILESOS CON UN ANZUELO.

**S**UCEDIÓ un día, por el mismo país de Tolosa, que vadeando el Bienaventurado Domingo el rio llamado Ariege, como lo hacía frecuentemente á causa de su continúa predicación, al querer ceñirse se le cayeron en medio del rio los libros que en el seno llevaba. Alabando á Dios llegó á casa de una bondadosa matrona que solía hospedarle y por los méritos de su santidad sobremanera le veneraba. Y como le dijese la pérdida de sus libros, entristeciósse no poco dicha matrona. Díjole entonces el Santo: «No tengais pena, Madre, que conviene sufrir con paciencia lo que Dios contra nosotros dispone.» Tres días después fué un pescador al lugar donde los libros habían caido, tendió su cuerda y, creyendo sacar un pez grande,

sacó dichos libros, tan intactos como si en un armario con gran esmero hubieran sido guardados. Cosa sorprendente: pues no estaban envueltos ni en cuero, ni en paño encerado, ni en cosa alguna. Con gozo grande recibió la señora los libros y los entregó al Bienaventurado Padre.





## CAPÍTULO V

### DEL VINO AUMENTADO.



ACIA aquella misma parte sucedió otro día que caminando el Santo con muchos Religiosos, y llegada la hora de comer y no teniendo más vino que lo que cabía en una tacita, compadecido de los Hermanos, porque algunos había criados en el siglo con mucha delicadeza, à los cuales era cosa grave comer sin vino, mandò poner en un gran vaso lo poco que había (apenas si cubría el fondo del vaso) y que encima echasen agua hasta llenarlo. Hiciéronlo así, como les mandaba; y después de beber dijeron que nunca tan buen vino habían probado. Eran ocho los que bebieron, y bebieron todos con abundancia, y áun sobró. Refirió estos dos milagros Fr. Guillermo Pelisso.



## CAPÍTULO VI

DE LA LLUVIA QUE DEL SEÑOR IMPETRÓ.

**P**OR el tiempo en que el Bienaventurado Domingo recibió la casa de Segovia en España, predicaba un día extramuros de la ciudad ante un numeroso pueblo que allí se había reunido. No ignoraba él la mucha tristeza que el pueblo sentía por falta de lluvia, pues era ya cerca de la Navidad del Señor y por no tener agua no habían comenzado á sembrar los labradores. Después del exordio de su sermón, divinamente inspirado, el varón de Dios prorrumpió en estas palabras. «No temais, hermanos; confiad en la misericordia de Dios; pues hoy mismo volverá en gozo vuestra tristeza mandándonos abundante lluvia.» Ni el menor indicio aparecía en aquel momento de próxima lluvia: el aire puro brillaba inundado de las claridades del sol, sin manchilla de nube. Mas no había concluido aún

su sermón cuando descendió tanta y tan vehementemente lluvia que por la inundación de las aguas apenas podían tornar á la ciudad. Diéronse por todo el pueblo gracias al Dios que hace maravillas y que tan velozmente había cumplido la promesa de su siervo Domingo.





## CAPÍTULO VII

DEL QUE IMPEDÍA SU SERMÓN, CUYA MUERTE  
PREDIJO.

**G**N aquellos mismos días, queriendo el Santo predicar la palabra de Dios en el concejo de dicha ciudad, un día festivo, después que todos los concurrentes oyeron leer las cartas reales que por entonces había recibido, dijoles: «Oído habeis, hermanos míos, los edictos de un rey mortal y terreno: ahora escuchad las órdenes del celestial y eterno.» A esta expresión, un hombre noble según el fausto del siglo y lleno de orgullo, no contento con despreciar la palabra del Santo, prorrumpió en palabras de indignación diciendo: «¿Es sufrible que ese hablador nos tenga con sus sermones todo el día sin dejarnos comer?» Dijo, y al momento subió á su caballo y murmurando se fué á su casa que estaba cerca. El Bienaventurado Domingo

contestó: «Ahora os vais; pero no pasará un año sin que el caballo que hoy montais carezca del actual dueño; pues vendrá un día en el cual, antes que llegueis al castillo que habeis construido, morireis à mano armada.» Confirmó el suceso haber sido pronunciada por sentencia de Dios esta palabra, pues no había trascurrido àun el año, cuando al pasar aquel noble por el mismo sitio en dirección al castillo, fué con su hijo y un sobrino atrozmente asesinado.





## CAPÍTULO VIII

DEL HERMANO PARA QUIÉN OBTUVO PAN DEL CIELO.

**D**ESPUÉS de esto volvió á Italia el glorioso Padre acompañado de un converso llamado Fr. Juan, el cual de tal manera comenzó á desfallecer de hambre, al pasar los Alpes de Lombardía, que ni un solo paso podía dar ni por el cansancio levantarse del suelo. Viéndole así el Padre le dijo: «¿Qué es esto, hijo mío, que no puedes andar? —Padre Santo, el hambre me ha invadido.—Haz un esfuerzo, hijo; caminaremos poco á poco hasta llegar á un pueblo donde podamos hallar algún alimento.» Y como le respondiese que de ninguna manera podía andar, que por todos lados se caía, movido el varón de Dios de aquella piedad de que estaba lleno, y compadecido del Hermano, acudió al acostumbrado refugio y oró brevemente al Señor. Vuelto en seguida al Hermano

le dijo: «Levántate, hijo, y vé à aquel sitio, y lo que allí encontrares tráelo.» Levantóse, aunque con mucho trabajo, y llegándose de la manera que pudo al lugar señalado, distante como un tiro de piedra, halló un blanquísimo pan envuelto en manteles blanquísimos: lo cogió, volvió al Santo de Dios y por su mandado comió de él hasta recobrar las fuerzas. Preguntado después de comer, si podía caminar, contestó que sin dificultad ninguna, cuando antes no podía moverse. «Levántate, pues, hijo, y el pan restante, envuelto en los manteles, devuélvelo al sitio donde lo has encontrado.» Hizolo así y emprendieron de nuevo el camino: Andado ya un poco, vuelto en sí el Hermano, comenzó á decirse: «¡Dios mio! quién puso el pan allí, ó de dónde fué traído? Y yo, tonto y ciego, nada procuré averiguar....! ¿Dígame, Padre Santo, de dónde fué traído aquel pan ó quién lo puso allí?» Entonces el verdadero amador y guardador de la humildad preguntó al Hermano diciendo: «¿comiste, hijo, lo suficiente?—Sí, Padre.—Pues si así es, da gracias á Dios como es debido, y no preguntes más.» Volviendo después á España Fr. Juan, lo refirió todo á los Hermanos. Fué más tarde asociado á los Religiosos que por mandado del Señor Papa marcharon á predicar la fé católica al Africa, y al llegar á Marruecos murió en el Señor, consumada felizmente su carrera.





## CAPÍTULO IX

DE LA TÚNICA SUYA QUE CONTUVO EL FUEGO.



ALLÁNDOSE en la ciudad de Segovia qui-  
tóse cierto día el Santo de Dios Do-  
mingo una túnica de saco que en lugar  
de cilicio llevaba, por haber encontrado  
otro cilicio asperísimo y punzante como era su  
deseo. La mujer en cuya casa se hospedaba,  
muy devota de Dios, cogió con mucha devoción  
aquella áspera túnica, y con gran cuidado, más  
que si fuera púrpura de reyes, la guardó entre  
sus más preciosas alhajas en un cofre. Sucedió,  
pues, que saliendo ella á un negocio y dejando  
la casa sola y cerrada y el fuego en el hogar  
encendido, al volver encontró incendiado cuanto  
en el pavimento había, menos el arca, aunque  
de madera, donde estaba la túnica del Santo;  
cuya arca en medio del fuego no sólo no se

había quemado, mas ni siquiera ahumado. Estupefacta la mujer de tal maravilla, dió primeramente gracias á Dios y á su huésped el Bienaventurado Domingo, que con la túnica habían salvado todos los intereses en la misma arca guardados, y cortando después las mangas entregó lo restante á los Religiosos para que lo guardasen, como efectivamente lo guardan entre las reliquias del convento.





## CAPÍTULO X

QUE POR DÓN DE DIOS HABLÓ ALEMÁN.

**E**N un viaje que de Tolosa á París hacia el mismo Bienaventurado Padre en compañía de Fr. Bertrán (1) hombre devoto y Santo que fué el primer Prior (2) de los Hermanos de Provenza, después de pernoctar devotamente en la iglesia de Nuestra Señora de Roquamadour, encontraron por la mañana á unos peregrinos alemanes, los cuáles, atraídos de los salmos y letanías que el Santo y su compañero iban cantando, se agregaron con devoción á ellos, y al llegar á la ciudad los convidaron y según su costumbre los cuidaron

---

(1) Hoy beatificado por S. S. León XIII.

(2) Prior Provincial de la llamada en nuestras Constituciones *Provincia Provinciae* que se extendía desde los Pirineos hasta los Alpes.

generosamente. Después de cuatro días continuos de caminar juntos recibiendo tales agasajos, dijo à su socio el Bienaventurado Domingo: «Fray Bertrán: de veras me remuerde la conciencia que recibamos de estos peregrinos tantos beneficios temporales y nosotros no les correspondamos con los espirituales. Si bien te parece arrodillémonos y pidamos al Señor que nos dé à entender y hablar su lengua para anunciarles como podamos à Jesucristo.» Hiciéronlo así, y con asombro de los peregrinos comenzaron à hablarles en su lengua, y por otros cuatro días continuaron conversando del Señor Jesús, hasta llegar à Orleans, donde los alemanes, que querían ir à Chartres, se despidieron de ellos en la carretera de París y humildemente se encomendaron à sus oraciones. Al día siguiente dijo el Bienaventurado Padre à Fr. Bertrán: «Ya ves, hermano, que vamos à entrar en París; si aquellos Hermanos saben el milagro que el Señor nos hizo van à creernos santos siendo pecadores, y si llegase à oídos de los seglares estaremos expuestos à mucha vanidad; te prohibo, pues, en virtud de santa obediencia, que lo digas mientras yo viva.» Así lo hizo Fr. Bertrán; mas después de la muerte del Bienaventurado Padre lo contó cual aquí se escribe à los devotos Hermanos.— Esto significa aquel responsorio que dice: *Lingua verba transformat varia*, etc.





## CAPÍTULO XI

DEL FERVOR DE SU ORACIÓN CON QUE Á UN HERMANO  
QUE SE IBA REDUJO Á LA ORDEN.

**R**ECIBIÓ una vez el Bienaventurado Domingo á un joven de la Pulla, por nombre Fr. Tomás de Smicella, á quien por su inocencia y candor amaba tanto que muchos le llamaban el *fraile* ó el *hijo* del Bienaventurado Padre. Aprovechando una oportunidad, le cogieron cierto día unos estudiantes compañeros suyos, satélites del diablo, y por la violencia y el engaño le llevaron á una viña donde le despojaron de sus hábitos y le pusieron un vestido seglar que allí tenían preparado. Cuando esto pasaba, corren los Hermanos al Bienaventurado Domingo y le dicen: «Padre, que llevan á vuestro fraile al siglo.» Acudió el Santo á la oración sin decirles que corrieran á

buscarle, ni cosa alguna; entró en la iglesia despreciando todo humano auxilio, y postrado ante el altar invocó la misericordia de Dios. Y no en vano, pues el resultado comprobó la fuerza de su oración. Apenas el joven sintió la camisa sobre sus carnes, cuando empezó á clamar diciendo: «¡Que me quemó, que me abraso todo:» y no hubo manera de hacerle callar y aquietarse hasta que, arrojada la túnica de lienzo y vestida la de lana y demás hábitos religiosos, fué vuelto al cláustro. Vivió después en la Orden mucho tiempo, y en todas partes muy querido y dotado de muchas gracias.





## CAPÍTULO XII

DEL NIÑO RESUCITADO Y DE SU MADRE LIBRADA  
DE LAS CUARTANAS.

**V**IAJANDO el mismo padre por Francia en dirección á París, llegó al pueblo de Chatillón, donde un hijo de la hermana del capellán de aquel lugar, en cuya casa estaba el Santo hospedado, cayó del terrado quedando muerto en el acto. Los padres le lloraban inconsolables, de los cuales compadecido el Bienaventurado Domingo, se puso con lágrimas en oración, y vuelto después al niño, le cogió y presentó á su madre sano y bueno. Convirtiéndose en júbilo la tristeza, é hizo un gran convite el sacerdote, tío del resucitado, al cual fueron invitados muchos temerosos de Dios. Como la madre del niño no probase la anguila que todos los demás comían, porque padecía quartanas, tomó el Santo una tajada, hizo sobre ella una cruz y en nombre de Cristo se la dió diciendo: «Come en virtud del Salvador.» Comió la mujer y se vió libre de toda calentura.



## CAPÍTULO XIII

DE CÓMO, CERRADAS LAS PUERTAS, ENTRÓ DOS  
VECES EN EL CONVENTO.

**C**UARTA vez que el Bienaventurado Domingo llegó muy avanzada la noche á un convento de gran observancia cuando ya todos los Religiosos estaban acostados, temiendo incomodarlos lo más mínimo, postrado ante la puerta con su compañero, rogó al Señor que sin molestar á nadie le socorriese en aquella necesidad. ¡Cosa admirable! Tal como estaban afuera postrados de rodillas, así de repente se hallaron adentro. Lo mismo le sucedió cuando combatía con los herejes en compañía de un lego cisterciense (del cual se refieren muchos y memorables prodigios de santidad): que deseando entrar de noche en una iglesia que estaba cerrada, oraron afuera y se vieron adentro, según la voluntad del Señor, donde pasaron en oración toda la noche.



## CAPÍTULO XIV

DEL DIABLO QUE LE ARROJÓ UNA PIEDRA SIN  
LOGRAR DISTRAERLE DE LA ORACIÓN.



UNA noche que el Santo con mucha devoción oraba postrado en el pavimento de la iglesia, envidioso el diablo y lleno de coraje por tanto fervor, cogió una piedra de gran peso, y desde lo alto de la bóveda se la arrojó con tal furia, que resonó terriblemente por toda la iglesia, sin que con esto pudiese distraerle el ánimo. Pasó la piedra rozando el capuz del Santo; pero él no hizo más caso que si cayese una paja. Y el diablo, no pudiendo sufrir tanta virtud, lanzó un aullido espantoso, y lleno de confusión huyó.



## CAPÍTULO XV

DEL DEMONIO QUE UNA NOCHE LE HIZO

QUEBRANTAR EL SILENCIO.

**H**ENÍA por costumbre el Santo pasar la noche, no en la celda, que no la tenía ni cama para dormir, sino en la iglesia. Estando, pues, en oración una noche cuando los Hermanos descansaban, vino el diablo en figura de un Hermano y se puso también á orar. Vióle el Bienaventurado Domingo, y muy estrañado de que después del toque de la campana á dormir quedase uno en la iglesia, hizole con la mano seña para que fuese á descansar, como en efecto lo hizo, inclinando la cabeza aquel falso Hermano. Después de los maitines, á media noche, encargó que nadie en tocando á retiro volviera á quedarse en la Iglesia; y lo repitió por tres noches seguidas. La tercera noche, fingiendo como siempre aquel falso Hermano su

oración, se le acercó el Bienaventurado Domingo y con palabras severas le increpó diciendo: «¿Qué inobediencia es ésta? ¿No he dicho repetidas veces que nadie quede en la iglesia? Tres noches van ya que te hallo aquí.» Soltando entonces el otro una carcajada, «ahora sí, dijo, que te he hecho quebrantar el silencio.» Al cual el siervo de Dios, conociendo su astucia, respondió con aire: «No te ufanes tú, miserable, de lo que no te aprovecha: ¿no sabes que yo estoy sobre el silencio y que puedo hablar cuando me parezca? Por esta parte no me engañas.» A esto huyó Satanás derrotado.





## CAPÍTULO XVI

DEL DEMONIO QUE EL SANTO VIÓ RECORRIENDO  
LAS OFICINAS.



MUCHOS de los antiguos en la Orden y personas muy fidedignas contaban que había encontrado una vez al diablo el Santo de Dios Domingo recorriendo todos los sitios del convento, al cual como le preguntase por qué había venido, respondió: «Por la ganancia que recibo.» Llevándole el Santo al dormitorio le dijo: «¿Qué ganas aquí?—Algo gano, contestó; porque hago que los Hermanos ó duerman demasiado, ó se levanten tarde y así pierdan algo del oficio divino, ó les mando ilusiones pésimas y estímulos de la carne.» Llevóle después á la iglesia y le dijo: «¿Qué ganas en tan santo lugar?» Respondió: «¡Oh! á cuántos hice venir tarde, y salir pronto, y olvidarse á veces de sí mismos.» Hizole el Santo Padre ir al refectorio y le

preguntó: «¿En qué los tientas aquí?» Saltando de mesa en mesa, dijo: «¿Quién por más, quién por menos...» Condújole luégo al locutorio, y le dijo: «¿Y aquí qué ganas?» Contestó él con algazara: «Este lugar es todo mio: aquí las chanzas, las quejas y las palabras vanas.» Dirigiéndose por fin al Capítulo, reulaba el demonio, miraba con horror aquel lugar y no quería acercarse. Y como le preguntase el varón de Dios Domingo por qué hacía aquello, contestó: «Porque cuanto gano en los otros sitios todo lo pierdo aquí, especialmente cuando hay justicia en el que corrije y penitencia en el correjido; de suerte que este lugar es mi infierno: pues aquí se amonestan los Hermanos, aquí se confiesan, aquí se acusan, aquí se disciplinan, aquí se absuelven. Ésta es la oficina que sobremanera odio y más que todas detesto.»





## CAPÍTULO XVII

DE LA CARTA QUE AL DIABLO ARREBATÓ.

**Q**TRA vez, de noche en la iglesia, vió el Bienaventurado Padre Domingo al diablo que en sus manos de hierro, con dedos como garfios, tenía un papel que se puso à leer junto à la lámpara. Se aproximó el Santo y le preguntó: «¿Qué lees?—Los pecados de tus frailes» contestó. Cogióle entonces el papel por un lado y tiró de él para quitárselo y leerlo, pero el diablo también tiraba. «Suéltalo en nombre de Dios,» le dijo el Padre.—Hízolo así el diablo à más no poder. Enterose el Santo del contenido, y corrigió enseguida à los Hermanos de aquellas faltas.





## CAPÍTULO XVIII

DEL MODO Y FERVOR DE SU ORACIÓN.



OR observar de qué modo oraba el Bienaventurado Padre, se privó de dormir siete noches Fr. Juan de Bolognia, varón discreto y bueno; y dijo que unas veces se ponía de pié, otras de rodillas, otras tendido en el suelo, y así perseveraba hasta que el sueño le rendía. Cuando era ya cerca de media noche salía de la iglesia y con mucho silencio visitaba á los Hermanos que dormían, y á los descubiertos los cubría. Después de esto volvía á la iglesia y continuaba su oración; dijo el mismo Hermano que cuando le ayudaba á Misa, que era muy frecuente, al volverse el Santo para tomar el vino y el agua, después de sumir el cuerpo del Señor, le caían siempre lágrimas de sus ojos.

---



## CAPÍTULO XIX

DEL PODER DE SU PALABRA Y OBRA.



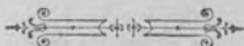
VIENDO que se afligía demasiado por sus pecados Fr. Bertrán, su compañero, mandóle el Santo que llorase los ajenos y no los suyos; y de tal virtud fueron sus palabras que en adelante, aunque quería, no podía llorar los propios, y sí muy abundantemente los de los otros.—A un usurero que fingía justicia y pedía la comunión, le dió la hostia el Bienaventurado Padre, la cual repentinamente, como carbón encendido, comenzó à quemarle el paladar, semejante à aquel fuego que refrigeraba las entrañas de los tres niños y abrasaba à los perversos caldeos; de donde compungido se convirtió de veras, y cuanto malamente había llevado lo restituyó.



## CAPÍTULO XX

### DE LOS PANES MULTIPLICADOS.

**R**AY Reinaldo, Penitenciario del Señor Papa y después Arzobispo, contó que estaba él presente en Bolonia, cuando al varón de Dios Domingo llegó el procurador quejándose que no tenía para tan considerable número de Religiosos sino solo dos panes. Mandó entonces el verdadero imitador del Señor dividirlos en menudos trozos, y echada la bendición y confiando en Dios, *que es rico con todos los que le invocan y colma á todo animal de bendición*, hizo que el servidor diera vuelta por las mesas y pusiera á cada uno dos ó tres de aquellas partecitas. Y como sobraba pan después de dar una vuelta, dió otra y luégo otra, hasta tanto que quedaron todos saciados, sobrando aún más de lo que al principio había.





## CAPÍTULO XXI

DE LOS ÁNGELES QUE VIÓ GUARDANDO  
Á LOS HERMANOS.

**E**NTRÓ en la Orden un legista, caballero de Bolonia, á quien se propusieron sacar del convento violentamente algunos de sus amigos mundanos. Temerosos los Hermanos de un atropello, determinaron llamar tropa armada, de su confianza, para que defendiese la casa. A lo cual el Bienaventurado Domingo contestó: «No nos son necesarios soldados, pues veo en derredor de la iglesia más de doscientos ángeles enviados para guardar á los Hermanos.» Y así fué, que se volvieron aterrados y confundidos los emisarios, y el novicio, lleno de consuelo, quedó en la Orden.





## CAPÍTULO XXII

DEL HERMANO GOLOSO AL CUAL LIBRÓ  
DEL DEMONIO.

**H**ABÍA en Bolonia un Hermano converso puesto al cuidado de los enfermos, el cual frecuentemente y sin licencia solía comer la carne que sobraba. Cuando esto hacía una tarde se sintió fuertemente poseído del diablo y comenzó á dar terribles voces, Corriendo á toda prisa los Hermanos llegó también con ellos el Bienaventurado Padre, quien compadecido del Hermano gravemente atormentado argüía al demonio y le preguntaba por qué había entrado. Y dijo el diablo: «He entrado en él porque lo tiene merecido; pues ocultamente y sin licencia ha comido carnes contra lo prescrito en tus constituciones.» Dijo entonces el Bienaventurado Domingo: «Por la autoridad del Señor yo le absuelvo del pecado cometido; y á tí, demonio, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, te mando que salgas de él y de hoy más no le vuelvas á atormentar.» Y al momento quedó el Hermano libre.



## CAPÍTULO XXIII

DE SU COMPASIÓN Á LOS PECADORES Y DE LA  
PRECAUCIÓN DE TODA NOTA.

OMPADECÍASE sobremanera de las miserias y pecados de los hombres, de tal suerte que cuando desde una eminencia veía la ciudad ó pueblo en que iba à entrar, deshacíase todo en lágrimas considerando las miserias de los hombres que allí vivían, y los pecados que se cometían, y los muchos que al infierno descendían. Cuando después de las fatigas del camino le acontecía tener que hospedarse en la casa de algún seglar, apagaba antes la sed en la primera fuente que encontraba, por evitar hasta la sombra de toda nota si en la casa bebiese mucha agua, obligado por la fatiga. Así hacía con sumo cuidado en todas las cosas.



## CAPÍTULO XXIV

DE LA ABSTRACCIÓN DE LAS COSAS MUNDANAS.

**D**e tal manera tenía en Dios fijo su amor, que à nada de este mundo, ni grande ni pequeño, mostraba afición. Era vil todo cuanto tenía, libros, vestido, calzado, correa y una pequeña navaja que raras veces llevaba; y con frecuencia reprendía la curiosidad y demasiada decencia en estos objetos.





## CAPÍTULO XXV

DE SU ESTUDIO EN LOS LIBROS DE LA CARIDAD.

**U**N clérigo estudiante preguntóle cierto día cuáles eran los libros que con preferencia estudiaba, sin duda porque le veía predicar maravillosamente y exponer con suma facilidad las Escrituras; al cual respondió el varón Santo, que los libros de la caridad más que ningún otro. Y con razón, pues este libro es el que lo enseña todo.





## CAPÍTULO XXVI

DE LA PASIÓN DE LA CARNE REPRIMIDA  
CON SU OLOR.

**R**EFIRIÓ un Hermano, que había en Bolognia un estudiante tan frágil en el vicio de la carne, que aunque se confesaba muchas veces de estos pecados, volvía con la mayor facilidad á reincidir en ellos. Llegó á tal extremo en el vicio que, según decía, ya no le era posible contenerse. Sucedió una mañana que celebrando Misa el Bienaventurado Domingo en el convento de los Hermanos de aquella ciudad, asistió el estudiante ya por la predicación, ya por oír la Misa; y como al ofertorio se acercase con los demás á ofrecer, y besase la mano del Santo, sintió tal y tanto olor cual en su vida jamás había sentido. ¡Cosa admirable por la fragancia percibida, pero mucho más por la pasión domeñada! pues instantáneamente sintió tal templanza de la carne que, según confesión suya, le parecía en adelante muy fácil lo que antes creía imposible. Era muy propio que el olor de la mano virginal expeliese el hedor de la lujuria.



## CAPÍTULO XXVII

DE CÓMO PREDIJO SU MUERTE.



ANTES del feliz tránsito del Bienaventurado Domingo, hubo en Bolonia otro estudiante que dijo haber oído de él la siguiente profecía de su muerte. En una visita que el Santo hizo á unos escolares (1) muy conocidos suyos, entre los cuales estaba el que testifica, exhortándolos al desprecio del mundo y memoria de la muerte, les dijo: «Ahora me veis vivo y sano; pero antes que llegue la Asunción de Nuestra Señora seré abstraído de la presente vida.» Comprobó el hecho la palabra, pues poco antes de aquella fiesta llevó el Señor consigo, notándolo con sumo cuidado los escolares, quienes lo refirieron después de la muerte á los Hermanos.—Esto y lo que á continuación se pone de la leyenda, confirma su ciencia de lo futuro. Orando una noche en las catacumbas

---

(1) Otros leen *seculares*.

de Roma, tuvo una revelación que le llenó de amargura. Se fué al convento, tocó la campana, convocó á los Hermanos y, dando grandes suspiros, comenzó á hablarles sobre aquel texto terrible del Evangelio: *Satanás os ha asaltado para zarandearos como trigo*. Lloraban mucho los Hermanos con aquellas palabras y lloraba él con ellos y más que ellos. Pronunció luégo la palabra que se le había revelado diciendo: «Llorad, Hermanos, llorad, pues dos de vosotros ireis á la vida y dos á la muerte.» A cuya palabra, aterrorizados sobremañera y llorando áun más amargamente, se preguntaban los Hermanos unos á otros: «¿Seré yo: seré yo?» Sucedió todo asimismo; pues á los pocos dias salieron de la Orden dos de ellos, sin duda para perderse; y otros dos, desprendidos del cuerpo, volaron á la vida sempiterna





## CAPÍTULO XXVIII

DEL COMPAÑERO Á QUIEN DESPUÉS DE MUERTO  
LLAMÓ Á CRISTO.

**S**ALMODIANDO con muchas lágrimas y cantando los hijos cánticos espirituales ante el cadáver de su Padre colocado en la iglesia, llegó Fr. Alberto, de feliz memoria, Prior de Santa Catalina, muy familiar del Santo, el cual mirando á su amigo difunto convirtió el llanto en júbilo, alegrándose él primero. Pues, compadecido de sí propio, se arrojó sobre el cadáver llenándole de abrazos y besos, y no se levantó hasta que obtuvo del muerto una respuesta. Volvióse entonces al Prior de Bolonia, y contento y alegre dijo: «Buena nueva, Prior: el Maestro (1) Domingo me ha abrazado y me ha dicho que este mismo año iré en pos de él á Cristo.» Y así fué que murió aquel mismo año.

---

(1) Este es el título de los Generales de la Orden Dominicana, á diferencia de otros que se llaman Prepósitos, Ministros, etc., como si quisiera decir que el distintivo de esta Orden es ser escuela de las ciencias.



## CAPÍTULO XXIX

DEL ESTUDIANTE QUE LE VIÓ EN LA GLORIA.

**N**OTICIOSO un estudiante de la muerte del Santo, pero que por cierto motivo no pudo asistir à sus exequias, vió en sueños la noche siguiente sentado en un trono en la iglesia de San Nicolás, majestuosamente coronado de honor y de gloria. «¿No sois vos, le dijo, el Maestro Domingo que ha muerto?—No estoy muertò, respondiò, porque tengo un buen Señor con quien vivo.» Llegada la mañana se fué à la iglesia de los Hermanos y hallò al Santo sepultado en el mismo sitio en que le había visto entronizado, cuyo sitio absolutamente ignoraba.





## CAPÍTULO XXX

DEL ENDEMONIADO QUE SE CURÓ Á SU SEPULCRO.

**M**ANDÓ decir Fr. Camberto (1) de tierra de Saboya, predicador gracioso y ferviente, ilustre en milagros después de su muerte, que siendo él estudiante en Bolonia había visto, con otros muchos, llevar al sepulcro del Bienaventurado Padre Domingo, la mañana siguiente de su entierro, á un hombre poseido del demonio, y que al entrar había empezado el demonio á dar voces diciendo: «¿Qué me quieres, Domingo?» y que á menudo repetía: «Domingo, Domingo» quedando allí mismo el hombre libre del demonio.

---

(1) Otros leen *Caberto* y otros *Chaberto*.





## CAPÍTULO XXXI

DEL HERMANO QUE Á SU INVOCACIÓN SE CURÓ  
DE LA HEMORROIDE Y DESPUÉS DE LA ROTURA.



ASTANTE tiempo hacía que venía padeciendo hemorroides un Hermano de más de sesenta años, recibido á la Orden por el Bienaventurado Domingo en el convento de Limoges, el cual, oídos los milagros que al sepulcro del Santo se obraban antes de ser canonizado, se postró humildemente ante el altar y dijo: «Señor Jesucristo que por el Maestro Domingo me llamaste á la Orden, si es verdad lo que oigo de lo mucho que contigo puede este Santo, como lo creo, haz que por sus méritos me vea libre de esta tan molesta enfermedad.» Apenas dijo estas palabras instantáneamente se sintió sano, dió gracias á Dios, y en los siete años que después vivió no padeció más de ella.—El mismo Hermano, en el convento Caturcense, donde murió, habiendo oido la canonización del

Bienaventurado Padre, y cantando por este motivo con los Hermanos el *Te Deum*, súbitamente se vió curado de una rotura que por algunos años venía padeciendo, con sólo decir: «¡Oh Bienaventurado Padre Domingo que me curaste de la otra molesta enfermedad, libra mi vejez de ésta, que también es grave.





## CAPÍTULO XXXII

DE LA SORDA QUE Á SU INVOCACIÓN RECOPRÓ  
EL OIDO.

**E**N el mismo convento de Bolonia, predicando el Prior al pueblo de los milagros del Bienaventurado Domingo, una monja que hacía muchos años estaba sorda, invocó al Santo y recobró por completo el oido.





## CAPÍTULO XXXIII

DE LAS LETRAS DE SU CANONIZACIÓN QUE NO  
FUERON DESTRUIDAS POR LAS AGUAS.



CONTÓ del Bienaventurado Domingo el Señor Bartolomé, Chantre de Trípoli, persona veneranda, una cosa muy digna de recordarse. Llevando èl, por encargo de los Hermanos, las Letras de canonización del Santo à fin de entregarlas à los Hermanos de la otra parte de la mar, levantóse tal tempestad que, cuando llegó la nave al puerto, estaba ya medio destruida. Todo cuanto encima y dentro trasportaba se perdió, ó por lo ménos se averió, excepto las Letras que no sufrieron la menor yactura: cosa tanto más admirable quanto que las Letras se deterioran con sola la humedad de la mar. Lo cual no sin milagro se cree haber acontecido, porque Dios no fuera privado en su Santo del honor que le debían los pueblos trasmarinos: pues de haberse borrado aquellas Letras no hubiera sido fácil que en un año se mandaran otras.



## CAPITULO XXXIV

DE LOS LIBRADOS DEL PELIGRO DE LA MAR.

**S**URCANDO la mar una nave que de Trápani había salido en dirección á Génova, se levantó tan espantosa tormenta, y sobre la tormenta comenzó á caer tal diluvio de agua, que se temió próxima la fractura del barco y la muerte de los navegantes. Ya habían perdido la vela con el timón, ya alijaban la nave de los cargamentos, aunque de mucho valor, ya todos confesaban sus pecados esperando por momentos el naufragio. En tal y tanto peligro constituidos, cuando todos, llorando á gritos, invocaban á los Santos que suelen invocar los marinos, un Hermano de la Orden que allí iba, Fr. Guillermo de Valencia, hombre de mucha devoción y de gran confianza en Dios, viendo que nadie se acordaba del Bienaventurado Domingo, encendido en santo celo, exhortó á

los tripulantes á que le invocasen; y como le respondiesen que no acostumbraban, ni áun siquiera le conocían, confiado en los méritos del Santo, dijo: «Invocadle de todo corazón y ofrecedle algún obsequio, que de seguro sentireis su auxilio.» A estas palabras del Hermano todos unánimemente hicieron voto de ir los pies descalzos y velas encendidas á su iglesia, si apiadado de ellos les concedía pisar tierra. Emitido el voto y clamando todos juntos en alta voz *¡Santo Domingo, ayúdanos!* el aire se serena, cede la tempestad, cálmase la mar y las olas se les vuelven risueñas; sigue al pavor el júbilo, á los lamentos la santa algazara y de lo profundo del corazón se dan afectuosas gracias. Llegados á Génova sanos y salvos, no fueron perezosos en cumplir lo prometido, sino que inmediatamente dirigiéndolos el mismo Hermano y su sócio, en forma de procesión, muy devotamente, descalzos y con cirios, se fueron al lugar de los Hermanos, y llegándose al altar dieron gracias al Santo.





## CAPÍTULO XXXV

DEL HERMANO MENOR POR ÉL SANADO (I).



U no de los Frailes Menores de Bolonia, anciano de setenta ó más años, que se veía muy afligido por salirse los intestinos, invocó à Santo Domingo recientemente canonizado, y quedándose algún tanto adormecido después de una prolija oración vió al Santo que con la parte anterior del escapulario le restañaba la rotura. Levantóse curado, y dando gracias à Dios y al Bienaventurado Domingo lo refirió todo á sus Hermanos, quienes divulgaron el milagro para gloria del Salvador.

---

(I) Falta este capítulo en el MS. de Roma.





## CAPÍTULO XXXVI

DE LA MONJA MILAGROSAMENTE CURADA.



AY en Trípoli, ciudad de Lidia, un monasterio de mujeres bajo el título de la Magdalena, en el cual vivía una monja joven y noble, por nombre María, oriunda de Bellomundo (1), de gran sencillez è inocencia, la cual después de muchas y graves enfermedades fué atormentada en la pierna y pié derecho de tan terribles dolores, que por espacio de cinco meses no pudo revolverse ni tolerar que la revolvieran en la cama, de donde se le formaron grandes heridas por todo el cuerpo. Exhalaba agudos quejidos que ponían en continua alarma á las demás Religiosas. La vehemencia del dolor la rindió de tal suerte, que en siete días no tomó alimento ni bebida alguna,

---

(1) Otros leen *de Bello Monte* y el MS. de Roma dice *de Biblio*.

esperando de hora en hora su muerte, sobre todo cuando por faltarle la respiración se quedaba toda macilenta sin sentido y sin movimiento. Mas pasados los siete días, volvió à respirar algún tanto, efecto del amortecimiento en que quedó la pierna, á manera de un leño, por espacio de dos meses. Por consejo de los médicos resolvieron la madre de ella y sus parientes sacarla del monasterio à su casa propia, pedido y obtenido el permiso de cierto abad que era Visitador de aquella Orden, á fin de mejor atenderla con baños, unturas y otros beneficios de la medicina. Pero ella, apenas supo este acuerdo, triste y pesarosa se negó en absoluto à salir del monasterio, por ser contra los estatutos y costumbre de la Orden y por el ejemplo peligroso de que miembros virgíneos fuesen por las calles y las plazas llevados públicamente al baño. Reñíanla los parientes y una hermana suya monja, la cual irónicamente le decía: «Ahora te va à curar Dios sin los medios humanos por tu gran santidad.» Asimismo la madre le aseguraba que ya no eran aquellos los tiempos antiguos en que Dios hacía señales y milagros. Todos por fin marcharon como indignados de su pertinacia, dejándola abandonada à sí misma. Mas ella, temerosa de que volviesen à poner por obra su anterior resolución, se dirigió al Señor, y con gran fervor y abundancia de lágrimas y humildemente dijo: «Señor Dios mio, no soy digna de rogarte ni merecedora de que me oigas, pero ruego à mi Señor el Bienaventurado Domingo, tu siervo, que sirva de medianero y por sus súplicas y méritos me alcance de tí el beneficio de la salud.» Con tal instancia

y efusión de lágrimas se encomendó al Bienaventurado Domingo, de quien era muy devota, que abrigó en su corazón cierta esperanza de obtener la salud tan deseada. El padre de estas jóvenes vírgenes, hombre noble, las había puesto antes de morir, lo mismo que à toda la familia, bajo el amparo especial de este Santo. Quedóse, después de tanto suplicar, dormida la enferma, y como en despertando se viese sin ninguna mejoría, comenzó à reñir amorosamente al Bienaventurado Padre porque no había escuchado sus ruegos, y de nuevo con importunidad y lágrimas interpelándole fervorosamente, arrobada en un éxtasis, vióle que acompañado de dos Hermanos corría la cortina del cuarto y entraba y se ponía junto à ella. Redobló entonces sus ruegos tan pronto como le reconoció, y preguntándole él si deseaba mucho verse sana y por qué razón, contestó: «Mucho lo deseo, si me conviene, à fin de servir con más devoción al Señor.—Extiende tu pierna, le dijo el Santo, en nombre de Cristo.» Y contestando ella que no podía, sacó de debajo de la capa un unguento de maravillosa y desacostumbrada fragancia con que ungió con la propia mano la parte dolorida, quedando súbitamente sana y ágil la pierna paralizada. «Preciosa y dulce es esta untura, dijo después el Santo, pero muy costosa.» Pidióle ella explicación de estas palabras, y continuó él diciendo: «Esta unción es señal y figura del amor santo de Dios, que en verdad es precioso, porque con ningún precio de cosa temporal puede comprarse, y porque entre los dones de Dios ninguno hay mejor: es dulce, porque nada más dulce que la caridad:

es costoso, porque se pierde fácilmente si con gran cautela no se guarda.» Preguntóle después à la monja con cara risueña de qué manera había recobrado la salud, à lo que ella respondió: «Tú, señor mío, que lo sabes, dignate revelármelo y hacerlo saber especialmente à mi hermana.» —Y sucedió que estando la hermana durmiendo en su cama vió en sueños como que entraba en una iglesia, y que en la pared de aquella iglesia estaba pintada la imagen del Bienaventurado Domingo, y que tomando cuerpo esta imagen y desprendiéndose de la pared la llamaba con la mano; que entonces ella se postraba y le pedía humildemente la salud de la hermana enferma, à cuyos ruegos contestaba él: «Ya la he sanado.» Despertó enseguida, se fué à donde la enferma estaba, pero sin dar crédito al sueño, y de hecho la encontró alegre y sana. Comparando entonces las dos las visiones con las cosas y las cosas con las visiones, juntamente con su madre, por nombre Isabel, muy religiosa y devota, dieron à Dios y àl Bienaventurado Domingo abundantes acciones de gracias. Visitaron con más devoción la iglesia de este Santo, contaron minuciosamente el milagro à los Hermanos, y su afición tanto à aquellos Hermanos como à la Orden entera fué desde entonces más ferviente. Cuando después de despierta se vió la enferma untada, tomó un poco de estopa, restregó la untura y se guardó la estopa sin decir nada à las demás Religiosas por temor à la vanagloria y por evitar toda nota de ostentación. Pero obligada de la reverencia que la estopa merecía, por estar empapada en aquel divino unguento, lo reveló en fin, por

consejo de su madre, à Fr. Gregorio Múngaro, su confesor, de la Orden de Predicadores, con objeto de preguntarle qué había de hacer de ella. Al sacarla entonces de donde la tenía guardada, percibieron el confesor, la madre y la hermana tal y tanta fragancia de olor suavísimo que no tenían comparación los más delicados perfumes. —Como en lo exterior fué curada prodigiosamente la joven Religiosa, así en lo interior se sintió unguida de celestial unguento y en divino amor encendida, como el Santo se lo había dado á entender, sirviendo en adelante con mayor fervor y gran humildad à Jesucristo. Oyó de los labios de la misma enferma este milagro y con gran diligencia lo examinó y escribió Fray Ivón, Prior Provincial de la Orden en Tierra Santa, varón de toda virtud y santidad, amable à Dios y à los hombres, y en muchas lenguas predicador eximio.

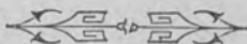




## CAPÍTULO XXXVII

### DEL HIDRÓPICO SANADO.

**P**REDICANDO por el Piamonte ciertos Religiosos las maravillas del Bienaventurado Domingo, uno de los oyentes que tenía un hermano hidrópico monstruosamente inflado, volvió á casa, y después de referir al enfermo aquellos milagros le exhortó á que se ofreciese al Santo para recobrar la salud. Hízolo así devotísimamente, y quedando dormido le pareció ver al Bienaventurado Domingo que le abría el vientre y sin la menor molestia le extraía toda el agua. Despertó el enfermo y hallándose efectivamente sano, contra las esperanzas de los médicos, contó su visión á todos y dió al Señor y al Santo su curador rendidas gracias.





## CAPÍTULO XXXVIII

DEL VINO Á SU INVOCACION AUMENTADO.

**V**ivía en un pueblo llamado Placia (1), de la isla de Sicilia, una mujer muy devota y con los Frailes Predicadores muy obsequiosa, no obstante las resistencias de su marido; la cual como oyese que los Religiosos carecían de vino en tiempo de verano, les mandaba de lo suyo con gran devoción y muchas veces, sin saberlo el marido, cuanto era suficiente para cubrir las necesidades. Mas à fuerza de tiempo y del mucho gasto que la propia familia numerosa y la comunidad entera hacían, sucedió que yendo la criada à sacar vino de orden del amo, apenas halló en la cuba otra cosa más que las heces. Asombrada la sirvienta avisa en secreto à la señora de lo que ocurría, la cual no ménos admirada le manda volver y

---

(1) El MS. de Salamanca dice *Plana*.

examinar si estaba la espita obstruida. Vuelve la criada y otra vez halla que no hay más que las heces. Temerosa entonces la señora de que el marido alborotase la casa y à ella la retrajese de la devoción de los Hermanos, postrada en tierra invoca al Bienaventurado Domingo y muy fiada en sus méritos manda por tercera vez à la criada que vuelva à la cuba. Vuelve, en efecto, aunque refunfuñando, y halla tal abundancia de vino como si nada se hubiera gastado. ¡Cosa admirable, pero más clara que el sol! Aquel vino que apenas hubiera bastado para sola la familia por mes y medio ó dos meses, bastó, multiplicándolo Dios, por cuatro meses para la familia y la comunidad de los Hermanos. Admiróse de esto el marido; pero no supo cómo había sucedido hasta que pocos días después, sabedores de lo ocurrido los Religiosos, oyó à uno de ellos predicar este milagro sin citar personas. Volvió después de oír el sermón à su casa, preguntó à la mujer cómo habia durado tanto tiempo el vino, burlándose de dicho milagro, y como después de reprenderle ella la dureza de su corazón le refiriese por su orden el acontecimiento, confesó él por fin y creyó que sólo por la virtud divina había sucedido, y desde entonces le permitió à la mujer que libremente visitase à los Hermanos y con limosnas los socorriese. Un hijo suyo que entró en la Orden refirió después este hecho presenciado por él mismo, y es hoy muy contado por aquella comarca.





## CAPÍTULO XXXIX

DEL HIDRÓPICO CON SU MEDICINA CURADO.



TAMBIÉN había en otro pueblo (1) del mismo país un jóven tan hidrópico, que su vientre sobremanera hinchado y los miembros sin fuerzas, amenazaban una muerte próxima. Era, además, tan pobre que se veía obligado á ganar el pan llevando cargas de leña recogida en el campo, cuando apenas consigo mismo podia. Postrado un día en el campo y llorando de dolor, se acordó de lo mucho que Santo Domingo socorría á los enfermos, y le ofreció, si por sus méritos sanaba, servir por un año á los Hermanos del convento de Placia. Y hé aqui que, apenas pronunciado este voto, se le aparece un Hermano desconocido que con blandura le pregunta si quería curarse. Respóndele que ese era su gran deseo, y le expone la oferta hecha.

---

(1) Llamado *Castrum Joannis*.

Entonces el Hermano, extendiendo su brazo hacia un sauco próximo al enfermo, le dice: «Toma las hojas de este sauco, muélelas, bebe el zumo y sanarás.» Dicho esto, el Hermano que le hablaba desapareció; mas él, levantándose del suelo, cogió las hojas, allí mismo las molió con piedras, exprimió con la mano el zumo, lo bebió y al momento, exonerado el vientre y completamente curado, cargó un gran haz de leña, marchó sano y bueno contando á todos el milagro, y despidiéndose de su madre se fué al convento de Placia, donde por espacio de un año sirvió muy devotamente á los Religiosos.





## CAPÍTULO XL

DEL JOVEN CURADO DE LAS ESCRÓFULAS.



EN la misma isla y en dicho pueblo de Placia vivía otro joven, de oficio alfarero, tan agravado de escrófulas y tan corroído, que la misma agua que bebía le salía por la garganta. La madre, que le consideraba mortal y veía que la naturaleza y los remedios de los médicos no le aliviaban, ofrecióle al Bienaventurado Domingo, esperando que por sus méritos se salvaría. Hecho el voto, se le apareció á la madre en sueños el Bienaventurado Domingo, le preguntó cuánto deseaba ver á su hijo sano, y contestándole ella que con toda su alma, le dijo: «Levántate y toma unas hojas de puerro, de peral y yerba verde (1), tritúralas juntas, haz

---

(1) El códice de Roma dice: *folia porri. pilatr.<sup>m</sup> et viride es*, lo cual es ininteligible. El de Salamanca dice: *folia porri, piretrum et viride es*; de cuya expresión impropia é incompleta hago la versión que en el texto aparece por creerla más verosímil.

una cataplasma en un paño de seda (1), aplícala á la herida durante siete días, y sanará tu hijo.» Despertó la mujer del sueño, hizo cuanto le había ordenado el Santo, y dentro de los mencionados días quedó el joven completamente libre.

---

(1) El códice de Salamanca dice: *In cartha de bombace*; el de Roma: *In carta de barbace*. Latinidad falsa.





## CAPÍTULO XLI

DE ALGUNOS QUE AL CONTACTO DE SUS RELIQUIAS  
QUEDARON SANOS.

**U**N vecino de Lieja, labrador, que padecía una enfermedad en el cuello, después de haber visitado muchos santuarios sin merecer la salud, rogó al Prior de los Frailes Predicadores que en secreto le pusiese reliquias del Bienaventurado Domingo sobre la parte doliente. Hizolo así, y desapareció el mal.—Contóme esto el mismo Prior.—Otro de los más pudientes de la misma ciudad padecía otra grave enfermedad con un tumor grande y una herida terrible, de suerte que los médicos le daban por desauiciado. Tanto era el dolor y tormento, que no podía tolerar que el médico le tocase siquiera con la mano. Al verle Fr. Lamberto en aflicción tan grande, le exhortó á la devoción del Bienaventurado Domingo, por quien Dios hacía tantas

maravillas. Hizolo así el enfermo, y con gran confianza y devoción pidió que le rociasen la herida con el agua con que el Santo se había lavado; y al momento comenzó á disminuir el dolor, se desvaneció la hinchazón y quedó perfectamente curado.





## CAPÍTULO XLII

DE LA CURACIÓN DE UN HERMANO.



SUFRÍA tan fuertes dolores en la mano un Religioso del convento de Metz, que temió perder la articulación á causa de un hueso ó excrescencia en la juntura del puño con el brazo. Habíanle dicho varias veces los médicos y cirujanos que no se curaría sin una operación que siempre sería peligrosa á causa de las venas y nervios que allí se juntan. Mas sucedió que la víspera de la Bienaventurada Maria Magdalena, Patrona de aquel convento, estando él con otro preparando después de nona el altar, entraron dos Hermanos á pedir la bendición, los cuales venían de las lejanas tierras de Alemania. Dióselo el mismo doliente que salió á su encuentro, y después de recibida dijeron los dos extranjeros: «Traemos polvos de nuestro Bienaventurado Padre Domingo.» Oído lo cual, el que padecía en la mano, lleno de devoción y alegría

no poca, comenzó á decir de corazón y con los labios: «Padre, Padre, bien venido seas.» Y siguiendo á los Hermanos que llevaban las reliquias batía palmas y sin cesar clamaba: «Padre, Padre, bien venido seas.» Tomólas luégo con ambas manos, y después de besarlas quedó súbitamente libre del peligro del hueso. Mas él no lo advirtió hasta que después de limpiar ciertas manchas que la lámpara tenía, quiso lavarse las manos. Regocijado entonces y sin esperar á lavarse, corrió al Prior que estaba en el Capítulo y le contó lo que había pasado. Al divulgarse esto por el convento, otro Hermano que en la enfermería padecía terribles contorsiones de vientre, pidió que le llevasen las sagradas reliquias, á cuyo contacto quedó también aliviado y sano.





## CAPÍTULO XLIII

DE LA CUARTANA Á SU INVOCACIÓN AHUYENTADA.



ABÍA en el mismo convento un Hermano converso que hacía mucho tiempo padecía una fiebre muy grave con hinchazón monstruosa de la cabeza. La víspera de la fiesta, que por vez primera se celebraba, del Bienaventurado Domingo, cuando ya se acercaba la hora de la quartana le visitó el Prior y le preguntó cómo estaba.—«Espero, contestó el paciente, el momento de la calentura.—Poderoso es el Señor, dijo el Prior, para libraros de ella por los méritos del Bienaventurado Domingo.—Creo firmemente, dijo el Hermano, que si de parte de Dios y del Bienaventurado Domingo mandais á la fiebre que no me atormente más, seré sano.» Entonces el Prior, confiado en la bondad de Dios y en los méritos del Santo, mandó á la fiebre que le dejase y no afligiese más al Hermano; y al momento le dejó,

y el Hermano no la sintió más ni aquel día ni los siguientes, y asimismo quedó libre de la inflamación de la cabeza. Refirió esto el dicho Prior llamado Fr. Santiago, varón de gran fama, al Maestro General de la Orden.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE DEL LIBRO  
QUE SE DICE  
VIDAS DE LOS HERMANOS.





COMIENZA LA TERCERA PARTE DEL LIBRO  
INTITULADO  
VIDAS DE LOS HERMANOS,  
LA CUAL CONTIENE MUCHAS COSAS HERMOSAS  
Y DEVOTAS DE FR. JORDÁN, DE SANTA MEMORIA,  
SEGUNDO MAESTRO GENERAL DE LA  
ORDEN DE PREDICADORES.

---

CAPÍTULO I

DE SU LIMPIEZA.



gloria de Dios y utilidad de los que leyeren, referiremos del Santo y memorable Padre nuestro Fr. Jordán, segundo Maestro de la Orden de Predicadores y sucesor dignísimo del Bienaventurado Domingo, algunas cosas con diligente indagación recogidas, y las que hemos visto y á él mismo

oído, con la ayuda del Señor.—Decimos, pues, ante todas las cosas, que fué como un espejo de toda la Religión y ejemplar de virtudes, como varón que conservó ilesa la virginidad del alma y del cuerpo.

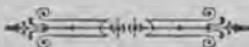




## CAPÍTULO II

DE SU MISERICORDIA CON QUE SOCORRÍA AL PRIMER  
POBRE.

**L**a piedad que, según el Apóstol, es útil para todas las cosas, no sólo en la Orden, sino también en el siglo, la tuvo siempre y ejercitó á manos llenas. Eran compasivas sus entrañas con los desgraciados y afligidos: así que raras veces ó nunca, por más que no era muy adinerado, se apartaba de él un pobre sin limosna. En especial al pobre que por la mañana primero le salía al encuentro, jamás dejaba de darle, aunque no se lo pidiese.





### CAPÍTULO III

DEL CEÑIDOR QUE DIÓ Y DESPUÉS VIÓ EN EL  
CRUCIFIJO.



CURRIÓ una vez, cuando estudiaba Teología en París, que levantándose de noche muy de prisa á maitines por creer que ya habían tocado (tenía él esta costumbre de ir á maitines, àun de joven seglar) no se puso más que la capa sobre la camisa y el ceñidor, à fin de llegar más pronto à la iglesia. Encontrò en el camino à un pobre que con instancia le pedia limosna, y él, no teniendo otra cosa, se quitò el ceñidor y se lo dió. Llegado à la iglesia, que àun estaba cerrada porque no habían tocado à maitines como él suponía, se puso en oración à la puerta hasta tanto que la abriesen. Abriéronla, entrò, se arrodilló ante un crucifijo, en el cual reparando bien, le vió ceñido del mismo ceñidor que poco antes, por amor de Cristo, había dado al pobre.



## CAPÍTULO IV

DE SU ENTRADA EN LA ORDEN Y DE LA VISIÓN  
DE LA FUENTE.



UANDO era ya bachiller en Teología, fué recibido en la Orden por Fr. Reginaldo, de bienaventurada memoria, antes decano de Orleans, en cuya feliz muerte tuvo un varón religioso la admirable visión siguiente: Veía en sueños secarse una fuente limpidísima que brotaba en el claustro de Santiago de París, y en su lugar nacer un manantial caudaloso que se derramaba por las plazas de la ciudad y después por todo el reino, refocilando, lavando y alegrando á todos y creciendo progresivamente hasta desaparecer en la mar. Y así fué, en efecto, que á la muerte del Bienaventurado Reginaldo se levantó dicho Padre, quien primero explicando graciosísimamente en París el Evangelio de San Lucas, y predicando después por el orbe á una y otra parte del

mar durante veinte años, y de palabra y de obra anunciando á Jesucristo, se cree que trajo más de mil á la Orden; querido siempre de Dios, de los Prelados y de la Iglesia Romana; induciendo al clero y al pueblo á penitencia, é invitando á todos á entrar en el reino de Dios. Consumó en la mar su carrera el Bienaventurado Padre como el Bienaventurado Clemente, donde halló el camino del cielo, y por él entró en las felicidades del Señor.





## CAPÍTULO V

DE SU PIEDAD CON LOS POBRES Y CON LOS  
HERMANOS.

**T**ANTO abundó en él la piedad después de entrar en la Religión, que frecuentemente se quitaba su túnica por los caminos para cubrir á los desnudos, por cuya causa le reprendieron muchas veces los Hermanos y le acusaron en el Capítulo General. Con los mismos Hermanos era no ménos piadoso y manso, no solo compadeciéndose de sus enfermedades y socorriéndolos como podía, sino también disimulando à veces fragilidades humanas con que ellos se corregían, más aún por aquella virtud de piedad y atractivo de mansedumbre que por la austeridad de la disciplina, aunque también ésta sabía él usarla según el tiempo, el lugar y las personas. Apiadábase mucho de los tentados y enfermos, visitábalos á menudo, y con palabras, ejemplos, oraciones y

exhortaciones los consolaba. Era costumbre suya cuando llegaba á un convento, después de dar la bendición y saludar á los Hermanos, visitar inmediatamente á los enfermos, llamar los novicios á su mesa y enterarse si había algunos tentados, á fin de consolarlos.





## CAPÍTULO VI

DEL NOVICIO Á QUIEN LIBRÓ DE LA TENTACIÓN  
CON LA ORACIÓN.

**L**EGADO una vez á Bolonia, le hablaron los Hermanos de un novicio turbado y tentado á salir, y le dijeron por su orden todas las circunstancias de su vida; pues en el siglo había sido tan delicado y de tan estraña conducta cual no habían visto otro. En los vestidos, en la cama, en las galas, en la comida, en el lujo y otros halagos de la carne, extendiéndose sobre la condición de su edad y de su fortuna, ni sabía qué era aflicción de la carne, ni angustia de espíritu, à no ser cuando se entregaba al estudio de las letras en que era tan solícito y aprovechado, que al año siguiente, continuando en el siglo, hubiera podido enseñar leyes. Aseguró muchas veces que nunca había padecido más enfermedades que

una, y ésta pequeña, cuando era niño; que apenas nunca se había airado; que nunca, á no ser el viernes santo, había ayunado; que raras veces, exceptuados los viernes, se había abstenido de carnes; que jamás se había confesado; y que jamás había aprendido otras oraciones, de las que se cantan ó rezan en la iglesia, que el *Padrenuestro*. Un día que fué á ver á los Hermanos, por mera curiosidad (él mismo no sabía negarlo) entró en la Orden. Pero se arrepintió muy pronto de su entrada, pues cuanto veía y sentía le parecía la misma muerte. Ni comer podía lo que los Hermanos comían, ni menos dormir. Llevóle á tal extremo la tentación que, aunque en el siglo no conocía el enfado, levantó una vez el brazo para tirar con el salterio al Subprior que le predicaba. Hallándole de esta suerte tentado el Maestro Jordán comenzó á animarle y predicarle tomando pié de su nombre, que era Tebaldo, el cual significa *tendencia al cielo*. Condújole, después de algunas exhortaciones, al altar del Bienaventurado Nicolás, donde de rodillas le rogó que dijese el Padrenuestro (otras oraciones no sabía), y poniéndole luégo las manos sobre la cabeza suplicó á Dios con todo el afecto de su corazón que librase de toda tentación al novicio. Mientras así puestas sobre la cabeza las manos prolongaba Fr. Jordán su oración, parecíale al Hermano sentir cierta dulzura que poco á poco entraba en su alma, y un cambio grande en su corazón. Al levantarlas, por fin, parecióle, según después contó muchas veces á muchos Hermanos, que se levantaban otras dos manos que fuertemente apretaban y oprimían su alma y su co-

razón, experimentando una tranquilidad y dulzura grande. Así, por los méritos y oraciones del varón santo, fué toda aquella tentación ahuyentada. Permaneció después en la Orden tan alegre y firme, que sufrió sin desmayar muchos trabajos é hizo grandes servicios.





## CAPÍTULO VII

DE LA ORACIÓN Y MODO DE ORAR, Y DE SU  
MEDITACIÓN, Y DE QUÉ MANERA SE CONDUÍA EN  
EL CAMINO.

**D**ÍÓLE el Señor gracia especial de oración que no abandonaba ni en medio de sus ocupaciones con los Hermanos, ni por los muchos trabajos, ni cargos, ni solicitud alguna. Era costumbre suya orar de rodillas, derecho lo demás del cuerpo y juntas las manos. Así permanecía sin inclinarse, ni sentarse, ni moverse, el tiempo que se tarda en andar ocho millas. Especialmente después de Completas y Maitines hacía así siempre su oración, ya estuviese de quieto en el convento, ya volviese cansado de algún viaje. Las lágrimas que derramaba eran muchas, pudiendo decir con el profeta: *Mis lágrimas fueron mi pan día y noche*; por cuya causa se cree que contrajo aquella grave

enfermedad de los ojos. Saben muy bien los que de cerca le trataron, cuán á menudo suspiraba en la oración; cuán frecuentemente en la Misa, en la predicación, en las exhortaciones á los Hermanos y otros divinos obsequios, larguísima y devotísimamente lloraba. A las meditaciones dábase todo entero, fuese en casa ó fuese por los caminos, en las cuales experimentaba dulzura admirable. Acostumbraba cuando iba de viaje emplear todo el tiempo en orar y meditar, á no ser cuando con los compañeros rezaba el oficio, ó hablaba de cosas espirituales ó de otras cosas útiles, lo cual hacía á cierta hora del día; después de esto encargaba á los Hermanos que durante el tiempo que él les señalaba meditasen sobre lo hablado de cosas espirituales y útiles, y que luego lo refiriesen en común. Él iba casi siempre separado de los demás á distancia de un tiro de piedra ó de ballesta, cantando en alta voz y con muchas lágrimas, unas veces la *Salve*, con que se deleitaba en extremo, ó también el himno *Jesu, nostra redemptio*. Enajenado á veces por el exceso del afecto y dulzura del corazón que de las meditaciones sacaba, extraviábase de los Hermanos, los cuales iban ansiosos á buscarle y con mucho trabajo le encontraban. Nadie jamás le vió turbado porque perdiesen el camino, ni le oyó una sola queja, ni echar la culpa á los compañeros; sino que, por el contrario, alentando a los que se inquietaban, les decía: «No haya cuidado, que todos los caminos llevan al cielo.»





## CAPÍTULO VIII

DE LOS PANES DADOS Á LOS POBRES  
Y MULTIPLICADOS.



IAJANDO en cierta ocasión de Lombardia á Alemania, llegó á cierta villa llamada Ursaria, situada en los Alpes: iban con él dos frailes de la Orden y un clérigo secular, por nombre Hermán de Paridillurne, que al Maestro y sus compañeros suministró de lo necesario en aquel lugar desierto, y después se hizo Hermano de la Orden. Entrando en la casa de un mesonero, por sobrenombre Huncar, que acostumbraba recibir á los transeuntes, cansados y hambrientos le rogaron que les pusiese mesa para tomar alguna cosa: «No tengo, contestó él; pues acaban de pasar tantos, que consumieron los panes que se hallaron en la villa, ménos dos que me he reservado. ¿Qué es esto para tantos?» —Trae, carísimo, lo que tengas, dijeron ellos;

pues es muy grande nuestra necesidad.» Traidos los dos panes, que eran muy pequeños, y echada la bendición, comenzó el Maestro à dividirlos y repartirlos en grandes porciones entre los pobres que iban llegando.—Turbáronse vehementemente el amo de la casa y lo mismo los Hermanos, y dijeron al Maestro: «¿Qué haceis, Señor? no veis que no hay más panes que éstos?» Cerró el amo la puerta para que no se acercaran más pobres; pero el Maestro mandó que otra vez la abriese, y de aquellos dos diminutos panes continuó repartiendo hasta treinta y tres limosnas tan grandes que cada una bastaba de cena ó de comida, aunque otra cosa no hubiera. Así lo creyeron los mismos pobres. Después de esto comieron los cuatro hasta saciar su hambre, y aún les sobró cuanto el amo y toda su familia no podían consumir en una sola comida. Visto el milagro dijo entonces el patrón: «Verdaderamente este hombre es Santo:» y no quiso recibir del clérigo el importe del gasto. «En adelante, añadió, quiero recibir á este señor y sus Hermanos, porque hombres santos son, y de lo que Dios me diere, con sumo gusto y sin interés ninguno, les he de atender.» Y llenó de vino la botella que el clérigo llevaba, para que por el camino diese de beber á los Hermanos.

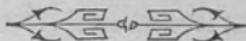




## CAPÍTULO IX

DEL FLUJO DE SANGRE POR SU ORACIÓN CONTENIDO.

**Y**ENDO el Maestro en dirección à Turego, halló en el pueblo de Zugir à un artesano que hacía mucho tiempo derramaba sangre por las narices hasta treinta veces entre el día y la noche, por cuya causa había perdido enteramente las fuerzas. Conocida su fé y devoción, tocóle el Padre con la mano y oró al mismo tiempo por él, con que repentinamente se vió el artesano curado, y una vez contenida la sangre comenzó à recobrar las fuerzas. Fué en adelante bienhechor de los Hermanos y devoto con ellos.





## CAPÍTULO X

DEL SACERDOTE CURADO DE LA CUARTANA.

**E**L mismo Maestro Jordán en llegando á un pueblo llamado Urem, en el valle de Suiz, encontró al sacerdote del pueblo atacado de largo tiempo de fiebre, perdidas ya las fuerzas y consumidos los intereses: pues tanto había gastado en medicinas, aunque en vano, que ni siquiera lo necesario para vivir tenía. Oyóle el Santo en confesión, impúsole la penitencia, y rogando después por él obtuvo del Señor sanidad perfecta. Llegando más tarde al mismo pueblo dos Hermanos, Fr. Conrado de San Galo y Fr. Enrique de More, recibíolos con júbilo el sacerdote, lavóles los piés, y recordando con lágrimas aquel beneficio, engrandeciò la santidad del Maestro Jordán.—Pasádo otra vez por los Alpes, se le allegò un artesano que con el calor del horno había perdido un ojo, al cual, tocándole en forma de cruz, le restituyò por entero la vista.



## CAPÍTULO XI

DE LA GRACIA DE PREDICAR QUE EL SEÑOR LE  
HABÍA DADO.

**A**N ameno y ferviente era en la palabra de Dios y oficio de la predicación, que quizá no pudiera hallarse otro que se le pareciera. Habíale dado el Señor tal prerogativa y gracia singular, que no solo predicando, sino conversando donde quiera y como quiera, con Religiosos, con clérigos, con cardenales, con prelados, con varones, con soldados, con estudiantes y de otras condiciones, abundaba siempre en palabras de fuego y resplandecía por sus eficaces ejemplos. A cada uno le hablaba, le satisfacía, le exhortaba según su condición; de modo que todos anhelaban su palabra como de Dios. Créese y firmemente se asegura que, desde que comen-

zaron las Religiones, ninguno atrajo à su Orden tantos literatos y tan grandes clérigos como él à la de Predicadores. Por esta causa, envidioso el diablo se quejaba de él amargamente, y quanto podía trabajaba por apartarle de la predicación, como màs abajo se verá.





## CAPÍTULO XII

DE LA MUCHEDUMBRE DE ESTUDIANTES QUE Á LA  
ORDEN TRAJÓ.

**R**ECUENTABA especialmente las ciudades en que había estudios y donde sabía que abundaban los estudiantes; y así solía predicar la cuaresma un año en París, otro en Bolonia. Los conventos donde residía parecían colmenas de abejas por los muchísimos que entraban y luego salían, por él distribuidos á diversas provincias. Cuando llegaba á un convento mandaba hacer muchos hábitos nuevos con la esperanza que en el Señor tenía de que pronto le daría quienes los vistiesen; y así, por la gracia de Dios, acontecía, apenas daba comienzo á sus predicaciones. Eran tantos los que algunas veces entraban, sobre los que se podían esperar, que no sabían los Hermanos dónde hacerse con hábitos. Sólo en el día de la Purificación recibió en París á la Orden veintiun estudiantes, siendo muchas las lágrimas

que entonces se derramaron; porque lloraban de gozo los Hermanos, y de pena los seglares con la pérdida ó separación de los suyos. De éstos fueron muchos después Maestros de Teología en diversos lugares. Hubo entre ellos un jovencito alemán á quien por su tierna edad había desechado muchas veces el Maestro; pero que en aquella ocasión, mezclado con los otros veinte, y estando además presentes casi mil estudiantes, le pareció duro despedirle: dijo, sin embargo, delante de todos con cierta sonrisa: «Uno de vosotros me roba la Orden,» refiriéndose á dicho niño. Y como el ropero no hubiese preparado más que veinte hábitos, fué necesario que los Hermanos se quitasen uno la capa, otro la túnica exterior y otro el escapulario, porque no había modo de que el ropero saliese del Capítulo á causa de aquel tropel de estudiantes que allí estaban. Aprovechó tanto aquel jovencito, que llegó á ser Lector y Predicador óptimo. Frecuentemente empeñó dicho Padre su Biblia para pagar las deudas de los estudiantes que en la Orden entraban.





## CAPÍTULO XIII

DE LA EFICACIA DE SUS PALABRAS.



RECIBIENDO un día á la Orden á un estudiante en presencia de otros muchos, cuando el candidato estaba de pié en medio del Capítulo, como es costumbre en la Orden, dirigió el Maestro un sermón á los demás estudiantes de esta manera: «¡Dios mío! Si alguno de vosotros invitado á una gran función y banquete espléndido le viérais marchar solo, seríais tan descorteses que no le acompañáseis? ¿Y consentireis al presente que éste, convidado por el Señor, entre solo á la gran fiesta?» ¡Cosa verdaderamente rara! Fueron de tal virtud aquellas palabras, que al momento uno de los estudiantes, que en todo pensaba menos en hacerse fraile, se avalanzó al medio diciendo: «Maestro, yo acompaño á éste en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.» Y con él fué en efecto recibido á la Orden.

—Un Hermano que era muy tentado y sentía mucho no tener ocasión de hablar con el Bienaventurado Padre, le halló por fin cierto día rezando el oficio por los muertos, y se puso con él à rezar alternando. Y como dijese aquel verso: *Creo que he de ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes*; contestó despacio y devotamente el Maestro: *Aguarda al Señor, obra varonilmente, confórtese tu corazón*: con cuyas palabras, pronunciadas à manera de profecía, recibió el Hermano tal consuelo que dijo acabado el oficio: «Bien has respondido, Maestro.» Y volvió consolado el que había venido triste.





## CAPÍTULO XIV

DEL NOBLE QUE, QUERIENDO MATARLE, Á SU  
VISTA SE CONVIRTIÓ.

**P**REDICANDO en Padua con gran instancia, donde á la sazón había mucho estudio, recibió á un estudiante alemán, de familia noble, de cuerpo elegantísimo, de edad florida y de costumbres gracioso, á cuya vocación se opusieron tanto, apenas lo supieron, su profesor y algunos escolares, satélites del demonio, que á fin de quitársela encerraron con él en su cuarto á una mujer voluptuosa y provocativa, á propósito para pervertirle y desviarle de su vocación. Mas él, firme en su idea, no sólo venció aquel peligro y asechanzas de Satanás, sino que convenció á su mismo profesor y le atrajo también á la Orden. Cuando su padre, llamado Averardo, hombre poderoso y muy rico, que no tenía más hijos

á quien dejar herederos de sus riquezas, supo de su entrada en la Religión, se enfureció hasta la muerte y, marchando con gran comitiva á Lombardía, juró en su corazón matar al Maestro Jordán si no le devolvía el hijo. Le encontró, pues, un día sin conocerle, y con rostro enfurecido y voz rabiosa le preguntó: «¿Dónde está el Maestro Jordán?» Éste, que era todo de Dios, recordando á Aquél que dijo *Yo soy* á los Judíos que le buscaban para matarle, respondió con risueña cara y humilde voz: «Yo soy el Maestro Jordán.» ¡Suceso admirable! Así como aquellos, oída la palabra de Jesús, cayeron todos para atrás, así éste hombre, oída la palabra del Maestro, cayó vencido para adelante (1); pues sintiendo en su corazón, por aquella respuesta, la virtud del varón de Dios, saltó del caballo á tierra, postróse humildemente á sus piés, confesó con lágrimas el pecado que en él había propuesto cometer, y dijo: «Satisfecho estoy de mi hijo; no pensaré más en volverle al mundo, y prometo con todo este aparato que conmigo traía para perpetrar por sugestión del diablo mi crimen, ir más allá de los mares (2) á servir á Dios antes de volver

---

(1) Esta es la diferencia que hay, según los comentaristas de la Sagrada Escritura, entre los malos obstinados y los justos, ó penitentes, ante las revelaciones de lo alto; que los primeros caen de espalda (*retro*) en señal de confusión, y los segundos de cara (*super faciem suam*) en señal de acatamiento. Tal es el lenguaje constante de los libros santos.

(2) A la cruzada, sin duda.

à mí casa.» Y así lo ejecutó (después de ver à su hijo) llevando consigo toda la comitiva, que era de unos cien ginetes. Por donde aparece de cuán admirable virtud era su palabra, no sólo predicando, sino también hablando, como se confirma con el ejemplo que sigue.





## CAPÍTULO XV

DEL HERMANO TENTADO DEL ESPÍRITU DE  
BLASFEMIA Á QUIEN CON SU PALABRA CALMÓ.

**V**IVÍA en Faenza un Hermano religioso y en gran manera devoto, el cual por su excesiva devoción á contemplar é investigar las cosas divinas, deseando saber un día qué cosa era Dios, se abismó en tal profundidad y tinieblas de corazón, que concluyó por dudar de la misma existencia de Dios. Dijolo al Prior y algunos otros de casa, quienes con todos sus razonamientos para sacarle de la duda y decirle cómo se había de conducir en aquella tentación, nada absolutamente pudieron lograr, quedando él de día en día más ansioso hasta llegar á creer que efectivamente no había Dios. Sucedió que el Prior fuese por aquellos días á Bolonia, donde á la sazón se hallaba el Maestro Jordán. Refirióle por su orden la tribulación y tentación de dicho Hermano; y el

Maestro dijo: «Prior: direis de mi parte a ese Hermano que cree tan bien como yo.» Volvió el Prior a Faenza, dijo al Hermano las palabras del varón santo, y en el mismo instante el Hermano, como si despertara de un grave sueño y volviera en sí de cierto éxtasis, contestó: «Verdad dice el Maestro: creo muy bien que hay Dios.» —Así por la virtud de la palabra del varón santo fué librado de la angustia completamente.





## CAPÍTULO XVI

DEL CLÉRIGO COMPUNGIDO PARA QUIEN ALCANZÓ  
LA CONTINENCIA.

**U**n clérigo de la diócesis de Santoña, en Francia, confesándose una vez en París con el mismo Maestro Jordán, le dijo con muchas lágrimas, entre otros pecados, que no le era posible contenerse. Compadecido de él de lo íntimo de su corazón al verle compungido, y concebida una firme confianza en Dios, contestó el Santo: «Te aseguro, hermano carísimo, que jamás prevalecerá contra tí esa incontinencia.» Y así sucedió, como el mismo clérigo después lo dijo con mucha devoción á muchos Hermanos, y más adelante á un Religioso Menor, llamado Fr. Domingo Caturcense, que entonces era Guardián en Pons, quien lo refirió á Fr. Bernardo, de la provincia de Provenza.



## CAPÍTULO XVII

DEL CALENTURIENTO SAÑADO.

**E**N el convento de Francfort había un Hermano que en el año de su noviciado padecía gravísimamente de fiebre: al cual, viéndole tan débil y agravado el Maestro Jordán que le había recibido á la Orden, dijo: «Si tienes fé, hijo mio, pronto serás libre de tu enfermedad.» Y como contestase que creía firmemente, le impuso las manos el Maestro diciendo: «Recibe la sanidad en nombre del Señor.» Y súbitamente fué curado de la fiebre.





## CAPÍTULO XVIII

DEL ANIMAL SILVESTRE QUE SE LE VOLVIÓ  
DOMÉSTICO.

**F**ué Fr. Jordán en cierta ocasión de Lausana á un pueblo vecino, con objeto de visitar al Señor Bonifacio, obispo Lausanense, porque mutuamente y de largo tiempo se querían sobremanera; y fueron con él muchos Hermanos y el subtesorero de Lausana. Iban delante los Hermanos, y detrás, á cierta distancia, el Bienaventurado Maestro con el subtesorero hablando de Jesús. Al llegar al monte vieron los primeros una comadreja que delante de ellos iba saltando. Al clamor de las voces aceleró ella su paso y se escondió en la madriguera de donde había salido. Paràronse los Hermanos á la entrada, y acercándose entretanto el Maestro les dijo: «¿Qué haceis aquí?» Contestaròn: «Un animalito hermosísimo y blanquísimo acaba

de entrar en esta cueva. ¡Oh Maestro, si lo hubiéseis visto...!» Inclinandose entonces él á la boca de la madriguera dijo: «Sal, buen animalito, en nombre del Señor, para que yo te vea.» Salió el animalito y se quedó quieto á la entrada mirándole con ojos fijos. El Maestro le puso una mano debajo de los pies delanteros y con la otra comenzó á halagarle pasándola por el lomo y la cabeza, sin moverse el animalito. Después de algunas caricias, díjole el Santo de Dios: «Anda, vete á tu madriguera, y bendito sea quien te crió.» Y retiróse la comadreja al interior de la cueva, admirando los presentes aquel milagro que después fué muy celebrado entre los Hermanos. Así lo contó de viva voz el mencionado subtesorero á Fr. Arquilo, Prior de Basilea; y yo, Fr. Lamberto, lo oí de boca del señor Pedro Senescalli, de Lausana, que también estuvo presente.





## CAPÍTULO XIX

DE UNO Á QUIEN CON SUS CONSUELOS Y LA ORACIÓN  
DE LOS HERMANOS CONTUVO.

**S**i era más que todos solícito en propagar la Orden y atraer escolares, no lo era ménos en procurar su perseverancia después de admitidos. Resplandecía en él una gracia singular con que á todos confirmaba en su vocación, de suerte que jamás por culpa ó negligencia suya volvió uno solo al mundo, pudiendo decir con toda verdad aquello del Evangelio: *Padre, ninguno de cuantos me disteis se ha perdido*. Sucedió una vez en París que cierto Hermano novicio, Fr. Enrique Teutónico, se vió tan tentado á salir de la Orden, que no pudiendo el Santo Maestro

consolarle ni apartarle de aquella tentación, y pidiendo aquél cada vez con más instancia sus vestidos de seglar, prometióle por fin el piadoso Padre que le daría su licencia al día siguiente, que era la fiesta de Pentecostés y se celebraba Capítulo General. Terminada al día siguiente la procesión en que los Hermanos, según costumbre, fueron de blanco, y celebrada la Misa, llamó al novicio delante de todos los Religiosos al Capítulo; allí le amonestó con toda dulzura y le rogó con todo encarecimiento que no abandonase por sugestión del diablo aquella tan grande y tan santa compañía y amable congregación, asegurando y afirmando que no había en todo el mundo otra congregación igual à aquella en que estaba, ni por todo el mundo había otra de la cual tan verosímilmente se creyese haber recibido, como los Apóstoles, el Espíritu Santo, ni que para recibirle estuviese tan bien preparada. Pero ni con todo esto se ablandó el corazón del novicio. Mandándole entonces à la roperia para que le diesen las ropas seglares, el Maestro Jordán, cuya esperanza estaba toda en Dios, dijo à los Hermanos: «Tentemos una vez más la misericordia del Señor rezando de rodillas *Veni, Creator Spiritus*, à ver si el Señor se digna mirarle.» ¡Cosa maravillosa y consoladora! Aun no habían concluido el himno, cuando todo cubierto de lágrimas se presenta el novicio y se arroja en medio del Capítulo pidiendo humildemente perdón de lo que había hecho y prometiendo en adelante perseverancia y estabilidad en la Orden. Danse gracias en común al Señor y se llenan de júbilo los Hermanos por el Hermano

vuelto de la boca del abismo. Aprovechó después tanto en la virtud y la ciencia que vino à ser un gran Lector y Predicador: lo cual se debe todo à la solitud y méritos del Maestro Jordán, quién lo contó en tercera persona.





## CAPÍTULO XX

DE LA ADMIRABLE Y SINGULAR GRACIA QUE DEL  
CIELO RECIBÍA ANTES DE PREDICAR.



ABLANDO de aquél santo y venerable varón Fr. Enrique, primer Prior de Colonia, que había sido su compañero en el siglo y juntos habían entrado en la Orden, cuya gran perfección ensalzó en uno de sus libros, dijo algunas veces en conversación familiar una cosa verdaderamente admirable y digna de toda consideración. Dijo que después de la muerte de Fr. Enrique casi nunca ó nunca se acercaba á pedir la bendición antes de predicar, como acostumbran los Predicadores, que no viese á dicho venerable Hermano, acompañado de multitud de ángeles, dársela de lo alto en la forma de costumbre; en lo cual

no se dá ménos á entender la virtud del uno que la gloria del otro. Y no crea nadie que esto lo contaba Fr. Jordán por el favor de la alabanza, sino tan sólo por el ejemplo de edificación.

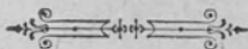




## CAPÍTULO XXI

DE SU HUMILDAD Y CÓMO DECLINABA LOS  
HONORES.

**Q**UAN humilde era Fr. Jordán, que no podía sufrir la pompa del mundo y los honores con que le brindaban. Así fué como acercándose una vez á Bolognia y saliendo á encontrarle la ciudad entera procesionalmente, evadió aquel triunfal recibimiento, y con paso apresurado dió vuelta por detrás de la ciudad, y por calles oscuras llegó al convento de los Hermanos con edificación de muchos.





## CAPÍTULO XXII

DE SU PACIENCIA.



ENDO un día solo por el claústro un Hermano obseso que había en Bolonia, encontró al Bienaventurado Jordán y levantando con furia la mano le pegó en la cara un terrible bofetón. Este Padre, como adornado de la virtud de la paciencia y humildad, le presentó inmediatamente y con tal mansedumbre la otra mejilla, que, no pudiendo el otro soportar tanta virtud, inclinó la cabeza y huyó avergonzado.

—Resplandeció asimismo su humilde paciencia en un Capítulo General, donde siendo proclamado, según se suele en la Orden, delante de los definidores de cualquier dicho ó hecho, y diciéndole que podía justificarse si quería, con humilde voz contestaba: «Acaso se debe creer al ladrón que se excusa?» De cuya palabra, de lo íntimo de su humilde corazón pronunciada, quedaron los Hermanos muy edificados.



## CAPÍTULO XXIII

DE LA PÉRDIDA DE UN OJO Y CÓMO  
SE CONSOLABA.



GRAVÓSELE una enfermedad de tal suerte, que llegó á perder por completo un ojo: y convocados á Capítulo los Hermanos dijo: «Dad gracias á Dios, Hermanos, porque ya he perdido un enemigo; pero rogad al Señor que el otro, si le place y á mi me conviene, para honra suya y bien de la Orden, se digne conservarlo.





## CAPÍTULO XXIV

DE SU ABSTRACCIÓN DE LAS COSAS EXTERIORES  
Y DE LA CORREA QUE NO ADVIRTIÓ.



AS ¿quién podrá ponderar cuán embe-  
bido estaba en las cosas interiores sin  
darse siquiera cuenta de las exteriores!  
Aconteció una vez que una persona  
noble y muy poderosa, devota suya y de la Orden,  
le pidió por devoción que le dejase su correa.  
Dióselo él, y no teniendo otra con que ceñirse,  
cogió la misma que usaba la señora. Después  
de largo tiempo, siendo ya anciano y hallándose  
de recreo con los Hermanos sentado en una  
pradera, observó uno de ellos que le colgaba la  
correa bajo el escapulario y que en la extremidad  
tenía una hebilla de plata. Cogióla el Hermano,  
y levantándola en alto, dijo: «¿Qué es esto, Maes-

tro? La miró él con atención y admirado contestó: «¡Dios mio! qué es esto? De veras que no lo había observado hasta ahora.» Quedaron edificados los Hermanos al ver que tan poco se fijaba en las cosas exteriores.





## CAPÍTULO XXV

DE SU DEVOCIÓN Á LA BIENAVENTURADA VIRGEN.

RA devoto en gran manera de Nuestra Señora la Bienaventurada María, Reina del cielo, á quien amaba entrañablemente, como que por manifiestos indicios había conocido la solitud de ella en la prosperidad y guarda de la Orden, y que ella misma la gobernaba y amparaba bajo su especial tutela, por cuya razón cuidaba él mucho de cantarle alabanzas. Estuvo en cierta ocasión un Hermano con devoción curiosa observando y escuchando al Bienaventurado Maestro que se hallaba ante el altar de la Virgen. (Era este Hermano muy querido y atendido del Maestro, formado por él en la piedad è instruido en espirituales documentos; natural de Alemania, de noble linaje, muy devoto y puro). Estando, pues, con atención escuchándole, oyó que al comenzar los *Laudes* decía primero con mucha gravedad: *Suscipe verbum,*

*dulcissima Virgo Maria, quod tibi a Domino per Angelum transmissum est. Recibe, dulcissima Virgen María, la palabra que por el Angel te trasmitió el Señor: y luégo decia Ave, María, etc. Y así acostumbraba hacer siempre que rezaba los Laudes de la Virgen. Mas el novicio tosió inadvertidamente desde su rincón donde estaba escondido, y como lo oyese el Maestro Jordán preguntó: «¿Quién eres tú?—Soy Fr. Bertoldo, vuestro hijo, contestó. (Así se llamaba aquel Hermano).—Anda, vete á dormir, hijo mio.—No, Maestro; quisiera que me dijéseis lo que estábais orando.» Y comenzó á exponerle algunas cosas del modo de orar, y en especial á la Bienaventurada Virgen, y de los cinco salmos cuyas primeras letras componían el nombre de MARÍA; que primero dijese el *Ave maris stella* entero, después que dijese por la primera letra de MARÍA, que es M, el *Magnificat*; que en segundo lugar por la segunda letra, que es A, dijese *Ad Dominum cum tribularer*; por la tercera, que es R, *Retribue servo tuo*; después *In convertendo*, por la cuarta, que es I; y por la quinta, que es A, *Ad te levavi*: que al fin de cada salmo, en lugar de *Gloria Patri*, dijese de rodillas *Ave, Maria*. Y añadió: «Te diré un ejemplo, hijo mio, para que puedas ver cuán bueno es alabarla y cuán obligados estamos nosotros más que nadie.»*





## CAPÍTULO XXVI

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN QUE SE LE  
APARECIÓ, Y DE LO QUE EN FAVOR DE LA ORDEN  
IMPETRÓ.

**U**N Hermano (1), dijo, que estaba de noche en el dormitorio cerca de su cama orando á la Bienaventurada Virgen, vió á cierta Señora bellísima y graciosa que acompañada de algunas doncellas recorría el dormitorio rociando con agua bendita, cuyo vaso llevaba una de las doncellas, á los Hermanos, las celdas y las camas de cada uno. Sólo á un Hermano pasó adelante sin rociarle. El que esto veía salió de prisa al encuentro de ella, y postrándose humildemente la sujetó por los piés y dijo: «Ruégote, Señora, por el Señor, que me digas quién eres.—Soy, contestó, la Virgen María Madre de Jesucristo, que vengo á visitar á estos Her-

---

(1) El mismo Fr. Jordán.

manos; pues amo con amor especial à tu Orden, porque, entre otras cosas que me haceis, esto me agrada sobremanera, que todas vuestras obras y cuanto por el día decís y trabajais, à todo dais principio por mí y todo lo terminais con mi alabanza. Por esto HE IMPETRADO DE MI HIJO QUE NINGUNO EN LA ORDEN PUEDA PERMANECER LARGO TIEMPO EN PECADO MORTAL SIN QUE, Ó SE ARREPIENTA, Ó MUY PRONTO SEA DESCUBIERTO Y EXPULSADO, PARA QUE NO PUEDA MANCILLAR ESTA MI ORDEN.—Dime, Señora, replicó él, ¿por qué no rociaste à aquel Hermano?—Porque no está dispuesto: dile que se disponga.» Y después de esto desapareció.





## CAPÍTULO XXVII

QUE ESTANDO LEYENDO SE LE APARECIÓ CON  
ANGELES LA VIRGEN MARÍA.



La noche de la Circuncisión, mientras, según costumbre de la Orden, cantaba el Maestro Jordán la nona lección del oficio, vió desde su silla un Hermano, algún tanto abstraído, à una Señora hermosísima, ceñida de corona y vestida de preciosísimo manto, la cual estaba de pié tras el Maestro en el púlpito, mirándole con gran atención. Ya la lección terminada, volvióse el Maestro hacia ella, y tomando de su mano la Señora el libro, se fué delante de él y por las gradas del púlpito fué bajando poco á poco y con reverencia. Había en las gradas muchos como siervos de la Señora, entre los cuales sobresalía uno que estaba calvo y llevaba en sus manos un báculo y marchaba delante de la Señora y del Maestro

como abriendo camino. Supuso el Hermano que aquélla era la Bienaventurada Virgen y el que delante iba San Pablo ó el Bienaventurado Domingo, que al fin de su vida había quedado algo calvo. Preguntóle más tarde el Hermano al Maestro Jordán si aquella noche había sentido alguna especial dulzura, y le manifestó la visión; pero él sonriéndose se negó á revelárselo.





## CAPÍTULO XXVIII

DE CÓMO VIÓ Á LA MISMA VIRGEN CON SU HIJO  
DAR LA BENDICIÓN A LOS HERMANOS.

**P**ARA aumento de la devoción á la Bienaventurada Virgen, añadimos el ejemplo siguiente, que Fr. Santiago de Benevento, de gran autoridad en la Orden, Lector máximo y Predicador excelentísimo, dijo haber oído al mismo Padre en el Capítulo General de París. Contó, pues, que habiéndose levantado de noche los Hermanos á cantar los maitines de la Purificación, y hallándose el Maestro de la Orden, Fr. Jordán, en la silla del Prior, y delante de él los Religiosos, apenas entonaron cuatro de ellos el invitatorio *Ecce venit...* *Dominator dominus*, se adelantó Nuestra Señora con su Hijo en los brazos hacia el altar donde había preparado un trono, en el cual se sentó mirando á los Hermanos que, según costumbre

de la Orden, estaban vueltos al mismo altar. Concluido todo el invitatorio, cuando los Hermanos se inclinaron al *Gloria Patri*, tomó la Virgen la mano derecha de su Hijo y le hizo dar la bendición á todo el coro, y al instante desapareció la visión. Mas todo esto á nadie fuè dado verlo sino al Maestro Jordán; y cuánto haya sido su consuelo, cuando lo veía, pondérela quien lo oiga. Contó varias veces á los Hermanos esta visión, pero callando su nombre, con objeto de excitarlos al fervor.





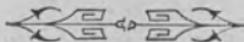
## CAPÍTULO XXIX

QUE LA BIENAVENTURADA MARÍA REMITIÓ Á SU  
CONSEJO Á UNA JOVEN CONVERTIDA.

**C**IERTA joven de noble familia y muy agraciada figura, fué por su padre encomendada á un tío suyo, quien en vez de la tutela, la llevó á la corrupción; pues arrastrado de su extraordinaria hermosura è instigado de Satanás, por dos veces la dejó perdida, y por ambas, consintiéndolo ella, procuró el aborto. Continuaba de esta suerte en el pecado, siempre forzada y sin saber ni poder resistir á su tío, á quien tenían por padre, hasta que sintiéndose por tercera vez desgraciada, cayó entonces en la desesperación. Comenzó á considerar la multitud de sus pecados y su desdicha; veíase además sola, sin tener á quien manifestar la malignidad de aquel hombre, con que llegó á tal extremo su despecho, que cogiendo

un cuchillo se abrió el vientre de parte á parte. Mas cuando se agitaba en medio de sus dolores y ánsias de la muerte, muerte de cuerpo y de alma, tocada repentinamente de la gracia de Dios y compungida de tanta enormidad de lo íntimo de su corazón, acudió llena de lágrimas á la Madre de Misericordia, á quien antes había hecho algunos obsequios, rogándole que según su benignidad no dejase perecer su alma á la vez que el cuerpo. ¡Oh prodigio! Aparécesele visiblemente la Bienaventurada Virgen, concédele el beneficio de una completa sanidad y le manda que consulte y se someta enteramente al Maestro Jordán que muy pronto llegaría. Así lo hizo, y por consejo de él abandonó el mundo y entró en un convento de monjas cistercienses, en cuyo santo propósito persevera. Por donde se colije ya la bondad inmensa de la Reina de Misericordia, ya la virtud del Maestro Jordán, á cuyo consejo remitió ella á la mencionada jóven.

Resta ahora decir las asechanzas que el diablo le armaba.





## CAPÍTULO XXX

DE LOS MUCHOS ENGAÑOS Y ENVIDIA DEL DIABLO  
CONTRA ÉL, Y PRIMERO DE CÓMO ESTANDO EN-  
FERMO LE VISITÓ EL DIABLO BAJO LA APARIENCIA  
DE UN HOMBRE BUENO.

**T**ENTÓ una vez el maligno engañarle bajo  
apariencia de santidad de la estraña  
manera que sigue: Hallándose el santo  
enfermo en París, llegó á la puerta  
el diablo en forma de persona muy respetable  
y pidió que le condujesen al enfermo. Entró,  
y después de algunas palabras cambiadas con  
los Hermanos, como es costumbre en las visitas,  
les rogó que se retirasen como para hablar con  
él cosas secretas. Retirados ya, comenzó á ha-  
blarle de este modo: «Maestro: tú eres el jefe de  
esta Orden que á Dios tanto agrada. A tí miran  
los ojos de todos. Si algo grande ó pequeño

saliese de tí contra el fervor de la Religión, ó algún indicio de tibieza, siendo el hombre inclinado al mal, tú serás responsable, y sufrirás la pena del Señor, y dejarás en la Orden ejemplo de disolución y causa de disturbios. Estás, sí, enfermo; pero no tanto que necesites colchón y puedas tomar carnes. Si mañana ó pasado mañana cae un Hermano más ó menos enfermo y se le niega esta dispensa, se formarán juicios y se originarán murmuraciones. Te aconsejo, pues, y te ruego que así como hasta ahora has sido modelo de santidad y ejemplo de la Religión, así también lo seas en estas cosas.» Coloreadas de esta suerte las palabras y pedido cortesmente permiso, se marchó el engañador murmurando como un hombre religioso que reza salmos y horas. Creyó cándidamente el varón de Dios aquellas cosas y por muchos días se abstuvo de las dichas dispensas, con lo cual se fué agravando de tal manera la enfermedad que llegó él à punto de morir; mas el Señor le reveló, por fin, que aquel hombre era el diablo que le aborrecía por su vida y predicaciones.





## CAPÍTULO XXXI

DE QUÉ MANERA PADECIENDO MUCHA SED LE  
OFRECIÓ EL DIABLO BEBIDA DE MUERTE.



ENDO otra vez por Besanzón, cuando todavía no teníamos allí convento, cayó gravemente enfermo de una fiebre que le abrasaba y consumía. Uno de los días que más sed padecía se le presentó un joven con servilleta al hombro, en una mano una botella y en otra una hermosa copa, como preparado à servir, y le dijo: «Oh Maestro: os traigo una bebida magnífica, que sin miedo podeis tomar, porque ni os dañará ni tendreis más sed.» Temiendo él que fuese engaño del diablo, como lo era, se encomendó al Señor, hizo la señal de la cruz para ahuyentar al tentador y le dijo: «Apártate de mí con todos tus fingimientos.» Y al instante desapareció.

—Ni es de callar á este propósito la devoción que el obispo de Besanzón y los canónigos de la iglesia mayor le tuvieron por las muchas señales que en él veían de santidad; y el amor que, por reverencia al mismo, tomaron á la Orden toda, y las muchas súplicas con que pidieron y obtuvieron en la ciudad un convento: reverencia y amor que hasta hoy conservan.

—Continuando el Bienaventurado Maestro en su enfermedad cada vez más grave y casi mortal, pidió el Cuerpo de Cristo, que le llevaron los mismos canónigos, á vista del cual se levantó súbitamente de la cama, postróse en tierra y comulgó con tanta devoción, que todos vieron en él los méritos de un santo.





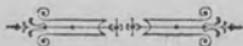
## CAPÍTULO XXXII

DE CÓMO EL DIABLO QUISO HACER CON ÉL

LAS PACES.



UNA vez, hablándole el diablo por un Hermano, al cual tenía obseso, dirigiéndole amenazas y maldiciones, y quejándose en muchas cosas de él por el fervor de su predicación con que le arrebatava de su poder las almas, le dijo: «Oh ciego! yo haré contigo alianza: si me prometes no predicar en lo sucesivo, te prometo no tentar jamás à ninguno de tus frailes.» Al cual con voz enérgica contestó el Santo: «Lejos de mí hacer alianza con la muerte y pacto con el infierno.»





## CAPÍTULO XXXIII

QUE EL DIABLO TENTÓ DAÑARLE Y NO PUDO.



VIVIA en Bolonia otro Hermano obseso, pero de tanta fuerza, que rompía todos los cordeles y cadenas y maltrataba cruelmente á los otros. Llegóse una vez á él Fr: Jordán, en ocasión en que el endemoniado estaba ligado por todo el cuerpo y tendido á la larga en el suelo boca arriba, y díjole aquel infeliz: «¡Oh, tú miserable, si pudiera cogerte, cómo te despedazaría!» Mandó el Maestro que le soltasen y dijo: «Ya estás libre; haz lo que puedas.» Y no pudo moverse, pero contestó: «¡Oh si cogiese tu nariz entre mis dientes, con qué gusto la arrancarí!» Inclínose él y le puso la nariz á los labios; pero tampoco pudo morderla.

—Otro endemoniado en la misma Bolonia dijo á los Hermanos: «Rogad al Señor por aquel ciego que en este momento predica en Nápoles;

pues se goza mucho el diablo y se vanagloria cuando puede predecir lo futuro.» Pero arrepentido al momento de lo dicho, añadió: «No me creais, que he mentido.» Notaron los Hermanos el día y la hora y hallaron después que en aquella misma hora y día predicaba en Nápoles Fr. Jordán.





## CAPÍTULO XXXIV

DE QUÉ MANERA LE TENTÓ POR LA VANIDAD.

**A**TORMENTABA en otra ocasión aquel obeso á los Hermanos vituperándolos á cada paso sin poder acusar á ninguno; mas como viese venir al Bienaventurado Maestro, con extraordinaria reverencia se levantó y comenzó á alabarle y encomiarle de su singular gracia en predicar, del fervor de su religión, de la santidad y de toda la perfección de las virtudes, con objeto de hacerle caer en el vicio del engreimiento. Pero el varón santo, que no ignoraba las astucias del maligno, confundióle con su humildad.





## CAPÍTULO XXXV

QUE EL DIABLO QUISO CON OLORES ENGAÑARLE.



ALLÁNDOSE en Bolonia el Bienaventurado Padre Jordán le perfumò el diablo con tales olores, que no podía ménos el Santo de esconder sus manos para que otros no percibiesen y creyesen su santidad. Parecía como que consigo llevaba un frasco de perfumes que se difundían á lo lejos, con grande estrañeza suya. Pero no permitió el Espíritu de verdad que los engaños del maligno durasen largo tiempo. Estando una mañana para celebrar y rezando para desechar las tentaciones el salmo: *Judica, Domine, nocentes me*, paróse á rumiarse aquel versículo: *Omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi*, con que se sintió de tal manera penetrado de devoción, que todos sus huesos parecían ser regados del Espíritu de Dios. Rogó entonces al Señor que si aquel es-

tremado olor se obraba por asechanzas del diablo, por su gracia se lo revelase. Y al momento conoció que todo era fingimiento del enemigo antiguo para precipitarle en la vanagloria; y cesó por completo todo aquel engañoso olor de las manos. Esto escribió en un libro el mismo Maestro Jordán, y à los novicios de París, estando yo presente, también lo contó.





## CAPÍTULO XXXVI

DE SU ALEGRE POBREZA.



ENDO dicho Padre á Paris con muchos Hermanos para celebrar Capítulo General, mandóles una mañana que fueran por las calles de una villa á buscar pan para comer á medio día y que todos se reunieran después en cierta fuente que estaba cerca. Volvieron todos, pero con tan poco pan, y esto basto, que apenas llegaba para dos solos. Prorrumpió el varón santo en voces de alabanza y de júbilo, y de palabra y con el ejemplo exhortó á los Hermanos á que hicieran lo mismo. Y de tal manera comenzaron todos, llenos de espiritual alegría, á cantar y alabar á Dios, que una mujer que los veía de un lugar vecino, mal edificada, los riñó diciendo: «Sois vosotros Religiosos?—Qué bromas son esas?» Mas como oyese de ellos que se alegraban de aquella suerte en

el Señor por cuyo amor se habían hecho pobres y sufrían aquel día la falta del pan, santamente edificada ella marchó á toda priesa y les trajo abundante pan, y vino, y queso, diciéndoles: «Si por eso os alegráis y dais á Dios gracias, quiero yo ofreceros motivo de mayor alegría.» Y encomendándose á sus oraciones se despidió.





## CAPÍTULO XXXVII

DEL VINO POR SUS MÉRITOS MEJORADO.



MORABA en Alvernia (1) una señora devota de Dios y de los Hermanos, á quienes con mucho gusto hospedaba, si bien con repugnancia de su marido. Llegó una vez el Maestro Jordàn con sus compañeros á hospedarse en su casa, y cuando todos estaban ya comiendo sobrevino el marido, quien, con disimulo de su enfado, se sentó con ellos á la misma mesa. Observó que la señora preparaba para los Hermanos un buen vino, lo cual, sintiéndolo él más todavía, llamó con voz fuerte al servidor y le dijo: «Anda ligero, y trae de aquel otro vino mejor que hay en tal cuba.» Decía esto de burla, porque aquel vino que pedía era pésimo y avinagrado, y buscaba él de este modo

(1) Otros MS. dicen *Francia*.

oculto incomodar á la mujer y á los Hermanos. Se fué el criado, trajo el vino, se lo dió á probar y halló aquel hombre que era un vino sobre toda ponderación excelente. Encendido en mayor ira dijo con rápida voz: «¿Por qué no me has traído del vino que te dije?—De eso es, contestó firmemente el criado.»—Mándale otra vez á buscar el vino que quería, y otra vez lo trae muy superior. Levántase entonces con furia el amo y va él mismo á buscarlo; pero por tercera vez lo halla trasformado y convertido de vinagre en vino óptimo, por los méritos, sin duda, del Maestro Jordán; y convertido también él de su malicia fué en lo sucesivo gran amador de los Hermanos y dejó libre á su mujer para que los hospedase y atendiese como quisiera. Contó esto minuciosamente el Prior Provincial de Francia, y es muy sabido entre los Hermanos.





## CAPÍTULO XXXVIII

DE CIERTA SEÑORA DEVOTA SUYA.

**P**ARA edificación de todos contó el mismo Maestro, de cierta noble señora, viuda, muy devota suya, que por espacio de doce años había sido acometida del espíritu de blasfemia contra el nombre del Señor, por cuyo motivo, desconfiada de sí, buscaba siempre el último sitio en la iglesia, temiendo hasta acercarse al altar. Pasado aquel largo tiempo y vueltos á ella los ojos de la Misericordia de Dios, pensó consigo mismo el Bienaventurado Jordán que era imposible que una mujer que con tan invencible ánimo y por tanto tiempo había sufrido aquella fuerte tentación, no hubiese recibido del Señor algunos espirituales regalos. Preguntóselo á ella en secreto y con cuidado, y halló en efecto que era grandemente consolada por aquellas pasadas tentaciones: pues cuando en la

Misa elevaban el Cuerpo de Cristo, veíalo ella en especie de niño bellísimo, sobre cuanto el hombre se puede imaginar; y esta visión, no una que otra vez, sino muchas, la tenía, aunque sin merecerlo, decía ella con gran modestia. De donde se infiere que así como por aquellas cosas porque el hombre peca, por ellas es atormentado, así por aquellas con que es tentado recibe después admirable consuelo, según puede verse en muchos ejemplos de las *Vidas de los Padres*. Contaron esto dos Hermanos antiguos.





## CAPÍTULO XXXIX

DE LA MUJER Á QUIEN LIBRÓ DEL VENENO  
Y DEL PECADO.

**C**UARTA mujer que por la frecuente reincidencia en los pecados había llegado á la desesperación é intentado muchas veces estrangularse, tragó por fin una araña venenosa como medio ménos atroz para darse muerte. Luégo de tomarla, y sintiéndose cercana á morir, comenzó á llorar é invocar, como pudo, á la Madre de Misericordia, hasta que oyó una voz que le dijo: «Fr. Jordán, Maestro de la Orden de Hermanos Predicadores, vendrá muy pronto: llégate á él, dile que te envío yo, confiésate con él y serás salva.» Vino, pues, el Santo, confesóse la pecadora, y con el vómito de los pecados arrojó también la araña y el veneno. Dió gracias á Dios, enteramente sana y libre, y fué muy devota de la Virgen y de su Hijo y de su ministro, conviene á saber, el varón Santo Maestro Jordán.



## CAPÍTULO XL

DE SU MUERTE, VISIÓN Y MILÁGROS.

**E**L año del Señor mil doscientos treinta y cinco (1) en los ídus de Febrero (2), el Maestro Jordán, que había ido á Tierra Santa á visitar aquellos lugares y á los Hermanos, murió como se dice en las Letras infrascritas: «A los venerables y amados Prior y Convento de Frailes Predicadores Parisienses: Fr. Godofredo y Fr. Reinaldo Penitenciaríos del Señor Papa, salud y consuelo del Espiritu Santo.—Sabreis que irritada cruelmente la mar arrojó contra la orilla la galera en que con dos Hermanos iba nuestro dulce Padre el Maestro Jordán, naufragando él y otros noventa y

---

(1) Otros dicen 1236, contando quizá de la Encarnación, y no del Nacimiento del Señor.

(2) El día trece.

nueve (1). Pero no se abruma, carísimos, vuestro corazón, porque el piadoso Padre y Dios de todo consuelo, nos ha consolado á nosotros huérfanos y tranquilizado la tempestad de la amargura; pues cuando áun sus cuerpos estaban tendidos en la ribera, dan fé los que de aquel naufragio se libraron y con sus propias manos les dieron sepultura, que vieron de noche sobre ellos grandes resplandores y muchas cruces, y que despedían olor tan suave que los vecinos de por allí, que asombrados de las luces se habían acercado, y los que con sus manos les tocaron á los tres para enterrarlos, sintieron por más de diez días aquella fragancia. Y no sólo esto, sino que se difundieron los aromas en derredor de la sepultura, hasta que vinieron los Hermanos de Achón, con barca, y trasladaron los restos á su iglesia, donde descansa dicho Padre y dispensa á muchos grandes beneficios. Por todo sea Dios bendito. Amen.»

---

(1) Otros leen veintinueve.





## CAPÍTULO XLI

DE UNA REVELACIÓN DE SU MUERTE.



REFIÉRESE que en el convento de Limoges, uno de los primeros de la Orden, había un Hermano que con afecto extraordinario quería al Maestro Jordán. Mucho antes que la noticia de aquella muerte llegase á la parte de acá de los Alpes, hallábase él de noche, después de los Maitines, en la iglesia orando primeramente por el Maestro, de quien había oído que estaba más allá de los mares. Visitóle el Señor y le regó su corazón con el rocío del cielo, é instantaneamente quedó aquel Hermano dormido, en cuyo sueño creía verse en la ribera de un lago inmenso y profundo y que en la misma ribera había muchos muertos como sacados recientemente de las aguas; y considerando estupefacto todo aquello, veía al Maestro Jordán como que de repente se levantaba del fondo de aquel lago, vestido del hábito de la Orden, fijo

en una cruz, más risueño y grueso de lo acostumbrado, extendidas las manos y los piés, en la forma en que suelen pintar al Bienaventurado Andrés Apóstol, y que confiado y airoso, sin ayuda alguna, subía á los cielos. Y como le mirase dicho Hermano y se asombrase, le miró también el Bienaventurado Padre, y sonriéndose con blandura dijo: «Si yo no me fuese, el Paráclito no vendría á vosotros.» Dicho lo cual, elevadas y como fijas en la cruz las manos, con la misma cruz que llevaba era llevado al cielo, Después que se desvaneció, parecíale al Hermano como que veía su imagen en la tierra. Llegó por fin la noticia de su tránsito, y entendió él lo que la visión significaba.—Fué este Hermano de mucha virtud y persona autorizada en la Orden, el cual, siendo Prior de Limoges, lo contó al que esto compila, pero en secreto.

De los milagros del Bienaventurado Maestro que en el lugar de su muerte sucedieron y en muchas partes del mundo, y especialmente en Achón á donde fué llevado su cuerpo, no es del caso narrarlos aquí por su orden, por haber sido en número no pequeño. Sin embargo, en alabanza y gloria de Santo tan grande, algunos añadiremos muy notables.





## CAPÍTULO XLII

DE LA MONJA POR ÉL CONSOLADA.

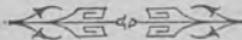


HUBO por aquel tiempo en Brabante, en el convento de *Aquaria*, de la Orden del Cister, una monja de edad, llamada Lutgarda, muy devota y conocida del Bienaventurado Padre, por la cual en vida y en muerte hizo Dios muchos milagros. Ésta, después de haber servido al Señor en hábito monacal por espacio de cuarenta años, y no pudiendo ya ver á causa de la vejez y las lágrimas, en la misma vigilia de la Natividad de Jesucristo apareciósele dicho Padre en esta forma: Oraba ella desde la hora prima del día hasta la sexta (1),

---

(1) Dividido el día en cuatro partes iguales desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, llamaban los antiguos *prima* á las tres primeras horas, de seis á nueve; *tercia* de nueve á doce; *sexta* de doce á tres, y *nona* de tres á seis.

y como no sintiese aquel día la devoción acostumbrada, comenzó a hastiarse y soltó estas palabras: «¡Buen Señor, qué es esto que padezco? Si en el cielo ó en la tierra tuviese yo algún amigo que por mí rogase, por cierto no sentiría tal dureza de corazón.» Cuando esto decía con lágrimas, de repente se presentó ante los ojos de su alma un fraile tan luciente y tan glorioso, que por la grandeza de la claridad no pudo reconocerle; y estupefacta dijo: «¿Quién eres, Señor?—Y él:—Soy Fr. Jordán, en otro tiempo Maestro de la Orden de Predicadores. Salí del siglo y subí á la gloria, y he sido sublimado entre los coros de los Apóstoles y Profetas, y enviado á tí para consolarte en esta gratisima fiesta. Ten, pues, seguro que muy pronto serás coronada. Pero el salmo *Deus misereatur nostri* con la oración del Espíritu Santo que á mis ruegos prometiste decir por nuestra Orden, no lo omitas hasta morir.» La visión desapareció, y la Santa quedó llena de un tan grande consuelo cual nunca en su vida había tenido.—Casi las mismas cosas, aunque de otro modo, dijo el mismo venerable Padre á otro Hermano de la Orden, dándole á conocer por su honorable figura que se hallaba en el cielo entre los más sublimes Prelados.—Encuétrase esto en la vida de la Bienaventurada Lutgarda.





## CAPÍTULO XLIII

DEL CARMELITA EN SU ORDEN CONFIRMADO.

**U**N Hermano de la Orden del Carmelo que era tentado á dejar la vida religiosa, cuando supo que Fr. Jordán había muerto en la mar, confirmándose más y más en su propósito, decía para sí: «Bien tonto es el que sirve á Dios: ó aquel hombre que así pereció no era bueno, ó Dios no sabe premiar á los que le sirvieron.» Fijo en este pensamiento resolvió por fin marcharse al día siguiente: pero aquella misma noche se le apareció una persona hermosísima que le bañó en resplandores, y atónito y temblando comenzó él á rezar y decir: «Señor Jesucristo, ayúdame y dime qué es esto.» Aquella persona respondió al instante: «No te turbes, Hermano carísimo: soy Fr. Jordán de quien tú dudabas: sabe que

será salvo todo aquél que sirviere al Señor Jesucristo.» Y desapareció dejándole consolado. Contaron esto à los nuestros el mismo Hermano y el Prior de su Orden Fr. Simón, Hermano religioso y veraz.





## CAPÍTULO XLIV

DE LOS MILAGROS POR SU INVOCACIÓN OBRADOS.

---

*De la priora por él sanada.*

**I**NSTITUYÓ dicho Padre Priora de un convento á una monja de excelente vida, la cual en los muchos años que ejerció aquel oficio, contrajo una parálisis que no la dejaba moverse de un lugar á otro sin la ayuda de las Hermanas; por cuya razón le había pedido con grandes instancias que la absolviese de aquel cargo, sin poderlo lograr, por la reclamación de la comunidad entera que la consideraba más capaz de gobernar, aunque enferma, que ninguna otra de las sanas. Llegando á su noticia los muchos milagros que por el Maestro Jordán, después de su muerte, obraba el Señor con los que le invocaban, una vez, mientras la comunidad estaba en refectorio,

pidió à dos monjas que la llevasen en la silla gestatoria à la iglesia. Estando, pués, en ella, despedidas las dos monjas, rogó devotamente al Bienaventurado Jordán, à quien firmemente creía glorificado en Cristo, que le alcanzase del Señor, ó morir pronto, para no molestar más à las Hermanas, ó hacer que los prelados de la Orden la descargasen del oficio que no podía ejercer, ó que le diese virtud y sanidad para desempeñarlo idóneamente. Y hé aquí que repentinamente siente cierta virtud divina que la penetra; comienza à sacar primero un pié y después otro de la silla gestatoria; levántase luégo y se pone à andar por el coro, como tentando si en efecto estaba sana; oye en esto la campanilla del refectorio que tocaban para levantarse la comunidad y sale à su encuentro cuando las Religiosas iban à la iglesia cantando el *Miserere*. Vénla las más jóvenes que primero salían del refectorio, y llenas de asombro apenas pueden creer que aquella fuese la Priora que por sus piés andaba derecha: llegan enseguida la cantora y las antiguas, y al ver que marchaba sola la que poco antes habían dejado en la silla, omiten el *Miserere* y entonan el *Te-Deum* en tan alta voz que, oyendo los vecinos aquel clamor desacostumbrado y temiendo que algunos grandes hubiesen entrado à insultarlas, vinieron con armas dispuestos à defenderlas; pero al oír à la misma Priora que por una ventana les contaba lo ocurrido, alabaron también ellos à Dios fuertemente.

*Del niño resucitado.*

Hubo en Praga, metrópoli de Bohemia, un ciudadano por nombre Consico y de apellido Blanco, casado con una señora llamada Isabel, la cual próxima al alumbramiento había sentido frecuentemente en su seno viva la criatura; pero que tres días antes de dar à luz no la sentía como antes moverse, por cuya causa temía y temblaba consigo misma. Comenzando, pués, à sufrir graves dolores ofreció la criatura, si fuese niño, al Santo Jordán, Maestro de la Orden de Predicadores, creyendo imposible que no fuera Santo aquél cuya vida y doctrina tan gloriosa muchas veces había oído contar; y si fuese niña, la ofreció à Santa Isabel que à la sazón había sido canonizada. Apenas nació la criatura, preguntó la madre à las mujeres que la asistían si era niño ò niña, y le dijeron que era niño, pero muerto. Echóse à llorar inconsolable la madre y sin cesar invocaba el patrocinio del Beato Jordán para que le volviese vivo al hijo. Era ya la media noche y à cada momento mandaba que mirasen si vivía. Por fin para experimentar de una vez si estaba ó no muerto, metieronle (era entonces invierno) en agua friísima, y no dió la menor señal de vida. Consolaban à la señora los que allí estaban, pero ella como madre perseveraba implorando el auxilio del Beato Jordán; y cuando comenzó à albear el día,

hizo que otra vez mirasen el niño, y lo hallaron vivo. Dando ella de corazón gracias al Señor y al Beato Jordán, impuso al niño el nombre del Bienaventurado Maestro en testimonio del milagro que Dios por él había obrado. Y como tocasen la campana á *prima* en el convento de los Predicadores, mandó á buscar á los Hermanos, y vinieron para examinar el milagro Fr. Tymo, Polaco, que era Lector en Praga, y Fr. Simón, que antes había sido arquidiácono y entonces era Subprior y después Prior de aquél convento, los cuales hallaron las cosas como aquí se dicen, según confesaron acordes todos los testigos.

*Del Hermano murmurador castigado y después  
sanado por invocación del Santo.*

Se mandó á un Hermano, que se creía á sí mismo de alguna ciencia y autoridad, á un remoto y desconocido convento, y le fué asignado otro Hermano que en el camino le acompañase. Llevó aquél muy á mal la obediencia, y todo el día andaba murmurando y diciendo: «¿Qué hice yo, ó qué merecí para que me mandasen esto? ¿Quién lo aconsejó? ¿quién me lo procuró? Haré esto y lo demás.» Estas y otras cosas parecidas iba diciendo. Mas un día que en presencia del compañero volvió á repetir la cantinela de su impaciencia y murmuración, hirióle súbitamente la divina venganza de una manera tan atroz, que le arrojó

en tierra, privado casi de todos sus sentidos. Había perdido el habla por completo; la cara hinchada no le dejaba ver; oír no podía sino á grandes voces; los demás miembros del cuerpo no se movían; estaba en la tierra tendido como un cuerpo exánime: hinchósele sobremanera la boca, y la lengua enormemente abultada, llenaba de tál suerte la boca, que cualquiera que le viese comprendería que era un verdadero castigo de sus pecados. El Hermano compañero que aquello veía, lleno de dolor y de terror, temiendo allí su vergüenza y la de la Orden, ni qué hacer ni á dónde volverse sabía. En tal perplejidad, vino-sele á la memoria Fr. Jordán y acudió á su auxilio diciendo estas palabras: «¡Ah! Maestro Jordán, Padre amante y piadoso! tú que tanto promoviste, adornaste y exaltaste esta Orden, socórreme ahora á mí, hijo tuyo, en este peligro, no sea confundida tu Orden en el hecho de este infeliz Hermano. ¡Dios y Señor! por los ruegos y méritos de tu siervo el Maestro Jordán, libranos de este peligro.» Vuelto después al Hermano en alta voz clamó diciendo: «Hermano, piensa bien que por tus pecados y por tu murmuración de todos los días, te ha venido este tan grave peligro. Pero promete en tu corazón á Dios y al Bienaventurado Jordán que, si fueses libre, cesarás de tu murmuración y cumplirás en paz tu obediencia.» Compungido el enfermo á la palabra del Hermano, vuelto en sí, hizo señal, porque hablar no podía, que lo haría en efecto. ¡Admirable venganza de Dios, pero más admirable aún su dignación! Al momento que hizo el voto y el compañero rogó devotamente

al Bienaventurado Jordán, recibió aquél de lleno el beneficio de la salud, cumplió después resignado y alegre la obediencia y no incurrió más en el vicio de la murmuración. Contaron esto los dos Hermanos, de la misma manera, aunque en distintos lugares, à Fr. Humberto, Maestro de la Orden.





## CAPÍTULO XLV

DE SUS SAGACES RESPUESTAS.



REGUNTÓLE una vez al Maestro Jordán un lego y le dijo: «Maestro: ¿vale tanto un *Padrenuestro* en boca nuestra, que somos legos é ignoramos su virtud, como en boca de los clérigos que saben lo que dicen?» Respondió el Maestro: «Lo mismo vale; así como una piedra preciosa no es de ménos valor en manos de uno que no sabe lo que es, como en manos de otro que la conoce.»

II. Llegó en una ocasión Fr. Jordán al emperador Federico, y como los dos se sentasen juntos y por algún tiempo guardasen silencio, dijo por fin el Maestro: «Señor: yo ando muchas provincias en cumplimiento de mi oficio, y me extraño que no me preguntéis qué rumores corren.» Contestó el emperador: «Tengo en todas las provincias y cortes embajadores y agentes, por

los cuales sé cuanto en el mundo se hace.» Dijo el Maestro: «Nuestro Señor Jesucristo sabía como Dios todas las cosas, y no obstante preguntaba de sí à los discípulos: *Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* Vos ciertamente sois hombre y no sabéis muchas cosas que de vos se dicen y que mucho os convendría saber: pues se dice que agravais las iglesias, que despreciáis las sentencias, que sois inclinado à los agüeros, que à los Judíos y Sarracenos favoreceis demasiado, que no atendeis à los buenos consejeros, que al Vicario de Cristo y Sucesor del Bienaventurado Pedro, que es Padre de los cristianos y Señor especial vuestro, no le venerais; y en verdad que estas cosas no os honran mucho.» Y así cortesmente le reprendió de muchas cosas.

III. A uno que le preguntaba cuál era su regla, respondió: «La Regla de los Hermanos Predicadores es esta: vivir honestamente, estudiar y enseñar, que son las tres cosas que pide David: *Bonitatem, et disciplinam, et scientiam doce me.*»

IV. Díjole una vez un seglar: «Maestro, ¿cómo es que, según decimos entre nosotros, después que han venido vuestros Religiosos y los Menores no ha habido buen tiempo en la tierra, ni la tierra ha dado tan buen fruto como antes.» Respondió el Maestro: «Podría negar esto, si quisiese, y mostrar lo contrario: pero os diré lo que es justo. Desde que nosotros vinimos al mundo, enseñamos al mundo à conocer los pecados que antes no conocía y de los cuales no quieren enmendarse, por donde les son más graves, porque todo pecado con ciencia cometido es más grave. Por estos pecados, pues, más

graves de los hombres manda Dios á la tierra la esterilidad, como dijo el Profeta: *Puse la tierra fértil en salmuera, por la malicia de sus habitantes*: y así justamente manda el Señor, ya las sequías, ya las tempestades. Y más os digo: si no os corregís después de saber qué debéis hacer y qué evitar, aun vendrán cosas peores, pues el mismo que no miente dice en el Evangelio: *El siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple, será con muchas plagas azotado.*»

V. Cuando Fr. Juan de Vicenza (1) predicaba en Bolonia con fruto admirable, y con la gracia de su palabra y prodigios conmovía casi toda la Lombardía, y tras sí arrastraba los pueblos que corrían á verle y oírle, vinieron embajadores boloñeses, doctores y literatos, al Maestro Jordán que con los definidores y otros Hermanos estaba en Capítulo General, y le pidieron de parte de todo el pueblo que á dicho Fr. Juan no le removiese de aquella ciudad, poniendo entre muchas razones, esta más eficaz y por ellos muy ponderada, que había allí sembrado graciosamente la palabra de Dios y cuantos frutos se podrían esperar, todos quizá se perderían con su ausencia. El Maestro, después de darles las gracias por su

---

(1) Hombre de los más extraordinarios del siglo XIII, que resucitó hasta diez muertos, según refiere Teodorico de Apoldia, además de otros doscientos milagros comprobados en la Lombardía y Galia Cisalpina, como dice Ambrosio Taegio, citado por Malucenda, hombre célebre, sobre todo como pacificador de Italia, desgarrada y agitada por Güelfos y Gibelinos.

devoción y benevolencia que á la Orden tenían, les respondió de este modo: «Buenos señores: no nos hace gran fuerza la razón que alegais del mucho fruto que Fr. Juan entre vosotros hace y del temor que todo se malogre si le trasladamos; porque no es costumbre entre los sembradores de los campos que después que siembran una tierra lleven allí su cama y allí se acuesten hasta ver cómo fructifica la semilla, sino que más bien dejan á Dios la semilla y el campo y se van á sembrar á otra parte.—Así quizás convendría que Fr. Juan fuese á sembrar la palabra de Dios á otra parte, como de nuestro Salvador está escrito: *Convieni que me vaya á predicar la palabra de Dios á otras ciudades*. Sin embargo, por el amor que á la ciudad tenemos, consultaremos vuestra petición con nuestros compañeros los Definidores, y con la gracia de Dios haremos por vosotros cuanto os convenga.»

VI. Estando en una abadía cisterciense le rodearon muchos de los monjes y le dijeron: «Maestro: ¿cómo ha de durar vuestra Orden mucho tiempo si no vivis de otra cosa que de limosnas? porque sabeis muy bien que aunque el mundo hoy os sea devoto, está escrito, sin embargo, que *la caridad de muchos se enfriará* algún día, y entonces no tendreis limosnas y pereceréis.» Respondió con toda mansedumbre el Maestro. «Por vuestras mismas palabras os mostraré que antes faltará vuestra Orden que la nuestra. Mirad el Evangelio y hallaréis que aquello: *la caridad de muchos se enfriará*, está escrito de aquel tiempo en que abundará la iniquidad y habrá perseguidores intolerables. Mas

entonces bien sabéis que aquellos perseguidores y tiranos, abundantes en maldad, os quitarán vuestros bienes temporales, y vosotros que no estais acostumbrados à ir de lugar en lugar y pedir limosna, necesariamente dejaréis de existir. Pero nuestros Hermanos se dispersarán entonces, y harán fruto mayor, como los Apóstoles se dispersaron en tiempo de la persecución; ni por eso cobrarán miedo, antes más bien irán de lugar en lugar, de dos en dos, y buscarán su alimento como lo tenían de costumbre. Y más os digo: los mismos que à vosotros os roben, les darán à ellos de buena voluntad, si quisieren recibir, como muchas veces lo hemos experimentado, que los ladrones nos ofrecen generosamente de lo que arrebatan, si lo queremos.»

VII. Yendo de viaje en otra ocasión dió una de sus túnicas à un ribaldo que se fingía pobre y enfermo, el cual inmediatamente se fué con ella à una taberna. El Hermano que esto vió dijo al Maestro: «Mirad, Maestro, qué bien habeis empleado vuestra túnica.» Respondió él: «Lo hice porque le creí muy pobre y enfermo y me pareció muy piadoso socorrerle. Al fin, más quiero haber perdido la túnica que la piedad.»

VIII. Habiendo comisionado el papa Gregorio à unos de nuestros Hermanos para que hiciesen la visita de algunos monasterios, y ellos, sin guardar las formalidades del derecho, depusiesen à ciertos abades, por malos, llevaron esto tan à disgusto el papa y los cardenales que querian deshacer lo que los Hermanos habían hecho. Mas sobrevino el Maestro Jordán y para aplacarlos dijo: «Padre Santo: muchas veces me

ha sucedido yendo á una abadía hallar el camino ordinario que lleva á la puerta, pero tan largo y circular que me daba fastidio á mí y á mis compañeros rodear tanto, y algunas veces he ido cortando por los prados y de esta suerte he llegado más pronto á la puerta. Si entonces me dijese el portero: Hermano, ¿por qué camino has venido? y yo contestára. He venido por los prados; y él me replicase: No has venido por el camino que debías, vuelve atrás y ven por el camino usado, de otro modo no entrarás: ¿no es verdad que sería esto demasiada dureza? Lo mismo, Padre Santo, aunque los Hermanos no hayan procedido por la vía del derecho, por creerla harto prolija, en la deposición de los abades que bien la merecían, como fácilmente lo podreis averiguar si quereis, convendría que mantuviéseis, si os place, lo que ya está hecho, sea cual fuere el camino por donde á esto se haya llegado.»

IX. Preguntándole una vez cómo era que en la Orden entraban tantos *artistas* (1), y teólogos y canonistas ménos, respondió: «Más fácilmente se embriagan con el buen vino los que acostumbran beber agua, que aquellos nobles ó señores que están hechos á él. Los artistas beben toda la semana el agua de Aristóteles y otros filósofos, y cuando en el sermón del domingo ó día de fiesta oyen las palabras fervorosas de Cristo y de sus siervos, al momento

---

(1) Estudiantes de las llamadas artes liberales, ó filosofía y letras.

se embriagan del vino del Espíritu Santo, y entonces los cojemos, y ellos dan à Dios no sólo sus cosas, sino à sí mismos. Mas esos estudiantes de Teología, como oyen esas cosas frecuentemente, les sucede lo que à los sacristanes rústicos que acostumbrados à pasar por delante de los altares pierden la reverencia y les vuelven la espalda, mientras los demás se inclinan con respeto.»

X. Un día que se hallaba en una reunión de grandes obispos y le preguntasen ellos cómo los obispos que de tantas Ordenes se tomaban se conducían ménos bien en el obispado: «De esto, dijo, teneis vosotros la culpa. Cuando estaban en nuestra Orden los corregíamos nosotros: esa flojedad que les achacais, en vuestra Orden la adquieren. Además, en los muchos años que llevo de Religioso, jamás recuerdo que ni à mí, ni à otro Prelado nuestro, ni al Capítulo General ó Provincial nos haya pedido un buen obispo el Señor Papa ó algún Legado ó Cabildo Catedral, sino que ellos mismos, ó por el amor à los parientes, ó por otra causa ménos espiritual, elijen à su gusto; por cuya causa no debe imputársenos à nosotros si se comete yerro.»

XI. Y dijo entre otras cosas, que no era de estrañar que nuestros Hermanos en el Obispado no se portasen tan bien como los demás simples Religiosos que ni en particular ni en común tenemos posesiones, mientras que ellos se oponen más à la profesión porque tienen cosas propias.

XII. No pudiendo en un Capítulo General, à causa de una grave enfermedad, hacer exhortación à los Hermanos, rogado que al ménos

dijese alguna palabra de consuelo, entró en el Capitulo y habló así: «Hermanos: en esta semana decimos muchas veces: *Fueron todos llenos del Espíritu Santo* (1). Pero sabeis muy bien que lo que está lleno no admite más, y que si algo más se echase encima, se derramaría. Los santos Apóstoles fueron, pues, llenos del Espíritu Santo porque estaban vacíos del espíritu propio. Esto mismo es lo que cantamos en el salmo: *Quitarás el espíritu de ellos y quedarán faltos* (de sí, para aprovechar en ti,) *y en su polvo serán vueltos* (2). Y á continuación: *Enviarás tu Espíritu, y serán criados* (3). Como si dijese David: Si por tu gracia vaciasen la voluntad propia, y el sentido singular, y el amor privado, serían llenados de tu Santo Espíritu.» Con cuyas palabras quedaron los Hermanos muy edificados.

XIII. Encargando á los Hermanos que se guardasen de la ligereza, dijo: «A mí y á los otros Prelados nos acaece lo que al pastor á quien cuesta más la guarda de un cabrito que la de cien ovejas. Más molesta al Prelado y perturba el convento un discolo, que doscientos Hermanos que son como ovejas de Dios que siguen al pastor, y entienden su silbido, y no se apartan de las compañeras, sino que todas juntas andan, páran, se acuestan, comen, beben, la cabeza inclinada recogen las yerbas, y que en mu-

---

(1) La semana de Pentecostés.

(2) *Anferes spiritum eorum, et deficient, et in pulverem suum revertentur.* (Psal. 103.)

(3) *Emittes Spiritum tuum, et creabuntur.* (Ibid.).

chas cosas son productivas y en pocas, molestas. Mas algunos son como los cabritos que, alterando al pastor y el rebaño, corren, trepan, dan á los compañeros topetadas, brincan, no siguen el mismo camino, dañan las plantas que encuentran, atrás llevan una cola corta, esto es, tienen poca paciencia, y de ahí que algunas veces enseñan lo feo (1). Por Dios, carísimos, aborreced tales costumbres cabritunas y sed ovejas de Dios.»

XIV. Amonestando en otra ocasión á los Hermanos á que evitasen las cosas ociosas, dijo: «Lo mismo que en el coro, áun cuando se entone muy alto un salmo, poco á poco van decayendo las voces y es preciso que el cantor á sus debidos tiempos vuelva á tomar otro punto alto; así cuando comenzamos á hablar de cosas muy buenas poco á poco, por la humana flaqueza, se descende á cosas vanas, en cuyo caso el que es Religioso debe interponer algunas palabras ó ejemplos agradables con que se corte la conversación menos buena y se vuelva á la del principio; y así también cuando no solo en palabras, sino en el ejercicio de las virtudes, decaemos por la corrupción de la carne, unos á otros debemos excitarnos al fervor.»

XV. Hablándose en su presencia de un Hermano, hombre insigne y bueno, que debiera de ser obispo, dijo el Bienaventurado Maestro: «Más quisiera verle llevar en un féretro á la sepultura que elevado á una silla episcopal.»

---

(1) *Et ideo quandoque foeda sua ostendunt.*

XVI. Uno de Alemania, señor noble según el mundo, quitó á la madre de Fr. Jordán una vaca, y Fr. Jordán trajo á la Orden á un hijo de aquel noble. Quejándose, pues, algunos al Maestro de que hubiese quitado al noble su hijo, contestó jovialmente para calmarlos diciendo: «Sabeis que, según costumbre de los Alemanes, si uno hace injuria á la madre de otro, y el hijo de la madre injuriada toma satisfacción, nadie en aquella tierra lo lleva á mal. Si pues aquel señor vuestro hizo á mi madre injuria quitándole una vaca, ¿por qué os quejais y llevais á mal vosotros y él que yo le haya llevado un novillo?»

XVII. Cuando aún no sabía perfectamente el francés, rogáronle los Templarios de más allá del mar, los cuales eran franceses, que les dijese una plática, y él, accediendo gustoso, se puso á predicarles en una plaza donde había una pared de la altura de un hombre, y para darles á entender que no poseía su lengua, pero que con una palabra sola podrían comprender toda una gran sentencia, comenzó diciendo: «Si detrás de esa pared estuviese un burro y levantase la cabeza de tal modo que viésemos una oreja, al momento comprenderíamos que allí estaba todo el burro; por la parte se entiende el todo. Asimismo, aunque para expresar una gran sentencia no se me ocurra más que una sola palabra en francés y las otras vayan en alemán, bien podreis adivinar mi pensamiento.»

XVIII. Llevando consigo muchos novicios que había recibido en un lugar donde no había convento, al rezar en una posada Completas con

ellos y otros Hermanos que le acompañaban, echóse á reir uno de los novicios con tantas ganas que todos los demás que le vieron no pudieron contenerse. Un Hermano compañero del Santo les hacía señas para que callaran, pero ellos cada vez se reían más fuertemente. Dejando entonces las Completas y dicho *Benedicite* (1) se volvió el Padre al compañero y le dijo: «¿Quién te mete á tí á Maestro de mis novicios? Quién te autoriza para corregirlos?—Reid, hijos míos, reid en grande; no lo dejéis por este Hermano. Yo os doy licencia: razón teneis para estar alegres, pues habeis salido de la cárcel del diablo y habeis roto sus cadenas con que por muchos años habíais estado ligados. Reid, carísimos, reid.» Con cuyas palabras quedaron ellos tan enternecidos que no pudieron en adelante volver á reirse.

XIX. Predicando en París de aquellos que por largo tiempo permanecen en pecado, y recordando que el pecado es llamado en la Escritura *puerta del infierno*, dijo: «Si alguno viniese hoy á este convento y hallase á un estudiante sentado á la puerta, y mañana lo mismo, y así por muchos días, ¿no diría por fin: Este estudiante ha entrado en la Orden? Pues cómo será posible que no entren en el infierno los que mucho tiempo están sentados á su puerta?»

XX. Decía otras veces: «Así como el cantero para recomponer una pared ruinosa extrae al-

---

(1) Palabra con que en nuestras comunidades se pide licencia para hablar ó para obtener un favor cualquiera.

gunas piedras que estaban cubiertas y machaca y mete adentro las demasiado salientes, así en el envío de los Hermanos debe el Prelado tomar á los que desean por demás ocultarse y retener dentro á los que quieran exhibirse.»

XXI. Como le echasen en cara que predicaba algunas veces el mismo sermón, respondió: «Si alguno recogiese buena hortaliza y con ella preparase una buena comida, ¿sería conveniente que arrojase esa hortaliza para buscar con nuevo trabajo otra semejante?»

XXII. Dijo también: «Si yo hubiese estudiado cualquier ciencia tanto como estas palabras del Apóstol: *He sido hecho todo para todos*, podría ser en ella Maestro. Porque siempre he estudiado cómo me había de conformar á todos y disformar á nadie, cómo adaptarme de una manera al soldado, de otra al Religioso, de otra al clérigo, de otra al tentado.»

XXIII. Quería el mismo Maestro recibir de nuevo en la Orden á uno que había apostatado, y al requerir en Capítulo el consentimiento de los Hermanos, dijo uno de ellos que no era su parecer que se admitiese. Contestó el Bienaventurado Padre: «Si hasta ahora cometió pecados, quizá en adelante cometa muchos más continuando en el mundo.—No me cuido yo de eso, dijo aquel Hermano de Consejo.—Si como Jesucristo derramó por él toda su sangre, replicó el Maestro, hubiérais vos derramado una sola gota, de otro modo hablaríais.» Entonces él, vuelto en sí, se postró en tierra y consintió de buen grado.

XXIV. Tuvo miedo cierto Hermano de las limosnas que cada día comía, porque le parecía difícil corresponder con sus oraciones á tantos beneficios, y hablando una vez en este sentido, respondióle Fr. Jordán: «Siendo inapreciables las cosas espirituales respecto de las corporales, no hay duda que aquellas exceden infinitamente á éstas y sin comparación son mejores. Si por todas las limosnas que habeis comido ó comiereis decís un *Padrenuestro*, largamente las teneis pagadas.»

XXV. A un Hermano que pedía con instancias que le descargasen del oficio de Procurador, dijo: «A los oficios, por lo común, van anejas cuatro cosas: negligencia, impaciencia, trabajo y mérito. De las dos primeras os descargo, las restantes os las impongo en remisión de los pecados.»

XXVI. Un Hermano acusó á otro en Capítulo de haber tocado la mano de una mujer. Contestó el acusado que era verdad, pero que la mujer no era mala. Dijo el Maestro, que presidía el Capítulo: «Buena es la lluvia y buena la tierra; pero de la unión de las dos resulta el lodo. Así, aunque la mano del hombre sea buena y lo mismo la de la mujer, del contacto de las dos no pocas veces se levantan malos pensamientos y afectos.»

XXVII. Preguntóle un Hermano qué le sería más útil, si darse á la oración, ó al estudio de las Escrituras; contestó él: «¿Qué es mejor, siempre beber, ó siempre comer? Si estas cosas conviene hacerlas alternativamente, lo mismo digo de las otras.

XXVIII. Le rogó un Hermano que le instruyese sobre lo que mejor convenía para orar, y respondió el Bienaventurado Padre: «No dejes, buen Hermano, de insistir en aquello que te excita á mayor devoción; porque en la oración aquello te será más saludable que más fructuosamente conmueva tu afecto.»

FIN DE LA TERCERA PARTE DEL LIBRO

QUE SE DICE

VIDAS DE LOS HERMANOS.







COMIENZA LA CUARTA PARTE DEL LIBRO  
INTITULADO  
VIDAS DE LOS HERMANOS,  
EN LA CUAL SE TRATA DEL PROGRESO  
DE LA ORDEN.

---

CAPÍTULO I

DEL FERVOR DE LOS PRIMITIVOS HERMANOS.

**P**ARA que en nuestros tiempos la devoción se reanime, y los espíritus más apocados se arroben en la contemplación del cielo, y el vigor de la oración reluzca, y á los venideros llegue el resplandor de nuestra Religión en sus principios, diremos aquí del fervor de los primitivos Hermanos,

algunas cosas, de las muchas dignas de ser imitadas. Pues en los tiempos de los dos Padres, Domingo y Jordán, era tan grande el fervor en la Orden, cual nadie bastaría á encarecerlo. El espíritu de vida estaba en las ruedas por cuya virtud los animales iban y volvían, se movían y se elevaban, según la voluntad del espíritu que dirigía (1). Verías entonces en los conventos un fervor admirable: á unos, que después de las cotidianas y puras confesiones, con profundos suspiros, con amargos sollozos, con altos clamores lloraban los pecados suyos y los ajenos; á otros, que en la oración unían el día con la noche, postrándose cien ó doscientas veces. Verías que en la iglesia nunca ó casi nunca faltaban algunos orando; de modo que, cuando los porteros los buscaban, allí por lo común y pocas veces en otras partes los hallaban. Contaba un Hermano muy religioso que de cien Hermanos á quienes en corto espacio de tiempo había oído en confesión general, sesenta conservaban la integridad del cuerpo y del alma, no sin mucha instancia de oración y guarda de virtud, con que principalmente se defiende la pureza. Muchos, en santo fervor encendidos, no se levantaban de la oración sin haber antes alcanzado alguna especial gracia del Señor. Por donde uno decía que no podía de noche conciliar el sueño si antes no se lavaba en lágrimas. Dijo uno de gran autoridad que, estando en oración ante un altar

---

(1) Se hace aquí referencia á la visión del profeta Ezequiel (Cap. I.)

en Bolonia, había visto á otro elevado con todo el cuerpo en el aire.

II. Por aquel tiempo esperaban los Hermanos la hora de Completas como hora festiva; unos á otros se encomendaban con gran afecto del corazón, y al oír la campana, de todas partes marchaban alegres, á cual más pronto llegaba. Terminado aquel oficio, y devotísimamente saludada la Reina del mundo, y de nuestra Orden especial Abogada, sometíanse á las disciplinas más duras, y luego, en forma de peregrinación, visitaban los altares todos, postrándose humildemente y de lo íntimo suspirando y llorando de tal manera que si estuvieses fuera creerías que lloraban la muerte de alguno cuyo cadáver estuviera entre ellos. Lo cual muchos seglares lo vieron y oyeron, y muchísimos se edificaron, y algunos así movidos entraron en la Orden. Después de esto, no iban enseguida á revolver los cuadernos, sino que en la misma iglesia, ó en el Capítulo, ó en los ángulos del claustro, muy recogidos, con examen estrechísimo recorrían sus actos, y concluían otra vez disciplinándose fuertemente, unos con varas y otros con cordeles nudosos porque el ruido no se oyese. Después de los maitines de media noche, pocos corrían á los libros, ménos á dormir y poquísimos que antes de celebrar no se confesasen. Cuando esclarecía la mañana se hacía la señal para la celebración de las misas. Concurrían entonces muchos á un Hermano para ayudarle y había entre ellos piadosos altercados sobre quién había pedido antes al sacerdote la gracia de servirle.

III. Mas de la devoción á la Bienaventurada Virgen, quién podrá hablar? Dichos con devoción sus Maitines, corrían más devotamente aún á su altar por no dejar la oración en aquellos cortos momentos (1). Después de los Maitines del día ó después de Completas volvían al altar de la Beatísima Virgen y algunas veces ordenados en tres filas en rededor del altar con devoción admirable se le encomendaban á sí mismos y la Orden. En sus celdas tenían ante los ojos su imagen y la del Hijo crucificado para que leyendo, y orando, y durmiendo, pudieran verlas y ser de ellas vistos con ojos de piedad.

IV. En los mútuos servicios, en la enfermería, en la hospedería, en la mesa, en el lavar los piés unos á otros se adelantaban y creíase dichoso el que en esas cosas era primero. ¡Oh! cuántas veces se despojaban los Hermanos de su capa, de su túnica, de su escapulario para vestir á los Hermanos peregrinos, y más aún á los desconocidos, que llegaban rotos! Tanta era en el servir la devoción y alegría del rostro, que no á hombres, sino á los ángeles parecían servir. Alguno había que, poseido de inefable dulzura y rebosando gozo su corazón, besaba ocultamente el mismo calzado.—En la observancia del silencio eran asimismo admirables.—En cuanto á la abstinencia hubo alguno que en ocho días no tomaba la menor bebida; otros que en la escudilla

---

(1) Mientras no se tocaba segunda vez á coro; porque los Maitines de la Virgen se rezan en el dormitorio después del primer toque.

derramaban agua fría para quitarle el sabor: otros que en toda la cuaresma no bebían más que una sola vez al día y no hablaban sino preguntados: muchos que no comían cosas cocidas, y otros más que por no ser notados se privaban todos los días ya de una comida, ya de otra.—En la predicación de la palabra de Dios, á que nuestra Orden fué desde el principio expecialmente ordenada, era extraordinario el fervor que el Señor les infundía. Parecíales que en buena conciencia no podían sentarse á comer si antes no habían predicado á pocos ó muchos, supliendo en ellos el Espíritu Santo con la unción interior lo que les faltaba de la ciencia adquirida. Convirtieron muchos á muchos á la penitencia con solo un texto de las siete canónicas que con el Evangelio del Bienaventurado Mateo frecuentemente les recomendaba el Bienaventurado Domingo.

V. En un Capítulo General de París, siendo necesario enviar algunos Hermanos á la provincia de Tierra Santa, y diciendo en el mismo Capítulo el Maestro Jordán que se presentasen los que de buena voluntad quisieran ir, apenas quedó uno solo que de repente no hiciese la *venia* (1) y con lágrimas y llanto no pidiese ser enviado á aquella Tierra por la sangre del Señor consagrada. Fr. Pedro de Reims que entonces

---

(1) Prostración de todo el cuerpo en el suelo apoyándose tan solo en el codo y rodilla derecha, con que en la Orden se da á entender que se acepta alguna obediencia grave.

era Prior Provincial en Francia, viendo aquello se levantó y hecha la venia, con los otros dijo de este modo: «Buen Maestro: ó me dejais estos Hermanos carísimos, ó me enviáis á mí con ellos, porque en su compañía estoy dispuesto á ir aunque sea hasta la muerte.

VI. Mandó el Señor Papa Inocencio al Prior Provincial de Francia que enviase algunos Hermanos á la Tartaria, esperando por algunas cosas que había oído, que con su vida lograrían mucho fruto. Leyóse en el Capítulo Provincial este mandato, y tantos y tan insignes Hermanos se ofrecieron, que hubo un llanto general en el Capítulo: unos que con lágrimas pedían ser enviados y otros que no lloraban ménos por perder la compañía de aquellos tan queridos compañeros que á tantos trabajos y á la misma muerte iban expuestos. Lloraban unos de alegría porque obtenían la licencia, lloraban otros de dolor porque se la negaban.

VII. Fr. Humberto, Maestro de la Orden, al principio de su oficio, pasó comunicaci6n á los Hermanos de todo el mundo para que cuantos tuviesen voluntad de aprender las lenguas bárbaras, y embarcarse á tierras de gentiles, por la dilataci6n del nombre de Señor, le manifestasen sobre esto su ánimo. ¿Quién podrá contar cuántos y cuán beneméritos Hermanos, y de cuán remotas regiones, no sólo se ofrecieron generosamente, sino que hasta por la misma sangre y muerte del Hijo de Dios conjuraron al Maestro que los enviase, seguro de que estaban prontos á morir por la fé y la salud de las gentes?— Y del fervor que en los Hermanos Dios encendió,

cuando la traslación del Bienaventurado Domingo, en Bolonia, en toda Italia y casi en el mundo entero, no sólo en las predicaciones, sino en los continuos y manifiestos milagros, ¿qué lengua lo podrá referir? ¿qué pluma pintar? Dejémoslo todo á Dios que lo sabe y es bendito por los siglos. Amén.





## CAPÍTULO II

### DEL RIGOR DE LA DISCIPLINA Y PERFECCIÓN DE LAS VIRTUDES.



RA tanto el rigor que en la corrección de los vicios, especialmente el de la propiedad, se observaba, que por la cosa más mínima, dada ó recibida sin particular licencia, imponíanse sin compasión duros castigos. Así en Bolonia sucedió que habiendo un Hermano recibido un mal pañuelo sin licencia, llamóle al Capítulo el Maestro Reginaldo, de bienaventurada memoria, le disciplinó fuertemente, y en el cláustro, á vista y en medio de los Hermanos, quemó el pañuelo. Y como no se humillase el trasgresor de la pobreza, ni reconociese su culpa, ni quisiera prepararse á la disciplina, sino que murmuraba, mandó el varón de Dios á los Hermanos que violentamente le preparasen; lo cual hecho, levantados los ojos

al cielo, con lágrimas, dijo el Maestro: «Señor Jesucristo que à tu siervo San Benito diste virtud para arrancar con la disciplina del corazón de un monje el aguijón del demonio, suplicote que por la virtud de esta disciplina sea expelida del alma de este Hermano la tentación del diablo.» Y descargó sobre él tan terrible golpe que se estremecieron, y echaron à llorar los Hermanos. Levantándose entonces el otro con lágrimas, dijo: «Gracias te doy, Padre, porque de hecho has expelido de mí al diablo; pues manifiestamente he sentido como si de mis entrañas saliese una serpiente.» Y reconocido, en adelante fué siempre un Hermano bueno y humilde.

II. Otro Hermano en Bolonia, tentado à dejar la Orden y cogido cuando quería salir de casa, fué llevado al Capítulo ante Fr. Reginaldo, donde después de confesar su culpa le mandó dicho Padre que se preparase à la disciplina, y enseguida comenzó fortísimamente à disciplinarle; y volviéndose à él según le estaba castigando, en alta voz decía: «Sal de él, Satanás,» y vuelto después à los Religiosos decía: «Orad, Hermanos» queriendo así por la disciplina y la oración ahuyentar de aquel corazón al demonio. Después de repetir esto muchas veces, exclamó el Hermano y dijo: «Padre, óyeme» el cual contestando: «Qué quieres, hijo» habló así: «En verdad te digo que me ha dejado el diablo, y te prometo estabilidad.» Gozàronse mucho los Hermanos, y dieron gracias à Dios y él permaneció firme en la Orden.

III. Yendo otro Hermano à cumplir una obediencia que se le había impuesto le encontró

el Bienaventurado Domingo que venía de predicar y le preguntó si consigo llevaba dinero (había sentido en espíritu que no iba debidamente). Viéndose el Hermano sorprendido, humildemente confesó que efectivamente lo llevaba. Mandóle el Santo que al momento lo tirase, y por tal exceso le impuso condigna penitencia.





## CAPÍTULO III

DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD.



EL Hermano español Fr. Gil, (1) varón de rara santidad y autoridad preclara y de muy noble familia, contó el venerable Padre Maestro Humberto, compañero suyo y muy familiar en el convento de París, con el cual había además estado en la enfermería, que era de tanta virtud, que cuando los Hermanos estaban en las cátedras iba él por sus celdas, y las que hallaba súcias las limpiaba; y lo mismo hacía en la enfermería, y que cualquier alimento que le pusieran, aunque como médico supiera serle contrario, con acción de gracias lo tomaba. Cuando alguno le necesitaba para algo, dejadas todas las cosas, al instante, con ánimo pronto y rostro alegre, se le ofrecía;

---

(1) Fr. Gil de Santarén, beatificado por Benedicto XIV.

y no solo las cosas corporales, sino hasta la misma oración y devoción y demás decía, y con el ejemplo enseñaba que se debían dejar por la caridad fraterna. A nadie ofendía, á los mayores en todo se sometía; oraba siempre, ó leía, ó enseñaba; los estudios ménos útiles los despreciaba. Aunque era de mucha literatura, oía y á otros con gusto contaba las Vidas de los Padres y de los Santos. La frecuencia en el predicar y el fruto de los otros, ocultando y rebajando el suyo, lo alababa. Edificaba con su vivir á todos, y los animaba al amor de la Orden y de la santa pobreza y de la verdadera obediencia. Apenas era á él llevado un novicio afligido que no volviese muy consolado. A los enfermos, estando él mismo enfermo, con sus consuelos los recreaba, encargándoles que no se fiasen tanto en las medicinas como en Cristo, que lo que les dieran alegremente lo tomaran, porque más podía la gracia que la naturaleza; Cristo que Galeno. Cuando algunos se derramaban en rumores y palabras seglares, callando primero, y conteniéndose un poco, por grados y como insensiblemente mezclaba después palabras de Dios, y con mucha cortesía los trasladaba á más saludable materia, de tal modo que en su presencia no pudieran continuar las palabras ociosas. Apenas en el año se le podría notar una sola palabra menos conveniente. De su lugar nunca se movía por el recreo ni cosa parecida, sino solo por cosas necesarias ó útiles. Estaba de tal manera arrobado en santas meditaciones y contemplación, que viniendo no pocas veces los Hermanos á visitar á los enfermos, y sentándose al lado de

él, no lo advertía; y después, como si volviese de otro mundo, se incorporaba, los recibía y saludaba afable como si entonces hubieran llegado. Escribió él de España al dicho Maestro que había cierta luz interior con que ya en esta vida se iluminaban los corazones de los Santos, como con la exterior luz los ojos exteriores; y que estuviera cierto que no lo afirmarí de este modo si no lo tuviera experimentado. El Hermano que en el camino le acompañaba, dijo al mismo Maestro que le había visto sentarse, y al momento arrebatarse en espíritu, no atendiendo á las cosas exteriores, y que volvía en sí con grandes gemidos porque le abstraían de aquellas soberanas é internas ilustraciones.

II. Otro Hermano virtuoso y veraz, que por mucho tiempo había servido al Señor sin sentir aquellos consuelos y dulzuras de Dios que leía y de otros eran frecuentemente gustadas, una noche que estaba ante un crucifijo, comenzó pesarosamente á quejarse al Señor y decirle: «Señor: oí de tí que excedes en mansedumbre y bondad á toda criatura. Ya ves que te hé servido muchos años, guardando por amor á la palabra de tus labios, caminos penosos (1), sacrificándome todo á tí voluntariamente y cumpliendo con todo conato los estatutos de mi Orden. Y sé, Señor, que si á un tirano del mundo hubiese hecho la cuarta parte de servicio, me hubiera dado alguna señal de benevolencia, ó dulcemente hablándome, ó regalándome alguna cosa, ó participándome algún secreto, ó por lo ménos mirándome afable;

---

(1) Expresión del salmo XVI.

mas tú á mí, Señor, ninguna dulzura me has infundido, ninguna señal de benevolencia me has dado. No parece, Señor, tú que te llamas la misma dulzura, sino que eres más duro que los hombres de este mundo. ¿Qué es esto, Señor; por qué me haces esto? Y diciendo y repitiendo tales cosas, oyó una vez y otra un estrépito grande como si la iglesia amenazara desplomarse, y sobre el techo oyó un tal ruido como si muchos perros con dientes y uñas lo royesen. Con lo cual vehementísimamente aterrado y todo el cuerpo temblando, vió de repente tras de sí á uno de horrible cara, el cual con un gran palo que traía, le dió en los riñones y le arrojó en tierra. No pudiendo levantarse se fué á rastras hacia un altar, de cuyo sitio no pasó por el estremado dolor que sentía. Halláronle así tendido y atormentado los Hermanos, cuando se levantaron á *Prima*, y le condujeron á la enfermería sin saber lo ocurrido, y así estuvo postrado durante tres semanas, despidiendo tal hedor, que no había quien se llegase á él sino tapadas las narices. Recobradas las fuerzas y de su presunción arrepentido, volvió al lugar donde había sido castigado para impetrar misericordia, allí donde mereciera la ira, y dijo: «Señor mio: pequé contra el cielo y contra tí: no merezco la menor conmiseración, ni ninguna de tus grandes gracias. Con razón, Señor, me has herido; pero con piedad me has sanado.» Y postrándose sobre su rostro pedía una y otra vez perdón de lo que néciamente había pensado y ligeramente hablado contra Dios. Y entonces sonó sobre él una voz que le dijo: «Si quieres

tener consuelos y dulzuras de espíritu, es preciso que te consideres tan vil como el gusano y el lodo que pisas.» Oído esto, dió gracias al Señor, y lleno de consuelo abrazó con ardor y amor la humildad y con solicitud la practicó. —Contó esto al Maestro de la Orden el mismo Hermano que lo pasó, según se cree, el cual fué después de gran perfección y autoridad en la Orden.

III. Allégase á la virtud de la humildad lo que á un Hermano Teutónico aconteció, que iluminado de Dios comenzó á conocer su miseria y considerar la misericordia del Señor, y encontrándose con aquellas palabras: *Descendió con él al hoyo* (1), y ponderando cuán misericordiosamente le había Dios librado de tantos peligros, fué arrebatado en amor divino y devoción admirable, y por el mucho amor quedaba postrado sin sentido por tres días sin comer ni beber sino lo poco que con una cuchara le metían en la boca los Hermanos: y tanta fué la tranquilidad que de la humildad le vino que nada había que le perturbase.

---

(1) Palabras del Cap. X de la Sabiduría.





## CAPÍTULO IV

DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD.

**C**ODICIÓ una mujer que aparentaba santidad á un Hermano de graciosa figura y por demás inocente, al cual de tal modo sedujo con astucias y coloreados engaños, que hasta en el silencio de la noche y en el interior de su aposento le hacía acompañarla hablándole dulcemente y ocultándole su veneno. Esperaba infeliz que se aprestaría á la obra nefanda aquel á quien creía preso de la concupiscencia, cuando así estaban solos hombre y mujer conversando en tal lugar y tiempo. Pero se engañó la iniquidad de ella; porque el Hermano que, aunque imprudente, era cándido y en nada inmundo pensaba, apenas comprendió el maligno afecto de la fingida beata, sin más palabras ni cumplimientos, se esquivó como un gamo de aquellas manos y lugar y huyó muy pronto de aquella casa. Como de todo

esto guardase él secreto, sucedió que siendo llamado el Maestro Jordán, de santa memoria, á exorcizar á uno vejado del demonio, y haciendo los debidos conjuros, contestó el infernal espíritu que no saldría mientras no viniese el Hermano que había estado en el fuego y no se había abrasado; y dijo esto mismo muchas veces especificando mucho, con que los Hermanos se asombraban sin saber qué hacer, porque ignoraban lo ocurrido. Rogaron segunda y tercera vez al dicho Maestro, que sabían era santo y justo, que volviese á visitar al obseso; y llevando por casualidad la tercera vez á aquel Hermano de compañero, apenas entró, salió instantáneamente el demonio lanzando aullidos. Y al oír el Hermano las anteriores respuestas de Satanás que le refirió el Maestro, contóle también él con lágrimas y en secreto cuanto le había pasado.

II. De aquel venerable y santo Fr. Domingo, español, que fué compañero algún tiempo del Bienaventurado Padre Domingo, oímos contar á personas fidedignas que como hiciese despedir de la corte del rey (1) á los rufianés y meretrices, enviáronle los resentidos una mujer procaz y voluptuosa para que á pretexto de confesión con igual instancia que ardor le acometiese. Conoció, empero, el varón santo aquel fraude é inmundicia y le dijo: «No entiendo de esas cosas; soy ya viejo, estoy frío, necesito calentarme al fuego: ven mañana que tendré preparado un lugar secreto y á propósito para eso.» Volvió al día siguiente la mujer; y él, que tenía prepa-

---

(1) El rey San Fernando.

rado un gran fuego, se tendió en él y la invitó á que se echase en su compañía. Ella que le vió en medio de la hoguera y que no se quemaba ni en el cuerpo ni áun en el vestido, comenzó á dar voces de tal manera que muchos lo llegaron á saber (1).

III. A muchos hemos conocido y de muchos oido que pertrechados del muro de la continencia evadieron grandes peligros de este género. A uno de ellos en un lugar oportuno se le brindaba por una parte con la voluptuosidad más provocativa y blanda, y por otra se le amenazaba con la espada si no consentía. Mas él evitó con la virtud de la continencia el peligro del alma y con la virtud de la sabiduría el peligro del cuerpo y de su fama y de la Orden. Dijo pues: «Carísima señora mía: llevo calzón de hierro y cilicio; lo quitaré y mañana temprano volverè para lo que deseais.» Y así engañándola se libró de la tentación del diablo.

---

(1) Súpolo también el Santo rey y en castigo de aquella desvergüenza y para general escarmiento de sus cortesanos, mandó que aquella mujer fuese arrojada á una hoguera.





## CAPÍTULO V

### DE LA VIRTUD DE LA ORACIÓN



UN Hermano alemán, de gran vida y fama, tenía desde la niñez costumbre de venerar la Pasión de Cristo y sus cinco llagas diciendo á cada una: *Adorámoste, Cristo, y te bendecimos, que por tu santa cruz redimiste al mundo:* hacía cinco venias, rezaba otros tantos Padrenuestros y rogaba á Cristo que le diese su temor y su amor. Un día, pues, como él mismo contó, apareciósele Cristo Señor y le dió á beber de sus llagas una tal dulzura que toda la dulzura y consuelo del mundo se le convirtieron en amargura.

II. Acostumbraba el mismo Hermano venerar á la Bienaventurada Virgen y su corazón con que en Cristo creyó y le amó, y el seno en que le llevó, y los pechos á que le dió de mamar,

y las manos tornátiles con que le sirvió, haciendo á cada cosa de estas una venia, rezando el *Avemaría*; recorriendo aquellas principales virtudes con que mereció ser Madre de Dios, es á saber, la fè, la humildad, la caridad, la castidad, la benignidad y la paciencia, y pidiéndole que del Señor se las alcanzase. Un día de sábado se le apareció la Bienaventurada Virgen y de cada una de las cosas que en veneración tenía le dió á gustar, infundiéndole sensiblemente las virtudes que pedía. Pospuso entonces el estudio y se entregó á la oración en que gozaba de dulzura admirable. Mas como le acusasen los Hermanos frecuentemente de que por no estudiar se haría inútil para la Orden, rogó él á Dios que parte de aquella dulzura la conmutase en ciencia; y le oyó el Señor, y le infundió la ciencia que antes no tenía, y hoy mismo anda predicando con fama lo mismo en latín que en alemán, sobremanera respetado por su autoridad y prudencia.

III. Hallándose hospedado en casa de un militar un Hermano Lector y Predicador muy devoto en Inglaterra, súbitamente á la hora de la cena se declaró un incendio que se propagó por toda la casa. No había agua para apagarlo, ni fuerza humana que atajase las llamas. El Hermano compañero y con él toda la familia salen corriendo y clamando; mas el otro, quieto en casa, opuso al fuego la oración con que le apagó de tal suerte que ni vestigio quedó de quemadura. Así lo refirió él mismo, no por vanagloria, sino por edificación, á Fr. Jordán, Maestro de la Orden, y á nadie más.

Este mismo Hermano, yendo otra vez de viaje y sintiéndose en extremo fatigado, vió en visión imaginaria á Cristo en la cruz extendido que con sus ojos muy piadosamente le confortaba (1).

IV. A dos Hermanos que enviados á un convento cumplían alegremente su obediencia les amenazó en el camino tan terrible tempestad, que atemorizados, uno á otro comenzaron á decirse: «Sin duda no es á Dios aceptable nuestra obediencia.» Y no viendo lugar alguno donde recogerse, recordó uno de ellos el milagro que con el Bienaventurado Domingo había obrado el Señor, alejando de él y de su compañero la lluvia, y movido á esperanza y puesto en oración hizo la señal de la cruz contra la tempestad inminente; y en seguida dividiéndose las nubes á derecha é izquierda, y formando en la dirección que ellos llevaban como un camino de claridad, anduvieron toda una legua intactos, sin caer ni una gota sobre ellos, mientras por ambos lados descendía á torrentes la lluvia.

V. Un soldado español que se había cruzado para ir á Ultramar y que tardaba en cumplir su voto, fué muerto en una batalla y poco después se apareció á su hijo con una cruz pesadísima al hombro rogándole que se apiadase de él. El hijo que era más inteligente y letrado comprendió que sobre su padre pesaba el voto de la cruzada, y por él tomó la cruz para cumplir su promesa. Habiendo, pues, venido á Bolognia para embarcarse en Brindis, se encontró

---

(1) Falta este párrafo en el código de Roma.

con unos estudiantes conocidos suyos que habían entrado en nuestra Orden; los saludó y preguntado, les dijo la causa de su viaje, que era ayudar á su padre. Exhortáronle ellos á que entrase en la Orden; que así socorrería más al alma de su padre; que aquello era también tomar la cruz y que las oraciones de los Hermanos y el sacrificio del altar ayudaban más que nada á sacar las almas á la luz y descanso sempiterno. Convencido por sus antiguos compañeros hizose en el momento fraile, y con muy buena voluntad y devoción comenzó á ayudar á los que celebraban, suplicándoles humildemente que rogasen por el alma de su padre. Aconteció por aquellos días que un Hermano, por nombre Alberto, varón en gran manera justo, fuese á Florencia, donde por boca de un obseso refería el demonio varios acontecimientos y hechos de hombres, diciendo entre otras cosas á los muchos asistentes que los frailes Predicadores, devotos de Dios y de su Madre, predicando, atrayendo á la confesión, orando y celebrando á él y á los suyos inferían grandes injurias, y que por las misas de ellos un militar español que en la guerra había muerto estaba ya libre de las penas; y contó por su Orden lo del voto de la cruz y viaje y término del hijo. Fr. Alberto, que nada de lo ocurrido sabía, no se cuidó de tales palabras y volvió á Bolonia. Mas sentado un día con los Hermanos, entre los cuales estaba dicho novicio, oyó en la iglesia un gran ruido causado por una endemoniada que allí habían llevado al altar del Bienaventurado Domingo, á propósito de lo cual refirió él

minuciosamente lo que en Florencia había visto y oído. El Hermano español que lo escuchaba, lleno su espíritu de júbilo, dió muchas gracias á Dios y á los Hermanos, y contando el estado del padre, y la causa del viaje, y todo cuanto le había sucedido, se confirmó más en la Orden. —En esto se da á entender que no es bueno diferir el cumplimiento de los votos, que se debe cumplirlos pronto, que pueden permutarse en cosas mejores, que aprovechan á los difuntos los beneficios de los vivos, que los demonios se ven en algunas ocasiones forzados á decir verdades, que á sus devotos consuela Dios de diversas maneras (1).

VI. Dos Hermanos españoles que volvían á su Provincia después de haber estudiado Teología en París, llegaron á la tierra de Poitiers, transidos de hambre y desfallecidos de cansancio; pues desde la mañana hasta la tarde nada habían encontrado que comer ni que beber. Estaban ya cerca de una aldea en que vivían muy pocos hombres y pobres. El que venía más cansado quería allí buscar comida de puerta en puerta; pero el otro, que sentía más hambre que cansancio, prefería proseguir más adelante donde había otro pueblo mejor, no fuera que comiendo demasiado poco desfalleciesen en el camino. Entonces el que estaba más rendido, para consolar al compañero le decía: «¿No puede Dios en pobre aldea prepararnos alimento su-

---

(1) No se halla esta cláusula última en el MS. romano.

ficiente?—Sí puede, pero no acostubra, contestó el compañero.— No temas querido Hermano, prosiguió el otro; el Señor nos ha de suministrar lo que necesitamos.» Mientras esto hablaban llegó en su coche la *Castellana* de San Majencio (1), rica y noble señora, con su hijo y mucha comitiva, la cual viendo á los dos Hermanos tan decaídos, afectuosísimamente mandó á su hijo que bajase, diciendo: «Baja, hijo mio, y por el amor de Dios y mio dales de comer.» Y bajando él del coche tomó una magnífica empanada de buenos peces preparada para su madre, y vino, y queso, y huevos, y pan tierno, y otros peces, y se lo dió rogándoles que lo aceptasen alegres, pues eran pobres de Dios y debían de estar muy cansados, y que quizá en otra parte no lo hallarían. Después que tan delicadamente con otros muchos amables jóvenes sirvió aquel joven á los Hermanos, dijo el mayor de éstos al menor: «Roguemos al Señor que á este joven que con tanta devoción nos ha servido le guarde y conduzca á la vida eterna.» Puestos de rodillas y dicho el *Veni, Creator Espritus* con *Padrenuestro* y oración, despidiéndose del joven y encomendándolo mucho á Dios continuaron su camino. Pasado algun tiempo y volviendo uno de los Hermanos al Capítulo General de París, encontró en el convento de Poitiers á un Religioso joven que no le era enteramente desconocido, y con algo de admiración preguntó al Prior: «¿De dónde es ese joven?—Es el hijo

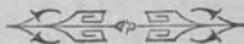
---

(1) La esposa del gobernador de aquel castillo.

de la *Castellana*, contestó.» Hízole entonces llamar y le dijo: «¿Te acuerdas, Hermano, de aquel día que por mandado de tu madre diste de comer á dos Hermanos que venían de París?—Y bien que lo recuerdo, respondió; y doy muchas gracias al Señor que por sus oraciones me ha traído á la Orden.—Pues yo soy uno de ellos, dijo el español; mucho rogamos porque tuvieras una vida buena y una muerte feliz.» Esto contó Fray Gil de Santarén, que era uno de los Hermanos, varón de toda santidad, Prior Provincial en España, en fama, literatura y autoridad conspicuo: (1) «Yo soy uno de ellos, etc.: veo en tí buena vida, trabaja, carísimo, por perseverar, y ciertamente así llegarás al fin bienaventurado.» Esto escribió Fr. Gil de Portugal, varón sincero y beato y temeroso de Dios, en artes y física grande en el siglo, y doctor en Teología en la Orden.

---

(1) El MS. de Salamanca concluye de este modo:





## CAPÍTULO VI

### CONTRA LOS NEGLIGENTES EN EL OFICIO DIVINO.

**H**UBO en Inglaterra un Hermano, por nombre David, muy religioso y devoto, el cual en una enfermedad de que murió, llevado en espíritu al juicio de Dios, oyó á la Bienaventurada Virgen que se quejaba de aquellos que con negligencia, de prisa é irreverentemente decían su Oficio, á la cual su Hijo Jesús respondía: «Enviemos éste á sus Hermanos para que los prevenga que no hagan nunca lo que otros.» Vuelto en sí del éxtasis dicho enfermo é incorporándose en su cama anunció lo que había oído y exhortó á los Hermanos á que con mayor devoción dijesen las Horas de la Reina del Cielo María; y esto dicho, al poco espiró.

II. En la misma Provincia de Inglaterra, estando ya exánime Fr. Ricardo, de repente ex-

clamó: «¡Ay de vosotros los que con negligencia rezais el Oficio! pues quéjense las almas del purgatorio de que tan tarde y tibiamente pagais lo que les debeis y nada sobreañadís. ¡Ay! que la Bienaventurada Virgen, oyéndolo yo, se ha quejado de vosotros á su Hijo, porque eso poco que de ella decís, con distraído é indevoto corazón lo decís, como cosa de ninguna importancia. He oido en el cielo una melodía cual no se puede imaginar en la tierra.» Dichas estas cosas descansó en el Señor.

III. (1) Un Hermano antiguo en la Orden, de religiosa vida, refirió que cuando los Hermanos decían los Maitines de la Bienaventurada Virgen, había visto á Nuestra Señora con dos doncellas á la puerta del dormitorio, diciendo: *¡Fuerte! ¡fuerte! varones fuertes.* Lo contó al Prelado para que amonestase á los Hermanos al amor de la Virgen y á decir con más devoción su Oficio.

---

(1) Este hecho ya queda referido en el capítulo V, § XXVII de la primera parte.





## CAPÍTULO VII

DE LA VIRTUD DE LA CONFESIÓN.



EN el convento de Langres hubo un Hermano que nunca había mancillado su inocencia, y que por este mismo candor que en el siglo y en el claustro había conservado no se confesaba, como acostumbra los demás Hermanos, dos ó tres veces á la semana, sino una vez al mes ó de quince en quince dias. Sucedió, pues, que una noche fué en visión llevado al juicio, y creía ver sobre un monte muy elevado un trono, y en el trono á Cristo, y al lado de Cristo á la Virgen Bienaventurada: el mundo entero estaba en el valle, y todos uno por uno eran por fuerza llevados ante el juez, por cuya sentencia iban unos subidos al descanso, otros arrebatados al suplicio y otros al purgatorio: Tocóle á él su vez y fué sentenciado al purgatorio. Al verlo la Virgen,

dijo á su Hijo: «¿Por qué, Hijo y Señor mio, mandas á éste allá? Es tan delicado que no podrá soportar aquellas penas; y además no ha perdido nunca su candor, y por fin es de la Orden que á tí y á mí tantos servicios nos hace.» Respondió Cristo: «Quería yo esto porque se confesaba raras veces; mas por tus ruegos al presente le perdono.» Vuelto en sí el Hermano corrigió su negligencia y contó esto á muchos Religiosos.

II. Estando un Hermano de Bolonia postrado en oración ante un altar después de Completas, cogióle por un pié el diablo y le arrastró para atrás hasta el medio de la iglesia. A las voces que daba acudieron más de treinta Hermanos que en diversos sitios de la misma iglesia estaban orando; viéronle ser arrastrado *sín* saber por quién y procuraron sujetarle, pero no podían. Aterrados en gran manera, á manos llenas echaban encima de él agua bendita, pero tampoco valía. Un Religioso anciano que se arrojó sobre él fué igualmente arrastrado. Por fin, y después de grandes esfuerzos, fué el Hermano llevado ante el altar del Bienaventurado Nicolás, y acercándose entonces el Maestro Reginaldo le confesó el Hermano un pecado mortal que nunca había confesado, y al momento el diablo le dejó libre. —Y para que se vea el rigor con que los Hermanos después de Completas guardaban el silencio, en medio de aquel sobresalto y agitación de tantos ni uno solo hubo que hablase una sola palabra.

III. Un Hermano de la Provincia Romana que en el siglo se deleitaba en oír y cantar mun-

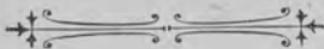
danas cantinelas, lo cual no se había acordado de confesar, hallándose en una grave enfermedad, parecíale que continuamente resonaban en sus oídos y cerebro dichas canciones, causándole, no deleite como antes, sino tormento y pena no pequeña. Un día, pues, se levantó de su cama, aunque muy desfallecido, se fué á la cama del Prior que también se hallaba en la enfermería, manifestóle aquella su tribulación, se confesó humildemente de aquellas vanidades, y al recibir la absolución, toda aquella resonancia que en los oídos y cerebro sentía repentinamente desapareció.

IV. Otro Hermano de gran autoridad en la Orden, de vida y fama preclara en la Provincia de Lombardía, contó que siendo novicio en tiempo del Bienaventurado Domingo y estando una noche después de Maitines ante el altar, le vino un ligero sueño y oyó una voz que le decía: «Levántate y trae otra vez tu cabeza.» Despierta él, é interpretando aquella voz como un aviso de que nuevamente se confesase y declarase las circunstancias todas, se postró á los piés del Padre Domingo y con mayor atención y contrición que nunca se confesó de todo: después de lo cual, tomando algún descanso, vió al ángel del Señor que del cielo descendía, y en su mano una corona de oro vistosisima, y se la puso en la cabeza. Cuando otra vez despertó, sintióse lleno de consuelo y dió al Señor muchas gracias.

V. En el convento de Narbona, queriendo otro Hermano enfermo confesarse con el Prior, díjole éste: «Espérame, Hermano carísimo; voy á la

procesión, porque es hoy fiesta de la Asunción de Nuestra Señora: enseguida volveré.» Pero el Hermano contestó: «Por esto mismo quiero confesarme ahora, porque me ha concedido el Señor que hoy vaya á la procesión que harán los ángeles con la Bienaventurada Virgen.» Se confesó, pues, y al momento durmió en el Señor.

VI. En el convento de Lausana hubo un novicio que después de haberse confesado, á su parecer, plenamente, la noche antes de la comunión vió al diablo delante de él que le decía: «Tú crees que te has confesado bien; pero en este papel hay àun muchas cosas por las cuales eres mio.» Quería el novicio ver el papel, y el diablo que no lo consentía huyó llevándolo en la mano; pero al huir tropezó con el vaso del agua bendita, según creyó ver el Hermano, y cayendo se le cayó también el papel. Cogióselo à prisa el novicio y en efecto halló en él cosas que no había confesado; y despertando al instante y recordando bien aquellas cosas, todas las confesó; y esto que el diablo hacía para atormentarle quiso el Dios piadoso y bondadoso que le sirviera de provecho. Contó esto al Maestro de la Orden el mismo confesor del novicio, varón santo y digno de toda fé.





## CAPÍTULO VIII

DE LAS CAUSAS QUE INDUCÍAN Á ENTRAR EN LA  
ORDEN, Y PRIMERO DE LA CONSIDERACIÓN  
DE LA VANA ALEGRÍA.



QUEL Maestro Rolando de quien en la Primera Parte se hizo mención, después de haberse vestido en cierta fiesta de nuevos y preciosos vestidos de escarlata, y asistido con sus compañeros á un espléndido convite, y pasado todo aquel día en juegos y algazara, por la tarde, pasada aquella vanagloria, vuelto en sí y tocado interiormente de Dios dijo: «¿Dónde está la fiesta que hemos celebrado? Toda aquella alegría ¿en qué vino á parar?» Viendo, pues, que así pasa toda la alegría del mundo y se convierte en dolor, entró al día siguiente en la Orden, en la cual por muchos años sirvió al Señor, siendo en santidad y fama, ciencia y doctrina, preclaro.



## CAPÍTULO IX

DE LOS QUE ENTRABAN POR LA CONSIDERACIÓN  
DE LA SANTIDAD DE LOS HERMANOS.

**U**N gran clérigo de París, vecino de los Hermanos, estando acostado en su cama, oyólos en la noche de un sábado cantar en alta voz los Maitines de la Bienaventurada Virgen, é inspirado de Dios comenzó á revolver en su mente y reprenderse diciendo: «¡Oh miserable de mí, que mientras ellos así alaban á Dios me estoy yo aquí revolcando!» Apenas amaneció el día se fué á los Hermanos y con mucha devoción entró en la Orden.

II. Cuando después de Completas se daban los Hermanos de Bolonia duras disciplinas, los vió por una rendija un estudiante liviano y lascivo, quién en vez de edificarse marchó á donde estaba un compañero y le dijo: «Vengo de ver

á los hombres más tontos del mundo, los Hermanos Predicadores, que como burros se están dando palos y despedazándose.» Tocado el compañero de compunción de corazón le rogó que se los enseñase. «Verás, verás, dijo el otro, á esos hombres fátuos qué están haciendo.» Y el compañero, no por curiosidad ni irrisión, sino mirando con mucha devoción y fijeza, compungido dice entre sí: «Si estos hombres santos así se castigan y disciplinan por Dios, ¿qué deberé hacer yo infeliz y pecador?» É ilustrado del Señor, por esta causa entró en la Orden.





## CAPÍTULO X

DE LOS QUE ENTRABAN POR LA VIRTUD DE LA  
PALABRA DE DIOS.

**P**OR el tiempo en que Fr. Reginaldo, de santa memoria, antes decano de Orleans, con gran fervor se entregaba á la predicación en Bolonia y atraía á muchos grandes clérigos y Maestros (ó Doctores), el Maestro Moneta, que entonces leía artes y en toda la Lombardia era famoso, temió ser cogido como los demás en alguno de aquellos sermones y resolvió huir cuanto pudiera de Fr. Reginaldo, y lo mismo aconsejaba de palabra y con el ejemplo á todos sus escolares. El día de San Esteban rogáronle estos mismos que fuera con ellos al sermón; y no pudiendo él excusarse ni con la cátedra, ni de manera alguna, díjoles:

«Vayamos antes á San Próculo á oír Misa.» Fueron y oyeron no una, sino tres. Hacía él esto para que pasase el tiempo y no llegasen al sermón: tanto era el miedo que tenía de que le pescase Fr. Reginaldo. Después de las Misas instáronle de nuevo diciendo: «Vayamos ahora al sermón.» Fué, pues, Moneta y halló á Fray Reginaldo que aún estaba predicando, y la iglesia Mayor, de tal manera llena, que no pudo entrar y hubo de quedarse á la puerta. Escuchó desde allí, y á la primera palabra quedó prendido. La palabra era ésta: *Hé aquí que veo los cielos abiertos. Los veo ahora mismo y claramente que están abiertos para entrar. Todos, si quieren, pueden entrar por las puertas abiertas. Vean y teman los míseros negligentes, no sea que á ellos que cierran á Dios su corazón, y boca, y manos, se les cierre el reino de los cielos y no puedan entrar. ¿Qué esperais, carísimos; ved los cielos abiertos?* Terminada la predicación llegose á él dicho Maestro compungido por la palabra de Dios, y exponiéndole su estado y otros asuntos, en sus manos profesó. Y porque estaba de muchas maneras ligado, con licencia del mismo Fray Reginaldo, continuó por un año y más con su hábito seglar, y no inútilmente, pues así como antes retraía de su predicación, así despues atrajo á muchísimos, no sólo á la predicación, sino también á la Orden. Atraíalos primero á los sermones, y después, cuándo á éste, cuándo al otro, los inducía á la Orden y con cada uno de ellos hacía como una nueva profesión. Cuál haya sido en toda santidad y cuánto haya aprovechado en la predicación, y en la doctrina, y en la impugnación de las herejías, no sería fácil

escribirlo (1). Juan Miguel, canónigo de León, refirió á Fr. Juan de Farria, portugués, que yendo á Roma con su obispo se habían detenido en Bolonia con objeto de visitar el sepulcro del Bienaventurado Domingo. Entraron en nuestra iglesia, y mientras el obispo celebraba la Misa se fué él á oír el sermón que un Hermano predicaba en el Capitulo á los estudiantes; y vió que durante el sermón bajaba de lo alto sobre tres de los escolares una llama de fuego que permaneci6 sobre sus cabezas hasta que la plática fué terminada: y postrándose á seguida todos tres á los piés del Prior pidieron y obtuvieron ser recibidos en la Orden.

II. Uno que en la Orden llegó á ocupar un alto puesto, enviado de muy jóven á los estudios de París, cuando nuestros Hermanos comenzaban á levantarse, pedía al Señor que le dejase morir en nuestra Orden ó en la de los Cartujos, á quienes mucho conocía y quería porque solían hospedarse en la casa de su padre, Mas aunque por la divina gracia se precavía de muchos pecados, y por la esperanza de la salvación llevaba á veces cilicio ocultamente, y hacía algunas limosnas, y en los días festivos asistía á los divinos oficios, y casi todos los días iba á la iglesia de la Bienaventurada Virgen, y siempre y con gusto oía los sermones, esto no obstante, ni por la predicación del Maestro Jordán que á tantos conmovía, ni por la de ningún otro se resolvía á hacer su entrada en la Orden. Cuando después de regir en artes pasó

---

(1) Falta este párrafo en el ejemplar de Roma.

al derecho canónico, por la mañana, sin que lo supiesen los compañeros, asistía algunas veces à las cátedras de Teología. Mas sucedió que un día de fiesta, oidas vísperas en la iglesia de San Pedro, en el término de cuya parroquia vivía entonces, dejó que se fueran los demás estudiantes y se quedó él à las vigiliass de los muertos; y mientras se cantaban las lecciones, el capellán de dicha iglesia, que parecía algo simple, pero que era un buen hombre, se acercó à él y comenzó à hablarle de este modo: «¿Es usted parroquiano mío?—*El estudiante*: Vivo, señor, en tal casa.—*El sacerdote*: Muy bien; luego es usted mi parroquiano y por lo tanto quiero descargar mi alma de usted. *Y poco después*: ¿Sabe usted lo que prometió al Señor en el bautismo? *El estudiante*: Y qué prometí yo? *El sacerdote*: Prometió renunciar à Satanás y todas sus pompas. Al preguntar à usted el sacerdote que le bautizaba: «¿Renuncias à Satanás y sus pompas?» el que à usted llevaba y por usted hablaba respondió por usted: «Renuncio.» *El estudiante*: A qué fin me decís eso? *El sacerdote*: Porque hay muchos estudiantes en París que se afanan dándose à las letras por largo tiempo y cuyo fin último de sus estudios no es otra cosa que la pompa de Satanás; pues dicen en su corazón: Si estudiases en París y fueres en tal ó cual facultad Maestro, al volver à tu tierra serás famoso, serás reputado gran clérigo, te honrarán todos, te darán beneficios, subirás à dignidades; y así otras cosas. Y qué es esto sino pompa de Satanás? Guárdese, carísimo, de tales pensamientos en los estudios, y mire cómo muchos, hasta

Maestros y clérigos, dejan el mundo y entran en Santiago (1), porque ven que casi todo lo que los hombres en el mundo apetecen es pompa de Satanás.» Cuando esto decía el sacerdote, terminada una lección, entonó un clérigo aquel responsorio: *¡Ay de mí, Señor, que tanto he pecado en mi vida: ¿qué haré, miserable; á dónde iré sino á tí, Dios mio* (2); y así, la palabra del sacerdote por una parte y por otra el canto del clérigo, á manera de dos trompetas que penetraban en su corazón, le conmovieron á compunción inusitada y abundancia de lágrimas. Marchó de allí; mas por donde quiera que iba y donde quiera que se paraba siempre en sus adentros resonaban aquellas palabras, y singularmente las del responsorio: *qué haré, miserable, á dónde iré?* Y como esto revolviese de continuo en su corazón parecíale como que una voz del fondo de su alma le respondía: *No tienes donde huir sino á los Hermanos Predicadores de Santiago.* Y visitando por aquellos días á la Bienaventurada Virgen, según solía, le fué dada muchas veces una tal gracia de compunción y devoción de lágrimas y ternura desacostumbrada de corazón que disgustado cada vez más del mundo, á los pocos días se fué á los Hermanos que él conocía en Santiago y trató con ellos de su entrada, libre que se viera de algunas deudas. Entre tanto habló al Sr. Hugo, que después fué Cardenal (3), y había sido Maestro

---

(1) Nuestro convento de París.

(2) *Hen mihi, Domine, etc.*

(3) «Famoso por su mucha erudición y letras, es-

suyo, y le reveló su propósito en la confianza que no le retraería, pues era un hombre bueno, bachiller en Teología. Lo cual oído, el Sr. Hugo dió á Dios gracias y á él le confirmó diciendo: «Sabed, Maestro, que también yo pienso hacer lo mismo, aunque ahora no me es posible porque tengo negocios que despachar; pero entrad vos seguro, que muy pronto os he de seguir.» Y entró en efecto el día del Bienaventurado Andrés, y á la cuaresma siguiente, en la fiesta de la Cátedra del Bienaventurado Pedro, entró también Hugo. Cuentan muchos que áun viven de su mismo pueblo, que cuando le dió á luz su madre, después de fuertes trabajos, se llenó tan sobremañera de júbilo el padre, que á la sazón se hallaba en la iglesia orando, cual nunca jamás le había sucedido con ninguno de los otros hijos é hijas, que eran muchos, y con ser éste el postrero. Otro Hermano suyo anterior á él, que en Bolonia y Paris había estudiado derecho canónico, y que mucho le quería, movido de su ejemplo, entró en la Orden Cartujana por creerla más conforme á su complexión que la nuestra. En lo cual se ve cómo muy cumplidamente se ve-

---

cribió largamente comentarios sobre los libros casi todos de la Escritura sagrada. Este famoso varón fué el primero que acometió, con ánimo sin duda muy grande, de hacer las Concordancias de la Biblia, obra casi infinita: la cual traza puso en ejecución, y salió con ella ayudado de quinientos monjes. La diligencia de Hugo imitaron después los Hebreos, y también los Griegos.» (Mariana: *Historia de España*, lib. XIII, cap. II.)

rificó su petición entrando él en la nuestra y su hermano, que con él era un solo corazón, en la Orden de Cartujos, en la cual santísimamente pasó la vida.

III. Por el tiempo en que el Maestro Jordán, de bienaventurada memoria, predicaba en Verceilis, donde entonces florecían los estudios, como en breves días entrasen en la Orden trece de los principales estudiantes y letrados, un Maestro alemán llamado Galtero (1), que enseñaba artes y en medicina era peritísimo, á quien por enseñar pagaban un gran salario, al oír que Fray Jordán había llegado dijo á sus compañeros y escolares: «Guardaos de ir á sus sermones y de oír una sola palabra suya, porque es como las damas cortesananas que púlen sus palabras para prender hombres.» Pero cosa bien estraña! El que á otros retraía de Fr. Jordán fué el primero que quedó prendido en su palabra, ó más bien de Dios. Y como una sensualidad miserable quisiera contenerle de entrar en la Orden, él, cerrando ambas manos, se daba de puñadas por los dos costados diciéndose: «Has de ir sin remedio, has de ir.» Y marchó, y le recibieron, y para muchos fué ejemplar de salud.

IV. Hubo también allí otro gran clérigo y en derecho muy versado, el cual, oyendo que entraban algunos de los estudiantes amigos suyos, olvidado de sí, olvidado de los libros que ante sí tenía abiertos, y que ni á cerrarlos se

---

(1) Otros leen *Waltero*.

detuvo, olvidado de cuanto en casa tenía, solo, como un amente, se fué corriendo á los Hermanos. Y como en el camino le encontrase un conocido suyo y le preguntase á dónde iba tan corriendo y sólo, sin pararse le contestó: «Voy á Dios: voy á Dios.» Y llegando á donde estaban hospedados los Hermanos, que convento allí áun no lo tenían, y encontrando al Maestro Jordán y Hermanos congregados, arrojò de sí una capa de seda, se postró en medio de ellos como ébrio sin decir otra cosa que: «Soy de Dios, soy de Dios.» El Maestro Jordán, sin más examen ni exhortación, le contestó: «Pues sois de Dios, á Dios os asignamos en su santo Nombre.» Y levantándole le vistió.—Estas dos cosas refirió quien estuvo presente y las vió, y las oyó, y fué uno de ellos.

V. Hubo en París dos estudiantes que cada día rezaban el Oficio de la Bienaventurada María, uno de los cuales tenía propósito de entrar en la Orden de Predicadores y al otro muchas veces exhortaba á lo mismo. Un día que estaban diciendo las vísperas de la Bienaventurada Virgen, sintió aquél que no tenía propósito una tal devoción, y tal abundancia de lágrimas, y su corazón tan cambiado en mejor que, sin poder contenerse, terminado el oficio, dijo á su compañero: «Ya no te contradiré más; quiero irme á aquella sociedad venturosa á que tantas veces me has invitado.» Aquella noche fueron los dos á los Maitines que se cantaban en la iglesia mayor de la Bienaventurada María. Era la Dominica segunda de Adviento. Oidos, pues, Maitines preguntóse uno á otro qué le había llamado

más la atención y excitado el afecto. Uno dijo: «A mí me conmovió en gran manera la exposición del Bienaventurado Gregorio sobre el evangelio: *Habrá señales en el sol y en la luna* (1). El otro dijo: «Yo me sentí muy consolado y conmovido con el responsorio segundo (2): *Nos enseñará sus caminos*, etc. y más áun con el versículo que al parecer hablaba con nosotros: *Venid, subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob*: literalmente parece que nos invita el Señor á que entremos en la casa de Santiago, que es casa de Dios, y en el monte situada.» Entraron, pues, y ambos vivieron muy santamente.

VI. Fr. Pedro de Quirinis, varón de gran sabiduría y de autoridad preclara, cuando en el siglo comenzó á pensar si entraría en la Orden, y por cierta sabiduría que ya tenía lo difería de día en día, titubeando y calculando siempre, al decir una tarde las Completas de la Bienaventurada Virgen prosiguió el salmo: *Hasta cuándo, Señor, me tendrás olvidado; hasta cuándo apartarás de mí tu rostro*, y repitiendo el versículo: *cuándo pondré consejos en mi alma*, súbitamente se apoderó de él tanto ímpetu de compunción y lágrimas que, sin poder decir otra cosa, arrojado en tierra y llorando, sólo esto volvía y revolvía en su corazón: *Cuándo pondré consejos en mi alma? Cuándo pondré consejos en mi alma? Hasta cuándo se*

---

(1) Según la actual liturgia, este evangelio se dice en la dominica primera de Adviento.

(2) Hoy en nuestros breviarios es el octavo.

*exaltará mi enemigo sobre mí? Escúchame, Señor, Dios mío: alumbra mis ojos para que nunca duerman en la muerte. Y así pasando toda la noche con las Completas, removida la dilación, en breve entró en la Orden.*





## CAPÍTULO XI

DE LOS QUE ENTRABAN POR LA CONSIDERACIÓN  
DE LA MUERTE.

**F**RAY Guerrico, que por mucho tiempo y en muchas partes siguió los estudios dialécticos, y *cuadriviales*, y naturales, y médicos, y después de entrar en la Orden, con gran lucimiento los teológicos en París, contó de esta manera la causa de su entrada. Oyendo cierto día leer en la iglesia: *Vivió Adán novecientos treinta años, y murió*, y lo demás que sigue de la muerte de aquellos que tanto habian vivido, estupefacto, y aterrorizado, y compungido dijo: «Dios mio, que todos mueren, hasta aquellos que tanto vivieron! Qué haremos nosotros sino morir también?» Conmovido con este útil y santo pensamiento entró en la Orden, y cuán santa haya sido su vida, y cuán útil y clara su doctrina, la Orden toda y la Iglesia de Dios lo saben.

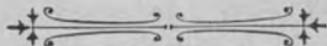
II. Hubo en Florencia un Hermano, por nombre Octaviano, noble por familia y más noble por sus costumbres, en la oración devoto, en la predicación gracioso, el cual contó que la causa de su conversión había sido esta: Siendo estudiante en Bolonia le aconteció asistir á un entierro; y al ver, cuando del fêretro sacaron el cadáver para depositarlo en la sepultura, aquella cabeza que se caía y como cosa inanimada, y vil, y fétida era bajo tierra escondida, compungido y de Dios inspirado, concibió la memoria y temor de la muerte, con que entró en la Orden y en ella consumó su vida santamente.

III. Fr. Juan de Colomna, noble romano y sobrino de un cardenal, enviado de muy jovencito por su tío á París, como por una parte le exhortase el Maestro Jordán, de santa memoria, á entrar en la Orden, y por otra un gran clérigo le retrajese, prometió, por fin, no entrar mientras no hablase otra vez con dicho clérigo. Fué, pues, un día al lugar donde aquel vivía para tratar de su entrada, y fué con licencia del Maestro Jordán, quien le había dicho que confiaba en Dios que no le retraería: y después de buscarle por bastante tiempo, encontróle difunto en medio del coro de una abadía de París á donde le habían trasladado; y encendido entonces más que nunca por aquella muerte repentina, devotamente cumplió lo que intentaba. Fué de tanta constancia y fervor en su noviciado que habiéndose dado licencia á su antiguo profesor para que delante de los Hermanos le hablase, de tal manera confundió el

discípulo al Maestro en sus respuestas que se retiró este con sus compañeros lleno de asombro. A instancia del cardenal su tío, le envió el Papa Gregorio una carta ordenándole que fuera á Roma (1) y mandando á los prelados de los lugares donde él se hallara que sin falta le obligasen á cumplir sus órdenes. Mas él, previendo esto, huyó con un Hermano por diversos lugares, por Francia y por Alemania, ocultándose para no ser encontrado y porque nadie á causa de él incurriese en excomuni6n. Y qui6n podr6 narrar cu6ntos trabajos y cu6ntas privaciones sufri6 por esto mismo hasta el tiempo de su profesi6n? Cosa era verdaderamente admirable que llegando muchas veces los emisarios con las Letras del Papa y sentencias á la misma casa donde 6l estaba, jam6s pudieran encontrarle.

---

(1) Sin duda dejando el h6bito.





## CAPÍTULO XII

DE LOS QUE ENTRABAN POR LA CONSIDERACIÓN  
DE LAS PENAS PRESENTES Y FUTURAS.

**U**N doctor de gramática de Novara, ciudad de Italia, que había prometido entrar en la Orden de Predicadores, y señalado ya el día á los Hermanos de Milán, pervertido por los discípulos y la vanidad del mundo, abandonó su pensamiento y se trasladó á otra ciudad donde pudiera enseñar sin ver tan á menudo á los Hermanos. Pero el mismo día de su prevaricación perdió un ojo, y perdido lo tuvo hasta reconociéndose y confesándose volvió á recobrar la vista, que fué al día tercero, y entró en la Orden, en la cual devotamente permaneció.

II. Hubo en Bolonia un estudiante en extremo delicado, del cual por tres veces seguidas se tuvo una visión de que, si le amonestasen, entraría en la Orden. Dijolo así al Subprior el

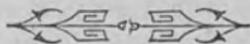
Hermano que la había tenido, el cual era compatriota del estudiante, y el Subprior respondió: «Lleno como está de riquezas y delicias, difícilmente que pueda dejar los vicios de su juventud.» Contestando el Hermano que á Dios todo era posible, pensó el Subprior que aquello vendría del cielo y se fué á la casa del joven; pero al entrar en el aposento y observar el lujo de su cama y vestidos, se desanimó de tal suerte que ni una sola palabra dijo de lo que pensaba. El mismo escolar, temeroso de que le quisiera llevar á la Orden, dijo al Subprior: «Si algo tenéis que decirme, no quiero oirlo, á ménos que me prometáis no hablar de Dios.—Hablarémos, dijo el Subprior, de vuestra pátria y parientes, y al fin tan sólo dos palabras os diré de Dios.—Muy bien, contestó el estudiante; pero cuidado no digais más.» Y después de hablar algún tiempo familiarmente, levantándose el Subprior, dijo: «Me voy; pero antes quiero decir las dos palabras prometidas: ¿Sabeis, señor Recaldo (1), á qué lugar irán en el otro mundo los que en éste no hacen penitencia?—No, respondió el joven. Y el Subprior: «Isaias, profeta, lo enseña diciendo: *La polilla será tu estrado, y tu vestido los gusanos.*» Y después de exponerle estas palabras, con su licencia se retiró al convento. Pero él de tal manera quedó fijo en la meditaci3n de esta polilla y gusanos, que en ninguna otra cosa podía pensar; y en medio de sus juegos y diversiones con los amigos, así le perseguía este pensamiento y le amargaba la vida, sin poderlo

---

(1) El MS. de Salamanca dice *Heobaldo*.

arrancar de su corazón, que no sufriendo más, á los pocos días entró en la Orden, prefiriendo la pobre y dura cama, para ser de los ángeles llevado al cielo, á dormir aquí en blando lecho y ser después sepultado en el infierno, convertido en aquella polilla y gusanos, cuya sola memoria le era intolerable.

III. De un joven noble, hermoso y delicado, contó el Maestro Jordán, de buena memoria, que le aconsejaba salir de la Orden un sugeto pudiente, y literato, y amigo de sus padres, y le decía: «Eres demasiado tierno; no vas á poder resistir la dureza de la Orden: más vale que te salgas ahora sin pecado ni infamia alguna.» A lo que el joven contestó: «La causa que vos alegáis para que me salga, es precisamente la que me ha movido á entrar en la Orden. Porque pensé para mí y me dije: Si en este mundo no puedo sufrir ninguna aspereza, cómo sufriré aquellas intolerables é inenarrables penas del infierno? Así, pues, me resolví á padecer aquí esta aspereza por no padecer la eterna, y ser con los pobres pobre, porque en los cielos sea rico.»





## CAPÍTULO XIII

DE LOS QUE ENTRABAN POR ALGUNA REVELACIÓN  
ESPECIAL.

**C**ONTÓ muchas veces á los Hermanos Fr. Santiago, Prior un tiempo del convento de Bolonia, que cierto gran abogado, muy querido suyo, había tenido un compañero también muy amigo, el cual estando á punto de morir, y rogado por el mismo abogado, le prometió venir á verle en el espacio de treinta días. Murió, y el día señalado, que era cerca del treinta, se le apareció, y preguntado dónde se encontraba, respondió que en el purgatorio, y preguntado después de la pena, dijo: «Aunque los montes ardieran, y cuanto hay visible en el mundo, no podría compararse su fuego al ardor del purgatorio.» Preguntado si allí había remedio, dijo: «Lo tenemos á veces;

pero hoy padecen las almas gran detrimento por las guerras entre el papa y el emperador; pues á causa del entredicho se les sustraen muchos sufragios: muchas almas volarían cada día al cielo si las misas acostumbradas se dijese.» Preguntado si vendría pronto la paz, dijo: «De ningún modo se hará la paz, porque todo eso merecen los pecados de los hombres.» Preguntóle después el abogado: «¿En qué estado me encuentro yo?» Contestó el difunto: «En mal estado y oficio. —¿Qué haré, pues?—Huye pronto del mundo. —¿A dónde huiré?—A la Orden de Predicadores.» Y desapareció. Compungido el abogado se fué á dicho Fr. Santiago y le contó lo acaecido, y disponiendo de sus cosas entró en la Orden hecho fraile.

II. Hubo en cierta ciudad de Francia (1) un decano en ciencia, prosapia y riquezas ilustre, el cual sorprendido por el Señor con grave enfermedad, y acordándose de la salud de su alma, dijo entre sí: «¡Ay Señor Dios mio! qué haré para ser salvo? á quién recurriré? cuyo auxilio invocaré? Dímelo, Dios y Señor mio.» De tal manera ocupó su ánimo este pensamiento que ninguna otra cosa podía decir ni pensar. Y como pasase gran parte de la noche repitiendo esta súplica, quedóse un poco adormecido, y en el sueño se le apareció Cristo Señor diciéndole: «Si quieres ser salvo, entra con mis siervos.» Y preguntando él quiénes eran los siervos suyos, dijo el Señor: «Entra en la Orden de

---

(1) En *Anján* dice el MS. de Salamanca.

Predicadores.» A la mañana siguiente llama á un sacerdote y le pide que le lleve el Cuerpo de Cristo. Reúnese gran concurso de amigos, llora la familia, contrístanse los que carnalmente le amaban, y él, en presencia de todos, al querer darle el sacerdote el Cuerpo de Cristo, dice: «Para esto pedí que me trajeran el Cuerpo de Cristo, para referir en presencia de Aquél ante quien nadie puede mentir lo que esta noche me ha acontecido.» Y diciéndolo todo por su orden, añadió: «Desde que esto me ha mandado Cristo, no quiero retardarlo más.» Y al momento mandó pedir á los Hermanos que le trajesen sin demora el hábito. Y como los amigos y domésticos en alta voz llorasen y quisiesen retraerle de su propósito, él, cada vez más firme, clamaba: «¡Fuera, fuera! Esta turba quiere la presa, no al hombre.» Vestido, pues, y llevado á la casa de los Hermanos, después de algún tiempo, en medio de ellos y con sus oraciones auxiliado, muy devotamente espiró en el Señor. Consoláronse mucho los Religiosos de su entrada, ya porque antes no era devoto de la Orden, ya porque fué un gran ejemplo de verdadera conversión, y ya, en fin, porque les dejó muchos libros de que mucho necesitaban.

III. En otra ciudad de Francia cayó gravemente enfermo un gran legista, doctísimo, afluente en delicias y bastante enredado en las cosas del mundo, el cual, como en presencia del decano de aquella iglesia y otros canónigos mandase traer los libros, que eran muchos, y los vasos de plata, que eran muchos más, para hacer de ellos testamento, sorprendido repenti-

namente de un leve sueño, y creyendo y esperando los presentes que con aquel sueño se reanimaría algo la naturaleza, muy pronto despertó diciendo: «Acerca la nave à la orilla.» dijéronle ellos: «Hablais, señor, despropósitos.— No es verdad, replicó él; sè lo que digo.—¿Qué habeis visto, pues?—Me pareció ver, siguió el enfermo, que me hallaba en la mar, dentro de una barca muy chica, y que à mi alcance venían unos puercos negrísimos que forcejeaban por echarme à pique; y clamando yo al Señor, ví en la orilla à dos hombres de pié con capuchas blancas y capas negras; y pidiéndoles yo con lágrimas y clamores que me socorriesen, dijeron; *Ven sin miedo*, y alargando las manos me llevaban à la orilla; por eso al despertar he dicho lo que habeis oido.—Buen sueño, dijeron los que allí estaban.—No es sueño, contestó él; es la verdad: y muy pronto vereis aquí à los Frailes Predicadores que me recibirán en su compañía y me librarán de los peligros del mundo.» Y cuando esto estaba diciendo, entraron de hecho en su habitación dos Frailes; y viéndolos él se alegró en gran manera, y con mucha devoción y las manos juntas les pidió que se dignasen recibirle: y ellos, habido antes consejo con los Hermanos, le recibieron; y con mucha devoción permaneció él con ellos, y después de algunos días, con gran confianza en la santa confesión, entregó su espíritu.—Contáronnos esto diligentemente los mismos Hermanos que allí estuvieron.

IV. Fr. Enrique Teutónico; varón santo, y en la predicación al clero y al pueblo muy

gracioso, contó haber sido ésta la causa de su entrada en la Orden. Tenía un tío militar en el pueblo de Monmartre que le había educado y á sus expensas dado carrera en París, el cual, habiendo muerto en Alemania, se le apareció y dijo: «Toma, para remediar las penas que sufro, la cruz trasmarina que actualmente se predica; y cuando volvieres de Jerusalén hallarás en París la Orden de Predicadores, en la cual entrarás. No te avergüences de su pobreza y no menosprecies su pequeño número, porque crecerá en multitud grande para salud de muchos.» Tomada, pues, la cruz, y cumplido el voto, y vuelto de Ultramar á París, halló á unos pocos de Hermanos que de Tolosa habían ido, y recientemente habían tomado casa, y sin vacilar entró en su compañía; y poco después se le apareció el mismo tío y le dió gracias porque por su auxilio se había librado del purgatorio.

V. Fr. Pedro de Aubenas, que en Provenza fué Prior y Lector, y santa y felizmente terminó en la Orden su carrera, refirió que había venido á la Orden de la suerte siguiente: Hallándose en Génova estudiando Física (1), obligado ya á la Orden, de tal modo pervirtieron su ánimo los *Pobres de Lión*, llamados *Valdenses*, que ya no sabía á quiénes seguir. Inclinábase más á los Valdenses que allí había por ver en ellos más indicios exteriores de humildad y apariencia de virtudes, mientras que los Hermanos, mirados

---

(1) In *Physica pertractaret*. Falta este verbo en el códice de Roma,

por de fuera, le parecían demasiado festivos y pomposos. Una tarde, pues, vacilando sobre esto y sin saber qué partido tomar, postrado de rodillas y llorando largamente, rogó con todo su corazón á Dios que según su misericordia le revelase lo que en aquella situación había de hacer: y quedando después de la oración un poco dormido, parecíale que iba por un camino á cuya izquierda había una densa y oscura selva donde veía á los Valdenses divididos entre sí, las caras tristes; y á la derecha un muro bellissimo, largo en gran manera y alto, cuya dirección siguiendo largo tiempo, llegó á la puerta, y mirando lo que adentro había, divisó una pradera amena sobre toda ponderación, sembrada de árboles, alfombrada de flores, y en ella muchedumbre de Hermanos Predicadores en forma de corro, las caras risueñas y levantadas al cielo, cada uno de los cuales en las manos elevadas tenía el cuerpo de Cristo. Y como con esta visión vehementemente se deleitase y á donde ellos estaban quisiese entrar, le salió al encuentro un ángel que guardaba la puerta y le dijo: «No entrarás aquí por hoy.» Echóse él á llorar, y lloró tan fuertemente que despertó y se encontró bañado en lágrimas, y sintió su corazón consolado de la anterior pena. Pocos días después, desenredado de algunas cosas, abrazó la Orden de Predicadores. Esto y muchas cosas más oí yo mismo de su boca: era él muy contemplativo, y le reveló el Señor muchas cosas en la Orden y de la Orden.

VI. Hubo en Toscana, diócesis de Florencia, un joven que desde su niñez había tenido ia-

clinación á servir á Dios, sencillo y de sentimientos buenos, á quien con su apariencia de santidad sedujeron los herejes y llevaron consigo. Hallándose un día al sol con otro hereje más taimado, díjole éste al joven: «Qué bien nos calienta Lucifer.» Espantado con tal expresión el joven contestó: «¿Qué es lo que dices?—Pues qué, dijo el otro, no sabes que estas cosas visibles las hizo el diablo?» Horrorizado cada vez más el joven hizo llamar á los mayores de entre los herejes y les habló de esta manera: «Doce años há que estoy con vosotros y nadie hasta ahora me ha dicho lo que éste, que todas las cosas visibles son obra del diablo. Si me lo probais con la Escritura, dispuesto estoy á creerlo; pero, si yo os pruebo lo contrario, vosotros habreis de abjurar el error y asentir á la verdad.» Suscitóse, pues, entre ellos una gran disputa, sin poder probar nada los herejes. Confusos por fin y avergonzados marcharon dejándole solo; y él entonces encerrado en una habitación se entregó á un gran llanto, y fuentes de lágrimas brotaron de sus ojos, sacrificio aceptable á Dios. Después de mucho pedir al Señor que le mostrase el camino que había de llevar, vínosele á la mente cojer el Nuevo Testamento y buscar en él el verdadero camino de salud. Dicho el Padrenuestro, y llorando mucho, puso delante el Nuevo Testamento, cogió un cuchillo, lo metió por entre las hojas del libro, lo abrió en nombre de Cristo, y mirando la primera línea halló que decía: *Dejadlos, ciegos son y guias de ciegos*; é infundida una luz de seguridad comprendió que Dios le mandaba dejar á aquellos ciegos, cuyo camino

no era de verdadera salud. Pero quedándole otra duda dijo: «Ya, Señor, me has enseñado lo que debo huir; dime ahora por dónde he de caminar, porque los Judíos, los Sarracenos, los Valdenses, los Romanos, todos dicen que su camino es el de la vida.» Orando otra vez como antes, volvió á picar el libro con el cuchillo, abrió y encontró al primer renglón: *En la cátedra de Moisés se sentaron los Escribas y Fariseos; cuanto os digan hacedlo, pero sus obras no las hagais.* Y viendo que esto convenía mejor á los Doctores de la Iglesia Romana, al momento se confirmó en la fé verdadera. Entró después en nuestra Orden y por mucho tiempo trabajó defendiendo varonilmente la fé, disputando, predicando, descubriendo la maldad de los herejes y confirmando á los católicos.

VII. Como indujeran los Hermanos á un joven estudiante de Toscana á entrar en la Orden, y su padre, por el dolor que le había causado el año anterior la entrada de otro hijo, le retrajera con muchas palabras, apenado el estudiante comenzó á pedir al Señor que le mostrase su beneplácito, conviene á saber, si había de atender al padre, ó entrar en la Orden. Y una noche, en sueños, le pareció ver un palacio espléndido que no tenía más techo que el cielo, en medio de cuyo pátio había una escala que tocaba en el mismo firmamento. Y veía que en aquel palacio entraban todas las almas de los que habían de ser salvos, y entre ellas reconoció el alma de su hermano, que el año antes había entrado en la Orden. Y como viese subir todas aquellas almas, y con ellas la de su hermano,

quería también él con mucha ansia subir; pero no podía moverse. Y llorando y despertando decía: «¡Oh; si yo hubiese entrado en la Orden de Predicadores, ahora con mi hermano subiría al cielo!» Y con la fuerza de tanto llorar y pedir, despertó por completo, y conoció que el Señor le llamaba, y dejadas al momento todas las cosas y á su padre, voló á la Orden.

VIII. El año mil doscientos cincuenta y dos el Maestro Nicolás (1), doctor regente en artes en Salamanca, ciudad de España, donde había estudios, habiendo ido un domingo por la mañana con muchos escolares al sermón que en la iglesia de los Hermanos se predicaba, de tal manera comenzó de repente á llover que no pudiendo salir de la iglesia por las muchas aguas, le invitó el Subprior de la casa á quedarse aquel día á comer con los Religiosos. Mas como no quisiera el doctor acceder á la invitación del Subprior, le dió éste la capa de un Hermano con que pudiera abrigarse, la cual puesta, dijo el mismo Subprior en presencia de los muchos estudiantes y doctores que en el Capítulo estaban: «Protesto yo hoy, y todos vosotros sois testigos, que el Maestro Nicolás ha tomado nuestro hábito.» El Maestro, al oirlo, se echó á reir, y riéndose y burlándose á grandes carcajadas salió del convento, y todo el día pasó corriendo de casa en casa de los estudiantes, por las plazas y las calles, con su capa al hombro. Pero aquella misma noche le acometió tan fuerte

---

(1) El MS. de Roma dice: *Magister quidam regens* in, etc.

calentura que temerosos los médicos y él más, volvió sus ruegos á Dios, aterrado sobremanera, y en medio de su terror oyó esta voz que le decía: «¿Se te figura á tí que sólo quiero que se respeten y honren las personas de los Predicadores? También su hábito y vestidos deben ser reverenciados. Y pues tú irreverentemente lo trataste, has de saber que no será sin castigo, á ménos que te arrepientas.» Tres veces oyó esta voz, y no en sueños, como él mismo dijo. De donde muy asustado llamó á los Hermanos, y el hábito, que con irrisión había antes llevado, lo tomó en seguida con reverencia y devoción grande, á gloria de Dios y salvación suya y edificación de muchos. Todo esto lo escribió largamente el mismo Hermano al Maestro de la Orden.

IX. Fr. Alberto Teutónico (1), Maestro en Teología en París, cuando de jovencito estudiaba en Padua, entró en deseos de venirse á la Orden, ya por los consejos de los Hermanos, ya, y más, por las predicaciones del Maestro Jordán; pero no eran deseos muy sinceros; pues su tío materno, que con él estaba, le contradecía y hasta le obligó á jurar que durante cierto tiempo no iría á la casa de los Hermanos. Mas pasado el tiempo convenido volvía con frecuencia al convento y repetía el propósito, aunque vacilando siempre por el temor de salir. Una noche vió en sueños que había entrado en la Orden

---

(1) San Alberto Magno. El MS. de Roma dice sin nombrarlo: Un Hermano, varón de extraordinaria fama, de excelente estado y ciencia en la Orden.

y que poco después había salido; y cuando despierto recordó el sueño tenido, alegróse extraordinariamente de no ser verdad que había entrado, diciendo en su corazón: «Ya veo que me sucedería lo que temo, si entrase.» Pero acaeció, que asistiendo el mismo día á un sermón, el Maestro Jordán que lo predicaba, dijo á propósito de las tentaciones con que el diablo sutilmente engaña á algunos: «Los hay que proponen abandonar el mundo y entrar en la Orden; pero el diablo los hace creer en sueños que entran y otra vez salen, y de nuevo se encuentran muy alegres con sus vestidos encarnados, solos ó en compañía de sus amigos, con que les infunde el temor de no perseverar si entran, ó los aterra y conturba si ya han entrado.» Admirado vehementemente el joven, se acercó á él después del sermón y dijo: «Maestro, ¿quién os ha revelado mi corazón?» Y le expuso todos los predichos pensamientos y el sueño. El Maestro, con suma confianza en Dios, le confortó de muchos modos contra la tentación, y él, por completo convertido, sin más dilación ni temores, entró en la Orden. Al contar todo esto el mismo Fray Alberto dijo que en todas las tentaciones que después en la Orden había padecido, ya del diablo, ya del mundo, siempre le había servido de singular remedio el recuerdo de la promesa de aquel hombre santo (1).

X. Había en Flandes un decano que muchas veces era exhortado por un antiguo Hermano Predicador á que, renunciando á las mundanales

---

(1) Falta esta cláusula postrera en el MS. de Roma.

pompas, entrase en nuestra Orden; pero él se resistía por miedo á las comidas insulsas, después del largo tiempo que vivía en la delicadeza, y á no ser capaz de andar á pié, siendo como era corpulento, que ni media milla podía caminar sino á caballo. Y como así estuviese perplejo y clamase al Señor frecuentemente, vió en sueños una mesa con blancos panes ante él preparada, y se decía para sí que de tal pan bien podía usar. Y le pareció que entraba en el coro de los Hermanos vestidos todos de blanco, y que cada uno le daba un frasco de raros perfumes. Y le pareció después que hacía un viaje por entre mucha nieve, y que, temiendo mucho, veía en medio de aquella nieve una senda recta y hermosísimamente alfombrada; con las cuales cosas tocado del Señor entró en la Orden, y como yo mismo oí á los Hermanos de aquel convento, recibió de Dios gran valor para sufrir los ayunos y fatigas de los viajes y demás cosas graves por amor de Cristo. Esto me lo contaron él mismo en secreto y su confesor que le había traído á la Orden.

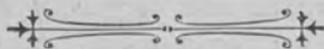
XI. Fr. Florencio Francés (1), varón santo y Maestro en Teología en París, siendo estudiante en Bolonia, aconsejábanle entrar en la Orden Fr. Guerrico, que allí entonces enseñaba, y otros muchos Hermanos; pero él cada vez se sentía más duro (2). Mas el día de viernes

---

(1) El código de Roma dice *un Hermano*.

(2) El MS. de Roma dice *magis inclinabatur*, y el de Salamanca *magis indurabatur*, que preferimos por estar más en consonancia con lo siguiente.

santo, como fuese á oír los oficios á otra iglesia, (porque temía que los Hermanos le movieran á la Orden, si iba á su convento, y que por ser día tan conmovedor no tendría ánimo bastante para negarse) halló un salterio, lo abrió, y al instante le salió aquel verso: *Si no os conviertiéreis, vibrará su espada: ya tiene tirante su arco y preparado.* A esta palabra, como si del cielo le fuese á él directamente enviada, se conmovió de repente sobre cuanto se puede decir; y deshecho en llanto cerró el libro; y levantándose marchó á donde estaba Fr. Guerrico, y sin más palabras, como ébrio de espíritu, dijo: «Fr. Guerrico, no tardeis.» Y como el Hermano no entendiese y mucho se admirase, añadió él: «Tocad á Capítulo.» Comprendió entonces el Hermano el movimiento de su alma, y lleno de júbilo mandó tocar á Capítulo, y al momento fué aquel joven recibido, admirándose todos y dando á Dios alabanzas por tan maravillosa y repentina conversión, pues ni por un mes ni por un día la había dilatado, ni siquiera por su misma posada había vuelto.—Contó estas cosas Fr. Florencio á los Hermanos.





## CAPÍTULO XIV

DE LOS QUE ENTRABAN POR ESPECIAL DEVOCIÓN  
É INSPIRACIÓN DE LA BIENAVENTURADA MARÍA.

**R**EFERÍA Fr. Tancredo, Prior un tiempo en Roma, del cual se hace mención en la vida del Bienaventurado Domingo, que estando él de soldado en la corte del emperador y considerando cierto día su estado peligroso, oró con todo su corazón á la Bienaventurada Virgen para que le dirigiese á la salvación, y en sueños vió á la misma Virgen que le decía: **VENTE Á MI ORDEN.** Estaba él entonces en Bolonia: y despertando, y orando otra vez á la Bienaventurada Virgen, y de nuevo durmiéndose, se le aparecieron dos hombres en hábito de Predicadores, uno de los cuales, que era anciano, le decía: «Tú pides á la Bienaventurada Virgen que te dirija á la salvación? pues ven con nosotros y serás salvo.» Despertó, y como

no hallase aquel hábito que había visto, creyó que todo era un sueño y nada más. Por la mañana pidió á su posadero que le condujese á una iglesia para oír misa, y le condujo á la del Bienaventurado Nicolás, donde recientemente se habían instalado los Hermanos Predicadores. Y entrando en el claustro le salieron en seguida al encuentro dos Hermanos, uno de los cuales era el Prior, llamado Fr. Ricardo, hombre anciano, á quien inmediatamente reconoció Tancredo, pues era el mismo que la noche antes se le había aparecido; y disponiendo de sus cosas allí mismo, entró en la Orden.

II. Cierta joven Borgoñés rogaba frecuentemente á la Virgen que dirigiese su vida y le diese la gracia de entrar en aquella Orden que más acepta le fuese, diciendo con especial afecto aquellas palabras: *Dame, Señor, á conocer el camino que haya de seguir, pues á tí elevé mi alma.* Tenía ya él formado propósito de entrar en otra Orden; pero cuanto más rogaba á la Bienaventurada Virgen, poco á poco y de inesperada manera, más se sentía inclinado á venir á la nuestra, en especial cuando un santo é ilustrado varón le aseguró que podía muy bien abandonar el primer propósito y entrar en los Predicadores que á la iglesia de Dios eran más necesarios. Entrando, pues, guiado de la Virgen, en la Orden el joven devoto, vivió después en ella tanto más agradecido á la misma Virgen cuanto mayores fueron las gracias que ella le concedió: pues se le apareció una noche la Bienaventurada María acompañada de dos Vírgenes, derramando perfumes suavísimos, y al levantarse él para ver si era ó no sueño,

oyó claramente una voz que le decía: «Persevera como bien has empezado.» Y quedó lleno de consuelo.

III. Fr. Enrique, de santa memoria, primer Prior de Colonia, siendo exhortado por su compañero el Maestro Jordán, de feliz recordación, á entrar con él en la Orden, (pues el Maestro Jordán había ya prometido que entraría) velando una noche en la iglesia de la Virgen en París y pidiendo á la Señora que dirigiera sus pasos, como á su parecer no sintiese provecho ninguno por la dureza de su corazón, dijo, compadecido de sí mismo: «¡Oh Virgen Bienaventurada! ya veo que no os dignais oirme y que no hay para mí lugar en el colegio de los pobres de Cristo!» Urgíale su corazón el apetito de la perfección evangélica, como que le había sido mostrado cuán segura se presenta en el tribunal del severo Juez la santa pobreza: pues á sí mismo se había visto en sueños comparecer con otros ante el tribunal de Cristo, y cuando, por juzgarse inocente, creía salir de allí libre, uno de los asesores del Juez le había dicho: «Qué has dejado tú por el Señor?» Con lo cual aterrado despertó deseando ser pobre; pero se le resistía la mal habituada voluntad. Saliendo, pues, de aquella iglesia en que orando había velado, pesaroso y disgustado de sí mismo, conmovióle los fundamentos de su corazón Aquel que mira lo humilde, y deshecho en lágrimas y trocado su espíritu, derramóse todo ante Dios y fué ablandada aquella anterior dureza en espíritu vehemente, de tal suerte que lo que antes le parecía pesadísimo le era ya suave y plácido. Se levantó,

pues, en medio de aquel impetu de fervor, y corriendo al Maestro Reginaldo, hizo voto, y lo cumplió á los pocos días, de entrar con el dicho compañero.—Éste es aquel Fr. Enrique, en el principio de la Orden predicador graciosísimo y joven, á quien su amantísimo Maestro Jordán se cuenta que le vió después de la muerte entre la multitud de los ángeles y que bajaba á darle la bendición para predicar fructuosamente la palabra de Dios.

IV. Otro estudiante de París visitaba también casi todos los días la iglesia de Nuestra Señora, y encomendándosele con lágrimas le pedía muchas veces y con gran fervor que le diese á conocer y tomar aquel estado que más le agradaba. Mas tentado fuertemente del estímulo de la carne é inducido por un mal compañero, marchaba un día dicho joven á un lupanar; pero el piadoso Señor, por los piadosos ruegos de su Madre, le cercó de espinas el camino; pues, como él mismo me refirió, cuando ya estaba cerca del lupanar quedó de tal suerte inmóvil en medio de la plaza que no pudo dar un solo paso más. Estupefacto y vuelto en sí dijo: «Irè á la Bienaventurada Virgen, pues comprendo que al Señor no agrada lo que hago.» Y al instante, suelto y libre, se fué solo á la iglesia, dió con muchas lágrimas gracias á la Virgen que había guardado su castidad, y pocos días después, guiado por la misma Señora, entró en la Orden de Predicadores.

V. Otro estudiante que después de haber cursado artes en París se preparaba al estudio de la Teología, marchó entre tanto á su pátria en

la cual vivía un abad muy santo y devoto de la Virgen, á cuyas oraciones muy afectuosamente se encomendó. Cierta día, pues, que volvía á París á oír la Teología, recordando la santidad y devoción de aquel hombre, fué súbitamente conmovido de tanta contrición de espíritu é inundación de lágrimas, que no pudo sostenerse en la caballería y cayó clamando y gritando fuertemente y vertiendo lágrimas. El mozo, que delante del caballo marchaba, ignorando la causa de tal llanto, porque el estudiante nada le decía, comenzó también á llorar con él: los dos lloraban solos en aquel camino; el estudiante por las cosas del cielo, el mozo de compasión. En medio de sus gemidos prometió el primero consagrarse perpétuamente al Señor y á su Bienaventurada Madre, pidiéndoles que le inspirasen dónde y cómo había de cumplir su promesa. Y le fué inspirado que continuara su camino á París y que allí entrara en la Orden de Predicadores que entonces florecía. Cuando llegó á la ciudad y observó la novedad, y la pobreza, y la austeridad de la Orden, y á la vez su propia debilidad, y á ciertos calumniadores oyó hablar mal de la misma Orden, comenzó á titubear en su ánimo. De nuevo se dió á la oración y con instancia rogó otra vez al Señor que le mostrase lo que para su salvación era más útil. Y repitiendo con fervor estos ruegos, en sueños se le apareció cierta noche la Virgen María, la cual le mostró el lugar de los Hermanos, y el modo de recibir, y el hábito, y el Capítulo en que se reunían, y cómo eran allí recibidos los postulantes, y quiénes los vestían; con las cuales

cosas compungido el joven, á la mañana siguiente se fué á los Hermanos, quienes le recibieron. Mas el lugar, y el hábito, y el modo, y las personas que recibían de tal manera halló que eran cual en la visión de la noche se lo había mostrado la piadosísima Señora Virgen Madre. Este fué uno de los Hermanos Borgoneses que primero entraron en la Orden, por cuyo medio obró el Señor la salud de muchas almas, cuya vida fué santa, y la doctrina sana, y la fama preclara.





## CAPÍTULO XV

DE LA MUCHA GUERRA QUE Á LA ORDEN,  
SU ENEMIGA, HACÍA EL DIABLO.



UANDO los Hermanos Predicadores no se habían propagado aún por muchas provincias en que ahora por la gracia de Dios están y hacen fruto que no perece, sucedió que yendo dos de ellos al Capítulo General que se había de celebrar en Bolonia, se les acercó el diablo en forma de caminante y les dijo: «¿Dónde vais?—Al Capítulo General de Bolonia, contestaron.—¿Qué se piensa hacer en ese Capítulo?—Ordenar la distribución de los Hermanos por las diversas provincias del mundo.—¿Irán algunos à Hungría y Grecia?—Irán, Dios mediante, muchos.» Entonces aquel caminante fingido dió un salto por el aire, exclamando con voz terrible: VUESTRA ORDEN ES NUESTRA RUINA. Y se desvaneció como el humo.

Llegados á Bolonia los Hermanos lo contaron todo, cual habia sucedido, al Bienaventurado Domingo y á los Hermanos del Capitulo, en nombre del Señor congregados.

II. El año en que los Hermanos recibieron la casa de Florencia, llamada Santa María la Novella, oyéronse voces terribles y aullidos de los demonios, como llorando todas noches durante varios meses, porque habían ocupado los Religiosos aquel lugar que de muchos años atrás era suyo, como receptáculo de inmundicias, pues era una especie de lupanar. Oían estas voces no solamente los Hermanos, sino también muchos de los que por allí cerca vivían.

III. A un Hermano converso del convento de Viterbo, en Toscana, orando una noche en la Iglesia, apareciósele el diablo en sombra torpísima, que le causaba gran tormento. Huyó de la iglesia y se retiró al claustro; pero tras él se fué también el diablo. Entró luego en el Capitulo, y el diablo entonces le dijo: «Has entrado donde no puedo seguirte; pero aún te he de vencer.» Así sucedió, en efecto; pues á instigación del diablo salió de la Orden, si bien por la misericordia del Señor volvió otra vez á ella.

IV. A otro Hermano, por nombre Martín, varón sobremanera honesto y letrado, por tres años continuos, le persiguió Satanás, apareciéndosele bajo formas diversas para aterrarle. Acompañando en cierta ocasión al Maestro Jordán, de santa memoria, que iba á Roma, se puso una tarde á leer una biblia, que era hermosa, y al momento vino el diablo en forma de un

pájaro negrísimo, el cual comenzó á saltar á un lado y á otro diciendo: «Idolo, idolo!» Y como preguntase el Hermano la causa, respondió: «Porque has hecho de esta bíblia tu dios.» Añadió el Hermano: «¿Por qué tanto me persigues?»—Porque eres todo mio», replicó el diablo, y desapareció. Temeroso en gran manera el Hermano, por más que en su conciencia no hallaba pecado alguno, se llegó al Maestro Jordán, le expuso cuanto el diablo le había hecho y dicho, y concluyó: «No veo qué otra cosa pueda echarme en cara si no es esta bíblia: tomadla vos y haced de ella lo que os plazca.» El Maestro Jordán, iluminado de Dios y conociendo las astucias del enemigo que por este medio quería impedir el estudio del Hermano y el provecho de las almas, dijo: «Pues yo en nombre del Señor te la concedo para que con ella aproveches.» Desde entonces cesó el diablo de hostigar al Hermano, ya por la humildad de éste, ya por la oración del Padre.

V. Hubo en Bolonia, en tiempo del mismo Maestro Jordán, de bienaventurada memoria, un Hermano demoniaco que á los demás atormentaba é injuriaba mucho, lo mismo de día que de noche, sembrando muchas cosas falsas, y diciendo por fuerza algunas verdaderas. Exponía á veces las Escrituras que antes por completo ignoraba; y cierto día que los Hermanos estaban en clase, él desde la enfermería, lugar remoto donde no era posible oír lo que en las cátedras se hablaba, dijo á otros: «Ahora están disputando los encapuchados si Cristo es cabeza de la Iglesia.» Y lo repetía muchas veces con

indignación grande y muy turbado el rostro, como doliéndose mucho de ello. Le preguntó una vez el Maestro: «¿Por qué, miserable, tientas á los Hermanos y llevas al pecado las almas, siendo así que te acumulas mayores penas?» Y él contestó: «No lo hago porque el pecado me agrada, más bien me hiere; sino por el lucro: como el Maestro Uerrico (1) limpia en París las cloacas, no porque el hedor no le ofenda, sino porque de ello saca ganancias.»

VI. Fr. Pedro de Aubenas, hombre devoto y santo, hallándose en Génova una noche entregado á fervorosa oración, vió sobre el claústro y oficinas de los Hermanos, multitud de demonios que llenaban el espacio de muchos y graves hedores; después vió ejércitos de ángeles que bajaban á aquel sitio y lanzaban á los demonios con sus hedores: y uno de los ángeles con turibulo lleno de perfumes, andaba de una parte á otra, expeliendo el hedor de los demonios, y con aromas suavísimos embalsamando el convento.

VII. Fr. Raòn Romano, de quien ya se hizo mención, dijo que no había en su cuerpo miembro alguno que no sintiera dolores y golpes inferidos por el demonio, el cual algunas veces se le aparecía visiblemente, y con ojos terribles le miraba y amenazaba. Cierta día que estaba ante un crucifijo orando, se le puso por medio el diablo para que no pudiera ver la sagrada imagen. Y como ni por esto cesase él en su oración, comenzó el diablo á hacer gestos que

---

(1) Falta este nombre en el código de Roma.

le movieran à risa y se dirigía à él abriendo la boca para impedir en algo el fervor y quietud de su espíritu.

VIII. En tiempo del Señor Inocencio IV, orando cierto Hermano muy religioso sobre un hombre endemoniado y atado, comenzó el diablo por boca del poseso à clamar: «¡Oh cuántos males me haceis vosotros los Predicadores y vuestros Menores! Pero muy pronto me vengaré de vosotros.» Y conjurándole el Hermano por el crucifijo que dijera de qué modo, obligado contestó: «Dos de nuestros grandes príncipes han salido contra vosotros: uno concitará prelados y príncipes que os persigan; otro con los cambios de lugares, y de edificios, y de libros, y de opiniones, os embarazará y perturbará.»





## CAPÍTULO XVI

DE CÓMO LOS DEMONIOS CASTIGABAN Á ALGUNOS  
MÉNOS RELIGIOSOS.

**E**N los principios de la Orden, á un cierto Hermano que de Bolonia había ido á Favenza y allí sin permiso había recibido cuarenta sueldos y una correa, y vuelto á Bolonia no lo había confesado, durmiendo una noche antes de Maitines, le arremetieron los demonios y le llevaron á una viña, que poco antes habían comprado los Hermanos, donde le azotaron fuertemente hasta romper muchas varas sobre las costillas, dejándole medio muerto. Al salir de Maitines oyeron los Hermanos las voces que el infeliz daba, y acercándose le hallaron el cuerpo todo acardenalado, la cabeza y la cara heridas y las manos hinchadas, de las cuales cosas nunca se vió por completo curado.

II. A otro Hermano, en Génova, que con su Prior había tenido palabras duras y casi rebeldes, y que de noche se había retirado al dormitorio sin reconciliarse, cogiéronle también los demonios y con muchas y gruesas varas le azotaron, dejándole en tal condición que apenas pudo irse á la cama. Quedó por algún tiempo postrado enseñando las heridas de los golpes, y en prueba de lo ocurrido los mismos Hermanos hallaron muchos fragmentos de los garrotes con que los demonios le habían azotado.

III. En el convento de Bolonia acaeció asimismo con un Hermano de obediencia que el demonio entró en su cuerpo y de terrible manera comenzó repentinamente á atormentarle. Levantáronse los demás conversos, que ya estaban acostados, y llamaron á su Maestro y después al Bienaventurado Domingo que entonces estaba en casa. Mandó el Santo que fuera llevado á la iglesia el Hermano paciente, como se hizo, si bien no podían apenas entre diez sujetarle. Desde la misma puerta de la iglesia dió un soplo con que apagó todas las lámparas. Continuando en atormentarle de mil maneras el demonio, dijole el Bienaventurado Domingo: «Te conjuro por Cristo que me digas por qué tanto atormentas á este Hermano, y cómo y cuándo entraste aquí.» Respondió el demonio: «Le atormento porque lo merece; pues ha bebido en la ciudad sin licencia y sin la señal de la cruz: entonces entré en él bajo la forma de mosquito, ó más bien, él me bebió con el vino.» Mientras así contaba, hicieron señal á Maitines, y dijo el demonio: «Me marchó; ya no puedo estar aquí, porque

se levantan los encapuchados á alabar á Dios.» Y marchando dejó al Hermano tendido en tierra como muerto. Lleváronle los Hermanos á la enfermería y por la mañana se levantó sano sin saber lo que le había sucedido. Contó esto al Maestro uno de los Hermanos que presentes estuvieron.

IV. En el convento de Sena, en Toscana, hubo un Hermano culpado del vicio de propiedad, el cual cayó un día, sin que nadie le tocara, de una alta peña que junto á la enfermería estaba, y después de caído vió cerca de sí una sombra negra que le decía: «Juicio de Dios es; juicio de Dios es.» Aunque magullado, contó al Prior lo que había visto y oído, y pasó un año entero sin convalecer por completo de la caída. Por último, añadiendo pecados á pecados, concluyó por salir de la Orden.





## CAPÍTULO XVII

DE LAS TENTACIONES DE LOS NOVICIOS.

**U**N Hermano español (1), que después fué de gran autoridad y religión, era al principio muy tentado á causa de la dureza de la cama y vestidos, como quien en el siglo había vivido con gran regalo. Reveló á su confesor humildemente lo que sentía, el cual respondió: «Acuérdate, Hermano carísimo, que en el mundo has pasado una vida liviana; recibe, pues, no sólo con paciencia, sino de buena voluntad, esta dureza en redención de la liviandad pasada y en remisión de tus pecados. Dios será contigo.» Cuyas palabras se grabaron de tal suerte en su corazón, que desapareció desde entonces la tentación predicha, y le fueron en lo sucesivo fáciles las cosas que antes creía in-

---

(1) El Bienaventurado Gil de Portugal.

soportables, considerando que así conseguía el perdón de todos los pecados.

II. Había sido en el mundo este mismo Hermano, tan faceto, jovial y con los hombres afable, que cuando en la Orden quería vencerse, y guardar silencio, y privarse de paseos vagos, sentíase arder y no podía contener el espíritu, hasta parecerle que una cierta llama abrasaba su pecho y garganta si callaba por más tiempo. Ilustrado un día su espíritu y considerando que semejante ardor era tentación del diablo y no otra cosa, resolvió firmemente en su corazón contenerse en su sitio y en silencio, así le costara abrasarse todo y estallar. Pero Dios, que veía su propósito y firmeza, removió de él el espíritu de vértigo en tal forma, que por siempre le fué dulce callar y no moverse de su sitio, alejada la ansiedad antigua, siendo después notable sobre todos en esta especial gracia. Oyó esto de sus propios lábios el Maestro de la Orden (1), que con él estuvo por largo tiempo en la enfermería y en la misma habitación en París; y decía que no recordaba haberle oído jamás una palabra ociosa, sino que ó consolaba á los afligidos, ó hablaba de cosas divinas, ó humildemente callaba. Aunque casi siempre padecía enfermedad, y era por otra parte buen médico, nunca pedía cosa alguna, sino que tomaba lo que le daban, aunque le pareciera contrario á su complexión y dolencias, y lo tomaba con acción de gracias. Porque había puesto en Dios todo su cuidado, Dios cuidó de él, y fuera

---

(1) El Venerable Humberto.

de toda humana esperanza, después de muchas tentaciones y enfermedades, de tal manera le fortificó que salió un Predicador ameno, y útil Lector, y laborioso Prior Provincial en España, donde vivió muchos años, sin omitir nada ó casi nada, en medio de tantas ocupaciones, de sus antiguos ejercicios de santidad y religiosidad.

III. En tierra de Romanos hubo un Religioso en gran manera noble, al cual, llevándole consigo el Maestro de la Orden, Fr. Juan, á fin de que estudiase en París, le asaltaron en el camino sus consanguíneos y le arrebataron, confiados en el señor Federico, emperador, con quien por entonces andaban. Lleváronle á un castillo remoto donde le encerraron, poniendo gran cuidado en que no se acercase ningún Hermano, ni carta de Hermano llegase á su poder, y mandándole amigos que de mil maneras le apartasen de su propósito. Mas después de un año, viendo que no había medio de vencerle á que dejase el hábito ó cometiese cosa alguna contra la Orden, por estar con él la gracia de Dios, desesperados le soltaron; y él, vuelto á los Hermanos, fué enviado á París, y allí le hicieron Maestro en Teología; varón de rara ciencia y gran columna de la Orden.— Créese que fué Santo Tomás de Aquino á quien ocurrió todo lo referido.

IV. Había en el convento de Besanzón, Provincia de Francia, un novicio que agitado de tentaciones propuso dentro de sí volver al siglo con intención de vender la herencia que de su padre le correspondía y de nuevo entrar en la Orden, trayendo consigo el dinero: así le había

hecho discurrir el falso tentador. Cuando esto en su corazón revolvía, se le aproximó un Hermano rogándole que no llevase á mal lo que pensaba contarle; y contestándole el novicio que hablase, pues nada le diría que no fuera por su bien, comenzó el otro: «He visto en sueños que venía hacia tí un juez asperísimo con multitud desenfrenada de siervos, airados los rostros, y entre sí bramando; que te ponía al cuello una soga, y recogidos hácia la cabeza los hábitos de la Orden, te llevaba así desnudo á colgarte sin piedad ninguna. Yo estaba aterrado, mirándote de lejos y llorando, sin poder acercarme á tí por temor del juez y de la muchedumbre de siervos. Mira, pues, Hermano carísimo, en qué estado te hallas, y no te dejes llevar de alguna tentación.» Sobrecogido el novicio que al momento comparó lo que en su corazón proponía con lo que el Hermano le contaba, replicó lleno de miedo: «¡Por Dios! Hermano, decidme: ¿Habeis visto que me colgasen?—No he visto más,» dijo el otro. Comenzó entonces el novicio á comprender que quien le volvía al siglo era el diablo, deseoso de llevarlo después al patíbulo del infierno, y en aquel momento prometió servir perpétuamente á Dios y á la Bienaventurada María en la Orden, vilipendiando aquella herencia terrena que á poco le arrebatara la celestial y verdadera.

V. En el mismo convento de Besanzón vió en sueños un Hermano muy bueno al Señor como indignado contra cierto novicio y como diciéndole con ira: «Apártate de mí, que no eres digno de vivir tú manchado con los limpios.»

Y parecía al Hermano que aquel novicio entraba en las celdas y no salía. Comprobó esta visión el hecho, pues á la mañana siguiente un novicio, con quien Dios estaba en efecto airado, cogidos furtivamente los vestidos de otros se los puso en secreto y se fugó por la ventana.

VI. En el mismo convento, otro novicio de muchas maneras tentado contra la fé, al cual frecuentemente alentaba el Prior y le aconsejaba que acudiera con instancia á la oración, le fué una noche manifestado que dijera muchas veces la siguiente súplica: *Oh Dios que justificas al impío y no quieres la muerte de los pecadores, protege benigno por tu misericordia al que en tu celestial auxilio confía y consérvalo bajo tu constante amparo, á fin de que siempre te sirva y por ninguna tentación de tí se aparte: Por Cristo Señor Nuestro.* Aunque nunca había visto ni oído esta oración, ni creía que en parte alguna estuviese escrita, tanto se fijó en ella durante dicha visión que la aprendió perfectamente de memoria. Cuando á la mañana siguiente lo contó al Prior y el Prior le dijo que esa misma oración se hallaba en el misal para decirla por los tentados, cobró más grande ánimo; pero las tentaciones no desaparecieron por completo, por más que la repetía con devoción y frecuencia.—Por aquellos días había traído un Hermano reliquias del paño teñido en la sangre del Bienaventurado Pedro Mártir, la cual milagrosamente había salido de un trozo de la túnica que el Santo llevaba puesta cuando recibió el martirio. Con este motivo iban movidos de gran devoción muchos vecinos á pedir que les echasen en el vino algunas gotas de la ampolla

en que estaban dichas reliquias, con cuya bebida sanaban muchos de sus enfermedades. El novicio, que no creía en estos milagros, estaba una mañana ayudando á misa cuando llegó una mujer pidiendo reliquias. Accedió el Hermano sacerdote, y al inclinar la ampolla hacia el vaso que la mujer traía de repente cayeron muchas gotas de sangre sobre el paño de seda que estaba en el altar, quedando una de tal manera pegada á la misma ampolla que no pudo el Prior limpiarla por más que fregó con paños. A su vista creyó el novicio que aquello lo hacía el Señor en su misericordia para convencimiento suyo y de otros, y dando á Dios gracias, se vió entonces libre de la tentación antigua. Hizose público este milagro por toda la ciudad de Besanzón.

VII. Hubo en el convento de Gante (Flandes) un novicio muy tentado que quería abandonar la Orden, movido de que en el siglo tenía una rica iglesia, que fielmente regia y daba muchas limosnas, mientras que en el convento comía las limosnas de otros, y ni dar, ni socorrer á nadie podía, ni predicar, ni visitar enfermos, ni oír confesiones, acostumbrado como estaba á estas cosas, y con mucho gusto. Persistiendo, pues, en esta idea, sin que los consejos de los Hermanos fueran parte á consolarle, una mañana, después de orar largo tiempo, quedóse dormido ante el altar de la Bienaventurada Virgen, y en el sueño se le apareció Nuestra Señora con dos tazas en la mano y le dijo: «Balduino, bebe, que has llorado y tienes sed.» Bebió, y luego le dijo la Señora: «¿Qué has bebido?—Un vino turbio, respondió él, insípido y lleno de heces.»

Alargándole enseguida otra taza, díjole otra vez la Virgen: «Bebe de esto.» Y como así lo hiciese, preguntóle segunda vez: «¿Qué has bebido?—Un vino preciosísimo, contestó; dulcísimo, limpio y sin heces.—Pues aunque es grande la diferencia de vino que has bebido, añadió la Bienaventurada María, es aún mayor la que hay entre la buena vida que en el siglo has llevado y la que en esta Orden has emprendido: no temas, no aflojes, que yo te daré mi ayuda.» Y desapareció la visión; y el Hermano fué en la Orden confirmado, y llegó después á ser un buen Lector y Predicador devoto.

VIII. En el convento de Sens, un novicio muy tentado de dejar el hábito y que ya no podía resistir á tan graves y continuas tentaciones, confesó un día á cierto Hermano, que era bueno, cuanto en su corazón le pasaba y el pensamiento que tenía, al cual después de muchos consuelos, contestó dicho Hermano: «¡Ay pobre de tí! qué es lo que piensas? Has elegido á Cristo y su Madre, y quieres ahora reprobar lo bueno y elegir lo malo? Coge tu cingulo, pón-telo al cuello, y arrojándote á los piés de la Bienaventurada Virgen dile de corazón: *¡Oh Señora mía! siervo tuyo soy: recíbeme bondadosa y no me confundas en mi esperanza.* Hizolo así, y al momento cesó la tentación, y fué después un Predicador bueno y devoto.

IX. Muchas son las maneras con que á los novicios tienta el adversario para que abandonen el estado religioso. Unas veces les inspira fervor indiscreto y abstinencia excesiva, como lo hizo con el Maestro Jordán: otras los acomete

por la relajación de vida y omisión de cosas á que la Ordon está obligada, como se vió en aquel novicio que por el calor se quitaba las calzas, (1) á quien no se dignó mirar la Virgen María: otras por el nimio amor de sus padres y amigos: otras por la inquietud de no cumplir la voluntad de ellos, de lo cual, si quieren justificarse, no raras veces se acusan á sí mismos: otras por la memoria de los placeres carnales: otras por el terror de los sueños: otras por el hastío de los compañeros, y otras por el afecto de los libros y hásta de cosas viles. Novicio conocí yo que salió de la Orden porque no podía vivir sin un perro que había criado, al cual tenía más afecto que á cuanto había dejado, que era mucho. Tienta, además, ya por angustias de corazón, ya por diversas enfermedades de cuerpo, ya por las lenguas de los adúladores, ya por injurias de los murmuradores, y de otras muchas maneras; por donde con razón es llamado artífice de mil formas, pues son sus ojos sétuplos, y no cesa de matar gentes. Por cuyo motivo deben todos precaverse de sus asechanzas, y descubrirlo en puras y frecuentes confesiones, y atenerse más á los consejos de los Padres que á los propios.

---

(1) Pieza del vestido que cubre muslos y piernas.





## CAPÍTULO XVIII

### DE LA TENTACIÓN DE LA GULA.

**C**IERTO Hermano en la provincia de Polonia, que había dispensado, quizá sin razón, á otros dos que con él iban de camino para que pudieran comer carnes, vió la noche siguiente en sueños al diablo que entraba donde él dormía; y como le preguntase qué era lo que buscaba, contestó: «Vengo á visitar á estos Hermanos que han comido carnes.» Esto escribió el Prior de aquella provincia al Maestro de la Orden Fr. Humberto.

II. En la misma provincia entró en la Orden un canónigo regular, el cual tentado de comer carnes, según antes acostumbraba, volvió de nuevo á su cláustro. Mas cayó después en una grave enfermedad, y quedando fuera de los sentidos pareciale ver que le llevaban á juicio, y delante de él iban las carnes que había comido, con lo cual, vuelto en sí y lleno de terror, entró por segunda vez en la Orden, y en ella murió.

III. Otro Hermano, tentado de la gula, se procuró un bollo en leche, creyendo poder comerlo en secreto. Habiéndolo, pues, escondido en cierto lugar, y estando él en el coro por la mañana discurriendo en qué lugar y de qué modo oculto lo comería, vió otro Hermano espiritual á Satanás bailando con un bollo en la mano delante del otro Religioso y brindándole con él á menudo. Admirado sobremanera de lo ocurrido, le llamó después del Oficio y le preguntó cómo estaba y si padecía alguna tentación. El otro le contestó que se encontraba bien, ocultando ó no advirtiendo la miseria de su tentación. Mas luégo que oyó lo que en el coro había sucedido, espantado y con muchas lágrimas confesó lo que le pasaba, y al momento, por la gracia de Dios, quedó libre de la tentación y del pecado.





## CAPÍTULO XIX

### DE LA TENTACIÓN DE LA PROPIEDAD.

**H**UBO en Bolonia un Hermano converso que de las limosnas recogidas para la Comunidad se guardó diez sueldos, con objeto de gastarlos si alguna vez los necesitaba. Cayó, como lo merecía, en una grave enfermedad, cosa que temía él mucho: y estando ya próximo á la muerte, Fr. Juan que le asistía le dijo: «Alégrate, Hermano, que vas á Dios: no te olvides de mí cuando bien te fuere.—No será así, contestó él: pues ahí está en la ventana de enfrente Satanás con las fauces abiertas, dispuesto á devorar la infeliz alma mía, porque hasta hoy he tenido algo propio.» Estupefacto Fr. Juan se valió de muchas razones y ejemplos para hacerle confiar en la misericordia de Dios, y le rogó que, llamado el Prior, le entregase el dinero, y de todo lo mal hecho se

doliera. Hízolo así, en efecto; y tan luégo como le absolvió el Prior huyó el diablo que el enfermo veía, y resuelto este en lágrimas, con la esperanza del cielo infundida, descansó por fin en el Señor.

II. En San Sixto de Roma había un Hermano converso que en cierta enfermedad tuvo el espíritu de profecía: el cual como predijera de muchos muchas cosas, uno que en sus palabras no tenía fé, para burlarse de él le preguntó: «¿Y á mí qué me acontecerá?—Miserable, miserable, respondió; restituye los denarios que has robado: pues vendiste heno de las monjas y guardaste el precio. Oye, pues, lo que te acontecerá; morirás este mismo año y sin el auxilio de ningún Hermano.» Asi fué; pues estando en Tívoli guardando las cosas del monasterio, le salió en la garganta un tumor que en breve le sofocó, sin estar presente Hermano alguno.





## CAPÍTULO XX

DE LA TENTACIÓN DE LA VOLUNTAD PROPIA Y  
PERTINACIA DE SENTIDO.



IVÍA en el convento de Perusa, Provincia Romana, un Hermano que, fatigado una noche del canto de los *nocturnos*, (era la fiesta del Bienaventurado Agustín) salió del coro á los *Laudes* y se fué á dormir. Mas apenas se quedó dormido, vió al dicho Santo en traje de Religioso, que se acercaba á él y le decía: «Acabas de hacer tu propia voluntad.» Dicho lo cual y dando ya la vuelta, exclamó el Hermano: «¿Qué haré, Señor?—Haz penitencia,» contestó. Y levantándose al momento marchó al Capítulo, donde se predicaba un sermón á los Hermanos.

II. Otro Hermano, por otra parte muy religioso y devoto, que largo tiempo había sido un buen lector, vino por fin á caer en ciertas

opiniones nuevas que los más entendidos calificaron de erróneas. Aunque avisado frecuentemente y rogado hasta del Maestro y Definidores del Capítulo General de Milán, puestos de rodillas, que dejase aquellas opiniones y se reconociese, antes de verse precisados á pronunciar contra él sentencia grave, no por eso quiso someterse, pertinaz en su juicio. Y era que sobre su cabeza estaba el diablo sentado, y respondiendo obstinadamente cuando de esto se trataba en el Capítulo, como lo vió un Hermano antiguo en la Orden, y Prior, hombre santo y veraz, el cual lo contó á otro familiar suyo á condición de que nunca expresara el nombre del lector.





## CAPÍTULO XXI

DE LA TENTACIÓN DE LA CURIOSIDAD FILOSÓFICA.



un Hermano, en Inglaterra, que preparaba, puliéndolo filosóficamente, un sermón que había de predicar á estudiantes, durmiendo una noche en su celda y medio soñando en dicho sermón, se le apareció el Señor Jesús con una biblia, que le puso ante los ojos, cubierta toda por fuera de inmundicia. Después de verla el Religioso así manchada, la abrió Cristo, y enseñándole la interior hermosura le dijo: «Hermosa es en extremo; pero vosotros la manchais de esta suerte con vuestras filosofías.»

II. Otro Hermano Lombardo, que allí estaba estudiando, como pensara y titubeara mucho sobre entregarse á los estudios filosóficos, ó teológicos, apareciósele en sueños cierta persona con un papel en la mano, en el cual leyó los

nombres de algunos difuntos, que eran, al parecer, muy atormentados, y preguntando la causa, se le respondió que por su filosofía: y con esto comprendió lo que más le convenía estudiar.

III. Contó un Hermano al que esto escribe, que habiéndose dedicado con gran afición al estudio de la filosofía, vió una noche que le llevaban al juicio de Dios y que allí le decían: «No eres fraile, sino filósofo:» por lo cual le desnudaron y con grandísimo rigor le azotaron. Vuelto en sí, sintió en efecto por espacio de quince días fuertes dolores en la espalda y extorsiones de todos los miembros, como si velando hubiera sido realmente azotado.

IV. Un Prior, varón bueno y literato, afirmó en un sermón, predicado á los Hermanos y al clero, que en Inglaterra había visto á un campesino, rústico y sin letras, endemoniado, que sagacisimamente contestaba á cuanto le preguntaban, ya en griego, ya en latín, ya en inglés, ya en francés; y que habiéndole preguntado un Hermano á aquel demonio si había sido criado en el cielo, contestó que sí. Preguntado qué espíritu era, contestó: «El de soberbia.» Preguntado si había visto al Señor, respondió que sí. Conjurado que dijera cómo Dios es uno y trino, temblando y contrayéndose todo como un ovillo, contestó: «De esto callemos nosotros, criaturas; porque ni á nosotros pertenece explicarlo, ni decirse puede.»

V. Otro Hermano, en la Provincia Romana, que tentado del deseo de ciencia rogaba á Dios que se la diera y le abriera por su gracia el

camino para llegar á poseerla, vió en sueños esta visión: Se le ofrecía á la vista un libro grande, lleno de cuestiones de fé, y al fin tenía escrito: «El Maestro nada dice aquí; lo que quiere es que se le permita servir á Cristo en su sencillez.»





## CAPÍTULO XXII

DE LA TENTACIÓN DE CODICIAR HONORES.

**U**N Hermano que por cierto momento se creyó digno de un episcopado, figurándosele que haría muchas cosas buenas, se puso de noche en oración, pidiendo ardientemente y con muchas lágrimas á Dios que le quitase aquel pensamiento y le permitiese vivir siempre en la prometida pobreza evangélica, libre de honores y de riquezas. Quedóse, por fin, dormido, y en el sueño se le apareció, según creía, el buen espíritu de Dios que le dijo: «El amor de los parientes, el aura popular, la malicia de los tiempos, las ocupaciones de la cosa familiar, la pérdida del bien espiritual, el escándalo de tu Orden y la incertidumbre del fin, sírvante de causas para huir de la dignidad; porque escrito está: *Juicio durísimo se hará á los que mandan.*» Apenas despertó, lo escribió asimismo de su mano.

II. Otro Hermano que iba de camino, comenzó en su corazón à pensar què haría si le hiciesen obispo, y yendo de esta suerte echando planes, de repente cayó en un gran cenagal, y vuelto en sí dijo: «Levántate, obispo; bien te ha venido, porque bien merece tal obispo tal lugar.» Y quizá, de haber sucedido lo que pensaba, hubiera caído en el cenagal, áun peor, de muchos pecados.





## CAPÍTULO XXIII

### DE LA TENTACIÓN DE LA IRA.

**D**URMIENDO unos momentos después de Maitines Fr. Nicolás Juvenacio, varón santo y discreto (1), el cual se hallaba en Nápoles, le pareció que decía á los Hermanos en el Capítulo estas palabras: «Hermanos: el gran encargo de nuestros Padres que fundaron esta Orden era, no dejarla ni por las tentaciones de la carne, que son blandas, ni por las tentaciones del mundo, que son vanas, ni por las turbaciones de los demonios y de los hombres, que son graves, sino vencerlo todo por amor de Cristo.» Y levantándose, lo dijo de esta manera á los Hermanos.—Este mismo Hermano, el mismo día que fué hecho Prior Provincial de la Provincia Romana, para exhortar á los Hermanos á que se guardasen del enfado,

---

(1) Está beatificado por León XII.

dijoles este ejemplo: «Un Hermano que conmigo se incomodó, aunque *justamente* (1), y pocos días después murió, sin haberme aplacado, se me apareció una noche en la enfermería donde yo estaba, (que no era aquí) y me pidió que le perdonase. Como reconocí pronto al difunto, le dije: «Anda, Hermano, pide perdón á Nuestro Señor Jesucristo, en cuya mano estás.» Se marchó, en efecto, á pedir perdón á Cristo, y Cristo le dijo: *No te lo concedo si antes no lo impetras de aquel á quien ofendiste.* Vuelto á mi aquella misma noche y notificándome las palabras del Señor, otra vez me pidió perdón, que al momento recibí. Y me dijo: *Mira, Fr. Nicolás, qué malo es ofender á un Hermano y qué grave no aplacarle!*

II. Hubo en Roma un Hermano que se llevaba muy mal con el Procurador del convento; y aunque el Prior, (que esto contó) para calmar su corazón le impuso que dijera por el Procurador todos los días un Padrenuestro, cada vez se sentía más airado y encendido en odio. Cayó un día repentinamente enfermo, pero tan grave, que parecía muerto, y con gran sorpresa de todos comenzó á clamar: *A los infiernos! á los infiernos!* y maldecir á los Hermanos, y á su Orden. Rogando por él los Hermanos, dijo: *Madre de Dios! Madre de Dios, ayúdame!* Pues le había parecido, como después dijo, que por su iracundia le habían arrojado á una gran

---

(1) Así dice el MS. de Salamanca. El de Roma dice: *injustamente*; lo cual no parece tan propio de la humildad de un santo.

hoguera, y que desesperado con tan intolerables penas, blasfemaba; pero que con las oraciones de los Hermanos, y á la invocación de la Bienaventurada María, se había visto libre. En argumento de la verdad quedó todo escoriado.





## CAPÍTULO XXIV

### DE LA TENTACIÓN POR FANTASÍAS.



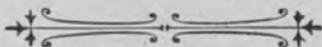
EL año de la Encarnación del Señor mil doscientos treinta, predicando en Alemania el Maestro Conrado contra los herejes, por los cuales felizmente fué martirizado, uno de ellos, seducido por los demonios, invitaba á un Hermano Predicador, querido suyo, á que pasase á la herejía; y como por ningún ardid lograra vencerle, le dijo: «Si yo te enseñare al mismo Cristo, y á su Madre, y á los apóstoles, y á los santos, todos en mi compañía, ¿me creerías?» El Hermano le respondió suponiéndole iluso: «Si así fuera, no sin razón te daría fè.» Contento el hereje fijó la noche en que tendría lugar la realización de la promesa, llegada la cual el Hermano, para no ser engañado por magia alguna, tomó en secreto y con reverencia el Cuerpo de Cristo en la píxide, como para llevarlo de viático, y

lo guardó ante el pecho, debajo de la muceta ó capilla. Vino, en efecto, el hereje y le condujo hasta una caverna del vecino monte, donde súbitamente apareció un gran palacio, iluminado todo y perfumado por dentro, y en derredor colocados tronos de oro, donde estaba sentado un rey en compañía de muchos otros vestidos de blanco que despedían vivos resplandores, y junto al rey una reina hermosísima. Como esto viese el hereje, postrado en tierra adoró; pero el Hermano, acercándose más y descubriendo la píxide, presentó el Cuerpo de Cristo á la reina que estaba en su trono, y le dijo: «Si eres la reina de cielo y tierra, aquí tienes á tu Hijo, adórale como á Dios.» Y al decir esto, toda aquella fantasía se desvaneció, y tales tinieblas sobrevinieron que apenas podían salir. Convirtiéndose entonces el hereje á Cristo, y juntamente con el dicho Hermano lo contó á Fr. Conrado, Provincial de Alemania, el cual á su vez lo contó en repetidos casos á los Religiosos, callados los nombres del lugar y personas.

II. A otro Hermano del convento de Paris, que para más darse á la devoción había dejado el estudio, las escuelas y los sermones, y casi todo el tiempo lo pasaba en la oración y lágrimas, aparecíasele el diablo en forma de la Bienaventurada Virgen y le revelaba muchas cosas y alababa mucho su estado. Contándole esto el Hermano á Fr. Pedro de Reims, le mandó Fray Pedro que si otra vez se repetía la aparición, le escupiera en la cara, porque aun dado caso, dijo, que sea la Virgen, no se indignará, sino

que te excusará por respeto de tu obediencia. Mas, si es el diablo, tan soberbio como es, no podrá sufrir el desprecio, y confuso huirá. Hizolo así el Hermano, é indignado el diablo contestó: «Maldito seas tú, y quien tal te enseñó.» Con lo cual se retiró tan confuso que no volvió más á aparecer.

III. Refirió un Hermano devoto que cierta noche después de Maitines, habiendo entrado en la celda con propósito de estudiar, lo mismo era mirar al libro que quedarse dormido. Visto que á pesar de refregarse frecuentemente la cara no podía echar de sí aquel sopor, dijo en un movimiento de impaciencia: «¡Dios mío! qué es esto? Cómo me vence el sueño, habiendo ya dormido más de lo acostumbrado?» Contestó una voz: «Porque no están cerradas áun las puertas. —Y cómo se cierran esas puertas?—De la frente hasta el pecho, replicó la voz, y de una oreja á otra oreja.» Conoció el Hermano lo que esto quería decir; hizo al instante la señal de la cruz diciendo: *Apartaos de mí, malignos, y escudriñaré los mandamientos de mi Dios:* y la dormitación cesó.





## CAPÍTULO XXV

DE LAS REVELACIONES Y CONSUELOS DE DIOS Á

LOS HERMANOS.



Al principio de la Orden, orando ante su cama un novicio de mucha piedad, vió al diablo en figura de mona muy grande, rechinando con ira los dientes y diciendo: «Vosotros os habeis reunido aquí contra mí; pero yo me vengaré de vosotros, y os quemaré con la casa.»—Temiendo esto el Hermano, le conjuró de parte de Dios omnipotente que no lo hiciera; y el diablo entonces, rugiendo de ira, saltó sobre él y dijo: «Y nos conjuras tú que poco há eras de los nuestros? Pues has de morir.» Y le oprimía tan fuertemente, que no podía hablar ni revolverse: mas en su corazón, invocando á la Trinidad Beatí-

sima, dijo: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*. Cuando pronunció *y del Hijo*, sintió la lengua libre, y al decir *Espíritu Santo*, pudo santiguarse con la mano expedita. Huyó el demonio à la celda de otro Hermano y comenzó á escribir en un papel las maquinaciones de su malicia; lo cual viendo el Hermano, y no atreviéndose á moverse ni llamar á los demás, comenzó con devoción á rezar el *Avemaría*. Oyóla el enemigo y no pudiendo soportarla, lleno de furia grande, rompió con los dientes el papel escrito, y con gran estrépito huyó, estrellando unos contra otros los vasos que fuera de las celdas encontró: cuyo estrépito dijeron los demás Hermanos haber oído.

II. Al mismo Religioso se le apareció otra vez el diablo queriendo oprimirle, según le parecía; pero él se santiguaba y decía la salutación de la Bienaventurada María, como muy poderosa, según había oído, para vencer los enemigos todos; y el diablo, cogiendo miedo, huyó de él.

III. Estando otra vez este Hermano en el refectorio comiendo alegremente con los demás su corta y pobre pitanza, vió hacia la mesa superior al Señor Jesús con su Madre, llevada de la mano, que iban recorriendo todas las mesas, de la primera á la última donde él estaba. Cuando se acercaron, les pidió y obtuvo perdón de los pecados, y luégo con gran aplauso los vió que salían del refectorio (1).

---

(1) Falta este párrafo en el código de Roma.

IV. Este mismo, después de treinta y más años de vida en la Orden, predicando con insistencia en cierta ciudad, una noche, dormido, después de Maitines, vió que la Bienaventurada Virgen le ofrecía su mismo Hijo por premio de la predicación; con lo cual quedó tan admirablemente consolado que casi por espacio de ocho días estuvo como embebecido.

V. Predicando en otra ocasión de la triple aureola en la fiesta del Bienaventurado Pedro Mártir, le pareció, después de los Maitines siguientes, que entrando en el coro de los Hermanos, veía los coros de los mártires, y confesores, y Vírgenes, y que la Bienaventurada María con el Bienaventurado Pedro Mártir estaban en medio de todos cantando con los que llenos de alegría sempiterna cantaban un cántico con tres *aleluyas*, y la antifona: *Luz perpetua lucirá á tus Santos, Señor*: que acercándose él por orden de Nuestra Señora cantaba también con ellos; y que tomándole la Virgen de la mano le presentó á Cristo diciendo: «Hijo, también te ofrezco éste.»

VI. Otra vez que de rodillas delante del altar de la Virgen pedía perdón de sus pecados, veía en éxtasis que se allegaba á besar los piés del Niño Jesús, á quien la Virgen tenía en el regazo: de cuyos piés recibía una dulzura tan maravillosa como si fuera un panal de miel; y lo más fué que vuelto en sí saboreaba, masticaba y en los lábios sentía una dulzura como de miel.— Estos seis ejemplos de consuelo los oyó muy en secreto quien los escribió: él estal y tan santo, que esto y más que esto se puede con justicia decir y creer.

VII. Fr. Tomás de Aquino (1), cuya vida y ciencia es bien conocida y utilísima á la Iglesia de Dios, vió en sueños, estando en París, por aquel tiempo en que el Maestro de la Orden peleaba en la corte del Señor Papa contra ciertas personas que querían devastar la Orden, vió, digo, que los Hermanos estaban mirando atónitos al cielo, y que después de mirar largo tiempo le decían: *Mira! Mira!* Y veía él con los otros en el cielo este escrito en letras de oro: «Nos libró el Señor de nuestros enemigos, y del poder de todos los que nos aborrecieron.» Y en efecto, por aquellos mismos días la dura carta escrita por Inocencio contra los Hermanos fué, con la gracia de Dios, revocada por su sucesor Alejandro.

VIII. Aparecióse al mismo Fr. Tomás, en sueños, una hermana suya difunta, diciendo que estaba en el purgatorio, pero que de allí saldría pasados quince días. Y preguntándole él por el otro hermano, le contestó que en el paraíso. Y volviendo á preguntarle si moriría él pronto y si se salvaría, respondió ella: «Tú, si perseveras en el fervor, irás al cielo derecho; si no, vendrás donde yo estoy.» Después de quince días se le apareció el hermano, de quien había oído que estaba en el cielo, anunciándole la gloria de la hermana: y como también á él le preguntase si se salvaría, respondió: «No te conviene, hermano, pensar en eso: tú bien estás. Guarda lo que tienes y sigue como has empezado. TEN POR

---

(1) El MS. de Roma dice: *Un Hermano, Maestro en Teología en París.*

CIERTO QUE NINGUNO, Ó POCOS DE TU ORDEN, SE CONDENAN (1).

IX. Habiendo dispuesto el Cancelario de París licenciar á dicho Fr. Tomás la mañana siguiente para que leyera Teología, vió aquella misma noche el Hermano que uno le daba un libro y decía: «Regando las montañas desde su cima, con el fruto de tus obras se saciará la tierra.» Tal impresión le hicieron estas palabras que por ellas comenzó al día siguiente sus ejercicios.

X. De un Hermano joven, alemán, honesto y muy devoto, contaba el Maestro Jordán, de santa memoria, que el día de la Cena había recibido la comunión de manos del mismo Cristo Señor, y que el día de Parasceve había sentido en su cuerpo toda la pasión de Cristo: y era cosa estupenda oír él decirle que se preparase á tal ó cual tormento, y sin ver á nadie, sentirlos uno por uno.

XI. Contó Fr. Alberto, Maestro de Teología en París, que siendo él Prior Provincial de Alemania, habían recibido á un novicio de poca ciencia y edad; pero que suplían en él la devoción y otras buenas cualidades, lo que por otra parte le faltaba. Divirtiéndose con él los Hermanos le decían de broma que el Provincial le iba á despedir de la Orden, lo cual sentía de tal suerte que fijándose la noche de la Purificación en aquellas palabras de Simeón: «¿Crees que lo has de ver? ¿crees que has de vivir?» afectado en gran manera y deshecho todo en

---

(1) Porque los malos, como se dice en otra parte, ó saldrán, ó serán expulsados.

lágrimas, se postró en oración y comenzó á repetir: «Señor Jesús! no te he de ver jamás? ¿No he de permanecer en esta Orden?» Y como dijera esto muchas veces y con gran afecto del corazón, oyó una voz que le respondía: «Me verás y perseverarás en esta Orden.»

XII. Otro Hermano, que en el noviciado había rendido su cuerpo con ayunos y vigiliass y demás trabajos hasta el extremo de no poder ya sostenerse, postrado en oración con muchas lágrimas exclamó: «Señor: tú sabes, y yo lo confieso, que erré, mortificándome por demás contra el consejo de los Hermanos: mas porque solo buscaba darte gusto, mírame y ten compasión de mí, á fin de que con los demás Hermanos pueda hacer las cosas de la Orden.» Dicho esto se vió al instante libre de toda molestia, y recobradas las perdidas fuerzas, fielmente sirvió al Señor por muchos años.

XIII. Hubo en el convento de Limoges un Hermano devoto que, además de las muchas tentaciones con que el demonio le estimulaba, padecía en el cuerpo una enfermedad vergonzosa. Comenzó, pues, á invocar á la Madre de Misericordia, pernoctando frecuentemente en la oración; y como en cada una de las celdas está pintada la imagen del crucifijo, cual libro de la vida abierto y libro del arte de amar á Dios, muy á menudo levantaba á él los ojos del cuerpo y del corazón, esperando que de allí le vendría el auxilio: y sintiéndose cada día más enternecido, llegó hasta lamerle los piés, y abrazárselos lleno de confianza. Una noche, después de besar y lamer con muchas lágrimas los piés de la imagen

de Cristo, sintió que entraba por su boca una sustancia dulcísima, más sabrosa que la miel y más olorosa que los perfumes, la cual alegraba y fortificaba el corazón y todo el cuerpo, quedando él de tal modo abstraído que su única delicia era leer y orar. Otra noche, habiéndose quedado un tanto dormido después de muchas alabanzas y súplicas á la Virgen, la vió venir, según le parecía, acompañada de dos nobilísimas doncellas, y acercándose á él y consolándole de las diversas tentaciones y enfermedad, que mucho le hacía temer, le ofreció tres manzanas hermosísimas que traía en la mano, y le dijo: «Esta comida será tu fortaleza para resistir los trabajos, y medicina contra toda enfermedad de alma y cuerpo.» Al despertar se halló, en efecto, consolado igualmente que sano, por lo cual al Señor y á la Señora su Madre dió magníficas gracias.

XIV. El varón religioso y fidedigno Fr. Pedro de Sesana, francés, que fué Prior y Lector en la Orden, escribió de la manera siguiente la conversión de un sarraceno: En tiempo del piadosísimo emperador Juan, habiendo yo venido á Constantinopla con otros Hermanos enviados por el Señor Papa para componer, si fuera posible, la contradicción de los griegos modernos, llegó un monje de los sarracenos, ferventísimo emulador de las tradiciones de sus padres, muy adornado exteriormente de virtudes políticas, de aspecto sencillísimo, traje vilísimo, modesta compostura y de pocas palabras; pero por dentro estaba vacío. Hablando, pues, con los Hermanos en la puerta por ver si los apartaba de sus

creencias y llevaba tras sí, llegué yo llamado por ellos, y quedé (lo confieso) sobremanera admirado, al ver en él tanta medida cual, á mi juicio, en ninguno de nosotros había jamás visto: mas como poco después blasfemase de Nuestro Señor Jesucristo, diciendo que era puro hombre y no Dios, me horroricé, y sintiendo en mí cual nunca la gracia y mérito de la fé, contuve á los Hermanos, é impuesto silencio, pregunté al sarraceno si en su ley se mandaba que, quien estando bajo su potestad blasfemase de Mahoma, fuera sin compasión decapitado. Contestó que sí; y yo añadí: «Pues ó tú has de ser decapitado, ó la ley de Mahoma es injusta, y te lo mostraré evidentemente. Porque si uno que en presencia de sarracenos blasfema de Mahoma, á quien suponeis profeta del Dios sumo, pero no Dios, es por justa ley ajusticiado; del mismo modo el que en presencia de cristianos blasfema de Cristo á quien creemos no solo profeta, sino Dios y Señor de todos los profetas, por ley justa, y mucho más justa, debe ser ajusticiado. Sufre, pues, la ley que por tu Mahoma has dado.» Calló el sarraceno, y yo entonces continué: «No temas, que no morirás: la ley de Mahoma es injusta. Mas porque has blasfemado de Dios, no quedarás sin correctivo.» Dí parte al jefe del castillo del emperador, el cual mandó ir á dos de sus subalternos, que prendieron al blasfemo y le encerraron en la cárcel. Aquel día y el siguiente no comió ni bebió el monje, sino que sentado sobre una piedra se quedó orando como inmóvil, según nos atestiguaron los que en la cárcel estaban. Resolvi

después visitarle, y tomando conmigo un compañero que sabía griego y latín, al día siguiente muy temprano fuí á la cárcel. Estaba él sentado sobre una piedra; pero se levantó apenas nos vió y dijo: «Oid, os ruego, mis palabras. Antes de venir vosotros me dormí sobre esta piedra y me parecía ver á mi Abad que me ofrecía un pedazo de pan durísimo y negro; y que luego veníais vosotros y me dábais un pan entero y hermoso, y que me animábais á que lo comiera.» En aquel mismo instante yo, Fr. Pedro, saqué un pan entero y blanco que, sin saberlo mi compañero, había guardado, y se lo dí al pobre y hambriento, diciéndole: «Mira cómo Dios hizo verdadera tu visión: toma este pan y come.» El cual, como lo recibiese, le añadí: «Ahora te diré además con toda verdad la interpretación de lo que has visto. El pedazo de pan que [has visto, duro y negro, cual se da á los perros, has de saber que es la doctrina de Mahoma que á tí tu Abad te enseñó. Mas el pan entero y blanco es Jesucristo, Nuestro Señor, que á los suyos nutre de ciencia y doctrina; pan vivo que del cielo bajó, sobresubstancial, esplendor de la gloria y figura de la substancia de Dios, el cual se toma todo por cada uno y permanece siempre uno é íntegro, de quien tú has blasfemado, pero que hoy te le ofrecemos para creerle y adorarle.» Marchamos nosotros, y poco después, libertado él de la cárcel á petición nuestra, se dirigió á los Hermanos Menores, quienes le remitieron á nosotros, é instruido cuidadosamente de los Hermanos y habiendo pasado cuarenta días en el jardín de nuestra casa, donde

había una iglesia que antes había sido de los griegos, solo, y tomando comida cortísima, aprendidos el Símbolo de la fé y el Padrenuestro, de todo corazón, se convirtió á Cristo y fué bautizado el día de la conversión de San Pablo, al cual por mucho tiempo vimos humilde y devoto servir al Señor. Por todo sea Dios bendito. Amen.

XV. Un Hermano dió de noche en el dormitorio un tan grande y horrible grito, que el Prior y Hermanos, sobresaltados, concurren á ver lo que le pasaba. Encendida luz, comenzó el Prior á hablarle, pero él no respondía. Estaba poseído de horror, los ojos fijos en cierto lugar. Mas pasada la noche y tranquilizado algún tanto, le llamó otra vez el Prior y preguntó qué había tenido: contestó que había visto al demonio, con cuya espantosa visión había quedado aterrado. Le preguntó después qué figura tenía, y dijo el Hermano: No sé pintároslo; pero os aseguro que si por un lado me presentan un horno ardiendo, y por otro aquella figura que ví, preferiría lanzarme en el horno antes que mirarla.

XVI. Cuando el joven Luis, primogénito del glorioso Luis, rey de los franceses, cayó enfermo en París, un Hermano de aquel convento, que nada sabía de dicha enfermedad, vió en sueños que el rey estaba en un sitio elevado, con la corona en las manos, y junto á él sus dos hijos, es á saber, el mencionado Luis, y Felipe que era el segundo, uno á la derecha y otro á la izquierda; y que por fin imponía el rey la corona á este segundo y no al otro, como era

debido, por ser primogénito. Cuando la real familia pasó aviso al convento para que rogasen por el enfermo, contó aquel Hermano lo que había visto; y á los pocos días murió el primogénito Luis, quien por su inocencia y ejemplares costumbres indudablemente subiría al cielo, y quedó el otro hermano heredero del reino.





## CAPÍTULO XXVI

DE LOS HERMANOS QUE EN VIDA RESPLANDECIERON  
CON MILAGROS.

**E**N una ocasión en que los frailes Menores de Albi se fatigaban, sin resultado, buscando agua, llegó nuestro Fr. Mauricio, del convento de Tolosa, que andaba predicando, de nación Aluntino, noble por familia, humilde de corazón, de hábito vil, verdadero amador de la pobreza, contra los herejes ferviente y eficaz predicador, el cual, compadecido de los Frailes Menores, invocando à Dios, les señaló un lugar diciendo: «Cavad aquí en nombre de Jesucristo, y hallareis.» Cavararon, en efecto, è hicieron un pozo que hasta hoy dura abundante en agua sana.

*De Fr. Gualterio, varón santo.*

II. Fr. Gualterio, Prior y Lector de los Hermanos en Straburgo (Alemania) humilde, devoto, misericordioso, después de haber celebrado Capítulo con las monjas de *Columbaria* y encomendado á diversas diversos oficios, díjole una de ellas, Sor Cunegunda, que padecía calenturas: «¿Y á mí, P. Prior, qué oficio me dais?» Respondió: «Que te sirvan de oficio tus calenturas.» Desde aquel día no quiso la Religiosa usar de medicinas, diciendo que desempeñaría el impuesto oficio hasta que de él la absolviese quien se lo había encomendado; ni creía que entretanto medicina alguna pudiera aprovecharle. Pasadas así seis ó siete semanas volvió el Prior al lugar dicho, quien oída la devoción de la monja y compadecido de ella, dijo en presencia de muchos: «En nombre de Cristo yo te absuelvo del oficio de estas calenturas.» Postróse ella humildemente en tierra, y al levantarse se halló plenísimamente curada.

El mismo Fr. Gualterio, cuando estaba en la parte secreta de la Misa, ó en la oración familiar, fué visto de muchos que lo contaron, elevarse en los aires sin otro sostén que la virtud divina.

Un Hermano á quien el mismo Prior encargaba cierto oficio, contestó: «Decid á la fiebre

que me deje, y yo haré lo que me mandais.» El Prior, haciendo una cruz sobre él, dijo: «Cese desde ahora tu fiebre en nombre de Cristo.» Y al momento el Hermano quedó sano.

Orando el mismo por una doncella que había hecho voto de castidad, se le convirtieron en tal amargura de hiel las palabras de su oración, que comprendió el varón lleno de Dios que resistían á sus súplicas los merecimientos de ella, como lo comprobó el suceso, pues mintiendo la joven al inmortal esposo, se unió en breve á uno mortal.

Otra vez que oraba por otra persona, sintió en sus labios tal dulzura cual si fueran panal de miel (1).

Como supiera lo mucho que á las monjas de Strasburgo atribulaba una endemoniada, dióse dicho Fr. Gualterio con más fervor á los ayunos y oración, y yendo con otro Hermano al convento de las Religiosas, vió, según creía, multitud de ángeles que entre sí se gozaban y decían: «Hemos sido enviados en tu auxilio.» Y mandando luego que le trajesen la obsesa, antes de levantarse de la oración, salió de ella el demonio dejándola casi muerta; pero convaleció muy pronto por la oración del hombre santo de Dios.

Celebraba con frecuencia por los difuntos, y le fué muchas veces dado conocer el estado de las almas, si estaban en el descanso ó en las penas, y cuánto habían de permanecer allí. A uno, familiar suyo, de quien supo que debía

---

(1) Falta esto en el MS. de Roma.

de estar dos años en penas, ya por sí, ya por otros, le logró plena libertad después de seis semanas. El mismo difunto se le apareció cuando celebraba, dando á Dios gracias de su libertad.

Orando en el convento de los Frailes Menores de *Columbaria* y revolviendo en su corazón las amarguras de la pasión del Señor, sintió en su cuerpo tanto dolor, singularmente en las partes donde Cristo tuvo las llagas, que no pudo contenerse sin prorrumpir en quejido grande; y en adelante se le repetía á menudo la amargura en los cinco dichos lugares.

Deseando en otra ocasión saber cuán grande habría sido el dolor de la Bienaventurada Virgen en la Pasión del Hijo, le pareció que atravesaban su corazón con una espada.

*De Fr. Guillermo.*

III. Predicando un día Fr. Guillermo de Alemania, muy religioso y celador grande de las almas, y perturbándole uno con sus clamores, al cual no podía hacer callar, le dijo el Hermano oyéndolo todos: «No saldrás de aquí sin castigo.» Y en efecto, al salir quedó loco, teniendo sus amigos que atarle para que no maltratase á los demás. Vuelto después de diez semanas Fray Guillermo á aquel mismo lugar con el mismo compañero de antes, que lo era Fr. Teófilo, y rogado por los amigos del demente que olvidase

la injuria y rogase à Dios por él, hecha oración sobre aquel hombre, restituyóle el Señor à su primer estado.

A una monja que hacia quince semanas venía padeciendo tercianas, orando le devolvió la salud con solo decirle: «Anda y da gracias á Cristo.»

*De Fr. Enrique el Mayor.*

IV. Una Señora de cierto pueblo que tenía un hijo epiléptico hacia ya largo tiempo, le llevó à Fr. Enrique el Mayor rogándole que pidiera à Dios por él. Vencido el Hermano à las instancias de la señora, se puso en oración con la mano sobre el enfermo, y delante de todos le alcanzó al momento salud perfecta.

Hospedado otra vez en casa de una señora dejada de un militar, la cual tenía un hijo casi muerto, con su oración y la del compañero, à quien obligó à orar, volvió à dicho hijo de muerte à vida; pues convaleció repentinamente contra la esperanza de todos.

A fuerza de ruegos consiguió una Religiosa que le dejase una navaja que Fr. Enrique consigo traía, la cual, con mucha devoción guardó en una caja; y mandándola cierto día à una mujer cuyo vientre estaba entumecido y lleno de heridas, con solo tocarla quedó la dicha mujer plenamente curada (1).

---

(1) Falta este hecho en el código de Roma.

*Del Hermano que resucitó un gallo.*

V. Dos Hermanos españoles que andaban predicando, llegaron à Madrid à la casa de las Hermanas à quienes el Bienaventurado Domingo había dado el hábito de nuestra santa Religión. Recogióse uno de ellos en una casita inmediata à prepararse para anunciarles la palabra de Dios; pero un gallo que allí había, tanto le molestaba con su importuno canto, que impacientado el Hermano y viendo que nada conseguía con espantarlo, cogió un garrote, le tiró con él, y el gallo quedó muerto. Considerando luego su ligereza y el daño de las Hermanas, arrepentido de lo hecho, cogió en las manos el gallo y dijo: «Resucítalo, Señor Jesucristo, tú que le criaste y que todo lo puedes; con tu gracia me guardaré en adelante de estas ligerezas.» Y al momento saltó el gallo de las manos en tierra, y sacudiendo las alas volvió à cantar, pero no importunamente como antes. Escribió esto al Maestro de la Orden el renombrado Fr. Gil, español, que lo oyó del mismo à quien había sucedido, y que por ser Religioso veraz y bueno merecía toda fé.

*De Fr. Lorenzo, español.*

VI. Un capellán español que apenas nada veía de un ojo, llegó á creer que si el predicador Fr. Lorenzo ponía sobre él su mano, sanaría. Y en efecto; rogado el Hermano, le tocó el ojo, y en aquel momento recobró el capellán su vista.

Exhortando el mismo Fr. Lorenzo á un joven que no quería perdonar á su enemigo, vista su obstinación le dijo: «Se que te lo impide el demonio que dentro llevas.» Y como respondiese que nada tenía que ver con él ni con el demonio, marchó el santo: mas áun no habían pasado tres días cuando se vió el joven tan poseido y atormentado corporalmente del demonio, que no pudo menos de volver á Fr. Lorenzo, y obediéndole entonces con humildad fué perfectamente curado.

*De Fr. Tobaldo (1), varón de admirable santidad.*

VII. Hubo en el convento de Milán un Hermano, por nombre Tobaldo, varón de pureza y

---

(1) El MS. de Salamanca dice *Robaldo*.

santidad admirable, del cual se propusieron burlarse una vez ciertos herejes; y acercándose uno de ellos, cierto día que el Hermano se hallaba ante un altar, simulando fiebre, con fingida humildad y devoción paliada dijo: «Por Dios, santo Hermano, haced sobre mí la cruz, que padezco calenturas; creo firmemente que vos podeis librarme de ellas.» Contestó el Hermano: «Pido á Dios que si tienes calentura te la quite, y si no la tienes te la mande.» Instaba cada vez más el hereje diciendo:» Yo se, Fray Tobaldo, que sois un santo; no habéis así, haced la cruz y al momento quedaré libre.—Lo que he dicho, dicho está,» replicó el Hermano. Se retiró confundido el hereje; pero aún no había salido de la puerta de la iglesia cuando se vió acometido de tan fuerte calentura que en vez de irse á donde estaban esperándole sus compañeros, se fué derecho á su casa y se metió en cama, porque la fiebre iba en aumento. Llamó luego á su mujer, que era católica, y le mandó que al instante hiciese venir á Fr. Tobaldo; y como la mujer, sorprendida de todo, no se diese prisa, por segunda y tercera vez le mandó que cuanto antes pasase aviso á Fr. Tobaldo. Hizolo ella; mas Fr. Tobaldo no se apresuró á visitar al hereje, porque quería que el escarmiento fuese más prolongado. Fué al día siguiente; le confesó entonces el enfermo la malicia de su corazón, abjuró en seguida al herejía, y después de esto, haciendo el Hermano la señal de la cruz y orando por él, juntamente con el error desapareció la calentura.

Era este Hermano de gracia tan singular

para dirimir discordias, que cierto día, después de haber reconciliado á muchos, vió á uno cuyo hermano habían matado, y le rogó que perdonase por Dios al asesino, á quien hizo presentarse allí mismo; y como el agraviado, lejos de perdonar, se desatase contra el otro en palabras, gestos y amenazas, confiado Fr. Tobaldo en la omnipotencia de Dios y en su benignidad, dijo: «En nombre de Dios omnipotente que hizo el cielo y la tierra, y que en la cruz por nosotros padeció, y á sus verdugos perdonó, y por ellos oró, te mando que no muevas de aquí el pié sin hacer con éste las paces.» Cosa prodigiosa! Aquel hombre no pudo alzar el pié hasta tanto que cumplió lo que se le mandaba. Oyendo esto otro hermano, lleno de indignación llegó corriendo á matar sin piedad al asesino, al cual el varón santo, convertida la fiereza en mansedumbre, le mandó que entonces mismo él y su hermano llevasen al otro á su casa, y que comiesen los tres juntos, y al día siguiente volviesen para hacer con él la escritura de paz, como asimismo lo hicieron según les había mandado el siervo de Dios.

*De Fr. Pedro, catalán.*

VIII. En la Provincia de España vivió el venerable y religioso varón Fr. Pedro Seudre (1), de nación catalán, predicador ferventísimo, por quien, àun vivo, hizo Dios muchos milagros, entre los cuales, según afirman testigos jurados, se cuentan trece ciegos, cuatro sordos, siete cojos, cinco contrahechos y veinticuatro enfermos mortales que al solo tacto de su mano é invocación del nombre de Cristo, recibieron sanidad perfecta.—Una mujer encorvada y toda contrahecha que mandó la llevasen á su sermón, pero que por la mucha gente no pudo acercarse à él, cogió después de la predicación las cortezas de sáuce donde el Hermano se había sentado, è invocando à la Virgen María y á Fray Pedro, su predicador, tocó con ellas las junturas de sus miembros, y al instante comenzaron los miembros à estirarse con cierto ruido y se levantó ella engrandeciendo à Dios.—A otra mujer que padecía mucho del mal de orina le dió el mismo Hermano à beber agua bendita, y al momento la enferma quedó sana.

---

(1) El códice de Salamanca dice *Sendre*.

*De Fr. Isnar, lombardo, varón santo.*

IX. Fué Fr. Isnar del convento de Pavía, varón religioso, ferviente y muy gracioso predicador, por quien Dios convirtió á muchos é hizo grandes milagros, por testigos fieles aprobados: entre ellos, con solo tocarlos é invocando el nombre de Jesús, recobraron plenamente el paso cinco cojos, el oído cuatro sordos, dos mudos el habla, tres ciegos la vista y tres el uso de la mano. A un niño de Pavía, que todos daban por difunto, con la señal de la cruz é invocación del nombre de Jesucristo, en presencia de muchos le resucitó. Seis jóvenes que en el río Po peligraban, invocado de ellos, maravillosamente los libró.—Una paralítica que comió de las reliquias de su mesa, fué curada.—Con su saliva untó el brazo árido de otro, y le dió salud.—A un hidrópico le besó, y con el beso desapareció el entumecimiento.—A otro que tendido yacía paralítico después de catorce años, invocando á Cristo, le restituyó la salud.—Diciendo los herejes que si Fr. Isnar librase de la agitación de los demonios á un tal Martín, le creerían santo, besó el mismo santo á Martín el endemoniado, expelió de él al enemigo, le devolvió la sanidad, y por muchos años sirvió después dicho hombre á Dios y á los Hermanos en Pavía.—Diciendo en la plaza delante de muchos otro hereje que se burlaba de aquellos

milagros, que si una tinaja que allí había se moviera por sí sola y le rompiera la pierna, tendría por santo al obeso Isnar; de repente y sin tocarla nadie, rodó sobre él la tinaja y le rompió la pierna.—Uno que tenía una tierra de garbanzos, la cual destrozaban hombres y bestias, se la encomendó á Fr. Isnar, y desde aquel día la tierra quedó intacta.—Un Hermano converso, español, llamado Fr. Pedro, vió, según él creía, que el clero y pueblo de Pavía se dirigían al convento de los Predicadores pidiendo que les diesen un papa de entre los Hermanos. Lo contó así dicho Fr. Pedro al Subprior, y ambos á Fr. Isnar, que era Prior, el cual, previendo que su fin estaba cercano, cayó á los pies del Subprior, le hizo confesión general de su vida, y á los pocos días felizmente espiró. Atestiguó el Subprior que le había hallado virgen de corazón y de carne. Resplandeció después de muerto en milagros que más abajo se contarán.

*De Fr. Juan Teutónico, Maestro de la Orden.*

X. Predicando en Basilea la Cruzada á Tierra Santa Fr. Juan Teutónico, que después fué Maestro de la Orden, tomaron la cruz, entre otros, un señor y un canónigo de la ciudad, llevándolo tan á mal la mujer del primero y madre á la vez del segundo, que llena de ira dijo contra el Predicador: «Así le lleven tantos

demonios cuantas hojas tiene ese árbol.» Pero muy pronto siguió la pena á la culpa de imprecación semejante; pues en aquel momento se le hinchó á la mujer la cara y toda ella quedó como leprosa: de donde arrepentida muy de veras, llamó al referido Hermano y le confesó su pecado, después de lo cual, imponiéndole él la mano, de repente quedó otra vez sana. El hijo canónigo que esto vió se vino á nuestra Orden, conmutando la cruz temporal que había tomado por la perpétua, y fué después un Predicador excelente y Prior útil en la misma Orden.—Reuniéndose otra vez el pueblo en un gran campo donde les había anunciado que predicaría la cruzada, llegó un hombre noble que había escogido aquel mismo sitio para un duelo, el cual de mil maneras comenzó á perturbar la predicación con desprecio de los ruegos é instancias que el Hermano le hacía para que callase. Al fin como viese Fr. Juan que no lograba contenerle, pidió devotamente al Señor Jesús que, como omnipotente, hiciera con él lo que convenia; y he aquí que de repente quedó aquel hombre loco furioso, teniendo que sujetarle los suyos y llevarle del campo, dejando libre la predicación del Religioso. Aterrados sus familiares tomaron todos la cruz y se la pusieron al mismo demente, quien por las oraciones de Fr. Juan y de todo el pueblo recobró plenamente su salud y razón.

XI. Contó un Hermano, á quien esto mismo acaeció, que habiendo padecido por muchos años insomnios y dolor gravísimo de cabeza hasta quedar molido el cuerpo y desfallecida el alma

sin salir de la enfermería, pidió un día que le llevasen al lugar donde dos Hermanos que venían de la predicación se habían lavado la cabeza, y allí con mucha devoción y lágrimas dijo: «¡Oh Dios omnipotente, remunerador piadoso de las obras buenas, por los sudores de tus siervos que complacido ves, ten hoy compasión de mí y hazme participe y consorte de sus trabajos.» En diciendo esto derramó por la cabeza el agua con que los Hermanos se habían lavado, é instantáneamente recobró la perfecta salud, no de la cabeza solamente, si no del cuerpo todo entero, sintiéndose fuerte por muchos años para la predicación y oficios del convento, á honra de Dios y salud de su alma.

FIN DE LA CUARTA PARTE DEL LIBRO

QUE SE DICE

VIDAS DE LOS HERMANOS

EN QUE SE TRATA DE LOS PROGRESOS DE LA ORDEN.





COMIENZA LA QUINTA PARTE DEL LIBRO  
INTITULADO  
VIDAS DE LOS HERMANOS,  
EN LA CUAL SE HABLA DE LAS COSAS TOCANTES A LA  
SALIDA DE LOS HERMANOS DE ESTE MUNDO.

---

CAPÍTULO I

DE LOS MUERTOS POR LA FÉ.

---

*De Fr. Guillermo y compañeros, inquisidores  
de Tolosa.*



ABIENDO sido principalmente instituida la Orden de Predicadores por el Bienaventurado Domingo contra toda suerte de herejías y demás errores, y después de cuarenta años que los Religiosos habían llevado peleando en Tolosa contra los herejes y tiranos que los amparaban, en medio de mucha

hambre, y sed, y frío, y desnudez, y otras tribulaciones, les encomendó, por fin, el papa Gregorio IX, de bienaventurada memoria, la inquisición contra dichos herejes y sus fautores por toda aquella provincia, encargo que de buen ánimo aceptaron, no obstante los grandes peligros á que indudablemente se exponían. Pues en Tolosa, sobre las amenazas del Príncipe y de los suyos, se prohibió por edicto público que nadie con los Hermanos tuviera trato, ni les vendieran nada, ni aún limosna les dieran. Pusieron, además, guardias á las puertas de los conventos para que no entrase en ellos ningún género de comestibles; y por fin, cuando los Hermanos todos estaban ya dispuestos á sufrir el martirio por la fé y obediencia de la Iglesia Romana, deseando con deseo grande que llegase ese momento, recibieron del Príncipe orden de salir de la ciudad, como lo hicieron llenos de gozo por verse así perseguidos y hechos dignos de sufrir por Cristo contumelias, saliendo procesionalmente, de dos en dos, y en alta voz devotísimamente cantando el *Credo* y la *Salve*.

Por la misma causa de la fé católica fué destruido el convento de Narbona y lacerados por los impíos los libros santos. En otros muchos lugares fueron presos los Hermanos y vejados, hasta el extremo de no poder andar los inquisidores sin acompañamiento grande de armados.

Ultimamente, el año del Señor 1242, en la noche de la Ascensión del Señor fueron muertos en el pueblo de Aviñonet, diócesis de Tolosa, los siguientes Hermanos Predicadores nombrados inquisidores por el referido papa: Fr. Gui-

lermo, y Fr. Bernardo de Rochefort, y Fr. García de Aura; y de la Orden de Menores Fr. Esteban y Fr. Raimundo Carbonerio; y otros que con ellos estaban, á saber: Raimundo, arcediano de Tolosa, y el Prior de Aviñonet, llamado el Monje Clusino, con otros tres familiares, los cuales todos, por defender la fé de Cristo y obedecer á la Iglesia Romana, fueron martirizados á manos de los herejes cantando sin cesar el *Te-Deum laudamus* (1).

La noche que fueron muertos, una mujer de la misma diócesis, pero de distinto pueblo, que sentía los dolores del alumbramiento, de repente exclamó: «Veo en este momento el cielo abierto y que de él dejan caer suspensa una escala, y que se derrama mucha sangre en nuestra tierra.» Y contemplando la claridad de la escala y el color rubicundo de los que por ella ascendían, dió á luz, olvidada de sus dolores.

Asimismo el ilustrísimo rey de Aragón, don Jaime, que se hallaba acampado en la frontera de los Sarracenos, vió aquella misma noche una luz grande que bajaba del cielo, y dijo á sus soldados: «Alguna cosa grande obra Dios esta noche.»

Igualmente en nuestro convento de Barcelona vieron aquella noche muchos Hermanos que el cielo se abría, y de él descendía una luz que iluminaba el aire entero.

Un Franco que habitaba en Carcasona, al oír la muerte de los Hermanos, se ofreció á ellos,

---

(1) Los mártires de que aquí se habla están beatificados por Pio IX.

y al momento se sintió libre de una grave enfermedad que por espacio de dos años venía padeciendo.

La hija del Mariscal de Mirepoix se ofreció á dichos mártires, é instantáneamente quedó por completo libre de una enfermedad gravísima.

Un hombre llamado Guillermo de Mirtelo (1) que era muy molestado de una grave fiebre, visitó el sepúlcro de los mártires de Cristo, y al momento se vió sano: esto sucedió á otros muchos en el mismo sepúlcro.

Arnaldo Rufo de Giliers (2), prosélito de los herejes, oida la muerte de Raimundo, arcediano, el cual le había apurado muchas veces en cuestiones de fè, dijo aquel mismo día delante de muchos: «Irè á Aviñonet y verè si Raimundo, escritor y locuaz, es verdad que ha muerto.» Fuè, en efecto, y como hállase al santo arcediano revuelto en su sangre, le pegó un puntapié diciendo: «Anda, rústico charlatán, habla ahora si puedes.» Y al decir esto se sintió herido de llaga insanable en la pierna.

A un Hermano muy religioso del convento de Burdeos le pareció ver, poco antes de aquel martirio, á tres de su Orden pintados á los piès de un Crucifijo en actitud de ser muertos por hombres armados; de lo cual grandemente admirado, á mí mismo, que allí entonces estaba, me contó la visión.

En el convento de nuestras Hermanas de Prulla aconteció enfermar una de ellas de un

---

(1) El MS. de Salamanca dice *Murello*.

(2) El de Salamanca *Filiers*.

mal tan grave en la mejilla, que ni tomar alimento ni áun hablar podía. Velando á su lado algunas monjas la noche de San Vicente Mártir, dijéronle si quería que le trajesen paños de Fray Guillermo, muerto en Aviñonet por la fé de Cristo, para tocar con ellos la parte dolorida. Contestó con señas de la manera que pudo, que quería. Se los llevaron, en efecto, y tomándolos ella con gran devoción y reverencia y aplicándolos á la mejilla, repentinamente habló y dijo: «Ya estoy curada por los méritos de Fr. Guillermo, mártir de Cristo.»

El predicho Fr. Raimundo Carbonerio, algunos días antes de su pasión, vió en sueños una corona de oro, resplandeciente con nueve piedras preciosas, que con luz inmensa bajaba del cielo y caía sobre la casa en que fueron martirizados. Y lleno de asombro dijo: «¡Ay qué desgraciados son los hombres de esta tierra, que viéndonos así coronar por la fe que defendemos no acaban de convertirse!» Después de despierto contó por su orden lo que había visto al Prior de Prulla y muchos otros, á lo cual dicho Fr. Guillermo contestó: «Sabed que muy pronto nos matarán por la fé de Cristo.»

Un Hermano del convento de Burdeos, puesto en oración, vió, según refirió después, al Señor pendiente en la cruz, de cuyo costado derecho salía copiosa sangre, y á la Bienaventurada Virgen que en un cáliz de oro la recogía y con ella rociaba á tres Hermanos que allí estaban. Viendo esto y deseando vehementemente ser rociado, la visión desapareció. No mucho después oyó que los herejes habían martirizado por la fé de

Cristo à los mismos que en visión imaginaria había visto que los rociaban.

El día antes de ser muertos los Hermanos por los impíos, es á saber, la vigilia de la Ascensión, se llegó al Prior, que lo era Fr. Colón, una mujer devota, y le dijo: «Señor, cuando esta mañana los Hermanos decían las Misas, quedéme un poco abstraída en la iglesia y me pareció ver que el Crucifijo que está en medio de la iglesia descolgaba el brazo derecho y que destilaba sangre; y mirando yo esto asombrada, me llamó el crucifijo y me dijo: «Anda, vete al Prior y dile que coloque las reliquias en tal sitio.» A la mañana siguiente, cuando fueron llevados los Hermanos, pareció bien al Obispo, al Prior y á los Hermanos darles sepultura en el sitio designado por la mujer, que era en la mencionada iglesia, á la derecha del Crucifijo.

Como por aquel tiempo careciera de Pastor la Iglesia Romana, oída aquella maldad, escribieron al Prior y Hermanos de la Provincia todos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia en la forma siguiente: «Bien sabeis, Hijos carísimos, de qué modo vuestra Orden fué por el Santísimo Padre Domingo instituida en las regiones tolosanas, para defensa de la fé, plantación de las buenas costumbres, consuelo y edificación de los fieles y para extirpar herejías y demás espinas y abrojos de vicios. Y para que á vuestra santidad nada pudiera perjudicar, habeis renunciado á las posesiones y otros atractivos del mundo, sometiéndoois gustosamente á una pobreza voluntaria; y porque convertísteis más y más vuestros ánimos á la ley y su testimonio,

habeis obtenido que el Señor del cielo os diese lenguas eruditas. Mas con dolor hemos sabido que algunos, à manera de locos frenéticos, han cometido iniquidad horrenda en los siervos de Dios, inquisidores y en sus compañeros y ministros, à quienes con servicios no hubieran podido hacer mayores bienes que con la espada cruel les han prestado; pues de ésta suerte, como así lo creemos, les han hecho mártires de Jesucristo, concurriendo no solo la causa de la muerte, sino también el tiempo, género y modo con que han padecido, y todas las demás circunstancias.»

*Del Bienaventurado Pedro Mártir.*

II. El año del Señor mil doscientos cincuenta y dos, sábado *in Albis*, Fr. Pedro, Prior de los Hermanos Predicadores de Cuma, ciudad de Italia, dado por el Señor Papa, inquisidor contra la maldad herética, fué de los impíos martirizado por la piedad de la fé y obediencia de la Iglesia Romana, en el territorio de Milán, como en la Letra de canonización latamente se contiene. Fué este varón bienaventurado oriundo de Verona, ciudad de Italia, de una familia casi toda afiliada à la herejía. Cuando solo contaba ocho años de edad, al volver un día de la escuela le encontró un tío suyo y le preguntó qué había leído; contestó él: «Leí lo siguiente: *Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.*» Riñóle el tío y le dijo: «No digas *Criador*,

porque no crió Dios las cosas visibles, sino el diablo.» Mas el niño, aunque tierno, contestó que quería leer como había leído y creerlo así como lo tenía escrito. El tío comenzó entonces á quererle probar con autoridades, según costumbre de los herejes, que estas cosas eran hechura del diablo y amenazarle si así no lo creía y confesaba. El niño, lejos de ser confundido, supo volver contra el tío todas las autoridades, sin dejarle lugar á réplica; con que manifiestamente daba ya á entender cuál sería algún día en defender la verdad de la fé. Indignado aquel hombre se dirigió al padre y le dijo que á todo trance prohibiese á Pedrito (1) estudiar, y le refirió todo lo ocurrido y de qué manera le había cerrado la boca volviendo contra él las autoridades. y dijo: «Temo que con el tiempo, después de haber estudiado, se pase á esa meretriz llamada Iglesia Romana, y confunda y destruya nuestra fé.» Así predijo, aunque malvado, lo que había de suceder. Pero como Dios era quien esto disponía, el padre no hizo caso, creyendo y esperando que, después de la carrera de las letras, por medio de sus heresiarcas le atraería y convertiría á cualquier creencia que bien le pareciese. Habiendo entrado después en la Orden de Predicadores bajo el mismo Bienaventurado Domingo, joven de agudo ingenio y pureza virginal, se dió todo hasta morir á la predicación é impugnación de los herejes.

---

(1) Lo mismo el MS. de Roma que el de Salamanca dicen *Petrinum*.

A un Hermano que frecuentemente le acompañaba en la predicación y le había pedido que le enseñase alguna manera de orar, le respondió: «Mè aquí la oración para mí más tierna y saludable: cuando en la Misa elevo el Cuerpo del Señor ó veo que otros sacerdotes lo elevan, ruego al Señor que no me dé morir de otro modo que por la fè de Cristo: ésta es la oración que siempre he hecho.»

Disputando una vez con cierto hereje de agudísimo ingénio y elocuencia singular, después de escuchar sus sutilezas, no quiso prolongar por más tiempo la conferencia, sino que de común acuerdo designó otro día para contestar á los argumentos y proponer por su parte lo que bien le pareciese. En el entretanto mandó aviso á los conventos vecinos pidiendo que los Hermanos adiestrados en las disputas con los herejes se presentasen el día señalado. Todos se escusaron, y llegó por fin el día de avistarse los desafiados. Se presentó el hereje acompañado de multitud de los suyos, retando como Goliat á singular combate, y luégo llegó el Santo con solo un compañero. Y como el hereje propusiera de nuevo aguda y sutilmente sus errores y dijese: «Respondedme ahora si podeis y sabeis,» pidió él unos momentos para pensar en la respuesta, durante los cuales se retiró del sitio y entró en un oratorio que cerca estaba, donde postrado ante el altar con muchas lágrimas rogó al Señor que saliera por su causa, ó infundiendo al otro la luz de la verdadera fè, ó privándole de aquella lengua que contra Dios empleaba. Levantóse en seguida de la

oración, se presentó en medio de todos y rogó al hereje que de nuevo propusiera sus argumentos; mas al quererlo hacer se vió tan mudo que ni una sola palabra pudo proferir. Y así marcharon de aquel lugar los herejes cubiertos de vergüenza, dando á Dios alabanzas los fieles. Contó esto humildemente el mismo Bienaventurado Pedro á dos discretos Hermanos.

Examinando el Bienaventurado Pedro á un obispo de los herejes que por aquellos días había sido aprehendido, en presencia de la mayor parte de la ciudad y de muchos obispos y Religiosos que al acto habían acudido, y alargándose mucho la escena, ya por la predicación, ya por el dicho examen, de modo que el calor del día era ya fuerte, dijo al Santo aquel hereje que con él estaba en un alto tablado preparado por los de Milán, según tenían costumbre de hacer siempre que el siervo de Dios predicaba: «¡Oh Pedro perverso, si eres Santo como este necio pueblo te cree, por qué permites que se abrasen y no ruegas al Señor que interponga una nube para que no muera este insensato pueblo con sol tan árdiente?» Contestó el siervo de Dios: «Si me das palabra de abjurar tu herejía y convertirme á nuestra fé, rogaré al Señor y hará al momento lo que dices.» Oyendo esto muchos de sus fautores comenzaron á clamar y decir al hereje: «Promete, promete,» creyendo que nunca el Bienaventurado Pedro haría lo prometido, mucho más no apareciendo por el aire la menor nubecilla. Por el contrario, los obispos y muchos otros católicos temieron sobre la obligación del siervo de Dios, no fuese allí su fé confundida.

Contestó, pues, el hereje que se obligaba á lo propuesto, y dijo el Bienaventurado Pedro con gran confianza: «A fin de que el verdadero Dios aparezca Criador de las cosas visibles é invisibles, y para consuelo de los fieles y confusión de los herejes, ruego al Señor que en este momento mande que se interponga alguna nubecilla entre el sol y el pueblo.» De repente hecha la señal de la cruz, aparece una nube que á manera de pabellón protegió por largo tiempo á los circunstantes.

Insistiendo otra vez en ciertas disputas y contestaciones graves con los herejes, sintió por unos momentos como que se resistía á creer algunos artículos. Mas tan pronto como comprendió que aquello era sugestión del maligno, recurrió á la oración, y postrado ante el altar de la Bienaventurada María Virgen, comenzó devotísimamente á suplicarle por su Hijo, que según su piedad le apartase aquella tentación. Y durmiéndose un tanto en la oración oyó una voz que le decía: «He rogado por ti, Pedro, para que tu fé no desmaye.» A cuya voz levantándose, sintió que aquel escrúpulo de ambigüedad por completo había desaparecido; ni en lo sucesivo sintió jamás, como él mismo testificó, movimiento ninguno de ese género.

Pasando con Fr. Gerardo Tridentino por cerca de un pueblo de herejes llamado *Gaoche*, un año antes de su pasión, dijo al Hermano: «Este pueblo será destruido por la fé, y *Nolario* y *Desiderio*, obispos de los herejes, que aquí están sepultados, serán quemados en la torre del mismo pueblo.» Lo cual asimismo se cumplió exacta-

mente y por su orden, por ministerio de los Hermanos inquisidores contra los herejes: con que se ve de manifiesto que por su medio predecía el Espíritu Santo lo futuro.

Predicando el Bienaventurado Pedro el domingo de Ramos en Milán, donde había reunidas cerca de diez mil personas, dijo públicamente y en alta voz: «Se de cierto que los herejes tratan de mi muerte, y que por mi muerte se ha depositado dinero. Hagan lo que quieran; pero sepan que más guerra les he de hacer de muerto, que de vivo.» Dentro de un mes fué martirizado por ellos, y se verificó su palabra, y cada día más y más se verifica.

En el monasterio de *Rípulis*, cerca de Florencia, había una Religiosa, dada á Dios y digna de fè, la cual estando en oración el día que el Bienaventurado Pedro fué martirizado por la fè de Cristo junto á Milán, vió á la Bienaventurada María sentada en un trono con gloria grande, y al lado de ella, uno á la derecha y otro á la izquierda, á dos Hermanos de la Orden de Predicadores, según ella dijo: y como quedase muy admirada, vió que ambos eran juntamente llevados al cielo. Y preguntando quiénes eran, oyó una voz que le decía: «Es Fr. Pedro de Verona, que sube en la presencia del Señor cual humo aromático.» Poco tiempo después oyó que aquel mismo día había sido, en efecto, martirizado: de donde encendida en devoción hacia él, muy fervorosamente comenzó á rogarle que la socorriese en la enfermedad que por largo tiempo venía sufriendo; y al momento recobró plena y perfecta salud. Juntamente con el

Bienaventurado Pedro fué mortalmente herido su compañero Fr. Domingo, quien al poco tiempo murió y se cree que con él haya volado al cielo.

Un jóven de la ciudad de Florencia, algún tanto inficionado de la fé herética, entró cierto día con otros jóvenes en la iglesia de los Hermanos Predicadores de aquella ciudad, y como viese una tabla donde estaba la imagen del Bienaventurado Pedro en el momento de sufrir el martirió y el sicario que con la espada desenvainada le heria, dijo: «¡Lástima no haber estado yo allí! algo mejor lo hubiera hecho!» Mas tan pronto como pronunció estas palabras se quedó enteramente mudo, y preguntándole sus compañeros qué le pasaba, y no pudiendo él responder, tentaron llevarle á su casa; pero *al hallar en el camino una iglesia dedicada á San Miguel (1)* se desprendió de sus manos, entró en ella y arrodillado rogó al Bienaventurado Pedro que le perdonase, y le prometió con el corazón (que de boca no podía), si le libraba, confesar sus pecados y abjurar toda herejía; y libre al instante, se fué á la iglesia de los Hermanos, y allí confesó sus pecados, y abjurada la herejía dió al Hermano licencia para que públicamente lo contase, y cuando así lo hacía el Hermano en un sermón, públicamente se levantó él ante la muchedumbre de hombres y mujeres confesando lo sucedido.

Habiendo caido enfermo casi de muerte *Fr. Hugo de Viena, en el concilio de Lyon (2)*, de una apos-

(1) Falta en el MS. de Salamanca.

(2) El MS. de Roma sólo dice: *Frater quidam in conventu Lugdunensi.*

tema en el cuello, que á los médicos daba mucho que temer, pidió con gran devoción al Maestro de la Orden que allí presente se hallaba, hiciera traer reliquias del Bienaventurado Pedro, porque era mucha su confianza de que por los méritos del Santo recuperaría la salud. Y en efecto, apenas se hizo con ellas la señal de la cruz se sintió convalecer y plenamente se vió curado.

Una mujer de Flandes, que por haber dado á luz tres veces un niño muerto era malquerida de su marido, hasta el extremo de proponer abandonarla, al verse por cuarta vez en cinta puso toda su confianza en el Bienaventurado Pedro y le hizo voto, si aquella vez salía viva la criatura, de trabajar cuanto pudiera porque entrase en la Orden, caso que fuera varón, y en un monasterio de Religiosas si fuese hembra. Mas llegado el parto, dió á luz, como antes, un muerto; y como las asistentes quisieran ocultárselo, ella, que lo comprendió por el susurro de las mujeres, y que á la vez le parecía imposible que así fuera por la mucha esperanza que de los méritos del Santo había concebido, pidió que le presentasen el niño y con toda su alma rogó al mismo Bienaventurado Pedro que lo resucitase. ¡Cosa admirable! No bien había terminado su oración cuando el que estaba muerto revivió, y llevado al bautismo con propósito de imponerle el nombre de Juan, por inadvertencia le llamó *Pedro* el sacerdote, cuyo nombre le fué confirmado por devoción al Santo Mártir.

Un niño que sufría fuertes convulsiones fué por sus padres llevado al altar del Bienaventu-

rado Pedro, y hecho por él un voto, plenísimamente quedó libre.

Otro niño que por espacio de año y medio padecía fiebres, al sentirse un día muy fuertemente acometido, ofreciéronle sus padres al mismo Santo, y al momento que fué hecho el voto levantóse el paciente diciendo que estaba sano, y pidió le dejasen ir al altar del Mártir, como lo hizo.

Otro niño venía sufriendo por tanto tiempo una tan grave enfermedad, que el padre y la madre, desesperanzados de su salud, preferían verle muerto. Un día que llevaban devotamente y en procesión solemne las reliquias del Santo al convento de los Hermanos, pidió el niño que lo llevasen á la procesión, y dijo: «Espero que el Bienaventurado Pedro me ha de sanar.» Y en efecto, llevado por los padres y pronunciado el voto, en la misma procesión quedó perfectamente libre.

Otro niño que en la garganta tenía una inflamación por demás grande, habiendo bebido del agua con que se había lavado el vaso de las reliquias del Santo, en seguida comenzó á arrojar toda la podredumbre de tal suerte que en tres días quedó enteramente bueno.

Otra niña *de Sens, ciudad de Francia* (1), que cayó en la corriente de un río y allí estuvo el tiempo que se tarda en celebrar dos misas privadas, fué extraída muerta, como lo daban á entender el largo tiempo que en el agua estuvo y la rigidez del cuerpo, y la frialdad, y el color

---

(1) Faltan estas palabras en el MS. de Roma.

negro. Lleváronla unas mujeres á la iglesia de los Hermanos Predicadores, donde la ofrecieron al Santo Mártir, y la niña recobró vida y salud, como lo pueden jurar muchas que allí estaban presentes.

Padeciendo graves calenturas un Abad de la diócesis de Poitou y creyendo ya que se moría, le visitó un Religioso del Orden de Predicadores, pariente suyo, y le dijo que si se ofrecía á Dios y al Bienaventurado Pedro, muerto recientemente en Lombardía por la fè de Cristo, aunque no canonizado, quedaria libre de las calenturas. Cumplió al instante el consejo del Religioso, mandó encender una vela de su propia largura ante un altar de su iglesia en honor del Bienaventurado Pedro, y desde entonces se vió absolutamente libre de las calenturas y de toda enfermedad.

En Chalons, ciudad de Francia, habia una mujer que padecia fuertes convulsiones y tan á menudo que algunos días la daban los ataques por cinco veces, otros por seis y otros por ocho, y de una manera que á todos metía miedo. Y oyendo predicar del Bienaventurado Pedro, y de los muchos milagros que por él hacia el Señor, se llegó á la iglesia de los Hermanos Predicadores, y humildemente postrada ante el altar del Santo dióse toda á la oración, rogando de este modo: «Oh Bienaventurado Pedro, Mártir glorioso, dignate dirigir por mí tus súplicas al Señor, por cuya fè sufriste muerte acérrima, á fin de que por tus méritos, se digne él librarme de esta enfermedad, según sabe que conviene á mi alma.» No bien habia terminado su oración

cuando ya sintió en su cuerpo cierta buena disposición desconocida, presagio de sáñidad entera, y con gozo grande dijo á uno de los presentes: «Creo que por los méritos del Santo Fr. Pedro, Mártir glorioso, estoy perfectamente curada de mi enfermedad.» Y así fué; y en adelante no sintió de aquel mal el menor indicio, como muy devota y humildemente lo refirió al Prior de Chalons, que de mucho tiempo venía confesándola, el cual estaba muy asombrado de curación tan súbita. Otras muchas personas se sabe que en la ciudad dicha quedaron plenamente libres de iguales males por los méritos del Bienaventurado Pedro.

En la ciudad de Arras, inmediato al convento de los Hermanos, había un lugar en que los leñeros depositaban su leña para venderla. Un día que la pira de leña era grande, por valor de mil libras parisienses, se prendió fuego en ella y comenzó á arder con tal fuerza que los Hermanos creyeron su convento abrasado; porque las llamas, llevadas por el viento, llegaban nada menos que á la cruz plantada sobre el pináculo de la iglesia. En este apuro sacó un Hermano las reliquias del Santo, presentándolas contra el incendio desde una ventana del dormitorio, como escudo de salvación; y al momento comenzó á soplar el viento en dirección contraria, con tanto ímpetu, que quedó el convento ileso, menos la parte donde estaba la cruz, la cual había sufrido ya perjuicio antes de aparecer las reliquias. Esto me contó á mí mismo Fr. Bartolomé, bájo el testimonio de muchos Hermanos que lo vieron.

Volviendo unos estudiántes de Maguelonne á Mompeller, sucedió que uno de ellos, á consecuencia de un salto brusco, sufrió en la ingle una rotura con tan fuertes dolores que se arrojó á un lado del camino, los pies para arriba y la cabeza abajo, á fin de volver á su sitio las tripas que se le caían. Sintió con esta postura algún alivio, y pudo, sostenido por los compañeros, continuar un poco su camino. Mas apretándole en seguida los dolores, quedó de nuevo tan desmayado y exangüe que los compañeros resolvieron buscar caballería en que llevarle hasta casa. Acordóse entonces el paciente que en la fiesta de San Pedro Mártir había oído de cierta mujer que poniendo sobre un cáncer que padecía, tierra teñida en la sangre del Santo Mártir instantáneamente había sanado, y dijo: «Señor Dios, yo no tengo de aquella tierra; pero tú, que por los méritos del Bienaventurado Pedro tanta virtud le diste, también puedes dársela á ésta.» Y haciendo la señal de la cruz é invocando al Mártir, se puso tierra sobre la parte que le dolía, é inmediatamente quedó por completo curado, y habiendo ido con los compañeros al altar del Santo por darle gracias, lo contó asimismo á los Religiosos bajo juramento.

Un Hermano converso de Colonia tenía, hacía ya dos años, una hinchazón tan grande en la garganta, que le afeaba sobremanera además de serle peligrosa. Hallándose, pues, así, prometió al Bienaventurado Pedro Mártir rezarle cada día un *Padrenuestro* si le libraba de aquella hinchazón y le salvaba del peligro; y pronunciado el voto, acto continuo comenzó á decrecer el

tumor hasta desvanecerse completamente: y todos los Hermanos de aquella casa dieron á Dios gracias y al Santo Mártir, pues con los medios de los médicos, tantas veces aplicados, nada se había conseguido.

Un clérigo de Tréveris que sufría un indecible dolor de cabeza, hasta perder el juicio, se ofreció al Santo Mártir y al instante maravillosamente fué sanado.

Había en el reino de Bohemia una mujer de tal suerte aletargada que de ningún modo podían volverla en sí. Haciendo por ella un voto sus amigas al Bienaventurado Pedro Mártir en presencia del Prior y otros cuatro Hermanos Predicadores, instantáneamente despertó como de un sueño, y al dicho Prior dijo que había visto á una horrible persona que la extranguaba; pero que un Santo, en hábito de Predicadores, la había repelido; y quedó la mujer perfectamente sana.

Otra mujer, casada con un noble del mismo reino, la cual padecía enfermedad grave, y se había ofrecido al mismo Santo, le vió en visión que se le acercaba y la rociaba con agua bendita, restituyéndola su antigua salud.

En la ciudad Compostelana, donde descansa el venerable cuerpo del apóstol Santiago, vivía un joven por nombre Benito, el cual llegó á tal extremo de enfermedad que cuantos le veían le creían mortal. Tenía las piernas hinchadas á manera de odre, el vientre entumecido, la cara horriblemente abultada como de mónstruo y los ojos inflamados parecían saltar de la cabeza, cosa que á todos infundía miedo: ya ape-

nas podía moverse, ni aun apoyado. Hallándose, pues, de esta manera postrado, el año del Señor 1259, en el mes de Mayo, antes de vísperas, cogió un báculo y de la manera que pudo se llegó á la puerta de un hombre devoto que acostumbraba afeitar á nuestros Hermanos, y en presencia de muchos pidió á la mujer de aquel hombre una limosna. Compadecida y asombrada ella le dijo: «Me parece que más necesitas sepultura que comida. Pero te daré un consejo: vete á casa de los Predicadores, confíesate é invoca devotamente al nuevo Mártir San Pedro; porque estoy cierta que si lo haces de veras al momento recobrarás tu salud perdida.» Esto decía la devota mujer, segura y llena de fé, como que muchas veces había experimentado la virtud del Santo. Se fué el enfermo, despues de recibir de la mujer pan y manteca, prometiéndole hacer lo aconsejado; pero no lo hizo aquel día. Al siguiente marchó muy temprano á la casa de los Religiosos cuando estaba aún cerrada la puerta, se puso esperando por la parte de fuera y allí se quedó dormido. Y durmiendo se le apareció en sueños un venerable Predicador que le cubrió con la capa y tomándole de la mano derecha le llevó á la iglesia. Vuelto en sí aquel joven se encontró, no fuera de la puerta donde se había puesto á dormir, sino dentro sobre las gradas, que no distaban poco del lugar primero, y perfectamente sano, y lleno su corazón de alegría. ¡Cosa, en efecto, admirable! de hinchado é inmóvil que estaba, vuelto sano y ágil, corre á la dicha mujer, y en medio de la calle, delante de aquellos que

la víspera le habían visto casi muerto, le dice: «Mira, ya hice lo que me mandaste; ved todos lo que en mí obró el Santo Mártir.» La mujer, fijándose en la pierna del joven completamente curada, la cual en testimonio de tanto milagro aún estaba livida, delante de su marido y demás vecinos presentes, cerca de la iglesia de Santiago, exclamó: «Ved milagros, ¡ved milagros de nuestro Dios: ayer inflamado, sin sentido, sin habla, cayéndose, casi muerto, hoy sano y bueno alaba y bendice al Señor.» Vieron á este joven ya enfermo, ya sano, algunos de los nuestros y unos cincuenta hombres de aquella ciudad.

En la capital de Mallorca había un portugués, llamado Domingo, quien después de un año de cuartanas, cayó en hidropesía, por cuya causa tenía el cuerpo todo inflado, de suerte que no podía sin báculo andar por casa. Creciendo cada vez más la enfermedad é hinchada ya la garganta, acabó por perder el habla y no poder tomar ni comida, ni bebida, dándole el médico por muerto. Mas la mujer del enfermo, al verle así, le dijo: «Encomiéndate al nuevo Mártir San Pedro y prométele ayunar toda la vida la víspera de su fiesta.» Lo cual oyendo el enfermo hizole señas para que llevase al altar del Santo una vela de su tamaño, como así fué. Y al momento abrió el enfermo la boca y arrojó una gran cantidad de podredumbre sanguínea y espesa, quedando á la vez libre de la hinchazón de garganta, de la hidropesía y cuartana, y dando gracias á Dios y á su Mártir el Bienaventurado Pedro.

Había en Metz una Matrona que había dado á luz siete hijos, unos muertos y otros que solo habían vivido hasta recibir el bautismo. Y sucedió que llegando allí un Hermano pariente suyo, que volvía de un Capítulo Provincial, y consigo traía reliquias del Bienaventurado Mártir destinadas á aquel convento, todos los parientes y amigos se alegraban, menos dicha señora que amargamente lloraba. Y preguntándole el Hermano la causa de tanto llorar, repuesta ella un poco dijo: «Yo, pobre de mí, estoy en cinta y temo un alumbramiento tan desgraciado como todos los que hasta hoy he tenido y tú sabes.» Contestó el Hermano: «No tengas miedo; confía en Dios y en San Pedro, nuevo Mártir de nuestra Orden; encomiéndate á él y prométele, si das á luz varón, ponerle el nombre de Pedro, y presentarle todos los años con debidas ofrendas al altar del Santo, y observar su fiesta, y oír su oficio y sermón: y así ten seguro que te sacará en bien y al niño que en el vientre llevas dará vida y salud.» Ella que esto oye, llena de gozo, creyendo ciegamente en las palabras del Hermano, cambiada la tristeza en alegría, dijo: «Desde ahora mismo prometo hacer cuanto me mandas.» Llegó, en efecto, el tiempo, y dió á luz con facilidad desacostumbrada un robusto niño, á quien en el bautismo mandó que le llamaran Pedro. Y fué esto tan celebrado y divulgado por aquella ciudad que desde entonces todas las mujeres, en el momento del parto, comenzaron á invocar al Bienaventurado Pedro, de la Orden de Predicadores, reconociendo muchas haber sentido su auxilio.

Contó Fr. Juan Polaco que estando él en Bolonia y padeciendo cuartanas le habían, encargado predicar à los estudiantes en la fiesta de San Pedro Mártir, y que temiendo muchísimo la noche antes de la fiesta que le acometiese, según el curso natural, la cuartana, y no pudiera cumplir el encargo, vuelto en sí y confiando en los méritos del santísimo Mártir, se acercó con devoción á su altar y le pidió que por sus méritos le ayudase, cuya gloria había de predicar: y de tal suerte le ayudó, que ni aquella noche ni nunca en adelante le acometió otra calentura.





## CAPÍTULO II

DE LA MUERTE FELIZ DE LOS HERMANOS.



CONTABA el Venerable P. Fr. Mateo, primero y último abad de nuestra Orden, y después por largo tiempo Prior en París, que cuando Fr. Reginaldo, de santa memoria, antes Decano de Orleans, estaba próximo á la muerte, se le acercó él rogándole que permitiera administrarle la Unción, porque se aproximaba el trance supremo. Al cual contestó aquel Bienaventurado: «No temo ese trance, sino más bien lo espero y vivamente lo deseo. Pues me ungió en Roma la Madre de Misericordia, y en ella confío, y á ella con ansia me voy. Sin embargo, para que no parezca que menosprecio la unción de la Iglesia, la quiero y la pido.» Y después de haberla recibido, puestas de rodillas los Hermanos y orando, durmió en el Señor.

II. El Maestro Jordán, de bienaventurada memoria, escribió en su libro como sigue: «Cuando en París vistió nuestro hábito Fr. Everardo, Arcediano de Langres, varón de grandes virtudes, en el trabajo extremo, y pródigo en el consejo, cuanto más renombrado había sido antes en el siglo, tanto más edificante fué después con la pobreza. Yendo conmigo á Lombardía por ver al Maestro Domingo, cayó enfermo en Lausana, donde antes había sido elegido obispo, dignidad á que había renunciado. Y como viese á los médicos que se ponían tristes y hablaban bajo, me dijo: «¿Por qué me ocultan el fin de mi vida? No temo morir. Ocúltese el mal á los que recuerdan la muerte con amargura. No teme la disolución de casa terrena quien espera verla conmutada por otra no fabricada por el hombre, sino eterna en los cielos.» Y terminó esta vida trabajosa, pronto sí, pero felizmente. Es para mí indicio de su gloria el ver que, en lugar de la pena que creí sufrir con su muerte por ser él tan buen compañero y á la Orden tan útil, me sentí, por el contrario, penetrado de una tal alegría y devoción que comprendí no debía llorar al que había pasado á mejor vida.»

III. Fr. Conrado, varón religioso y Lector excelente, de cuya conversión se habla en la vida del Bienaventurado Domingo, habiendo anunciado su muerte y el lugar, y hallándose en Maderberth (Alemania) con fiebres continuas, díjole el Hermano que le servía: «Fr. Conrado, Cristo te llama; avisanos cuando venga con sus ángeles á visitarte.» Inclino el enfermo la cabeza prometiéndoselo; y la víspera de la Bienaven-

turada Catalina, presente el Prior y los Hermanos, comenzó con dulce voz à cantar: «*Cantad al Señor cántico nuevo, aleluya.*» Nada más podía decir: los ojos los tenía cerrados como un muerto. Y en diciendo los Hermanos los siete salmos, abrió de repente los ojos y mirando à todos dijo: «*El Señor sea con vosotros.*» Contestaron ellos: «*Y con tu espíritu;*» y él añadió: «*Que las almas de los fieles por la misericordia de Dios descansen en paz. Amen*» respondieron. Y como no contestase al Prior que le hablaba, empezó la comunidad el cántico de los grados, y al llegar al verso: *Este será mi descanso por los siglos de los siglos*, levantado el brazo, apuntando con el dedo al cielo, la boca risueña é iluminado el rostro, espiró. Dijo entonces el Prior, llorando, al Hermano que servía: «De veras, Fr. Roberto, cumplió lo que le pediste.» Postrémonos, dijo à los demás Religiosos, porque en verdad que está presente Nuestro Señor Jesucristo.» Y postrados, sintieron muchos de ellos tal dulzura y devoción, cual ni explicar ni creer podían. Los que amortajaron al difunto afirmaron que durante muchos días habían percibido en sus manos una fragancia placidísima y maravillosa. Todo esto me lo contó à mí, Fr. Gerardo, el mismo Fr. Roberto, predicador bueno, que fuè su servidor y à todo estuvo presente.

IV. Fr. Pedro de Giocha, Prior (1) de Dinán en la Bretaña francesa, que acostumbraba, hacía muchos años, quedarse en oración al concluir

---

(1) Otros leen *Subprior*.

los Maitines, una noche después de retirarse á su cama oyó una voz que le decía: «Levántate, no des á tu cuerpo descanso; no es ahora tiempo de dormir.» Y se levantó, lo dijo en secreto á su confesor, se postró con lágrimas al altar, y aquel mismo día cayó en una enfermedad de que al poco murió con muerte santa. Es en aquel país tenido como santo de Dios por la eximia santidad de su vida.

V. Fr. Guericio, del convento de Tours, que por mucho tiempo había sido cantor en la Orden, estando enfermo fué súbitamente arrebatado en frenesí antes de recibir los santos sacramentos: y doliéndose sobremanera el Prior de este descuido, reunida la comunidad después de mandar á todos que rogasen por el paciente, entraron con velas y la sagrada comunión á la habitación del Hermano, el cual al ver la comunidad, é interiormente visitado del Señor, volvió en sí, se confesó muy devotamente con el Prior, recibió de sus manos la Eucaristía y después la Unción, concluido lo cual, en presencia de todos, sintiéndose cercano á la muerte, con voz dulce comenzó á cantar: *Librame, Señor, de la muerte eterna*, etc. y poco después espiró.

VI. Fr. Gualterio de Reims, hombre en gran manera amable y elocuente y celador grande de las almas, después de haber predicado largo tiempo con mucho fervor y fruto, cayó enfermo en el convento de Metz y llegó al extremo de la vida. Recibidos los sacramentos de la Iglesia y exhortándole los Hermanos que le cercaban á la confianza en el Señor, respondió: «No temais por mí: yo muero en la fé verdadera, y

en la esperanza segura, y en la caridad perfecta, cual acá es posible.» Y á los pocos momentos subió á Cristo. Contaron esto los Hermanos que allí estaban.

VII. Fr. Guillermo, oficial un tiempo de la curia de Sens, cuando recibió la Unción en el convento de Orleans, rogó á los Hermanos que no le hablasen de pecados, ni de las penas del infierno, ni de cosa alguna que inspirase temor, sino sólo de las alegrías del cielo y sus encantos. Cuando los vió que lloraban por la pérdida de un Religioso tan benemérito, tan útil, de todos querido y en la Orden persona veneranda, dijo: «Hermanos, por qué llorais? Si voy á la gloria todos debemos alegrarnos; si al purgatorio por algunos momentos, lo tengo merecido. Lo que os aseguro es que al infierno no iré.» Llegó poco después otro Religioso que venía de afuera y no había oido las palabras anteriores, y acercándose al enfermo le preguntó: «¿Cómo está usted, Fr. Guillermo?—Muy bien, contestó.» Comenzó el Hermano á animarle y exhortarle á la paciencia y confesión; mas él, puesto en cierta seguridad santa, dijo: «Si lo hubiera dejado para esta hora muy tarde sería.» Y poco después, lleno de admirable esperanza y consuelo, descansó en el Señor.

VIII. En el convento de Dijón, de la misma provincia, estando para morir Fr. Guillermo de Chalons, joven muy devoto, y hallando el Hermano médico que le faltaba el pulso, le dijo este: «Alégrate, buen Hermano, que pronto irás á Dios.» El joven enfermo que esto oye, se llena de alegría extraordinaria, y delante de los Religiosos

en voz alta, comienza á cantar: *Gloria, alabanza y honor á tí, Rey Cristo Redentor*, y los tres versos siguientes. Algunos Hermanos que veían aquella rara piedad, presentáronle una cruz con leño del Señor, é incorporándose, con gran reverencia comenzó él devotísimamente á besarla, y otra vez en alta voz á cantar: *¡Oh cruz, salve, esperanza única*, y tan dulcemente que parecía voz angelical. Después de este cántico no habló más palabras y durmió en el Señor.

IX. Fr. Nicolás, Lector en el convento de Langres (1), habiendo caído gravemente enfermo y esperando la muerte con cara risueña, le pidió con lágrimas un Hermano que si había recibido del Señor algún consuelo, se lo dijese. A lo que contestó sin poderlo ocultar por el gran gozo: «En verdad lo recibí: pues el mismo Señor Jesús me prometió acompañarme á la hora de mi muerte.—Pues por el mismo Señor, dijo el otro, yo te ruego que con el dedo ú otras señas me lo digas cuando le veas presente.—Así lo haré con mucho gusto, contestó, si el Señor me lo permite.» Al tercer día, agravándose la enfermedad, se tocaron las tablas, corrieron á la enfermería los Hermanos, y esperando todos y orando, levantó el moribundo el dedo y lo dirigió á cierto sitio; y brillando sus ojos, con suavísimo canto empezó á decir: *Veréis á Jesús en Galilea, como os he dicho, aleluya*. Terminado lo cual espiró. Contáronme esto, llenos de gozo, los que presentes estuvieron.

---

(1) El MS. de Roma dice: *in Burgensi Flandriæ domo*.

X. Hubo en el convento de París un novicio muy devoto y de gran espíritu, al cual, después de administrarle todos los sacramentos, y perdida ya el habla, le pusieron los Hermanos en la boca un poco de caldo por medio de una vasija puntiaguda, con lo cual, vuelto en sí, abrió los ojos y dijo: *¡Qué hermoso lugar preparó el Señor para sus hijos!* Fr. Enrique Teutónico que allí estaba, al oír esto, hizo que le diesen otro poco, y abriendo otra vez los ojos el moribundo dijo: *En paz y en el Señor mismo dormiré y descansaré.* Por tercera vez le dieron unas gotas de caldo, y por tercera vez habló diciendo: *A los que declinan sus obligaciones llevará el Señor con los obradores de iniquidad. PAZ SOBRE ISRAEL!* Y al instante descansó en paz. Corriendo Fr. Enrique al salterio glosado, halló que la glosa decía sobre aquel verso: «Por el nombre *paz* se entiende todo bien en la patria.»

XI. En el mismo convento hubo otro Hermano de Lombardía, llamado Fr. Santiago, el cual, atento á sí y al estudio, había llegado á tanta perfección que en su corazón y en su boca no llevaba sino á Jesús crucificado, afirmando no haber cosa más infeliz que no amar á tal Señor. Mas, porque era acepto á Dios, no le faltó una dura tentación; pues habiéndole sobrevenido una enfermedad penosa, él que pensaba poder sobrellevar la misma muerte por Cristo, cayó en tal impaciencia, que nada le agradaba de cuanto le hacían, ni sufría la comida, ni la cama, y ni aún oír podía el nombre mismo del Señor Jesucristo que antes le era dulcísimo, sino que decía que el Señor le había engañado, pues

en pago de sus servicios le oprimía con enfermedad tan violenta, que no era dueño ni del cuerpo, ni del espíritu. Mas orando por él los Hermanos, poco á poco volvió á recobrar la paciencia, y callar en aquella tribulación, hasta el punto de tomar gustosamente lo que antes ni tocar quería, diciendo que todo para él era muy bueno. Fué tan larga su enfermedad que le consumió la carne y las fuerzas todas, sin poderse mover en la cama, sino por mano de otros, pareciendo imposible que en él pudiera habitar el alma. El benigno Jesús que no tenía olvidado á su pobre siervo, derramó con abundancia en las entrañas del afligido el óleo de su gozo, y comenzaron los huesos humillados á regocijarse en tal modo que deseaba con deseo grande la muerte y se llenaba de alegría inefable cuando le hablaban de ella. Lo cual como oyese el Maestro Jordán, de santa memoria, que entonces había llegado, se fué sin detenerse al enfermo y sentado en la misma cama, dijo: «No temas, carísimo, que muy pronto irás á Cristo.» A cuyas palabras, sostenido con la ayuda de Dios, se levantó súbitamente y echando el brazo por sobre el cuello del Maestro, clamó: *Saca, buen Jesús, de la cárcel el alma mía, para que alabe tu santo nombre.* Y cayendo otra vez en la cama se durmió en el Señor. Sirvanos esto de ejemplo para no juzgar mal ni indignarnos cuando en la enfermedad vemos algunos impacientes; que quizá sea dispensación de Dios y misericordia grande lo que parece ira.

XII. Hallándose en el último trance un novicio del convento de Strasburgo en Alemania,

y encomendando ya los Hermanos su alma al Criador, abrió inesperadamente los ojos y dijo: «Oid, Hermanos carísimos: me pasa lo que á los compradores que en la plaza compran por bajo precio grandes cosas. Yo recibo el reino de los cielos, y en verdad que no sé los merecimientos.» Y esto dicho descansó en paz.

XIII. Fr. Conrado, Prior de Constanza en Alemania, dió tal ejemplo de admirable paciencia en su enfermedad, aunque gravísima, que se le veía con la sonrisa en los labios decir despacio, devota y dulcemente aquel cántico del Señor: *Mi amado para mí, y yo para él, hasta que espire el día y las sombras se inclinen.*—Dieciseis días antes de su muerte dijo á los Hermanos: «Sabed que he de morir de esta enfermedad en la fiesta de Nuestra Señora.» Como así acaeció; pues murió á primeras vísperas de la Natividad de Nuestra Señora y fué sepultado el día de la fiesta. Su última Misa y su último Sermón habían sido de la Virgen.—Reunidos ante él los Hermanos cuando ya poco le faltaba para morir, dijo: «Sabed, Hermanos míos, que me muero fielmente, amigablemente, confiadamente y alegremente.» Y lo explicó así: «Fielmente, porque muero en la fé de Jesucristo y de los sacramentos de la Iglesia. Amablemente, porque desde que entré en la Orden creo haber perseverado en el amor de Dios, y sobre todo haber procurado siempre hacer lo que era de su mayor agrado. Confiadamente, porque sé que voy á Dios. Alegremente, porque paso del destierro á la pátria, de la muerte al gozo sempiterno.—Al recibir el Cuerpo del Señor decía, abiertos

los brazos: «Este es mi Dios, á quien glorificaré. Hé aquí á Dios mi Salvador; recíbele contenta, ¡oh alma mía! que es un amigo dulce, un consejero prudente, un amparo fuerte.» Pidió después á Fr. Rodulfo que entonces hacía las veces de Provincial, que le absolviese de toda culpa y le impusiese la amargura de la muerte en satisfacción de todos los pecados: «Creo, dijo, que lo podeis hacer.» Hecho lo cual, contestó: «Ahora estoy bien.» Y por último dijo: *Salva á tu siervo, Dios mio, que espera en tí*, con la colecta *Fidelium Deus*; la cual terminada al instante descansó en el Señor.

XIV. Fr. Benito Ponce, varón religioso y humilde, en la predicación fervoroso y en lágrimas abundante, el cual por mucho tiempo había predicado devotamente en España, Francia y Aquitania y más allá del mar en Siria, enviado á predicar desde el convento de Clermont, y habiendo celebrado Misa y predicado en cierta iglesia, llamó y rogó á su compañero y al capellán de dicha iglesia que cuanto antes le pusieran la Unción, porque moriría muy pronto. Y alcanzado esto á fuerza de instancias pidió al compañero que le trajera pronto su libro y leyera las meditaciones de San Bernardo para más mover el afecto. Leyó, pues, su compañero el capítulo *Del alma sellada con la imagen de Dios*, que él escuchaba llorando mucho, y á los pocos momentos se fué aquella santa alma al Señor, de quien había tenido sed y á quien era muy amable.

XV. Hallándose próximo á la muerte, en el convento de Mompeller un joven que cantaba

muy bien, después de imponerle el sagrado óleo el Venerable y Santo Fr. Colón que allí estaba de Prior, rogóle que dijese aquella dulce antífona del Bienaventurado Juan Evangelista: *Recíbeme, Señor, para estar con mis hermanos, con quienes has venido á visitarme. Abreme la puerta de la vida y llévame al lugar de tu convite. Pues tu eres el Hijo de Dios vivo que por mandato del Padre salvaste al mundo. A tí rendimos gracias por los siglos de los siglos infinitos. Amen.* Cuando el enfermo, presentes los Hermanos y todos llorando, cantaba dulcísimamente este cántico, al decir: *A tí rendimos gracias*, descansó en el Señor.

XVI. En el convento de Aviñón, de la misma Provincia, fué Prior Fr. Nicolàs, predicador sobre toda ponderación gracioso, el cual cercano á la muerte dijo á los Religiosos que presentes estaban: «Mañana (fiesta del Bienaventurado Miguel) hace catorce años que entré en la Orden de Predicadores, y confío en el Señor que mañana mismo entraré en la Orden de los ángeles.» Murió, en efecto, como lo predijo, y fué honrosamente sepultado por un Cardenal y muchos Obispos.





### CAPÍTULO III

DE DIVERSAS VISIONES EN LA MUERTE DE LOS  
HERMANOS.

**H**ALLÁBANSE en el convento de Mompe-  
ller dos Hermanos gravemente enfer-  
mos, uno que se llamaba Fr. Pedro y  
otro Fr. Benito, á los cuales, según  
costumbre de la Orden, visitaba el Prior frecuen-  
tamente. Un día, pues, que visitó á Fr. Pedro,  
le preguntó cómo estaba, y el enfermo contestó:  
«Muy bien: como que estoy cierto que voy á  
Dios: y en prueba de ello os aseguro que el  
mismo día que yo, morirá Fr. Benito.» Llegán-  
dose luego el Prior á Fr. Benito le preguntó  
también cómo le iba, el cual respondió que muy  
bien y añadió: «Pensando ayer cuán bueno es  
disolverse y estar con Cristo, y anhelando yo  
esto con vehemencia muy grande, é invocando  
á la Bienaventurada Virgen que me ayudara,

fué súbitamente atraído mi espíritu con devoción tanta que ni quiero ni puedo pensar en otra cosa que en Cristo.» Oyó á los pocos días que los Hermanos acompañaban cantando á un difunto, y como preguntase á su asistente quién era y éste le respondiese que era Fr. Pedro, exclamó: «Sacadme de aquí, Hermanos, porque el mismo día que él debo ir yo al Señor.» Y volviendo la comunidad, al momento espiró, y con el compañero que el Señor le había dado fué entregado á la sepultura. El que esto escribió estuvo al enterramiento de ambos y oyó todo esto de boca de dicho Prior.

II. En el mismo convento hubo dos Hermanos gemelos, que habían nacido el mismo día, el mismo habían comenzado las primeras letras, el mismo habían emprendido el estudio de artes en París, el mismo entrado en la Orden de Predicadores, y el mismo, después de una santa vida, volaron al Señor. Uno de ellos, llamado Fray Pedro, después de haber confesado generalmente sus pecados y recibido la Unción y devotísimamente robustecido su alma con el Cuerpo de Cristo, dijo al Prior «¿A dónde queréis enviarme?—Al Señor Jesucristo, respondió el Prior viendo que se estaba muriendo.—¿Y qué compañero me dais?—Al mismo Señor Jesucristo que bajo el sacramento has recibido.» —Regocijado en su corazón y rostro pidió el Hermano y recibió el ósculo de paz á semejanza de los Hermanos que se marchan, y poco después voló á la paz eterna.

III. El hermano de éste, llamado Fr. Arnaldo, estando á punto de morir, se reunió junto á él

la Comunidad, según es costumbre, recomendando al Señor su alma, en cuyos momentos un Hermano por nombre Vicente, que en la misma enfermería se hallaba enfermo, vió claro, según le parecía, una procesión hermosísima de Bienaventurados que rodeaban al enfermo, entre los cuales estaba el Bienaventurado Domingo adornado de gloria admirable; todos los cuales al salir el alma de Fr. Arnaldo salieron también ellos, yendo delante el Bienaventurado Domingo; Uno de estos dijo á Fr. Vicente: «Prepárate, que también tú irás con nosotros al Señor.» Lo contó él, á los Hermanos, y á los pocos días espiró.

IV. En el convento de Arlés, de la misma provincia, hubo dos Hermanos enfermos, es á saber, Guillermo y Juan, el primero de los cuales siendo un día visitado del Prior y demás Religiosos, dijoles: «Sé que muero de esta enfermedad, pero no solo, pues yo moriré la víspera de la Asunción de la Bienaventurada María y Fr. Juan al día siguiente.» Y preguntándole los Hermanos cómo lo sabía, respondió: «Parecíame que me llevaban unos Religiosos blancos en una navecilla por el rio, y que saliéndome al encuentro Fr. Juan me decía: «Espérame, Hermano carísimo, que también yo quiero ir con vosotros.» Y en efecto, tal como lo predijo así se cumplió todo en aquella semana.

V. Otros dos Hermanos del mismo convento después de haber trabajado largo tiempo en la predicación, uno á otro delante de los Hermanos Menores, en cuya casa estaban hospedados, se predijeron su muerte y el día, rogando que

á ambos les diesen la misma sepultura. Pocos días después cayeron enfermos y allí mismo murieron y fueron sepultados en la casa de los mismos Hermanos Menores en la ciudad de *Vapinguo* el día del Bienaventurado Lorenzo, como el Señor se lo había revelado.

*(Los ocho ejemplos siguientes los refiere Fr. Gil Español (1).)*

Fr. Gil Español, llamado Santo, varón de indudable autoridad y veracidad, envió escritas las cosas que siguen, á Fr. Humberto, Maestro de la Orden, de quien fué compañero carísimo en el noviciado de París.

VI. Hubo en el convento de Santarén un Hermano llamado Fr. Pedro, médico, de mansedumbre admirable, que á los enfermos aconsejaba y ayudaba con gran voluntad, y á los Hermanos aliviaba cuanto podía en sus padecimientos. Estando, pues, un día con otros dos enfermos acostado después de comer, vió uno de ellos por nombre Fr. Martín, converso, que poco á poco se elevaba de la cama hasta tocar en el techo de la enfermería, y que allí se había quedado por algún tiempo quieto hasta que otra vez, poco á poco, fué descendiendo. Después de Nona se llegó dicho Fr. Pedro á mí, que era el tercer enfermo, y en confesión me reveló algunas de las cosas que había visto. Yo le aconsejé que á nadie más lo revelara, porque frecuentemente y con facilidad se introduce la vanagloria en el corazón de los contemplativos

---

(1) El Beato Gil de Santarén.

y en especial si la excelencia de la visión se publica. Después que se hubo confesado y retirado, me llamó al instante Fr. Martín y me dijo: «Fr. Gil, le dijo algo á usted Fray Pedro de cómo se elevó por el aire?» Y yo le dije: «¿Cómo lo sabes tú?» Y él: «Yo mismo le ví con mis propios ojos que se elevaba de la cama hasta el techo de esta habitación.» Yo entonces le encargué que á nadie lo contara. —Cierta noche estando en oración Fr. Pedro ante un altar, súbitamente le cogió por un pié el diablo en figura de Hermano y le arrastró, hiriéndole en la pierna y causándole una llaga con tan fuertes dolores que, llevado á la enfermería, muy en breve murió con devoción grande, pasando del inefable consuelo que ya había gustado, al más inefable de que ya goza. El mencionado Hermano converso que le había visto elevarse, murió también á los pocos días. Los Hermanos que á su muerte estuvieron presentes vieron su rostro resplandeciente con claridad admirable, de tal suerte, que la habitación entera y el libro por el que el Prior leía la recomendación, sobremanera brillaban.

VII. Espirando el Subprior del mismo convento, se apareció á cierto Hermano que descansaba en el dormitorio el Prior muerto aquel mismo año, y con grandes clamores le llamó y dijo: «Levantaos, Hermanos; ¿por qué dormís? Id corriendo al Subprior que se muere.» Y levantándonos todos, despertados por el mismo, oímos el ruido de las tablas y rezando el *Credo* marchamos corriendo á la enfermería y hallamos que así era. Por donde se vé

cómo los difuntos santos tienen cuidado de los vivos.

VIII. En el mismo convento, hallándose á los últimos instantes un Hermano converso por nombre Martín, dije yo á los que presentes estaban: «Volved á este moribundo hácia el Oriente para que su espíritu se dirija al Señor.» Lo cual como él lo oyese, dijo: «Fr. Gil, no me muero ahora, iré al Señor después de ocho días.» Y al octavo día, que era la misma noche de la Natividad del Señor, cuando empezamos á cantar: *Cristo nos ha nacido*, oímos el sonido de las tablas y corriendo todos allá le hallamos, como había predicho, volando á Cristo.

IX. Otro Hermano converso llamado Fray Domingo, que estaba hidrópico, me rogó que lo llevase á otro lugar más retirado, como lo hice, y yendo yo después á la colación (1) que entre nosotros se tiene en la semana, una Señora de hermosura admirable y gran honestidad, que vestía vestido candidísimo y en la cabeza traía un velo, se llegó al enfermo, se sentó en su cama hablándole dulcemente, y poco después se fué. Viniendo luégo un Hermano á visitarle, le halló atónito y diciendo: «¡Qué maldad, que las mujeres entren en el claústro de los Predicadores, y, lo que es peor, sin estar presentes los Hermanos!» Al oír esto el Hermano emprende á correr por la casa buscando á la mujer; pero volvió diciendo que no la había hallado; y cuando volvió estaba también yo allí, y ví toda

---

(1) Conferencia ó conversación sobre cosas espirituales.

la série de la visión. La noche siguiente, que era vigilia de la Bienaventurada Agueda, comenzó con grandes clamores el enfermo á decir que quería morirse, y en medio de estos clamores, ante los Hermanos arrodillados y orando, espiró. De donde comprendimos que aquella mujer sería la Bienaventurada Agueda que como Virgen venía por él virgen, y como mártir de Cristo quería presentar ante Cristo al afligido por Cristo. Y que él era virgen lo sé yo que fuí su confesor.

X. Otro Hermano converso del mismo convento llamado Fr. Gonzalo, estando gravemente enfermo, hizo llamar á un Hermano dependiente suyo y le dijo: «Si hubieras venido más pronto, hubieras oído á mi madre y hermana, que, como sabes, están difuntas.» Habían sido estas mujeres de vida santísima, y de la Orden grandes bienhechoras. «Han venido aquí hace poco, continuó el enfermo, y les he dicho: ¿Cómo os apareceis visiblemente estando muertas? Y me contestaron: Por la Bienaventurada Virgen hemos obtenido del Señor el venir á visitarte. Y prepárate, que mañana morirás, y se te aparecerán muchos demonios; pero no temas, pues vendremos nosotras con muchos Hermanos Predicadores á ayudarte. Cuando veas á Nuestro Señor Jesucristo, no atiendas á nada más que á Él, y á Él te entregarás.» Esto dijeron; y á la mañana siguiente, como tenía dicho, murió, aunque según el orden natural parecía increíble que muriera. Y al espirar, mostró con el movimiento corporal que de hecho su espíritu entraba en el Señor.

XI. Fr. Fernando, antes cantor de la iglesia de Lisboa, persona de grande y venerable autoridad, después de haber vivido santa y laudablemente en el convento de Santarén por espacio de cuatro años, llegado al fin de su vida me llamó á mí, que era pariente suyo, y yendo yo solícito de la salud de su alma más que de la sanidad del cuerpo, le pregunté cómo estaba, y él me respondió: «Las puertas del infierno están cerradas para mí; no bajaré á él.» Y en diciendo esto no pronunció otra palabra. A su muerte el Prior lloraba, y yo me reía. Los Hermanos decían el salmo: *No me arguyas, Señor, en tu furor*: y yo decía el otro: *Alabad al Señor de los cielos*. Y no era extraño que yo me alegrase viendo que aquel hombre, despreciadas tantas riquezas y delicias, en tan breve tiempo había merecido la gracia de gustar la vida eterna en la hora de la muerte. Porque indicio es de la eterna retribución la seguridad del ánimo al espirar.

XII. Hubo en el mismo convento otro Hermano, Martín de nombre, que siendo capellán del obispo de Lisboa, con el mismo obispo había tomado el hábito de nuestra Religión. Queriendo, pues, el omnipotente Señor sacarle de este siglo, le mandó una fiebre continua, y la vigilia de la Ascensión, visitando yo, según costumbre, á los enfermos, en voz muy alta comenzó él á llamarme diciendo: «Fr. Gil, mañana me muero.» Y levantando los ojos y las manos al cielo, dijo: «Gracias te doy, Señor Jesucristo, porque me voy de este siglo el día de tu Ascensión, que yo siempre había celebrado con más alegría que

las otras festividades.» Y considerando yo que según el curso natural de la enfermedad no podía ser esto así, pues aún tenía fuerzas y él solo se levantaba de la cama cuando era necesario, le dije que dentro de siete días no moriría; pero él sostenía con firmeza lo contrario: y recibidos devotamente los sacramentos, presentes los Hermanos y orando, á la mañana siguiente, como predijo, subió al Señor.

XIII. Habiendo caído gravemente enfermo en Zamora Fr. Pedro Ferrando, el cual se había formado santísimamente en la Orden desde niño y había sido doctor en muchos lugares de España, le vió un Hermano devoto sobre un altísimo monte y á su derecha é izquierda dos jóvenes de pié, en gran manera refulgentes. Y como al siguiente día me refiriera á mí, que me hallaba entonces en aquel convento, toda aquella visión que había visto, entendí que se moriría muy pronto Fr. Pedro, y yendo yo á verle y sentándome en su cama, le dije: «Vos, que ireis pronto á la pátria del paraíso, saludad de mi parte á la Bienaventurada María y al Bienaventurado Domingo.» Y él, todo regocijado, contestó: «Habladme, Fr. Gil, habladme de esto, porque bueno es estar allá.» Al ver, pues, que su muerte se aproximaba, volví á decirle: «Hermano carísimo, os ruego que me ayudeis después de muerto.» Y él levantando las manos al cielo, como seguro ya del premio, dijo: «Os prometo ayudaros con Cristo.» Y me contó que había visto á la Bienaventurada Virgen que le asistía, y á San Juan Evangelista, cada uno de los cuales le ceñía la frente con su corona.

«Esta visión, dijo, os la encomiendo á vuestra caridad, y os pido me digais qué significa.» Yo, que conocía perfectamente su vida y conciencia, le respondí: «Una de ellas se debe á vuestra virginidad, la otra á vuestra predicación y doctrina; pues porque sois virgen y doctor, ambas las habeis merecido con el auxilio de la Bienaventurada Virgen y del discipulo de Cristo.» Me pidió luego que hiciera venir á todos los Hermanos, en cuya presencia dijo: **NO HAY ORDEN QUE DIOS TANTO AME, COMO LA VUESTRA. NON EST ORDO QUEM DOMINUS TANTUM DILIGAT** (1). Perseverad en ella.» Y poco después: «Cierto magnate ódia á Sión; pero no temais, Hermanos, que ningún daño os podrá hacer.» Y en diciendo esto, delante de todos se durmió en el Señor (2).

XIV. Contó Fr. Raimundo de Lausana, varón santo y antiguo en la Orden, que en el convento de Lión habia un Hermano llamado Juan, muy religioso y amable, el cual hallándose en la agonía, presente el Prior y el mismo Fr. Raimundo, dijo: «¿Qué haces aquí, bestia sanguinaria?» Y preguntándole el Prior dónde estaba: «Aquí está un demonio, contestó, bajo la figura de una viejezuela; pero, gracias á Dios, no le temo, porque la fe verdadera me salva.» Y al poco descansó en el Señor.

---

(1) Todas las Ordenes son de Dios amadas, cada una según sus servicios.

(2) Hasta aquí la narración del Beato Gil de Santarén.

XV. Contó el mismo Hermano que en el convento de Puy, en Provenza, otro Hermano por nombre Guillermo, sacerdote, puesto ya sobre la ceniza después de recibida la Extremación, despertando como de un pesado sueño, levantó la mano derecha, refregó (1) los ojos, y presente toda la comunidad dijo: «Gozaos, Hermanos, porque hay gozo grande en los cielos y vosotros todos os vereis en aquel gozo. Ahora mismo está todo el coro lleno de ángeles que me esperan.» Y vuelto al Prior dijo: «¿No habéis visto al ángel que me ha dado beso de paz?» Preguntándole el Prior si tenía alguna cosa más que decirle, contestó: «Ya no estoy bajo vuestra jurisdicción: el Señor se cuidará de mí.» Dijo esto porque en su enfermedad le había tratado alguna vez duramente dicho Prior; y después de esto espiró en el Señor. Esto oyó y escribió el mencionado Fr. Raimundo, por donde pueden aprender los Prelados y servidores cuánto deben guardarse de contristar á los enfermos, á los cuales visitan los ángeles y con obsequios consuelan.

XVI. En la Provenza hubo otro Hermano llamado Vigoroso, el cual habiendo servido por muchos años á Dios en la Orden de Corona, obtenida licencia, entró después en la Orden de Predicadores, que era la que más le gustaba, y en la cual aprovechando religiosamente, estudiando diligente, predicando fervoroso, confesando con

---

(1) Otro MS. dice *cerró*, CLAUSIT, en lugar de TERSIT, *refregó* ó *limpió*.

gusto y discreción, grato á los Hermanos, humilde á Dios y obediente á los Prelados, batalló por el Señor más de quince años. Habiendo, por fin, enfermado gravemente en el convento de Burdeos, confesó generalmente sus pecados al Provincial: y al otro día por la mañana, como le dijese el Prior delante de dos Hermanos y el médico que no temiera, que saldría de aquella enfermedad, porque su pulso y la orina estaban mejor, según dicho de los mismos médicos, él respondió: «Eso ni lo creo ni lo quiero.» Mandó entonces el Prior que salieran los circunstantes y conjurándole por Cristo que manifestara la causa de su afirmación: «Ayer, dijo el Hermano, cuando después de la confesión os retirásteis, pidiendo yo al Señor perdón de mis pecados, aparecióseme el mismo Cristo y me dijo: «Tu Prior oyó tu confesión, y yo te absolví de todo. No te dé pena porque te hayan servido con algún descuido: pronto vendrán mis ángeles que te servirán como quieras.» Murió el Hermano á los pocos días, y el Prior Provincial que esto había oído, lo refirió con todas sus circunstancias al Maestro General de la Orden.

XVII. Cuando Luis, (1) rey cristianísimo de los Francos, se preparaba para embarcarse en Aguásmuertas, puerto principal de su reino, llegaron al convento de Mompeller, próximo á dicho lugar, muchos Hermanos que le habían de acompañar en la expedición; uno de los cuales, llamado Fr. Pedro Normandino, cayó allí grave-

---

(1) El rey San Luis.

mente enfermo; y después de haber confesado generalmente sus pecados y recibido con devoción el Cuerpo de Cristo, puesto ya sobre la ceniza, como es costumbre de los moribundos, llamó con instancia al Subprior con quien se había confesado. Llegado que hubo este Padre, preguntóle el enfermo si había alguno con él (era tanta su debilidad que ya no veía.) Y cuando oyó que estaban los dos solos dijo: «Carísimo Padre, os diré lo que para mi consuelo y de los Hermanos me ha mostrado el Señor, de tal modo que podais contarle después de mi muerte. Cuando hace poco deciais en el coro la *Nona* se me abrió el cielo y me fué revelado el misterio de la Beatísima Trinidad y fui asegurado de mi salvación eterna.» Después de un corto espacio de tiempo murió dicho Hermano y entró, como se cree, en el cielo. Esto escribió y me lo refirió á mí el Subprior mismo.

XVIII. Fr. Julián, de dulce memoria, Prior de Burdeos, yendo al Capítulo General de Inglaterra como Definidor por su Provincia, predijo en presencia de muchos su muerte diciéndoles que los saludaba para no verlos más: y cuando murió en el convento de Beauvais, en Francia, una persona religiosa que aquel mismo día oraba en la iglesia de los Hermanos de Burdeos, que dista doce jornadas de Beauvais, le vió levantarse de la tierra en nube resplandeciente; y preguntándole dónde iba y cómo iba solo, respondió: «Voy al Señor, y no temas de verme ir solo, que muy en breve traeré conmigo el convento entero.» La persona que esta visión tuvo se fué llorando al Subprior de la casa y le contó lo

que había visto y la muerte del Prior. Anotó el Subprior el día y la hora y se comprobó que entonces mismo había, en efecto, fallecido. En aquel mismo verano murieron el Lector y once Hermanos del mismo convento de Burdeos, como el Prior había anunciado.

XIX. En el convento de Marsella hubo un Hermano llamado pedro de Dijón, joven en gran manera puro y muy agraciado, á quien como le dijese una persona virtuosa haberle visto con ropas blancas y en la mano un cirio marchar delante de una gran procesión de Santos, refiriéndolo él á un confidente suyo, añadió: «Ahora creo, Hermano carísimo, que muy pronto me voy á morir: acuérdate de mí.» Consumado, pues, en breve, terminó su carrera, porque era á Dios amable su alma.

XX. Un Hermano en Inglaterra que estaba á punto de morir vió, según le parecía, en primer lugar una multitud de figuras negras y después un coro de Santos con vestidos blancos, los cuales iban de dos en dos procesionalmente, y sobre cada pareja una corona brillantísima sostenida en el aire. Repuesto algún tanto el Hermano, expuso la visión diciendo que los negros eran demonios; los blancos, Hermanos que venían á ayudarle, y la corona sobre cada pareja, el premio debido no á solo el predicador, mas también al hermano que le acompaña. Había él dudado si ganaría el premio del predicador, aunque no había predicado, pero que gustosamente habia acompañado á muchos predicadores. Después de esto, arrobado su espíritu y otra vez vuelto en sí, dijo á los Hermanos

que había sido llevado al cielo y visto un hermosísimo Evangelio según San Lucas, y añadió: «Allá me voy á oirlo.» Y esto dicho descansó en el Señor.

XXI. Fr. Gualterio, del convento *Norwicense* en Inglaterra, joven de elegante figura, y de mucha elocuencia y ciencia y bellissima índole, estando en la agonía y rezando los Hermanos alrededor suyo los salmos penitenciales y las letanias después de la Unción, dijo: «Hermanos: el Señor me ha visitado desde el principio de estos oficios, y me ha mostrado un lugar muy elevado donde después de Cristo Señor y de su Madre dulcísima he oido el canto sobremanaera suave de las Vírgenes que me ha llenado de consuelo.» Y poco después añadió: «Desde ahora nada me podrá atemorizar, porque estoy firme en la verdadera fé y me he entregado todo á la Bienaventurada María.» Despidiéndose, pues, de los Hermanos comenzó á murmurar el nombre de la Bienaventurada Virgen María, y como tocado de un sueño gratisimo, presentes los Hermanos y orando, se durmió en el Señor.

XXII. En otro convento de Irlanda hubo otro Hermano llamado Fr. Walter, hombre de gran sencillez y piedad, cuya muerte fué revelada anteriormente á otro Religioso del mismo convento. Habiendo, pues, caido enfermo al dia siguiente, le preguntó un Hermano cómo estaba, y él contestó: «Ahora bien, pues el horror á la muerte que hasta aquí tuve, por completo se fué de mí; porque se me apareció Nuestro Señor Jesucristo y me consoló diciéndome que el martes iria á él.» (Era esto un domingo.) Pasada la media

noche del día siguiente, comenzó con gran devoción à decir en la cama la misa por los difuntos, y cantado el prefacio, después de cierto intervalo como si dijese el canon, añadió en alta voz: *Per omnia sæcula sæculorum*, cantó luego el *Pater noster*, y espiró: era al amanecer del martes, como el Señor se lo había prometido. Esto contó, y escribió el Prior de aquel convento.

XXIII. Fr. Enrique, polaco, del convento Varstilaviense, hallándose ya à punto de morir, recibidos devotamente los sacramentos de la Eucaristía y Extremaunción, puesto en la agonía clavó sus ojos en una cruz que ante él estaba y comenzó à cantar el final de aquella antífona: *Seguro y alegre me llevo á tí para que tú, también gozosa, me recibas á mí, discípulo de aquél que pendió de tí.* Y como el Hermano que le asistía (y esto nos escribió de su propia mano) le preguntase qué veía, dijo: «Veo al Señor Jesucristo y sus Apóstoles.» Y preguntándole si sería asociado à su colegio, contestó: «Sí; 'y todos los Hermanos que cumplan con su Orden, serán en el orden de los Apóstoles colocados.» Y repitiendo esto, y mirando de nuevo à la cruz, comenzó à sonreír dulcemente y batir palmas, manifestando con los ojos y las manos el gozo de su espíritu. Pasado un poco de tiempo y presentes los Hermanos y orando, dijo: «Aquí están los demonios herejes que quieren pervertir mi fè; pero yo creo que Padre, Hijo y Espíritu Santo son un solo Dios verdadero.» Y esto dicho entregó al Criador su espíritu.

XXIV. Fr. Raimundo de Lausana, hombre religioso y veraz, de quien varias veces se ha

hecho mención, refirió que siendo él enfermero en Bolonia y pidiéndole la Unción un enfermo, por nombre Bonifacio, difirió dársela por no llamar á la Comunidad, y se fué á dormir. Pero volvió luégo después de Maitines, y dijole entonces el enfermo: «¡Oh Hermano, qué has hecho? Si anoche hubiese recibido el Cuerpo del Señor estaría ahora en el palacio que he visto, donde estaba el Maestro Reginaldo y Fr. Roberto y otros santos Hermanos que han muerto, los cuales saliendo á mí encuentro y recibíendome con mucho gozo, me hicieron sentar con ellos: pero estando yo gozando de su compañía, entró Cristo Señor en el palacio y me dijo: *Es preciso que salgas de aquí, porque aún no me has recibido.* Por donde comprendo que si anoche me hubieses dado la Comuni3n y la Unción, como te pedía, sin duda me hubiera quedado con los Santos, nuestros Padres, en aquel tan ameno palacio.»





## CAPÍTULO IV

DE LAS REVELACIONES HECHAS EN LA MUERTE DE  
DE LOS HERMANOS.

**G**N el convento de Lyon hubo un Hermano llamado Guido, de mucha religión, Prior en otro tiempo de cierto monasterio antiguo de monjes que él con su santidad y celo habia en gran manera reformado. Después de varios años de vida fructuosa en nuestra Orden, y cercano à la muerte, otro Hermano antiguo y religioso vió en sueños un difunto en medio del coro, y en derredor de él multitud de Hermanos vestidos de blanco llenos de resplandores. Vió además un cláustro bellísimo muy decorado y oyó que le decían refiriéndose al difunto: «Este edificó el cláustro.» Despierto y recapacitando que Fr. Guido, que habia reparado en lo material y en lo espiritual aquel cláustro, estaba entonces enfermo,

atribuyóle la visión y conjeturó que en breve moriría. Y al instante sonó una voz que le decía: «El sueño es verdadero: él habitará en Lyon y descansará en Jerusalem.» Y poco después murió aquel Hermano.

II. El mismo Religioso vió otra vez que estaba á la orilla de un rio impetuoso, y que en medio del rio había una nave, y en ella dos Hermanos muy agitados por las olas y en peligro de perecer: por donde asustado comenzó á clamar: «¡Ay! ¡ay! Socorro á estos que perecen.» Y le fué respondido: «No temas, que han de salir bien, porque tienen flor.» Mirando él vió que uno y otro tenían en la mano una flor: y en efecto las olas se amansaron, y ellos súbitamente desaparecieron. A los pocos días murieron en el convento dos jóvenes, los cuales cerca de la agonía padecieron tentaciones gravísimas, pero que las superaron porque conservaban la flor de la juventud y habían guardado para el Señor su fortaleza.

III. Habiendo caído en enfermedad mortal Fr. Pablo de Venecia, varón honesto y predicador sobremanera agradable, el Hermano que en aquel convento enseñaba, hombre muy devoto, se quedó dormido después de Maitines y vió en sueños que cantaban una misa en el coro y que después de la *Aleluya* dos ángeles iban con paso ligero hacia la enfermería. Despertó el Hermano y contó á los más antiguos la vision diciendo: «Creo que Fr. Pablo vá á morir muy pronto.» Y así fué; pues cantándose aquel mismo día la Misa, después de la *Aleluya* murió el enfermo y la visión fué cumplida.

IV. De dos Hermanos jóvenes y muy fervorosos que mucho se querían, contó el Maestro Jordán que después de muerto uno se había aparecido al otro más luciente que el sol y le había dicho: «Hermano; así como lo oímos y frecuentemente lo hablamos, así mismo lo ví en la ciudad de nuestro Dios.» Y esto dicho desapareció.

V. En Alemania, cierta abadesa de la Orden del Cister y demás Religiosas del monasterio rogaban mucho por un Hermano Predicador difunto, llamado Alberto, el cual frecuentemente las había amonestado al bien. Una mañana que la abadesa se quedó algo dormida creyó verle ante el altar, dispuesto á predicar al pueblo; pero que no estaba en tierra, sino en el aire. Y ella con el temor clamaba: «Que se cae Fray Alberto porque no tiene apoyo.» Pero apareciéndose otra persona venerable, dijo: «Este Hermano no se cae, ni puede caer, pues ya está confirmado.» Consolada la abadesa comenzó á escuchar lo que Fr. Alberto predicaba y oyó que decía: *En el principio era el Verbo, etc. hasta lleno de gracia y de verdad.* Y añadió: «Esto ví yo con mis ojos.»

VI. A Fr. Hermán Teutónico le pareció una noche en sueños que le perseguía un dragón disforme hasta *Aldemberg*, que es un monasterio de Religiosas cuya Priora era hija de Santa Isabel. Y siendo poco después enviado á predicar á aquel punto, anunció á los amigos y conocidos que, aunque sano y bueno, allí moriría. Llegado, pues, al lugar y dicha por la mañana la Misa, murió aquel mismo día por la

tarde. Y pasando por allí á la misma hora unos peregrinos, vieron una cruz de oro, de gran magnitud y esplendor, sobre el techo de la iglesia de aquel monasterio; y llevados de tanta hermosura subieron al monasterio para verla más de cerca; pero no la vieron más. Y asombrados del prodigio, contaron á la Priora lo que habían visto.

VII. Predicando otro Hermano en el convento de Santa Inés de *Madronich*, en Alemania, dijo á la abadesa una monja candorosa: «Preguntad qué Hermano acaba de morir en la casa de los Predicadores.» Lo preguntó en efecto la abadesa, y el Hermano contestó: «Ninguno.» Y dijo la monja: «Pues uno ha muerto allí; porque en visión he visto un gran Padre de familias al cual se acercaban muchos Predicadores, y él daba á cada uno un denario. Llegó también en seguida un novicio de aquella casa, y díjole el Padre de familias: «Mucho habías tardado, hijo mío; mas porque al fin has venido, tendrás el denario; pero conviene que esperes algún tiempo.» Vuelto el Hermano al convento, halló muerto un noble Prepósito, que habiendo caído enfermo y confesado en la enfermedad, recibió el hábito de la Orden fuera y dispuso que al instante le llevasen al convento. Todo lo cual ignoraba por completo dicho Hermano.

VIII. En el convento Tudertino, Toscana, hubo un Prior de mucha observancia, el cual después de pedir repetidas veces al Provincial que le absolviese del oficio, viendo que nada alcanzaba, al despedirse de él, de rodillas en el camino, le dijo: «Puesto que vos no quereis absolverme, ruego al Señor que por su miseri-

cordia me absuelva.» Apenas llegó al Convento cayó en una grave enfermedad; y los Hermanos mandaron al Provincial para que volviera, porque el Prior moría. Aquella misma noche había visto el Provincial que en las exequias\* de un Hermano se predicaba sobre aquellas palabras: *Sucedió que muriese el mendigo y fue por los ángeles llevado al seno de Abrahán.*» Y admirándose de la tan repentina enfermedad del Prior, y discurriendo sobre la visión, volvió al convento, y así como lo había visto, predicó en sus exequias á los Hermanos y al pueblo, tomando aquel mismo tema, por ser dentro de la Dominica en que se lee aquel evangelio.

IX. En el convento de Mompeller hubo un Hermano, llamado Guillermo, que enfermando gravemente llamó al Prior, y después de predecirle su muerte próxima, le hizo confesión general y le rogó que antes que fuese levantado en el aire (porque así sucedería) le confirmase en la fé y estuviese presente á su muerte. Acostado el Prior en su lecho, sonó de repente un ruido en su celda y una voz que dijo: «Levántate, levántate, que muere Fr. Guillermo.» Y acudiendo el Prior con la comunidad, halló al enfermo que estaba en la agonía, y como se lo había pedido, encomendó al Señor su alma. Y presentes todos y orando, al fin de la letanía espiró. Ninguno se halló que hubiese avisado al Prior, sino el espíritu bueno del Señor.

X. Fr. Guillermo, Lector en la Universidad de Cambridge, se apareció después de muerto á Fr. Benito, Subprior entonces de los Hermanos, según éste creyó ver, y venía con él un

varón preclarísimo, ceñida la frente de hermosísima corona de oro. Preguntó el Subprior al difunto cómo estaba, y el que con él venía dijo: «Aquí le tienes revestido de una estola y seguro de la otra.»

XI. Fr. Ivón, natural de Bretaña, Prior Provincial un tiempo de Tierra Santa, humilde, amable, devoto, orando una vez después de Maitines en la iglesia de los Hermanos, levantó los ojos á la lámpara del coro y vió una sombra como de un Hermano que estaba de pié, con hábito súcio y muy negro. Preguntóle quién era, y respondió la sombra: Yo soy Fray Fulano de Tal, que acabo de morir, á quien tú mucho querías. Dijole Fr. Ivón: «¿Cómo te hallas?—Mal, muy mal, contestó; pues tengo que sufrir pena cruelísima por espacio de quince años.» Preguntándole entonces Fr. Ivón cómo por tanto tiempo y tan duramente había de ser castigado el que tan religioso, y devoto, y fervoroso había vivido, replicó: «No preguntes cómo; pues según el juicio de Dios, que es justísimo, bien tengo merecido pena tanta. Pero te suplico que me ayudes.» Aseguróle el Hermano que haría cuanto pudiera, y apenas amaneció el día comenzó á ofrecer por el difunto el sacrificio y hostia saludable. Y cuando tenía ya en las manos la hostia consagrada rogó al Señor con estas palabras: «Señor Jesucristo: si el Sultán de Babilonia tuviese en la cárcel á un esclavo suyo, y el camarero, en pago de veinte años de servicio prestado todos los días al acostarse y al levantarse, le pidiera la libertad de ese cautivo, no hay duda que el Sultán accedería. Pues bien,

Señor: vos sois más benigno que el Sultán de los Sarracenos: yo soy vuestro camarero que os he servido devotamente por muchos años: el esclavo que teneis cautivo es aquel mi querido Hermano: ruégoos que en atención á mis servicios y por vuestra clemencia le deis libertad.» Repitió estas palabras, no una, sino muchas veces y con abundantes lágrimas, y así acabó su misa. A la noche siguiente, estando en oración después de Maitines, vió á dicho Hermano ante sí en pié, con hábito blanco y hermoso, y preguntándole quién era, contestó: «Soy el Hermano de anoche.—Cómo estás? le dijo Fr. Ivón. —Bien por la gracia de Dios, contestó: Pediste mi libertad al Señor, y me la dió; y ahora voy del purgatorio á la compañía de los espíritus bienaventurados.» Y al momento desapareció.

XII. El varón religioso y veraz Fr. Guillermo de Militona (1), de la Orden de Hermanos Menores, Maestro de Teología en Paris, contó á nuestros Hermanos que cierta noche había visto en sueños una tinaja de cristal llena de vino óptimo, la cual se había roto súbitamente derramándose todo el vino. Contó esta visión á los Hermanos y Maestros Alejandro y Juan de Rupella, quienes la interpretaron diciendo que algún Maestro en Teología moriria en breve. Y en efecto, murió á los pocos días Fr. Guerrico de San Quintín, de la Orden de Predicadores, Maestro en Teología, el cual, como dijo Fray

---

(1) En otro código se lee *Nulilona* y en otro *Mulletona*.

Guillermo, era verdaderamente representado en aquella visión por la bondad de la sabiduría, profundidad de la modestia y claridad de la doctrina. Y como se doliese en gran manera de su muerte, porque le amaba tiernísimamente, se le apareció otra noche la Bienaventurada Virgen María que con indecible gloria estaba en una parte del Capítulo, y en otra Fr. Guerrico con la capucha sobre los ojos, según antes acostumbraba llevarla, al cual llamó la Virgen y le dijo: «Ven, Fr. Guerrico, á mí, y escribe los nombres de los escogidos en el libro de la vida.» Despertando dicho Fr. Guillermo se consoló de la muerte de su amigo y contó por su orden á los Hermanos lo sucedido.

XIII. A Fr. Nicolás de Juvenacio (1), Prior Provincial de la Provincia Romana, apareciósele, (según creyó ver) Fr. Raón Romano, ya mencionado, hombre religioso y fervoroso que tiempo antes había muerto, y le dijo: «Carísimo Hermano Fr. Nicolás, la Bienaventurada Virgen te manda que estés preparado, porque preparada te está la corona de la gloria.» Lo contó él á los Hermanos más allegados, y á los pocos días murió con devoción grande.

XIV. Cuando Fr. Rolán, Doctor teólogo de París, cayó enfermo en Bolonia, el Lector de los Hermanos vió en visión de la noche al Bienaventurado Domingo que escribía á los tres Hermanos, Rolán, Rodulfo y Lamberto. Otra vez vió que Fr. Rolán estaba en un aposento

---

(1) Hoy beatificado.

hermosísimo y todo adornado de pinturas. Estas dos cosas refirió él à los Hermanos antes que ninguno de los tres dichos falleciera. A los pocos días fueron muriendo uno tras otro, primero Rolàn, después Fr. Rodulfo, que había sido Rector de la iglesia de San Nicolás, y por fin Fr. Lamberto, que era Prior de los Hermanos, hombre discreto y devoto.—Por aquellos días le pareció à Fr. Juan de Vicenza presenciar una conferencia sobre el amor de Dios en las escuelas de Bolonia, y que preguntando sobre el particular à Fr. Rodulfo había dicho: «En la patria responderé perfectamente.»—Al Hermano que cuidaba de los enfermos le pareció que las camas de Fr. Lamberto y Fr. Rodulfo eran atadas con cordeles de seda encarnada y levantadas juntamente con los enfermos al cielo. Y de hecho murieron aquellos días y fueron llevados al Señor. Esto contaron los mismos que lo vieron.





## CAPÍTULO V

DE LAS PENAS DE LOS HERMANOS EN EL PURGATORIO  
POR DIVERSAS AFICIONES.

**D**os Hermanos, uno de los cuales era novicio y otro predicador antiguo en la Orden, murieron el mismo día en el convento de Colonia. Tres días después se apareció el novicio al enfermero, como éste refirió, diciéndole que por el fervor de su conversión, había salido tan pronto del purgatorio. Al mes se le apareció asimismo al enfermero el dicho predicador lleno de gloria, con una perla hermosísima en el pecho, y en el vestido muchas piedras preciosas, y corona de oro en la cabeza. Y preguntándole el Hermano cómo tan pronto había salido el novicio, y él no, y qué significaban aquellas insignias, respondió: «Yo fui detenido más tiempo en el purgatorio por mi familiaridad con los seglares

y mis palabras ociosas; pero he obtenido mayor gloria. Esta perla significa mi recta intención en Dios; las piedras preciosas indican las almas que he convertido, y la corona la gloria inefable que del Señor he alcanzado.»

II. Un Hermano llamado Gerardo, de la Provincia de Inglaterra, joven muy devoto, habiendo caído mortalmente enfermo en un convento de los Hermanos Menores de cierta población adonde había llegado, presentes tres Hermanos nuestros y dos Menores, cubrióse con la mano los ojos y à boca llena se puso à reir. Preguntóle el Subprior de los Hermanos que allí estaba, por qué se reía, y él contestó: «Porque ha venido San Aymundo nuestro rey y mártir, y toda la casa se llena de ángeles.» Y volvió à reirse aun más, diciendo: «Nuestra Señora llega, saludémosla.» Rezaron todos la *Salve*, y dijo el enfermo: «¡Oh cómo agradeció la Bienaventurada Virgen este saludo! También ella se ha sonreído.» Dirigiendo luego su vista hacia la puerta se le volvió la cara pàlida, y dijo: «Ahora viene el Señor Jesús à juzgarme.» Y puesto en agonía, como llevado à juicio, los miembros todos que antes no se movían, comenzaron à agitarse, y todo él sudaba tanto, según contó dicho Subprior, que él no era capaz de limpiarle; y presentado ante el juez con gran temor replicaba diciendo unas veces que era verdad, otras que no era así, otras suplicaba à la Bienaventurada Virgen que no le abandonase, y otras argüía à los acusadores. «¡Oh buen Jesús, decía à veces, perdóname esto poco!» Díjole entonces el Subprior: «¿Qué es eso, Hermano carísimo? ¿Le

computan los pecados pequeños con los grandes? —Así es, pobre de mí, contestó gimiendo mucho. Exhortábale el Subprior á que no desconfiase, aunque un ángel del mismo cielo le dijera lo contrario, porque era el Salvador misericordioso; y dijo el enfermo con cara más alegre: «En verdad que lo es.» Y poco después espiró, el año del Señor mil doscientos cincuenta y siete, en la fiesta de Pentecostés.

III. Cuando Fr. Ricardo, Lector en Inglaterra, estaba ya para morir, dijo: «Rogad por mí, Hermanos; que muy pronto vendrán los terribles.» Y al momento comenzó á mirar á una parte y á otra con ojos espantados, mostrando en la cara y gesto temor admirable.» Vuelto por fin á serenarse, dijo: «Bendito sea Dios: me he salvado á instancia de mis Hermanos y de los Menores, á quienes siempre amé.» Y glorificando á Dios espiró.

IV. Fr. Alano, Prior de los Hermanos Predicadores de York, ciudad de Inglaterra, llegado á los últimos instantes de su vida se le turbó horriblemente la cara y con voz espantosa comenzó á decir: «Maldita sea la hora en que me hice Religioso.» Y calló. Y poco después, sereno el rostro y sonriéndose, añadió: «No, no: bendita más bien la hora en que entré en la Orden, y bendita la gloriosísima Madre de Cristo á quien siempre he amado.» Y volvió á callar. Los Hermanos que alrededor estaban oyendo esto, con muchas lágrimas rogaban por él; y él, dos horas después, dijo al Hermano que le asistía: «Llama á mis Hermanos, pues oyó el Señor sus oraciones.» Y en habiendo ellos en-

trado, dijo: «Sin duda os habeis turbado de mis primeras palabras; he aquí lo que me ha pasado: se me presentaron demonios horribles que querían arrebatarme mi alma, y yo, fuera de mí por el temor grande, maldije mi día; y en verdad os digo, Hermanos míos, que si ahora encendiesen una hoguera de azufre que llegara de aquí al extremo de la tierra y me dieran á escoger, ó atravesar todo este fuego, ó ver de nuevo á esos demonios en la misma forma, optaría por el fuego: Poco después vino la Reina del cielo, Madre de Misericordia, y ahuyentó á los demonios; y vista ella, concebí esperanza, y por el gozo me sonrei, y bendije la hora en que entré en la Orden y á la Señora que me había salvado.» Esto dicho, descansó luego en paz. Contaron todo esto los Hermanos que presentes estuvieron.

V. En la misma Inglaterra, un Rector de cierta iglesia, rico y vicioso, que hallándose gravemente enfermo, por el temor de la muerte había tomado el hábito de nuestra Orden, y después de convalecer algún tanto lo había dejado y vuelto á los mismos crímenes, se convirtió últimamente con esta visión: Parecióle ver una mañana en sueños á Cristo sentado en los aires para juzgarle; que sobre la propia cabeza tenía escritos todos los pecados y que debajo se abría el infierno para devorarle. Clamando entonces á Cristo, lleno de terror, vió su cara más terrible é intolerable que el mismo infierno. Se apareció después uno en hábito de Hermano Predicador diciendo á Cristo: «Señor, ¿qué quieres de éste?» Y el Señor: «Que pague por sus pe-

cados ó que se vaya al infierno.» Despertando, pues, y revolviendo consigo estas cosas, con muchas lágrimas confesó sus pecados á Fray Martín, Lector de los Hermanos, y volvió con gran devoción á vestir el hábito. Cayendo otra vez enfermo al mes siguiente, y cercano ya á la muerte, dijole su confesor Fr. Martín: «No temas, carísimo, por tus pecados; confía en la misericordia de Dios; yo por mi parte, si algo de bueno he hecho en la Orden, á tí te lo doy, siempre que esperes firmemente.» Alentado el enfermo con estas palabras dió gracias, y recibidos muy devotamente los sacramentos, pasó de esta vida á la otra. Vióle después de su muerte el confesor que le despojaban de unos vestidos muy manchados y le ponían otros blanquísimos, y como le suplicase que le alcanzara de Cristo otros vestidos iguales, contestóle el difunto: «Bastan, querido Padre, para ti y para mi.» Dijo esto porque Fr. Martín le había cedido sus buenas obras, las cuales dadas no disminuyen, sino crecen.

VI. Fr. Domingo, Prior de Santarén en España (1), habiendo pedido á los Hermanos que iban al Capítulo Provincial que le obtuvieran la absolución de su cargo, y contestándole ellos que no pensara en tal cosa, dijo: «Estoy cierto que si los definidores no me oyen, me oirá el sumo Prior, Dios, antes que volvais del Capítulo.» Y así fué; pues murió antes que ellos re-

---

(1) Reino de Portugal, pero que pertenecía entonces á nuestra Provincia llamada de España, la cual abrazaba toda la península.

gresaran. Y poco antes de morir dijo á un Hermano que junto á él estaba sentado: «¿Adónde se ha ido aquella Señora que aquí estaba?» Contestó el Hermano: «Bien sabeis vos, P. Prior, que aquí no entran mujeres.» Y él: «Hablo de aquella mujer que en las manos tenía al niño Jesús, y me extraña que no la hayais visto, pues estaba delante de los ojos.» Comenzó después à santiguarse, y levantados los ojos al cielo, juntas las manos, entregó su espíritu à la Bienaventurada Virgen que había visto. Después de su muerte aparecióse visiblemente á un Hermano, el cual, como le preguntase si era Fray Domingo que poco antes había muerto, respondió él: «He muerto al mundo; pero vivo para Dios, y te ruego que digas á los Hermanos que no permitan, cuando alguno de vosotros muera, que entren en casa los seglares. Yo he padecido mucho porque á mi muerte ví á unos parientes míos, de los cuales me compadecí cuando me lloraban.»

VII. En el mismo convento hubo otro Hermano llamado Ferrando, que después de una larga enfermedad y muchos padecimientos murió, cuya cara quedó resplandeciente en gran manera, según testimonio de los Hermanos que le amartajaron. Aparecióse luego á uno de ellos que estaba durmiendo, y preguntándole éste si no era verdad que había muerto, contestó: «Muerto estoy en el cuerpo, pero vive mi alma.» Dijole el Hermano: «Qué es de Fr. Diego?» (Era éste un Hermano de aquel convento, muerto poco antes.) Respondió el aparecido: «El próximo viernes santo entrará en el cielo.» Volvió à pre-

guntar el Hermano: «Por qué sufrió esa pena?» Contestó: «Por la vanagloria que tuvo en cantar.» Preguntóle después cómo estaban en el otro mundo nuestros Hermanos, y dijo el difunto: «Bien: LOS HERMANOS QUE MUEREN EN LA ORDEN NO SE PIERDEN, PORQUE LOS ASISTE SIEMPRE AL MORIR LA BIENAVENTURADA VIRGEN.» Replicó el Hermano: «¿Cómo sabré yo que esto que me decís es verdad?» Respondió: «Hé aquí la señal: El primer Domingo de Ramos que venga, ni tocaréis la campana, ni tendréis procesión.» Llegó el día fijado, y puesto súbitamente entredicho por el obispo en la población, sucedió tal cual lo había anunciado. Comprendimos entonces que no era un sueño, sino una realidad lo acaecido. Escribió esto el mencionado Fr. Gil Español (1).

VIII. Hallándose fuera del convento predicando un Hermano de Bolonia dijo al que le acompañaba: «Hoy ha muerto tal Hermano.» (Era éste un Religioso anciano, demasiado curioso acerca de los edificios.) Díjole el compañero: «¿Cómo lo sabes que ha muerto?—Ví en sueños, contestó el otro, á ese Religioso, que iba por el cláustro arrastrándose á cuatro manos: llevaba una vara con que media las paredes, y á derecha é izquierda iban dos demonios que le azotaban con fuerza.» Volvieron al convento los dos Hermanos y hallaron que, en efecto, había muerto aquel día dicho Religioso. Y oyendo los demás la visión, rogaron por él con instancia, y después de algún tiempo fué revelado á otro que por los Bienaventurados Nicolás y Domingo, á quie-

---

(1) El Beato Gil de Santarén.

nes el anciano se encomendaba mucho, había sido por fin librado.

IX. Contó el venerable y religioso Padre Obispo de Lisboa, fraile de nuestra Orden, que cierto hermano, que acerca de los cuadernos había sido muy solícito y tenaz, se apareció quemado á un amigo suyo; y preguntando cómo ardía tanto, respondió; «¡Ay! ¡ay! cuadernos aquellos que tanto me abrasan!» Y consultándole el amigo sobre la propia conciencia, porque era muy escrupuloso, díjole el difunto: «Consulta con los discretos y haz lo que te digan.»

X. Yendo Fr. Gallardo, Subprior de los Hermanos de *Ortez*, al Capítulo Provincial de Tolosa, fué súbitamente herido de una parálisis que le dejó mudo. Y diciéndole el Prior Provincial que aquello era por haber tratado al Prior, duramente y que era castigado en la lengua con que le había ofendido, él con rostro humilde inclinó la cabeza reconociéndose, y comenzó á besar la mano del Prior y abrazarle por el cuello. Compadecido de él el Prior, y más por ver que no podía confesarse, llamados los Hermanos al Capítulo, les mandó que rezasen por él; y aquel mismo día, aunque abrasado áun por la fiebre, recobró por completo el habla, hizo devotamente confesión general, y recibidas la Comunión y Unción descansó en el Señor al tercer día. Y durmiendo aquel día mismo un varón honesto, que era familiar suyo, parecióle que le veía como predicando en la iglesia, vestido de dalmática, cual un diácono, la cara luciente, y el cuello todo de oro: y ad-

mirado de tan insólito fulgor le dijo: «No sois vos Fr. Gallardo?—Lo soy, contestó; ya sabrás que he muerto en Tolosa.—Pues cómo tanta claridad en el rostro?—Por la pura confesión que hice.—¿Por qué es de oro vuestro cuello?—En señal de la predicación y celo que tuve de las almas.» Llevóle después aparte, y por la manga de la dalmática le mostró todo su pecho y costado encendidos. Y como el otro, estupefacto, le preguntase qué era aquello, contestó: «El demasiado afán y distraimiento que yo tenía por los edificios de las casas nuevas, me abrazan como ves.—¿Cómo podremos ayudaros?—Si los Hermanos ruegan con instancia por mí, pronto seré libre.» Contó aquel amigo al Prior Provincial todo esto bajo juramento, y el Provincial mandó una circular por aquellos conventos en que dicho Hermano se había distraído edificando, con orden de que duplicasen los sufragios y oraciones por él, á fin de que no se prolongase su pena. *Escribió este caso al Maestro de la Orden el mismo Provincial de Provenza (1).*

XI. En el convento de Limoges, murió Fray Juan Ballesteros, Predicador fecundo y sutilísimo, el cual, ocho días después, se apareció á un hombre religioso, familiar suyo, como él contó, rodeado de gloria grande, y le dijo que había estado en el purgatorio siete días en castigo de la ingratitud, de los cuentos festivos y del regalo del cuerpo. Preguntándole el hombre sobre el propio estado, le contestó que no le había

---

(1) Falta esta cláusula última en el MS. de Roma.

sido revelado; pero que si perseveraba, sería salvo: que los pecados veniales que acá se reputaban pequeños, eran allá graves en la pena. Preguntado cómo había salido del purgatorio, contestó que le había mandado el Señor ángeles que lo sacaron, y que cantando lo llevaron ante Dios, y que cuanto más subía, más el gozo crecía.

XII. En el convento de Tolosa murió Fray Pedro, celador ferviente de su Orden, el cual atrajo muchos al Señor. Éste, hallándose en la enfermedad de que murió, prometió á un Hermano muy devoto suyo que después de la muerte, si el Señor le permitía, vendría á verle para que se congratulase con él, si era feliz, ó para que le ayudase, si no lo era tanto. Después de algunos meses apareciósele en sueños y le dijo que el día de la Ascensión había salido del purgatorio. Y preguntado si algunos de los Hermanos conocidos estaba allí penando, respondió que allí quedaba Fr. Guillermo, Subprior de Tolosa, el cual había muerto en Limoges la semana de Pascua.

XIII. Cierta Hermano muy religioso y predicador bueno, se apareció en sueños pocos días después de su muerte, á otro hermano muy querido suyo, quien todo aterrado le preguntó cómo le iba, y él dijo: «Muy bien, estoy muy bien.» Preguntóle: el Hermano: «¿Cómo al tiempo de morir sentías tal terror que apartabas la cara y retorcias el cuello delante de los mismos Hermanos?» Contestó: «¿No has leído que está escrito: *Los aterrados purgarán?*» y al momento desapareció.

XIV A otro Hermano muy contemplativo le pareció ver tendido en el cláustro el cuerpo de un Hermano muerto poco antes, y que la cabeza andaba rodando sola alrededor de una fuente que cerca había. Y como preguntase qué era aquello, respondió el muerto: «Yo soy Fray Fulano, que estoy padeciendo mucho por haber tomado vino puro con el objeto de dormir, mientras los demás lo bebían aguado. Rogad por mí, que por eso me he aparecido en esta forma.»

De todo lo dicho resulta claro cómo por el afecto de los parientes, por la vanagloria en cantar, por la curiosidad en los edificios, por el amor y tenacidad de los libros, por la vehemencia en quejarse, por la avidez de beber, por la dilación de confesarse, por la irreverencia á los prelados, por el distraimiento de los negocios seculares, por la ingratitud á los beneficios, por el excesivo cuidado del cuerpo, por la jovialidad y lijereza de las palabras, por el exceso, aunque se crea útil, y por otras cosas que nos parecen leves, son en la muerte y después de la muerte castigados los Hermanos. Por donde es preciso guardarse de todo, y si hemos faltado, quemarse aquí, cortarse aquí, porque eternamente se nos perdone.





## CAPÍTULO VI

DE LAS ASECHANZAS DEL DIABLO QUE OBSERVA  
EL CALCAÑAL.

**C**ONTÓ y escribió Fr. Raimundo de Lausana, ya nombrado, que estando á punto de morir en el convento de Lyon de Francia un Hermano llamado Fray Pedro, dijo, oyéndolo el Prior y él mismo que allí estaba: «¿Qué haces aquí, bestia cruel?» Dijo entonces el Prior: «¿Qué es eso, Hermano?» —Que está aquí el demonio, contestó el moribundo, bajo la forma de una mala vieja; pero no podrá conmigo, porque la fe verdadera me salva.» Y poco después murió.

II. Cayó en Nápoles enfermo un novicio, al cual se le apareció el diablo trasfigurado en ángel de luz y comenzó á persuadirle que no hablara ya con nadie ni confesara un pecado que entonces le había venido á la memoria, y

que nunca había confesado. Hacíalo así el novicio, y viendo los Hermanos que no quería hablar ni contestar á cosa alguna, creyéronle seducido y llamaron á Fr. Nicolás de Juvenacio, hombre santo y literato, el cual con razones y ejemplos mostró al enfermo que aquel silencio era engaño del demonio que le había tendido un lazo para llevarle consigo al infierno. Por fin, á fuerza de razones y oraciones de los Hermanos, salió de las fauces de Satanás, habló, se confesó, descubrió el fraude diabólico, y al poco murió en confesión santa.

III. Agonizando otro novicio en el convento de Bolonia y recibidos devotamente los sacramentos, aparecióronsele dos demonios en figura de ángeles buenos, y le dijeron: «Estás tan gravado, que no podemos recibirte en nuestro reino; pero si quieres seguir nuestro consejo, vendremos á tí dentro de pocos días y te llevaremos á la misma gloria que nosotros gozamos.» Contestó que así lo haría, y ellos le mandaron que guardara en lo sucesivo un tal silencio, que á nadie absolutamente hablara una palabra. Así lo prometió el enfermo, y ellos, al marchar, le trajeron á la memoria un pecado que por ciego olvido jamás había confesado. Visitóle en seguida un buen Hermano, familiar suyo, quien observando tan oficioso silencio y conociendo ser ardid del maligno, le manifestó con razones y ejemplos de los santos, cómo los demonios, que observan el calcañal, bajo especie de santidad trabajan por engañar á los fieles, singularmente en el trance postrero: con cuya exhortación inspirado el enfermo mandó llamar á Fr. Enrique de Bradío,

hombre santo, á quien confesó aquel pecado, y absuelto que fué más plenamente por la autoridad del Prior, después de referir por su orden la ilusión dicha del diablo, en presencia de muchos Hermanos, descansó tranquilamente. El que esto vió, lo contó.

IV. En el convento de Aviñón, Provenza, hubo un Hermano, por nombre Fr. Bertrán, predicador y cantor devoto, el cual descansando en su cama una noche de invierno comenzó á cantar para sí: «*El crucificado se levantó de entre los muertos (1).*» Y de repente oyó esta voz: «Mucho cuidado, Hermano, que no verás el tiempo en que se canta esto.» Refirió el caso á un Hermano bueno, que fué quien me lo dijo á mí; y enviado después á Orange, donde había nacido, cayó enfermo, é hizo que le llevasen á la casa de los Hermanos Menores: y estando ya en peligro de morir, en presencia del confesor dijo: «Por Dios, quitadme de encima de la cabeza estos quesos que me oprimen.» (Había él reunido aquellos días muchos quesos para las necesidades de los Hermanos. Repitió esto varias veces, con admiración de los presentes, que no veían queso alguno; pero el confesor, suponiendo lo que podría ser, le dijo: «No temas, carísimo; si en algo faltaste buscando quesos, yo te absuelvo con la autoridad de Dios y de la Orden.» Calló al instante, y luégo comenzó á pasar la mano por delante de la cara, como espantando moscas. Dijole su compañero: «¿Por qué haces eso,

---

(1) *Crucifixus surrexit a mortuis.*

Hermano?—Porque veo delante demonios,» contestó. El compañero cogió la cruz que allí había y se la entregó diciéndole: «Defiéndete con ella.» Tomóla el enfermo fuertemente, y santiguándose con ella comenzó á besarla, y llorando dijo: «*Tu eres la vara de dirección, la vara del reino (1);* y así otras cosas. Puesta la cruz en lugar honesto, dijo otra vez: «Estoy viendo al Bienaventurado Agustín.» Habíale tenido especial devoción y hacía de él memoria todos los días. Contestó el compañero: «Grande Santo es, y Padre: bien puede ayudarte.» Después comenzó á cantar, como podía, la *Salve*, y cantándola se fué al Señor; y fué sepultado con gran devoción por los Hermanos Menores y tres de los nuestros, los cuales nos contaron estas cosas.

V. En el convento de Marsella hubo un enfermo, llamado Fr. Esteban, joven de pocos años, velado como muerto por los Hermanos, el cual estuvo así en agonía toda la noche de la Exaltación de la Santa Cruz; cuando hé aquí que de repente comenzó á extender los brazos y clamar: «Mirad la Cruz del Señor: yo la estoy viendo en el cielo mientras vosotros celebráis hoy su fiesta en la tierra.» Estupefacto el Prior cogió la cruz que, según costumbre, se coloca en frente del que muere, y presentándosela le dijo: «Hé aquí, hijo mío, la señal de la Cruz de Dios.—No veo esa cruz, contestó el enfermo, sino la verdadera Cruz de Cristo levantada en

---

(1) Son palabras del salmo cuarenta y cuatro.

los cielos.» Y como de nuevo le presentasen la misma cruz, insistía él diciendo lo mismo, increpaba á los que allí estaban y les decía: «¿Pero no la veis rutilante? no la veis?» Y vuelto luégo al Prior, llorando, dijo: «Hé aquí cómo quiso engañarme el enemigo: llegóse á mí con una caterva de demonios para arrebatarme como á siervo suyo, y diciéndole yo que no quería nada con él, que era siervo y discípulo de Cristo, contestó: «Eres más bien mio, porque tomaste ayer vino sin licencia y contra el consejo del médico.» En oyendo esto el Prior, que lo era Fr. Pedro de Casis, hombre muy religioso, dijo al enfermo: «Confíesalo, hijo, con dolor de corazón y darás al diablo chasco grande.» Hizolo así, y bendiciendo á Dios y cantando á la Bienaventurada María, durmió en paz. Contóme esto el mismo Prior.

VI. Hubo en el mismo convento otro Hermano llamado Guillermo, antiguo, y que al principio de la Orden había trabajado mucho, el cual la noche que murió, según me dijo un buen Hermano que le asistía, miraba frecuentemente y como aterrado á una pared inmediata. Supuso el enfermero que estaría allí la bestia cruenta que á Martín se apareció, y que se lee estaba esperando en el brazo de la cruz: y preguntando al enfermo si veía alguna cosa maligna, hizo éste seña con la cabeza que sí. Entonces el Hermano roció la pared y la cama con agua bendita, diciendo la oración; después de lo cual, alegre el enfermo, se inclinó humildemente. Mas el servidor, no olvidando el miedo pasado del moribundo, le animó á la confianza en la mise-

ricordia de Dios y pasión de Cristo, y en el auxilio de la Bienaventurada María, con que comenzó á llorar, y poco después con esta devoción espiró. Había predicado muy devotamente el domingo anterior, sobre aquel verso del salmo: *Me alegré en las cosas que me fueron dichas: Irémos á la casa del Señor.*





## CAPÍTULO VII

DE CÓMO SE DEBE SOCORRER Á LOS DIFUNTOS.

**F**RAY Bertrán (1), varón santo y compañero del Bienaventurado Domingo, y primer Provincial de Provenza, casi todos los días decía la Misa por sus pecados. Observando esto en el convento de Mompeller Fr. Benito, varón bueno y prudente, preguntóle por qué celebraba tantas veces por sus pecados y no por los difuntos. Respondió Fr. Bertrán: «Porque los difuntos por los cuales ruega la Iglesia seguros están, y es cierto que llegarán á la gloria. Mas nosotros pecadores nos vemos en muchos peligros, y titubeando:» díjole el Hermano: «Respondedme, Prior carísimo: si estuviesen aquí dos mendigos igualmente pobres, uno con todos los miembros sanos y otro sin ninguno, ¿á quién socorreríais primero?» Respondió: «Al que ménos pudiera valerse.» Dijo en-

---

(1) El Beato Bertrán de Garriga.

tonces Fr. Benito: «Así son los difuntos, los cuales ni tienen boca para confesarse, ni oídos para oír, ni ojos para llorar, ni manos para trabajar, ni pies para peregrinar; sino que sólo ansían y esperan nuestro socorro. Los pecadores, por el contrario, pueden ser ayudados con todas esas cosas, además de nuestros sufragios.» Como ni por estas razones se aquietase el Prior, se le apareció la noche siguiente un difunto terrible que con un féretro de madera comenzó á golpearle, repitiendo esto, despertándole, aterrándole, atormentándole, más de diez veces aquella noche. Apenas llegó la aurora, se levantó, llamó á Fr. Benito, y acercándose con lágrimas al altar, celebró entonces devotamente por los difuntos. Esto oyó de boca del mismo Fr. Benito el que lo escribió al Maestro de la Orden.

II. Un Hermano que andaba predicando, llegó á cierto pueblo y se hospedó en una casa, desde cuya solana, donde por la tarde descansaba, observó que en la casa inmediata había unos jóvenes que se habían reunido para acompañar á un difunto, los cuales velaban entregados á juegos obscenos. Púsose él á llorar amargamente la locura de aquellos perdidos, y apenas se acostó en su cama, se dejó ver uno que dijo: «Vengo de parte de las almas del purgatorio á hacer presente á los poseedores de los bienes que ellas han dejado: *Apiadaos de mí, apiadaos de mí, al ménos vosotros, amigos míos, porque la mano del Señor me ha tocado.* Y al Hermano le dijo: «Mañana predicarás sobre estas palabras, reprendrás los juegos execrables que has visto y exhortarás á los hombres á que socorran á las almas de los

difuntos.» Al día siguiente, enterrado aquel muerto, refirió á los pueblos que habian concurrido la embajada de las almas, y predicó en tal forma, que todos, desde el primero hasta el último, vertían abundancia de lágrimas, detestaron los juegos y cobraron fervor admirable para socorrer á los prójimos difuntos.

III. Fr. Raón Romano, ya mencionado, hombre de santidad máxima, dijo en una plática á los Hermanos que había entre ellos uno que nada temía tanto como morir con deuda á los difuntos. Y sucedió que, habiendo muerto un Hermano con esa deuda, después de largo tiempo se apareció triste y quemado á otro confidente suyo, y preguntado cómo en tanto tiempo no había sido purgado, dijo: «Porque no he recibido socorro alguno, como otros difuntos recibieron los sufragios que se les debían; y así pido y espero la misericordia de Dios y la vuestra.»

IV. Paseando y rezando salmos por el claustro el Prior del convento de Clermont, un domingo de noche, cogióle por la mano un Converso muerto aquellos días y le dijo: «P. Prior: decid á los Hermanos que hacen muy mal en no pagar mi deuda.» El Prior sintió la mano y conoció la voz, pero no vió á nadie; y estupefacto convocó á los Hermanos en el Capítulo, dijoles lo que había oído, y halló que muchos no habían pagado al difunto lo que le debían; por lo cual les encargó que no retardasen el socorrer al angustiado.

V. Un Hermano Lombardo, gran Predicador y celador de la Orden, hallándose un día muy triste, se fué, por distraerse, al rio, donde al

quererse bañar sin licencia, se ahogó, no obstante la poca agua y su destreza en nadar. Un Hermano, que mucho le quería, comenzó á encomendarle á Dios, haciendo por él frecuentes penitencias y derramando muchas lágrimas, hasta que cierta noche se le apareció en sueños el difunto con capa vil y la capucha rota, y preguntado cómo estaba, dijo: «No estoy condenado, pero me quemó en horrible fuego.» Y le mostró los brazos, que sin licencia y por deleite había extendido para nadar, penetrados de fuego hasta los huesos. «¿Puedo yo, dijo el Hermano, aliviarte en algo?—Puedes, contestó, orando, celebrando y encargando á los Hermanos que paguen la deuda y sobreañadan gracia.» Mízolo así el Hermano; rogó á los amigos especiales y á los Hermanos que con instancia le encomendaran en las oraciones, y poco después se le volvió á presentar el mismo con hábito hermoso y rostro agraciado, pero algo pálido, y preguntado cómo estaba, contestó que estaba bien, pero que aún esperaba lo mejor: y dijo muchas cosas del purgatorio y del paraíso. *Esto mandó escrito dicho Hermano al Maestro de la Orden, con otras cosas que por no pertenecer á este título no fueron aquí puestas (1).*

VI. Fr. Mateo, Español, Lector y predicador devoto, y entre los Hermanos muy religioso, lo mismo cuando estudiaba en París, que cuando enseñaba en su Provincia, nueve días después de su defunción aparecióse á un Hermano que estaba orando, y preguntándole el Hermano

---

(1) Falta esta conclusión en el códice de Roma.

cómo le iba, respondió: «Bien, porque voy ya purificado à Cristo.» Asombrado el Hermano replicó: «¿Pues, cómo has estado tanto tiempo en el purgatorio?—Por negligencia de mis Hermanos, contestó: si hubiesen pagado al momento la deuda, en tres días hubiera salido.»





## CAPÍTULO VIII

DEL MAL PARADERO DE LOS APÓSTATAS  
Y DE OTROS QUE SALIERON CON LICENCIA  
DEL PAPA.



DESPUÉS de haber hablado de la muerte ya feliz, ya angustiada de los Hermanos, resta que digamos algo del miserable paradero de aquellos que despreciaron la hermandad, y como apóstatas, dejaron su domicilio.

I. Cierta Hermano, antiguo en la Orden, y elocuente, y muy amable á los magnates, llevado del amor á un hermano carnal suyo, llegó á tal miseria, que dejó la Orden, y dedicándose á la alquimia para enriquecer al hermano, se fué á Cerdeña, porque oyó que allí había minerales á propósito, y por esconderse mejor, pues no moraban entonces nuestros Hermanos en aquella isla. Después de un año, y más, pasado

temerariamente en aquel fraude, cayó enfermo de muerte, y no pudiendo hallar ningún Hermano, dijo á dos clérigos que con él andaban errantes: «Me muero, amigos míos, fuera de la Orden que yo, miserable y carnal, abandoné.—Tengo, sin embargo, en la maleta un hábito que os ruego me vistáis para ser con él enterrado.» Mas, al quererle vestir, se cubrió de repente y de tal manera el cuerpo de gusanos que, espantados los clérigos y cubiertos también ellos, huyeron, y ni aun la tierra suficiente se atrevieron á echar sobre el difunto por temor á la multitud de aquellos gusanos.

II. Otro, de los más insignes de su Provincia, salido de la Orden y aborrecido de los amigos, llegó á tal desventura que se vió precisado á robar para comer: vivió después largo tiempo con un excomulgado y usurero público, anotando sus cuentas y enseñando á su hijo; y por fin murió miserablemente entre los excomulgados.

III. Otro, á quien por sus pecados habían preso los Hermanos, huyendo de la disciplina de la Orden, obtuvo del Señor Papa licencia para entrar en el monasterio del Bienaventurado Victor de Marsella. Recibido en él, como gran predicador que era, alegráronse mucho los monjes, y llevábale consigo el abad cual á maestro insigne. Mas á los pocos años promovió tal sedición entre el abad y los monjes, y entre el monasterio y el arzobispo de Aix, que costó al monasterio muchos miles sin provecho alguno. Por fin le expulsaron como á engañador el abad y los monjes, y le obligaron á abandonar toda la provincia.

IV. Otro apóstata de nuestra Orden que entró en el monasterio de *Casa Dei*, fué de él arrojado ignominiosamente por las muchas discordias y deudas con que le había lacerado.

V. Hubo uno en Francia, inquisidor contra los herejes, de tanto renombre, que toda la Francia temía su cara, y le tenían todos en reverencia grande, hasta los mismos Maestros. A éste, pues, por su soberbia y porque no quería regirse por el consejo de sus mayores, confiado en el favor popular, y también por sus insolencias, le encerraron los Hermanos en la cárcel, hasta que después de largo tiempo de prisión obtuvieron sus amigos del Señor Papa que fuera libre y pasara á otra Orden. Entró primero en la de los Hermanos de la Trinidad, y luego en el dicho monasterio de San Victor; pero de una y otra parte fué expulsado por sus maldades. Entró después en Claraval, donde al principio fué tenido en mucha consideración; pero muy pronto comenzó á sembrar discordias, hasta que descubiertas sus miserias, que Dios no permitió se ocultasen largo tiempo, fué reducido á situación desgraciada en aquel convento, y poco después, confundido ante muchos, lleno de vergüenza y de pena, murió.

VI. Otro que había leído las *Sentencias* en París, y que apostató de la Orden por no sufrir ciertas restricciones que le habían impuesto, entró en los Premonstratenses, visto que no le admitían en la Provincia en que había dado escándalos, y el mismo día de Pascua, acometido de convulsiones horribles, sin que por esto se reconociese, y cayendo por último en una para-

lisis, murió miserablemente en París, donde aspiraba que le hiciesen doctor en Teología.

VII. Otro en Francia, querido de los Hermanos y dotado de bellas prendas, el cual había apostatado en medio de una tribulación, pidió después al Provincial misericordia, y diciéndole el Provincial que haría porque le admitiesen en otro convento, si quería, pero no en el mismo del cual había salido, por ciertas razones especiales, él le contestó con soberbia y se marchó, cayendo en tal miseria que no encontraba ni lo necesario para vivir. Poco tiempo después, al pasar en lancha un brazo de mar, se sumergió y ahogó.

VIII. Otro Hermano muy noble, de familia de condes, después de estar algún tiempo en la Religión, pidió al Papa licencia para pasarse á ciertos canónigos Regulares, alegando que no podía soportar las austeridades de nuestra Orden. Así lo hizo; fué elegido Preósito de aquellos Canónigos: se apeló; marchó á la curia; litigó largo tiempo; ganó, y al volver murió en el mismo camino, obtenida apenas la dignidad.

IX. Otro, de buenas dotes naturales, gracioso en cantar, en leer, en escribir, en predicar, en dictar, hermoso de cuerpo, amable á los hombres, siendo coartado en sus predicaciones, de que gustaba mucho, porque así creyeron los mayores que convenia, alcanzó licencia del Papa, por medio de un obispo pariente suyo, para pasarse á cierta abadía de Canónigos Regulares, con la esperanza de ser promovido abad mediante aquel obispo. Mas sucedió que el día en que se cumplía el año de su salida de nuestra

Orden y de la entrada en la otra, ejercitándose unos jóvenes en el pátio de la abadía en el manejo de la ballesta, presente él y mirando, rebotó una de las saetas y se le clavó en el ojo hiriéndole gravísimamente. Llevado à Paris para que le curasen, y no aprovechando remedio alguno, murió lleno de dolor y angustia.

X. Otro, admirablemente dotado en lo natural, simpático y querido de todos, llevado de ligereza salió de la Orden y se hizo monje negro (1). Le dieron luégo un noble Priorato en una ciudad de Lombardía que pertenecía al señor Conrado, hijo del señor Federico, emperador, y tomando intimidad con el señor Conrado, por su afabilidad y cultura, vino á ser grande en la corte, y se entregó á las vanidades del siglo: tenía perros y aves y ocupàbase en la caza. Viniendo un día á Salerno, mandó delante su servidumbre que le preparase hospedaje; y llegado él después y puesto á la mesa, al principio de la comida apoyó la cabeza contra la pared, y así quedó repentinamente muerto.

XI. Hubo otro en Francia, ya viejo, persona respetable, literato, predicador bueno, conocido en la corte del rey y en la Universidad parisiense y de casi todos los grandes, el cual, después de haber andado mucho y hecho gran fruto, fué por fin coartado de sus mayores en la predicación por ciertas cosas que habían oído, y le ofrecieron, por respeto à su persona, que estuviese donde quisiera, en la enfermería ó en el hospicio, exento de los oficios comunes del con-

---

(1) Benedictino.

vento, á causa de su vejez y debilidad. Pero él lo llevó tan á mal, que instigado del diablo, se fué á la corte, que entonces estaba en Lyón, y por medio de algunos grandes, amigos suyos, obtuvo permiso para trasladarse á otra Orden. Y sucedió, por justa venganza de Dios en él, que así como antes, cuando llevaba el hábito de la Orden, era en todas partes recibido como un angel de Dios, así después no halló Religión alguna ni de blancos, ni de negros, que quisiera recibirle, ni áun siquiera casa donde hospedarse para descansar: y hasta un sobrino suyo, á quien él estando en la Orden había procurado un canonicato en cierta noble iglesia, no podía después verle ni darle la menor cosa, cuando antes con tanta reverencia le miraba. Y corriendo así de un punto á otro, siempre miserable y despreciado, llegó á un lugar vecino al convento de Artois, al cual tiempo antes había pertenecido, donde le acometió la enfermedad extrema. Llamó entonces á los Hermanos que vinieran á auxiliarle; pero cuando éstos llegaron, y eso que el convento no distaba más de dos leguas, ya estaba él difunto. Es de creer, sin embargo, que le habrá mirado la piedad divina por las oraciones de aquellos que él había convertido; pues delante del sacerdote, y de la señora del lugar, y de otros muchos se acusó gravemente, alabó en gran manera á la Orden, juzgándose indigno de llevar su hábito, y murió después de recibir devotamente los sacramentos.





## CAPÍTULO .IX

DE MUCHOS HERMANOS QUE OBRARON MILAGROS  
DESPUÉS DE SU MUERTE.



honra y gloria de Jesucristo referiremos lo que nuestros Hermanos de España nos han escrito de Fr. Pelagio, español, el cual después de haber trabajado fiel, fervorosa y humildemente por mucho tiempo en predicar y confesar, descansó en el Señor, rodeado de sus Hermanos, en el convento de Coimbra, reino de Portugal. Sea el primer prodigio que contemos lo acaecido en su tumba; pues haciendo junto á ella un hoyo para enterrar á otro Hermano, brotó un tan admirable olor y salieron tan suaves vapores que al cavador y Hermanos que allí estaban dejaron enteramente perfumados.—Dicho cavador tenía una hija tan enferma que hacía tiempo no podía levantarse de la cama, y marchando él seguidamente á casa

la ofreció á Fr. Pelagio, con lo cual, y sin otro remedio, se levantó ella al instante, tomó un cántaro y se fué al rio, plenamente curada.— Queriendo los Hermanos de aquel lugar hacer una campana, y hallando de falta mucho cobre, por error del campanero, un Hermano que estaba en oración se levantó, cogió tierra del sepulcro de Fr. Pelagio, la echó en el horno, y acto continuo se convirtió en cobre con que se hizo la campana, sobrando aún ciento veintiseis libras, que fueron repartidas entre los fieles, además de la parte que los Hermanos se guardaron. Según juicio del fabricante faltaba más de la tercera parte para completar la campana.—A una mujer que padecía de estómago y costado, le aplicó su marido ropa de Fr. Pelagio en las partes que dolían, y fué al momento curada. Lo mismo sucedió á otro hombre docto.—A un escudero de Coimbra, que padecía terriblemente de una fiebre aguda, le aplicaron al cuello sus amigos tierra del sepulcro, y la fiebre desapareció al momento.—Otro Hermano del mismo convento que se abrasaba en igual enfermedad, se postró sobre el sepulcro y no sintió más fiebre.—Otro hombre cargado de pecados mortales que, aunque quería, no podía confesarse por la dureza del corazón, vino al sepulcro de Fr. Pelagio, rogando afectuosamente que le alcanzara una confesión dolorosa, y poco después sintió súbitamente tal contrición, que por las lágrimas y sollozos apenas podía expresarse, según el confesor dijo.—Un ciego que algunas veces se había confesado con dicho Hermano, oídos sus milagros, con mucha humildad se encomendó

á él, y al momento recobró la vista.—Visitaron asimismo su sepulcro en diversos tiempos, dando á Dios y á él gracias, cinco endemoniados que á su invocación se habían curado.—Item, ¡cosa aún más admirable! dos sarracenas que en Coimbre padecían fiebres vehementes, tomaron tierra de la tumba, y por la divina misericordia se curaron.

II. En la misma Provincia de España floreció Fr. Pedro Gonzalez (1), el cual está honoríficamente sepultado en la Iglesia de Tuy, donde á su invocación se obran muchos milagros; tanto, que el venerable obispo de la ciudad trasmitió bajo su sello más de ciento ochenta milagros, por hombres discretos y fidedignos examinados y por testigos jurados, al Capítulo General que se celebró en Tolosa, año del Señor mil doscientos cincuenta y ocho. Entre los cuales milagros se cuentan cinco leprosos curados, con diez endemoniados y gran número de ciegos, sordos, mudos, contrahechos y calenturientos.—Uno que, tropezando con un matorral se le hincaron en el ojo dos espinas, tan hondamente que no era posible extraerlas ni aún verlas, invocó el auxilio de Fr. Pedro y al instante cayeron por sí las espinas y quedó perfectamente curado.—Una mujer que hacía siete (2) semanas había perdido la leche, viéndose en la necesidad de entregar su hijo á otra con gran dolor suyo, porque era muy pobre, se fué al sepulcro del Hermano, donde oró, y al volver se sintió llena de leche con que

---

(1) San Telmo.

(2) El MS. de Salamanca dice *seis*.

crió al hijo.—Unos marinos que se hallaban en peligro grande invocaron á Fr. Pedro Gonzalez, quien de repente se les apareció diciendo: «Aquí estoy.» Y confortándolos los condujo al puerto.—Una madre que al pasar en una lancha un río profundo, llena de miedo, cayó en el agua con un niño que en el regazo llevaba, después de haberse sumergido por cinco veces, invocando Fr. Pedro por ella al caer y por el marido que á la orilla estaba, salió del peligro sana y buena con su niño.—Otro afirmó bajo juramento que habiendo estado por seis meses acometido de calenturas y el vientre entumecido de tal suerte que ni con báculo podía apenas moverse, apareciósele Fr. Pedro y le dijo: «Ven á mi sepulcro y te curarás.» Fué, y al instante quedó sano.

III. Muerto después de una santa vida el venerable Fr. Colón, Prior un tiempo de Mompeller, hombre *prudente como la serpiente y sencillo como la paloma*, fué sepultado en el atrio de la Bienaventurada María de Frejús, en la Provenza, á cuyo sepulcro quedaron sanos dos paralíticos y muchos otros enfermos, siendo en adelante venerado del pueblo y del clero.

IV. Contó á nuestros Hermanos Fr. Ponce, hombre religioso y veraz, de la Orden de los Menores, que sobre el sepulcro de nuestro Fray Mauricio, predicador ferviente del convento de Tolosa, muerto y sepultado en la casa de los Hermanos Menores de *Albia*, habían recobrado la salud más de cinco (1) enfermos y calentu-

---

(1) Otros leen *cinuenta*.

rientos, según él lo había comprobado con testigos oculares.

V. Habiendo muerto en Burdeos Fr. Guillermo de Sissac, Prior Provincial de Provenza, hombre religioso y veraz y abundante en entrañas de misericordia, algunas mujeres religiosas, familiares de los Hermanos, que se dolían mucho de su muerte, vieron luminares que descendían sobre el sepulcro, con que se llenaron de consuelo, y así lo dijeron à los Hermanos.—El Maestro Pedro, Rector de los estudiantes de Burdeos, oida la muerte del hombre de Dios y confiado en su santidad que había conocido, como padeciese dolor de dientes, se fué al otro día à su sepulcro, y frotando con aquella tierra la garganta vióse libre del dolor, según él mismo dijo delante de muchos estudiantes.

VI. Fr. Domingo de Valencia, del convento de *Ortez*, enviado à predicar à *Bansas*, pueblo de la Vasconia, después de muchos trabajos soporados en las predicaciones, confesiones y observancia regular, murió en el Señor en el hospital de pobres de dicho pueblo y fué enterrado, él pobre, por los mismos pobres, à cuyo sepulcro sanaron muchos de diversas enfermedades.—Habiendo dado las medias del difunto una Hermana del hospital à un pobre peregrino, quizá sin licencia, aquella misma noche se le apareció en sueños el Religioso reclamándolas, y se apareció igualmente al peregrino mandándole que las devolviese al hospital, como lo hizo, y dividiéndolas los Hermanos en pequeñas partes las repartieron entre los enfermos, con que muchos sanaron.—Uno que por largo tiempo había es-

tado muy enfermo y recobrada la salud había salido, repentinamente fué acometido de una fiebre que le obligó á volver, pidiendo al Prior del hospital misericordia. El Prior le dijo: «Vete al sepulcro de Fr. Domingo, que ahora está enterrado fuera, y si creyeres, serás sano.» Se fué y al momento quedó sano.—Un sacerdote del hospital, que padecía fuertes dolores en la cara, visitó el sepulcro, lo besó devotamente y se puso bueno.

VII. Fr. Bernardo de Cancio, de vida venerable y fervor extraordinario en la predicación, martillo de los herejes y consolador de los fieles, por quien, áun vivo, obró el Señor muchos milagros y atrajo muchas almas á la verdadera fé y verdadera caridad, habiendo muerto con gran devoción en Agén, dejóse ver la misma noche á un Hermano que oraba en la iglesia de la Orden de Tolosa, vestido de hábito resplandeciente, y le dijo: «Vamos á la Iglesia de la Bienaventurada María.» Y siguiéndole el Hermano hasta las puertas de la iglesia que se dice *Dorada*, uno de *Anarca* oyóle decir con devoción: *Comerán los pobres y se saciarán*, etc., hasta *Se acordarán* (1). Y en habiéndolo entrado, le vió elevarse revestido de alba preclarísima de sacerdote. Despertó lleno de consuelo el Hermano y después de dos días oyó que aquella misma noche y hora había muerto; á cuyo sepulcro fueron muchos curados.

VIII. Cuando Fr. Gualterio Teutónico durmió en el Señor en la casa de Basilea, un Lector

---

(1) *Ederit pauperes*, etc.: palabras del Salmo XXI.

de los Hermanos, que estaba en Strasburgo, oyó en sueños los coros de los ángeles que cantaban el responsorio: *En fragancia admirable de olor*: y comprendiendo que llevaban algún alma, preguntó quién era, y le fué respondido que era el alma de Fr. Gualterio. Apenas por la mañana lo hubo contado á los Hermanos, llegó de Basilea un nuncio que les dió parte de la muerte de dicho Hermano.—Hallándose en las angustias del alumbramiento una matrona de Strasburgo, rogó al Señor que por los méritos de Fr. Gualterio la socorriese; y hecho esto se quedó dormida, y durmiendo dió á luz, según ella misma contó á los Hermanos.

IX. Exhumando los felices huesos de Fray Volicnardo, de buena memoria, sucesor de Fray Gualterio en el priorato, hallaron haber crecido y que estaba prominente sobre el pecho, donde èl acostumbraba apretar la cruz, otra cruz tan bien fabricada que sólo un superior artífice pudo hacerla.

X. Un Hermano joven, por nombre Conrado, de Alemania, que desde sus tiernos años había guardado la castidad de su carne, dijo á su tío Fr. Alberto el primer año de su sacerdocio que la Bienaventurada Virgen le había anunciado que en breve moriría. Así sucedió en verdad, y fué sepultado en el convento de unas monjas, porque los Hermanos habían sido arrojados por los impíos de su convento. Una de éstas, que estaba enferma, acercóse con devoción y confianza al sepulcro del Hermano pidiendo al Señor por sus méritos la sanidad, y al punto se vió libre del mal que cinco años continuos venía padeciendo.

XI. Cuando los Hermanos exhumaron el bienaventurado cuerpo del ya referido Fr. Conrado, Prior un tiempo de Constanza, hombre de todos querido, el cual estaba enterrado en la iglesia de los Hermanos de *Emburck*, salió un tan suave olor de sus miembros, que no solo perfumó á todos, sino que los excitó á la devoción. Las manos que tocaron el cuerpo conservaron mucho tiempo aquel olor suavísimo: y uno que tenía la mano parálitica y los dedos trémulos, tocando un dedo de aquellas reliquias, recobró por completo la salud. Según testimonio de muchas personas, ya en vida había obrado este Hermano muchos y grandes prodigios.

XII. Hubo en el convento de Tolosa un Hermano llamado Fr. Bernardo de *Trasversa*, vasco de origen, verdadero obediente y predicador sobremanera devoto, el cual habiendo muerto en la ciudad de Urgel y sepultado en el claústro, hace el Señor por él muchos milagros. A su sepulcro quedó libre una joven endemoniada; doce ciegos fueron en distintos tiempos alumbrados; tres sordos, siete cojos, cuatro contrahechos y otros más de treinta enfermos, invocándole, sanaron, como testifican los venerables canónigos de la misma iglesia y los enfermos que experimentaron los beneficios.—Una joven á quien por creerla muerta la habían ya cerrado los ojos, revivió de esta manera: Dirigióse el padre llorando á Fr. Bernardo y le dijo: «Oh Bienaventurado Bernardo! devuélveme mi hija, que desde ahora te la ofrezco.» Abrió la joven sus ojos y quedó completamente buena.—Un presbitero que era atormentado de graves cuar-

tanas encomendóse al Hermano y sanó al momento.—Otro que hacía dos años padecía el mismo mal, invocado el auxilio del mismo, instantáneamente quedó curado.

XIII. Dos jóvenes que invocaron á Fr. Isnar, de buena memoria, Prior de Pavía, viéronse milagrosamente libres de la cárcel, sin que pudieran los guardias alcanzarlos, en testimonio de lo cual depositaron los grillos sobre el sepulcro de dicho Hermano.—Otro que tenía un hijo paralítico de un brazo, pierna y lengua, invocando á Fr. Isnar, tocó los miembros áridos del hijo y al momento recobraron la soltura.—Una Religiosa del convento de Josafat, cerca de Pavía, pegó tan gran garrotazo á un cerdo que le dejó por muerto. Arrepentida de su lijereza y temerosa de un castigo, invocó con lágrimas á Fr. Isnar, y por sus méritos devolvió al cerdo la vida *Aquel que salva hombres y jumentos (1)*.—Otra Religiosa de la Orden de los Humillados ofreció á Fr. Isnar tres salterios si la libraba de una debilidad de nervios que la tenía en cama postrada hacia un año; y hecha esta oferta se sintió sana.

XIV. Fué en el convento de Valenciens, Provincia de Francia, un Hermano llamado Fray Juan de *Escalinis*, débil de cuerpo, en su enfermedad resignado, en la contemplación sublime, de corazón humilde y predicador devoto, el cual á un familiar suyo contó en secreto que se había visto á sí mismo en sueños en un palacio clarísimo, gozando de nobilísima y gra-

---

(1) Expresión de la Escritura.

tísima compañía, y que había allí oído melodía dulcísima de unos que cantaban: *Este es el que despreció la vida del mundo, etc.*, hasta en el número de los Santos. A los pocos días murió con muerte santa.—Un Hermano converso del mismo convento que en cierta parte del cuerpo sufría dolores intolerables, sin poderse sentar, desahuciado ya de los médicos, se fué al sepulcro de dicho Hermano, lleno de fé, y para siempre se vió libre de tales dolores. Lo contó el mismo converso al que esto escribe.

XV. En el convento de Lyon hubo un Hermano, por nombre Fr. Chamberto, celador grande de las almas, que después de haber predicado veinte años ó más por las montañas de Saboya y sus alrededores, hallándose en una villa llamada *Aguabella*, en la cual paraba todos los días y donde había celebrado su primera Misa, y predicando había conseguido mucho fruto, sintióse un día muy mal y dijo: «Preparadme las cosas para la Misa, porque aquí, donde dije la primera, diré la última.» La cual celebrada devotamente, hizo que le diesen la Extremaunción, y edificando con palabras santas y la devoción de su fé á muchos que habían afluído, poco después durmió en el Señor. Concurrieron no pocos pueblos á su sepultura, y se dice que fueron muchísimos curados de varios males, y se aumentaron las limosnas á la iglesia de los Canónigos Regulares, donde fué enterrado.

XVI. Cuando Fr. Domingo de Segovia, Prior Provincial en Lombardía y después en España, varón en gran manera devoto y discreto, y

celador insigne de la Orden y de las almas, consumada felizmente la carrera de su vida, era llevado á la sepultura, presente el obispo de Segovia y multitud del clero y pueblo, uno que tenía el brazo seco tocó el ataúd, é instantáneamente quedó sano. Lo cual como oyese una mujer que yacía paralítica, mandó que pusieran su túnica sobre el sepulcro, y vistiéndola después con la invocación de Cristo, por los méritos del bienaventurado varón se levantó perfectamente curada, engrandeciendo á Dios. Otros muchos, tocando el polvo de la tumba, quedaron libres de varias enfermedades.

FIN DEL LIBRO QUE SE DICE

VIDAS DE LOS HERMANOS

DE LA ORDEN DE PREDICADORES.



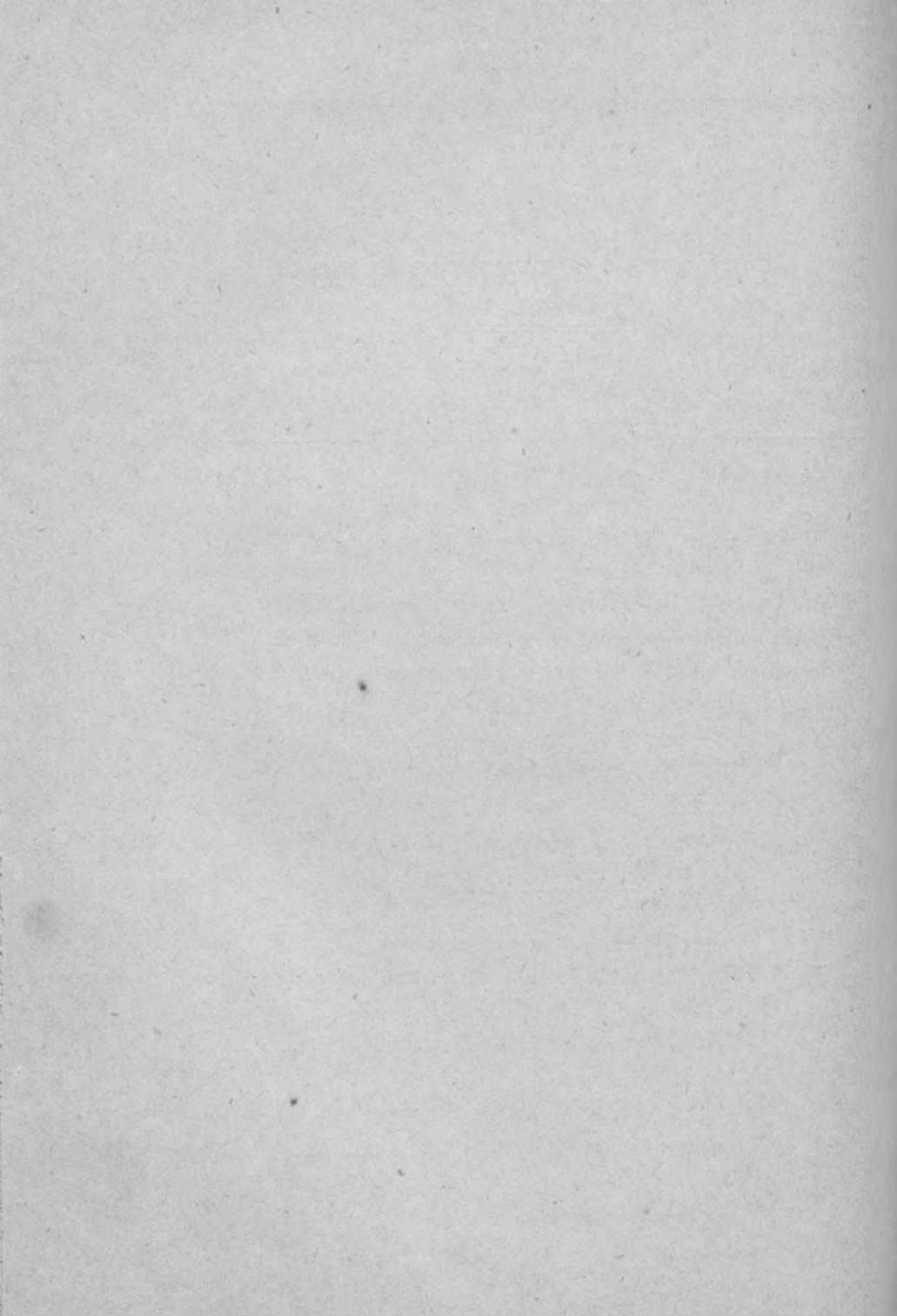
## ERRATAS PRINCIPALES.

---

---

Pag.	Línea.	Dice.	Léase.
61	1. <sup>a</sup>	VII	VI
264	20	trae	rae
402	31	ví	oí

---



---

---

## ÍNDICE.

	<u>Pág.</u>
Dedicatoria. . . . .	VII

### PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Santo Domingo de Guzmán.—Su Orden.—Espíritu. —Gobierno.—Enseñanza.—Predicación.—Cargos honrosos.—Ramificaciones y cofradías de la Orden —Idea del libro <i>Vidas de los Hermanos</i> . . . . .	IX
---	----

### PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.—Que Nuestra Señora alcanzó de su Hijo la Orden de Predicadores. . . . .	3
— II.—Que esta Orden fué prevista en espí- ritu y pronosticada por muchos. . . . .	10
— III.—De muchas visiones que se tuvieron sobre varias casas de la Orden. . . . .	13
— IV.—Del especial cuidado que Dios tiene de los Hermanos. . . . .	21
— V.—Que Nuestra Señora ama y proteje tón especial afecto á nuestra Orden. . . . .	36
— VI.—De dónde tuvo origen que después de Completas se cante la <i>Salve</i> . . . . .	61

SEGUNDA PARTE.

	Pág.
CAPÍTULO I.—De la familia santa del Bienaventurado Domingo. . . . .	69
== II.—De su paciencia. . . . .	71
== III.—De los náufragos salvados. . . . .	73
== IV.—De los libros caídos en el agua. . . . .	75
== V.—Del vino aumentado. . . . .	77
== VI.—De la lluvia que impetró. . . . .	78
== VII.—Del que impedía su sermón. . . . .	80
== VIII.—Del pan milagroso. . . . .	82
== IX.—De la túnica que contuvo el fuego. . . . .	84
== X.—Cómo habló alemán. . . . .	86
== XI.—Del Hermano devuelto á la Orden. . . . .	88
== XII.—Del niño resucitado. . . . .	90
== XIII.—De su entrada en el convento, estando las puertas cerradas. . . . .	91
== XIV.—Del diablo que le arrojó una piedra. . . . .	92
== XV.—Del demonio que le hizo quebrantar el silencio. . . . .	93
== XVI.—Del demonio que recorría las oficinas. . . . .	95
== XVII.—De la carta que al diablo quitó. . . . .	97
== XVIII.—De su oración. . . . .	98
== XIX.—Del poder de su palabra. . . . .	99
== XX.—De los panes multiplicados. . . . .	100
== XXI.—De los ángeles que vió guardando á los Hermanos. . . . .	101
== XXII.—Del Hermano endemoniado. . . . .	102
== XXIII.—De su compasión á los pecadores. . . . .	103
== XXIV.—De su abstracción. . . . .	104
== XXV.—De su estudio. . . . .	105
== XXVI.—De su olor. . . . .	106
== XXVII.—De cómo predijo su muerte. . . . .	107

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO XXVIII.—Del compañero á quien del cielo llamó. . . . .	109
== XXIX.—Del estudiante que le vió. . . . .	110
== XXX.—Del endemoniado que curó. . . . .	111
== XXXI.—Del Hermano sanado. . . . .	112
== XXXII.—De la sorda que recobró el oído. . . . .	114
== XXXIII.—De las letras de su canonización. . . . .	115
== XXXIV.—De los librados en la mar. . . . .	116
== XXXV.—Del Hermano Menor sanado. . . . .	118
== XXXVI.—De la monja sanada. . . . .	119
== XXXVII.—Del hidrópico. . . . .	124
== XXXVIII.—Del vino aumentado. . . . .	125
== XXXIX.—De otro hidrópico. . . . .	127
== XL.—Del escrofuloso. . . . .	129
== XLI.—De otros curados. . . . .	131
== XLII.—De la curación de un Hermano. . . . .	133
== XLIII.—De la cuartana curada. . . . .	135

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO I.—De la limpieza de Fr. Jordán. . . . .	137
== II.—De su Misericordia. . . . .	139
== III.—Del ceñidor que dió. . . . .	140
== IV.—De su entrada en la Orden. . . . .	141
== V.—De su piedad. . . . .	143
== VI.—Del novicio librado de la tentación. . . . .	145
== VII.—De su oración. . . . .	148
== VIII.—De los panes multiplicados. . . . .	150
== IX.—Del flujo de sangre curado. . . . .	152
== X.—Del sacerdote sanado. . . . .	153
== XI.—De su gracia en predicar. . . . .	154
== XII.—De los estudiantes que á la Orden ganó. . . . .	156
== XIII.—De la eficacia de sus palabras. . . . .	158

	Pág.
CAPÍTULO XIV.—Del noble convertido. . . . .	160
== XV.—Del Hermano blasfemo. . . . .	163
== XVI.—Del clérigo compungido. . . . .	165
== XVII.—Del calenturiento sanado. . . . .	166
== XVIII.—Del animal domesticado. . . . .	167
== XIX.—Del novicio contenido. . . . .	169
== XX.—De la gracia que antes de predicar recibía. . . . .	172
== XXI.—De su humildad. . . . .	174
== XXII.—De su paciencia. . . . .	175
== XXIII.—De la pérdida del ojo. . . . .	176
== XXIV.—De su abstracción. . . . .	177
== XXV.—De su devoción á la Virgen. . . . .	179
== XXVI.—De una aparición de la Virgen. . . . .	181
== XXVII.—De otra aparición. . . . .	183
== XXVIII.—De una visión de la Virgen. . . . .	185
== XXIX.—De la joven convertida. . . . .	187
== XXX.—De una aparición del diablo. . . . .	189
== XXXI.—De la bebida de muerte que el diablo le ofreció. . . . .	191
== XXXII.—Del diablo que quiso hacer con él las paces. . . . .	193
== XXXIII.—Que el diablo quiso dañarle. . . . .	194
== XXXIV.—De una tentación de vanidad. . . . .	196
== XXXV.—De la tentación con olores. . . . .	197
== XXXVI.—De su pobreza. . . . .	199
== XXXVII.—Del vino mejorado. . . . .	201
== XXXVIII.—De la señora devota. . . . .	203
== XXXIX.—De la mujer envenenada. . . . .	205
== XL.—De la muerte de él. . . . .	206
== XLI.—Revelación de su muerte. . . . .	208
== XLII.—De la monja consolada. . . . .	210
== XLIII.—Del Carmelita alentado. . . . .	212

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO XLIV.—De sus milagros.. . . .	214
== XLV.—De sus respuestas. . . . .	220

CUARTA PARTE.

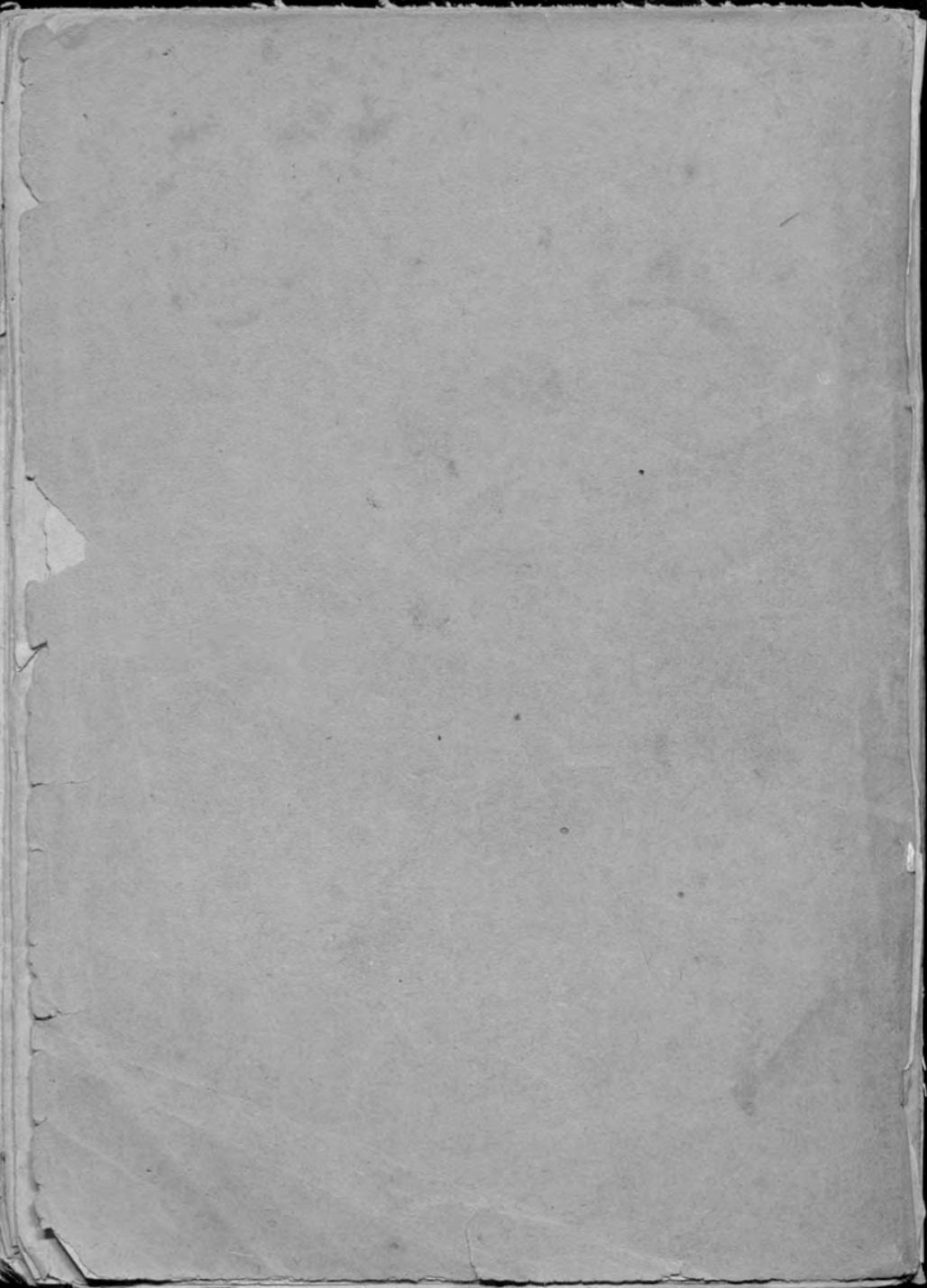
CAPÍTULO I.—Del fervor de los primitivos Hermanos.	235
== II.—Del rigor de la disciplina y perfección de las virtudes. . . . .	242
== III.—De la virtud de la humildad. . . . .	245
== IV.—De la virtud de la castidad. . . . .	250
== V.—De la virtud de la Oración. . . . .	253
== VI.—Contra los negligentes en el oficio divino.. . . .	260
== VII.—De la virtud de la confesión.. . . .	262
== VIII.—De las causas que inducían á entrar en la Orden; y primero, de la consideración de la vana alegría.. . . .	266
== IX.—De los que entraban por la consideración de la santidad de los Hermanos. . . . .	267
== X.—De los que entraban por virtud de la palabra de Dios.. . . .	269
== XI.—De los que entraban por la consideración de la muerte. . . . .	279
== XII.—De los que entraban por la consideración de las penas presentes y futuras. . . . .	282
== XIII.—De los que entraban por alguna revelación especial. . . . .	285
== XIV.—De los que entraban por devoción é inspiración de la Virgen. . . . .	298
== XV.—De la mucha guerra que á la Orden el diablo hacía. . . . .	302
== XVI.—De cómo los demonios maltrataban á algunos ménos religiosos.. . . .	309
== XVII.—De las tentaciones de los novicios. . . . .	312

	Pág.
CAPÍTULO XVIII.—De la tentación de la gula. . .	320
== XIX.—De la tentación de la propiedad. . .	322
== XX.—De la tentación de la propia voluntad. . .	324
== XXI.—De la tentación de la curiosidad filosófica. . . . .	326
== XXII.—De la tentación de codiciar honores. . .	329
== XXIII.—De la tentación de la ira. . . . .	331
== XXIV.—De la tentación por fantasía. . . . .	334
== XXV.—De las revelaciones y consuelos de Dios á los Hermanos. . . . .	337
== XXVI.—De los Hermanos que en vida resplandecieron con milagro. . . . .	348

### QUINTA PARTE.

CAPÍTULO I.—De los muertos por la fé. . . . .	363
== II.—De la muerte feliz de los Hermanos. . . . .	386
== III.—De diversas visiones en la muerte de los Hermanos. . . . .	397
== IV.—De las revelaciones hechas en la muerte de los Hermanos. . . . .	414
== V.—De las penas de los Hermanos en el purgatorio por diversas aficiones. . . . .	423
== VI.—De las asechanzas de diablo que observa el calcañal. . . . .	434
== VII.—De cómo se debe socorrer á los difuntos. . . . .	440
== VIII.—Del mal paradero de los apóstatas y de otros que salieron con licencia del Papa. . . . .	445
== IX.—De muchos Hermanos que obraron milagros después de su muerte. . . . .	451
Erratas notables. . . . .	463





VIDAS DE  
LOS HERMANOS  
—  
PAULINO  
ÁLVAREZ

**G 61914**